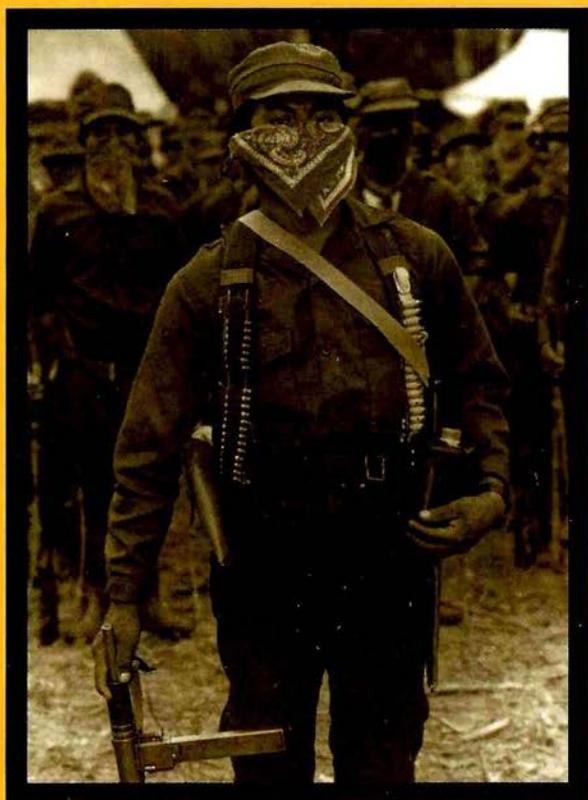


ENTRE EL PASADO Y EL FUTURO

La izquierda en México, 1969-1995

Arturo Anguiano



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO

Arturo Anguiano (Distrito Federal, México, 1948). Profesor-investigador del Departamento de Relaciones Sociales de la UAM-X desde 1976. Politólogo egresado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM, con estudios de posgrado en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París y en la Universidad de París I Panthéon-Sorbonne. Autor, coautor y coordinador de diversos libros, entre otros, *El Estado y la política obrera del cardenismo* (Era, 1975), *Cárdenas y la izquierda mexicana* (Juan Pablos Editor, 1975), *El sector social en la reestructuración productiva* (UAM-FES, 1990), *La modernización de México* (UAM, 1990) y *El socialismo en el umbral del siglo XXI* (UAM, 1991). Fundador de las revistas: *Coyoacán*, *Brecha*, *Relaciones*, *Trabajo y Viento del sur*.

Arturo Anguiano

Entre el pasado y el futuro.
La izquierda en México, 1969-1995

Arturo Anguiano

Entre el pasado y el futuro.
La izquierda en México, 1969-1995



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Dr. José Luis Gázquez Mateos

Rector general

Lic. Edmundo Jacobo Molina

Secretario general

UNIDAD XOCHIMILCO

Quím. Jaime Kravzov Jinich

Rector de la Unidad Xochimilco

M. en C. Marina Altagracia Martínez

Secretaria de la Unidad

COORDINACIÓN DE EXTENSIÓN UNIVERSITARIA

Dr. Bernardo Navairo Benítez

Coordinador

ISBN 970-654-212-4

©Universidad Autónoma Metropolitana

Primera edición: 1997

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco

Calzada del Hueso 1100, colonia Villa Quietud

04960 México, D.F.

Sección de Producción Editorial

Editado e impreso en México. Made and bound in Mexico

Índice

| | |
|---------------------------------------|-----|
| Introducción | 11 |
| La larga travesía | |
| 1968, antes y después | 23 |
| El encuentro con las masas | 31 |
| El camino de la recomposición | 36 |
| Dos grandes vertientes | 44 |
| El nadir | |
| El viraje de la situación | 55 |
| La fuga de la izquierda | 58 |
| La crisis venía de lejos | 71 |
| En la encrucijada | 80 |
| El eclipse | |
| La crisis del socialismo | 83 |
| Desconcierto y esperanza | 92 |
| El fracaso de los aparatos | 98 |
| Desesperanza de la esperanza | 108 |
| La caída en el laberinto | 113 |
| El trance del PRD | 117 |
| Una vieja y persistente ilusión | 118 |
| Entre apuestas y esperanzas | 120 |

| | |
|---------------------------------------|-----|
| El presidencialismo del PRD | 125 |
| Visión electoral de la política | 128 |
| Por una oposición sin objetivos | 134 |
| Un desafío extraviado | 139 |

Bajo el signo del EZLN

| | |
|--|-----|
| La erupción inesperada | 145 |
| Izquierda ausente | 147 |
| Vientos del sur, aires de cambio | 150 |
| Ante el nuevo trato gubernamental | 159 |
| Desventura del PRD, tragedia de la izquierda | 164 |

Rompiendo el cerco

| | |
|--|-----|
| En la orilla del precipicio | 171 |
| El EZLN rompe el cerco | 174 |
| Consulta nacional, fines nacionales | 176 |
| Los nuevos caminos de la recomposición | 181 |

Una izquierda para el siglo veintiuno

| | |
|------------------------------|-----|
| A manera de conclusión | 189 |
|------------------------------|-----|

| | |
|---------------------------------|-----|
| Bibliohemerografía | 199 |
|---------------------------------|-----|

*A Mario Payeras,
(1940-1995).*

*Revolucionario universal,
guatemalteco,
escritor y poeta,
hacedor de barriletes,
marimbero,
diestro en el vuelo de las aves,
quien vivió asediando utopías.*

*Varios días el aire, compañeros,
muchos días el viento cambia de aire.*

CÉSAR VALLEJO

*Lo que importa no es disculpar el pasado,
sino aprender de él.*

WILHEM REICH

Introducción

En el México de 1993, parecía como si la izquierda se hubiera desvanecido en medio de una situación nacional aparentemente consolidada por la modernización de la economía y la incorporación de ésta al torbellino de la globalización, que el capitalismo pudo desplegar sin trabas luego de la caída del socialismo real. Con ella, asimismo, se habían perdido en el vacío las utopías igualitarias y autogestionarias de la sociedad que durante mucho tiempo dieron sentido a la izquierda, para dar cabida a los paradigmas del libre mercado, de la competencia y de la alternancia del poder sin necesidad de cambiar al poder. Sin derivar hacia una sociedad democrática, en una sociedad sin elecciones libres y efectivas, con derechos restringidos y bajo sospecha de ciudadanos truncos, sujeta todavía a un régimen político autoritario, los distintos actores político-sociales –en particular los partidos– fueron condicionados por la lógica de un mercado político que se les impuso y los transfiguró.

La mayoría de la izquierda, en efecto, que desembocó en el Partido de la Revolución Democrática luego de las movilizaciones multitudinarias y la insurrección electoral democrática en apoyo a la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas en 1988, se había aliado al cardenismo y al poco tiempo se eclipsó, abandonando sus concepciones y logros, el proyecto socialista y su historia, en aras de un pragmatismo que le permitiera sobrevivir básicamente en el terreno electoral y parlamentario. Precisamente, las ondas de choque producidas por la caída del muro de Berlín en 1989 y por el

desplome estrepitoso de los regímenes burocráticos de la Unión Soviética y los países del Este, acabaron por disgregar a una izquierda que no soportó la crisis de identidad. Sin resolverse la crisis política del llamado régimen de la revolución mexicana —no sin choques y fricciones—, el Estado pudo incorporar a los distintos partidos de oposición a la búsqueda de ciertos espacios de poder, reales o imaginarios. De esta forma, el Estado logró regimentar mal que bien el juego político que en adelante no podía ser sino electoral y parlamentario, no obstante que todavía no se lograba su validación y legitimidad efectivas.

En tales circunstancias, la rebelión indígena del 1o. de enero de 1994, en Chiapas, dirigida por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), desarticuló los procesos en curso, desmitificó y puso en evidencia la fragilidad de la pretendida modernización nacional, así como la inconsistencia de las excluyentes reformas políticas negociadas entre gobierno y aparatos partidarios. La irrupción del EZLN y la acogida que recibió entre muy dispares capas de la población, manifestaron en especial la inexistencia de una alternativa de fondo al Estado y al régimen prevaletentes, a sus políticas neoliberales, a sus reestructuraciones productivas violentas y a sus pretensiones de relegitimar y rehabilitar sus formas de dominación de la sociedad, sin abrir las compuertas a la plena democratización. El EZLN se ubicó a la izquierda —geometría política que había sido rechazada— y planteó de nuevo la posibilidad de preparar, de rehacer, esa alternativa que sólo podía ser de izquierda. En este sentido, la acción de los zapatistas comenzó a revitalizar a esta vertiente como proyecto político social, impulsando un nuevo proceso de recomposición y reorganización, ocasionando realineamientos y convergencias.

Plantear de nuevo a la izquierda como necesaria, si no indispensable, en la situación nacional, en la búsqueda de una salida a la crisis de fondo de la economía y la política, no solamente abre la perspectiva de reactualizar una visión igualitaria y autogestiva de la sociedad, como proyecto de recambio a la aparentemente irrefrenable organización capitalista. También reintroduce el apremio por repensar las trayectorias, por recuperar las experiencias y logros,

examinar las contradicciones y fracasos, las huidas y desmayos, por echar un vistazo al pasado reciente y tratar de atar cabos, reconstituir una historia que mal que bien había permitido un primer cambio de piel de la izquierda, socializarla, enraizarla en una sociedad en transformación, en movimiento, renovando incluso la atmósfera intelectual del país.

De hecho, los años que siguieron a la explosión anunciadora de 1968, las décadas incluso, no solamente acabaron por transfigurar a la economía, al régimen de la revolución mexicana y al propio Estado, que ya no pudieron asegurar la larga estabilidad que los había afianzado, sino que también cambiaron a la sociedad, que desde entonces no ha dejado de vivir procesos de recomposición y movilización que se sobreponen en forma intermitente a la acción disgregadora de aquéllos. La despolitización y mediatización, tradicionalmente impuestas por el régimen priísta prevaleciente, se combinaron con rebeliones, despertares y luchas que repolitizaron y permitieron experiencias colectivas vitales, muchas veces de autoorganización autónoma, de libre fluir de la imaginación y la iniciativa de los sectores sociales subordinados. Si en el transcurso de los acontecimientos casi siempre acabaron por imponerse la disgregación, la parálisis y la intoxicación ideológica promovidas por el Estado, nunca dejaron de brotar aquí y allá signos diversos de resistencia social.

Economía y política se combinaron de manera excepcionalmente compleja a partir del inicio de los años setenta, en que el capitalismo mundial (y nacional) se precipitaron en un largo periodo de crisis. Las consecuencias sociales de la crisis económica —con sus altibajos, acentuados por las políticas gubernamentales de estabilización— estimularon aquellos procesos de movilización y reorganización de la sociedad, que en muchas ocasiones asumieron significados claramente políticos, bajo la influencia de distintas corrientes de izquierda. Se fue conformando una nueva situación en el país y por consiguiente en la izquierda nacional, que comenzó a reproducir sus vínculos sociales en diferentes sectores y regiones. Se abrió, de esta forma, una nueva época en el desarrollo de la izquierda y del movimiento social, la cual podría haber sido crucial

para sus perspectivas incluso a mediano plazo, pero tuvo derivaciones y rumbos inesperados.

Entre el pasado y el futuro, siempre se encuentran puentes, claves o pistas que pueden posibilitar rumbos más exitosos, o al menos para clarificar las trayectorias hasta entonces recorridas. Periodizar, delimitar, definir, ayudan al análisis y hacen factible un debate más ordenado y preciso, si se mantiene evidentemente la flexibilidad y apertura suficientes. En este sentido, a partir de la crisis del 68, distingo cinco periodos fundamentales de la historia contemporánea de la izquierda:

a) *1969-1979. Periodo de resurgimiento de la izquierda*, de su extensión y primera inserción social al influjo de la recomposición del movimiento obrero y de otros sectores sociales, principalmente en el campo y los barrios pobres de las ciudades. La crisis duradera de la economía con la que arranca la década y la debilidad política del régimen resultado del trance del 68, estimulan y facilitan las movilizaciones en este periodo. Estudiantes e intelectuales radicalizados dan vida a nuevos agrupamientos políticos que marcan el nacimiento de la nueva izquierda mexicana. Se despliegan las luchas sociales y en especial, en un primer momento, la lucha de los trabajadores por democracia y la independencia de los sindicatos. A pesar de la derrota de la Tendencia Democrática de los electricistas en 1976, coincidente con el inicio de la política de estabilización del gobierno de Luis Echeverría (1970-1976), pactada con el Fondo Monetario Internacional (FMI), adquiere mayor profundidad y extensión la lucha sindical, generalizándose los combates defensivos contra la austeridad, que no se aflojarán ni siquiera con el espejismo del auge petrolero alentado por José López Portillo (1976-1982). Declina sin embargo la llamada insurgencia sindical. Las necesidades específicas y diversas de la acción conjunta en el terreno social, imponen a la izquierda un proceso de desideologización y desectarización que avanzará contradictoria pero persistentemente, sentando las bases para la maduración política.

b) 1980-1983. *Periodo de reagrupamiento cada vez más preciso en dos grandes vertientes de la izquierda, decantación de las posiciones políticas y de máxima unidad de la izquierda.* Se produce la integración de nuevas organizaciones unificadas y se fortalecen de nuevo el movimiento sindical y las coordinadoras nacionales de masas, aumentando la influencia en ellos de la izquierda radical. Las opciones electorales encabezadas respectivamente por el Partido Socialista Unificado de México (PSUM) y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) y los proyectos unitarios de movilización política-social, el Comité Nacional en Defensa de la Economía Popular (CNDEP) y el Frente Nacional en Defensa del Salario, contra la Austeridad y la Carestía (FNDESCAC), sintetizan la delimitación y polarización que se produce en el seno de la izquierda y de las organizaciones sociales influidas por ella. El nuevo gobierno encabezado por Miguel de la Madrid (1982-1988) impone una política de reestructuración capitalista que recrudecerá la ofensiva de austeridad y los ataques a las conquistas y derechos sociales, lo que acarreará como respuesta –en un primer tiempo– la mayor articulación y unidad de la izquierda y el movimiento de masas democrático. Se forma en 1983 la Asamblea Nacional Obrera Campesina y Popular (ANOC) en un contexto de agitación social y política sin precedente, motivado esencialmente por el desbordamiento tumultuoso de la inconformidad de los trabajadores el primero de mayo, en prácticamente todo el país, y las miles de huelgas que la Confederación de Trabajadores de México (CTM) estalla en junio de ese año por aumento salarial de emergencia, las que coinciden por primera vez con las del sindicalismo independiente.

En la ANOC se incorpora, sin exclusiones, casi toda la izquierda política y social (esto es, organizaciones políticas, coordinadoras de masas, sindicatos autónomos, corrientes sindicales democráticas, etc.) y experimenta novedosas e inéditas modalidades de lucha de masas simultáneas, coordinadas a nivel nacional y con un centro político, las que desembocan en la realización del Paro Cívico Nacional del 18 de octubre de 1983. Al

mismo tiempo, como respuesta a esa movilización social en creciente, el Estado acentúa su presión contra los movimientos, asediando especialmente a las organizaciones más combativas, como el Sindicato Único de Trabajadores de la Industria Nuclear (SUTIN) o la Coalición Obrero Campesina Estudiantil del Istmo (COCEI). Habiendo llegado al *tope* de su participación e influencia en los sindicatos, la izquierda comienza a sufrir, al calor de la recrudecida arremetida estatal, la erosión de su presencia en ellos. El movimiento obrero se sumerge en un periodo muy difícil, de resistencia en los lugares de trabajo, dispersa, localizada, a veces se vuelve incluso latente, declinando por consiguiente en forma notable las huelgas y acciones de más alcance. En el movimiento popular y campesino comienzan a declinar las coordinadoras de masas, que aparentemente alcanzaron su límite.

- c) 1984-1987. *Periodo de nueva polarización, huida hacia adelante y recaída en el aislamiento social de la izquierda.* Se agudizan los enfrentamientos entre las distintas corrientes y organizaciones de izquierda, produciéndose luchas internas y rupturas. Detonan las contradicciones y choques, precisamente el fracaso del segundo Paro Cívico Nacional el 4 de junio de 1984, la consiguiente disolución en los hechos de la ANOCP y el cambio no percibido en la situación nacional, luego de la provocación del primero de mayo en el Zócalo de la capital del país. Los sindicatos prosiguen –si bien con una tendencia declinante– su resistencia vital a los planes anticrisis y de reestructuración del régimen, aguantando la merma de sus conquistas contractuales y sindicales en condiciones cada vez más adversas. En las coordinadoras unitarias de masas se incrementa el desconcierto y en general se expanden en todo el movimiento la confusión ideológica y la ausencia de perspectivas políticas. Contradictoriamente, luego de los sismos del 19 y 20 de septiembre de 1985, comienzan a brotar movilizaciones sociales autónomas e inorganizadas que involucran a sectores muy dispares de la sociedad. La izquierda, por su lado, se aleja en la práctica de las luchas sociales y abandona los sindicatos, refugiándose a partir de entonces (al menos en su mayoría) en la supervivencia

electoral y parlamentaria, tendiendo a perder su perfil político clasista, diluyéndose o tornándose endebles las fronteras político-ideológicas de las distintas organizaciones. Las agrupaciones que se sitúan en el terreno extraparlamentario se disgregan y hunden en el desconcierto y la falta de opciones, reavivando el sectarismo, rumiando su soledad. La crisis de la izquierda brota con toda su crudeza y se expresa, de manera un tanto distorsionada, en la desaforada y dudosa carrera por su unidad, reducida a operaciones aparatistas varias, en las que la política se deja de lado, en aras de la integración de un nuevo partido unificado, apto para la competencia electoral y cuya lógica excluyente atraviesa y condiciona a todas las corrientes. Las dos grandes vertientes de la izquierda mexicana se entrecruzan como nunca y se apuntan nuevas recomposiciones inseguras. Es el punto más bajo de la izquierda, su caída en el *nadir*, luego de su aparente *cenit* manifestado de cierta forma en la ANOCP y en los paros cívicos nacionales.

d) 1988-1993. *Periodo de surgimiento del neocardenismo y de consiguiente disgregación y virtual disolución de la izquierda, despliegue del movimiento ciudadano en lucha por la participación y la democracia.* La ruptura de la Corriente Democrática del PRI y la campaña presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas, desencadenan tumultuosas movilizaciones por medio de las que se canalizan y estallan los resentimientos acumulados por una población sujeta a una encarnizada y prolongada ofensiva de reestructuración capitalista. Se derrumban los proyectos electorales de la izquierda, centrados en el Partido Mexicano Socialista (PMS) y el PRT, con las candidaturas presidenciales de Heberto Castillo y Rosario Ibarra. Las dos grandes vertientes de carácter histórico se disuelven en consecuencia y se subsumen de hecho en el naciente proyecto cuauhtemista, fundamentado ideológicamente en una versión corregida del viejo nacionalismo revolucionario sostenido hasta entonces por el régimen priista y políticamente en el pragmatismo, lo que imposibilitará la definición de una alternativa política al neoliberalismo salvaje implementado por el nuevo gobierno encabezado por Carlos Salinas de Gortari

(1988-1994). Cobra fuerza el movimiento electoral, particularmente en ciertas regiones, el que desembocará repetidamente en choques violentos y represión. Por fuera de las organizaciones partidarias, brotarán donde quiera toda suerte de corrientes y agrupaciones ciudadanas (muchas veces apartidistas) en defensa de los derechos humanos y democráticos. Mientras el movimiento sectorial reivindicativo se pulverizará y vendrá a menos, retrocediendo sin cesar ante el avance de la reestructuración productiva y en general de la economía. No dejarán de surgir, sin embargo, intermitentes manifestaciones de resistencia social al proceso modernizador.

e) *A partir de 1994. Periodo de redescubrimiento de la izquierda, de redefinición y renovación de sus grandes vertientes históricas y de inicio de un nuevo desigual proceso de recomposición y reorganización unitaria del movimiento democrático bajo el influjo del Ejército Zapatista de Liberación Nacional.* La sorpresiva rebelión indígena en Chiapas, con la declaración de guerra al Estado mexicano, trastocó súbita y decisivamente la vida política y social del país, detonó conflictos, reveló contradicciones y desató movilizaciones y realineamientos político-sociales insólitos. La crisis del régimen político y de la economía se entrelazan como nunca. El lugar de la oposición democrática, ocupado hasta entonces avasalladoramente por el PRD, se amplía y transfigura con la irrupción del EZLN. Las izquierdas comienzan a reencontrar sus identidades abandonadas o perdidas, brotando de muchos lados. El PRD —que contiene varias de esas corrientes— se fragiliza y mina internamente. Todos viven bajo el signo del EZLN. Éste, atrapado en la contradicción entre su naturaleza político-militar y su papel político nacional, se orienta a encontrar una salida a través de su posible revestimiento político, por la vía de la articulación de un frente amplio de oposición y un frente político que incorpore bajo su influencia a la ampliada vertiente radical de la izquierda política y social del país, y no solo. La lucha por la democracia participativa y el rechazo a la arbitrariedad y el verticalismo estatales cobran como nunca centralidad.

En torno a estos periodos organizo este libro, sintetizando los dos primeros en el capítulo inicial. Los otros los abordo en los siguientes capítulos. Lo hago bajo la óptica de que solamente puede entenderse la izquierda mexicana a la luz de la historia del país, en la cual, a pesar de errores y autoinmolaciones, se encuentra completamente entreverada. La larga crisis de la economía y la política (de la forma de dominación) ha sido también un largo proceso de recomposición, reorganización, disgregación, rupturas y renunciaciones, en suma de *crisis*, de la izquierda. Crisis de crecimiento primero, crisis de identidad después. Recomposición posible con la aparición del EZLN.

Entre el pasado no asimilado y un futuro de posible refundación, la izquierda en México vive todavía un periodo de incertidumbre. La crisis no parece haber tocado fondo: después de un pequeño auge en los setenta, cayó en el punto más bajo de su trayectoria por su fuga electoral y la quiebra de sus vasos comunicantes con la sociedad, eclipsándose luego ante un cardenismo en ascenso que la precipitó en la virtual disolución. Pasar de repente a un nuevo periodo de recomposición y reorganización bajo el estímulo del EZLN, puede resultar toda una proeza, pero también un salto en el vacío. De cualquier forma, en el umbral del siglo veintiuno podrían estarse creando condiciones para que concluya el marasmo y se renueve la esperanza que reactualice y haga viable una alternativa de fondo al régimen de Estado-partido y al neoliberalismo, una opción democrática, libre, igualitaria y autogestionaria, sin las corrupciones y violencias en que éstos se apoyan.

Este libro es resultado del interés por trayectorias y problemáticas que considero fundamental entender y que apenas esbozo en esta introducción. Pretendo ofrecer elementos que contribuyan a escribir la historia de la izquierda posterior al movimiento estudiantil-popular del 68. Entiendo que la larga travesía de la izquierda no viene de ese momento, sino de mucho más atrás, básicamente (si bien no en forma exclusiva) a partir de la fundación del Partido Comunista de México en 1919. Pero me interesa analizar a la izquierda que brotó de las inolvidables jornadas de 1968, en la medida en que surgió de un verdadero choque con la realidad y a

la cual comenzó a interpelar, a estudiar, a conocer y a involucrarse en sus procesos políticos y sociales. Es, me parece, la nueva izquierda mexicana que entonces empieza a surgir, a desarrollarse en distintas opciones independientes del llamado régimen de la revolución mexicana, incluso bajo la óptica de un marxismo crítico, abierto, antidogmático. Obviamente de manera muy dispar y contradictoria, como podrá percibirse en el transcurso del libro, pero representando una *posibilidad objetiva* que al parecer no pudo concretarse o que todavía está por hacerlo.

Durante muchos años me he ocupado en forma sistemática de estos temas, escribiendo muchos artículos en diferentes momentos y bajo circunstancias también diversas. Recupero aquí elementos de algunos de ellos, aunque repensándolos, desplegando y rehaciendo ideas, tramas, enfoques, con el fin de articular una visión coherente, destacando aquello que perdura, que señala tendencias, pistas, rasgos de fondo. En cierta medida, sin temor a exagerar, pienso que puedo decir que este libro lo maduré a lo largo de cerca de veinte años, en medio de situaciones en las cuales no pocas veces me desempeñé en tanto participante, al calor de prácticas y reflexiones de carácter colectivo, de manera que no es producto sólo de la investigación individual sino también de la experiencia. Me ha resultado difícil mantener el equilibrio y la distancia que requiere el análisis de cuestiones que desbordan a la historia, para engranar directamente con la actualidad y la política, es decir con el presente y el mañana. Pero pienso que he logrado fundamentar mi interpretación, darle la necesaria coherencia con ideas decantadas a través del estudio, la experiencia y el análisis. En todo caso, solamente pretendo contribuir a un debate que considero apremiante y que no está separado de los problemas que se tienen que enfrentar si se quiere que México arribe al nuevo milenio en plena transición a la democracia.

Este libro lo he escrito siendo profesor-investigador de tiempo completo de la Universidad Autónoma Metropolitana, en la que laboro desde principios de 1976. Es parte de un trabajo académico, entendido en su indispensable vinculación y compromiso con los problemas de la sociedad. Empero, obviamente lo trasciende en la

medida en que pretendo coadyuvar a una polémica y a una reflexión que no ocultan su sentido profundamente político. De cualquier forma, mi objetivo central será alcanzado si el libro sirve, al menos, a suscitar en las viejas generaciones y comunicar a los jóvenes de fin de siglo la inquietud por repensar y rehacer la izquierda, como la única vía posible y realista de asediar la utopía, de renovar la esperanza y la decisión por cambiar “todo lo que existe” (Marx).

La larga travesía

1968, antes y después

Si 1989 representa un punto de inflexión fundamental, en detrimento del conjunto de las corrientes del socialismo y el marxismo, motivado paradójicamente por la caída del muro de Berlín y el desplome de la Unión Soviética y de los países de Europa del Este, 1968 lo fue también pero en un sentido diferente: como revelador y anunciador de la crisis global del capitalismo y de los regímenes políticos burgueses y burocráticos de diversa índole. Nacional e internacionalmente, el 68 apareció como electrizante relámpago en el despejado cielo de un orden mundial hegemonizado por Estados Unidos, ensoberbecido por casi tres décadas de prosperidad capitalista. Pero en realidad, la rebelión estudiantil que se expandió desde París a Tokio, pasando por Berlín, Calcuta y México, condensó tensiones, luchas, resentimientos y enojos acumulados, reclamos contra la prepotencia, la intolerancia, la arbitrariedad y cerrazón de poderes excluyentes, el cuestionamiento generalizado de prácticas políticas y estereotipos anquilosados, así como anhelos participativos, democráticos e igualitarios. Los jóvenes de entonces, las generaciones del 68, habían vivido también la resistencia vietnamita contra la arrogante invasión norteamericana, la revolución argelina y la emergencia política del Tercer Mundo en revuelta contra la vieja opresión colonial, los ríos de sangre de la masacre masiva de comunistas en Indonesia, el conflicto chino-soviético, el cimbramiento de

Estados Unidos con los movimientos antirraciales, la radicalidad del *Black Power* y el movimiento antiguerra, la guerra de los seis días en Medio Oriente y el descubrimiento de la cuestión palestina, la revolución cultural en China, la Primavera de Praga... En América Latina, además, la defensa de la revolución cubana y la odisea de Ernesto Che Guevara, asesinado en Bolivia, la invasión estadounidense de la República Dominicana, el auge continental de la lucha armada, alentaron movilizaciones y la politización acelerada de los jóvenes.¹

En México, el régimen de la revolución hecha gobierno se había endurecido desde las amplias movilizaciones sindicales de 1958-1959, sofocadas mediante la represión generalizada y la persecución sin tregua de los disidentes.² El régimen corporativo engrasó y ajustó todos sus engranes, expandiendo el temor, la desmoralización, el desencanto y hasta la conformidad entre los trabajadores. Un cierto relevo se produjo entonces, manifestado en la creciente participación social y política de los jóvenes estudiantes y de ciertos núcleos intelectuales –sensibilizados por el choque de los acontecimientos nacionales e internacionales– que se desenvolvían prácticamente en los únicos medios no regimentados por el Estado todopoderoso.³

En este sentido, el 68 mexicano expresó entonces la condensación de conflictos, movilizaciones, debates ideológicos y procesos de reorganización sectorial y política que, durante varios años, no habían dejado de involucrar de mil maneras a jóvenes e intelectuales

¹ Cfr. Enrique Semo. *Viaje alrededor de la izquierda*, Editorial Nueva Imagen, México, 1988.

² Al respecto se ha vuelto imprescindible el libro de Antonio Alonso, *El movimiento ferrocarrilero en México. 1958-1959*, Ediciones Era, México, 1972. Véase igualmente Aurora Loyo Brambila, *El movimiento magisterial de 1958 en México*, Ediciones Era, México, 1979 y Fabio Barbosa Cano, "Las luchas obreras de 1958-1959 y la izquierda mexicana", en *Investigación Económica*, n. 163, enero-marzo de 1983, pp. 89-119.

³ Gilberto Guevara Niebla habla de un cierto "desplazamiento del centro de gravedad de las luchas" y de diversos acontecimientos y luchas que contribuyeron a la "gestación de fuerzas estudiantiles socialistas de nuevo corte" (*La democracia en la calle. Crónica del movimiento estudiantil mexicano*, Siglo XXI Editores, México, 1988, pp. 24, 36). Fabio Barbosa Cano menciona que las nuevas capas de la sociedad que toman el relevo ante la derrota ferrocarrilera y el repliegue obrero y sindical fueron, aparte de estudiantes y segmentos de la intelectualidad, los campesinos sin tierra, "aportando nuevas demandas, formulaciones políticas, formas de lucha y hasta estados de ánimo" ("Acción y búsqueda programática", en Arnoldo Martínez Verdugo, *Historia del comunismo en México*, Editorial Grijalbo, México/Barcelona/Buenos Aires, 1985, pp. 273-274).

radicalizados, estimulando crecientemente los deseos de cambio y la actividad política independiente.⁴

Antes del estallido del movimiento estudiantil-popular del 68, el movimiento estudiantil brotó y se desarrolló en diversos estados y ciudades del país: Michoacán, Guerrero, Puebla, Tamaulipas, Coahuila, Sinaloa, Chihuahua, Veracruz, San Luis Potosí, Durango, Nuevo León, Sonora y Tabasco, con demandas de democratización y reforma de sus centros de estudios y de la enseñanza, básicamente universitarios, pero también por otras demandas político-sociales que permitieron en ocasiones ciertos vínculos con la población.⁵ Esas luchas tuvieron alcances muy diferenciados y corrieron con distinta suerte, pero la represión gubernamental, que invariablemente hubieron de sufrir, reafirmó a los movimientos y sus participantes en su carácter independiente del Estado. La izquierda encontró en ellos un refugio para guarecerse de los malos tiempos y el terreno donde pudo acumular fuerzas y florecer en variadas opciones políticas.⁶

Desde el principio, el emergente movimiento estudiantil aportó a la izquierda su radicalidad, contribuyendo a la erosión de la maltrecha y limitada –pero real– hegemonía del Partido Comunista Mexicano (PCM) y en general de la izquierda nacionalista (lombardista o no), determinados hasta entonces por el peso aplastante de la ideología y del régimen de la revolución mexicana. Las rupturas en el PCM luego de la derrota del movimiento ferrocarrilero, las repercusiones de

⁴ Enrique Semo, entonces joven intelectual del Partido Comunista Mexicano (PCM), recordaría al respecto: “La década de los sesenta fue un periodo de intensas luchas populares. Las invasiones campesinas de tierras, los movimientos democráticos contra gobernadores impopulares en la provincia, las luchas por la autonomía sindical, la emergencia del nuevo movimiento estudiantil se sucedían. Nuestro mundo cultural se nutría de los manuales del marxismo pero también de las encendidas proclamas del Che Guevara y Camilo Torres, de las novelas del realismo socialista, de *La Región más transparente* de Fuentes, el *José Trigo* de Fernando del Paso y las crónicas de Monsiváis. La revista *Historia y Sociedad* reinició el pensamiento social marxista y *Política* fue fértil cantera de ideas de una izquierda que se reponía lentamente de sus derrotas” (*Entre crisis te veas*, Universidad Autónoma de Sinaloa/Editorial Nueva Imagen, México, 1988, pp. 10-11). El PCM editaba la revista *Nueva Epoca* y el periódico *La Voz de México*, que más tarde serían reemplazados por *Oposición*.

⁵ Véase Enrique de la Garza, León Tomás Ejea, Luis Fernando Macías, *El otro movimiento estudiantil*, Editorial Extemporáneos, México, 1986 y el citado trabajo de Guevara Niebla.

⁶ “Para el año de 1968 muchos movimientos estaban exclusivamente dirigidos por fuerzas de la izquierda no estatales” (De la Garza, *et. al.*, *op cit.*, pp. 12-36).

los acontecimientos mundiales (particularmente la desestalinización oficial en la Unión Soviética, la revolución cubana y la pugna chino-soviética), la aventura efímera del Movimiento de Liberación Nacional (MLN) convocado y desechado muy pronto por Lázaro Cárdenas,⁷ las luchas estudiantiles y de otros sectores como campesinos, médicos o camioneros, las elecciones presidenciales de 1964 y la candidatura independiente de Ramón Danzós Palomino (sostenida por el Frente Electoral del Pueblo, montado por el PCM), reactivaron de cierta manera la actividad política independiente en México. Se generó un significativo proceso de recomposición de la izquierda en el que se involucraron –al lado de viejos militantes comunistas disidentes– muchos estudiantes e intelectuales radicalizados. Sufrieron, asimismo, el impacto de la frustrada aparición de la guerrilla rural con el ataque al cuartel Madera, en Chihuahua, el 23 de septiembre de 1965, por parte del grupo encabezado por Arturo Gámiz y Oscar González, y la rebelión de Genaro Vázquez Rojas en Guerrero.⁸

Intelectuales-militantes como José Revueltas, Eduardo Lizalde, Enrique González Rojo y Guillermo Rousset Banda (y muchos otros menos conocidos), salidos del PCM al principio de la década, se convirtieron en promotores y dirigentes de oposiciones de izquierda que pretendieron desarrollar nuevas alternativas políticas, partiendo básicamente de las tesis del primero sobre la “inexistencia histórica” del partido de la clase obrera en México y la “irrealidad” del PCM.⁹ Denominada por Revueltas como *Espartaquismo*, la nueva corriente se fragmentaría y desplegaría en múltiples agrupamientos y círculos, en forma tal que en la propia izquierda se hablará de

⁷ *Íbid.* Ledda Arguedas, “El Movimiento de Liberación Nacional: una experiencia de la izquierda mexicana en los sesentas”, *Revista Mexicana de Sociología*, año XXXIX, n. 1, enero-marzo de 1977, pp. 229-249.

⁸ En Guerrero se mantendría la guerrilla rural, dando origen a la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria y al Partido de los Pobres, dirigidos respectivamente por Genaro Vázquez y Lucio Cabañas, hasta diciembre de 1974, en que éste último muere combatiendo contra el ejército, quien lo sometió a una feroz persecución.

⁹ José Revueltas, *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, Ediciones de la Liga Leninista Espartaco, México, 1962 (publicado más tarde por Ediciones Era como tomo 17 de sus *Obras Completas*). En un medio sobredeterminado por los mitos y la ideología de la revolución mexicana, que atraparon largo tiempo a las corrientes de la vieja izquierda, correspondió a los

grupúsculos, sectas y hasta microorganismos, para referirse a ellos.¹⁰ Se encontrarán con el PCM en los distintos conflictos, fundamentalmente estudiantiles, y entablarán una lucha encarnizada por el espacio político, incluso en las manifestaciones solidarias (Cuba, Vietnam, República Dominicana, etcétera), tradicionalmente hegemónicas por los comunistas que representaban el “grupúsculo mayor”.

El peso de los acontecimientos internacionales y la debilidad de las movilizaciones nacionales por el lastre de las derrotas obreras y el control corporativo del régimen priísta, en gran medida contribuyeron a que los primeros adquirieran cada vez más relevancia, incluso en la vida interna de la izquierda. Por lo general, las nuevas corrientes y organizaciones se deslindaron del PCM y del lombardista Partido Popular Socialista (PPS) que se disputaban el

espartaquistas el mérito de comenzar a poner en entredicho las pesadas certitudes prevalecientes, teorizar y volver colectiva la necesidad de la “nacionalización de la teoría”, destacando las reflexiones de José Revueltas y de Enrique González Rojo. Rousset Banda, conocido como “Jacobo R.”, escribió algunos de los primeros intentos por sistematizar una visión crítica (si bien todavía un tanto doctrinaria) de la realidad nacional, por medio de su llamado *Programa nacional*, que surgió en la Asociación Revolucionaria Espartaco del Proletariado Mexicano (AREPM), heredó el Partido Mexicano del Proletariado (PMP) y algunas de cuyas partes (“La revolución mexicana” y “La centralización del capital en México”) fueron publicadas en *Nueva Praxis*, n. 1, abril-junio de 1969, pp. 57-98, publicación que editamos algunos activistas del 68. En un artículo de esta revista (Pedros Santos, “¡Forjemos las armas ideológicas del proletariado mexicano”) se menciona a Revueltas y a Rousset como “los verdaderos fundadores del movimiento comunista mexicano, los intelectuales que por primera vez aportaron hipótesis marxistas para la caracterización del movimiento comunista, el desarrollo del capitalismo y las clases sociales en México” (pp. 12-13).

¹⁰ Liga Leninista Espartaco, fundada por Revueltas, Partido Comunista Bolchevique, Unión Reivindicadora Obrero Campesina, Partido Revolucionario del Proletariado-Liga Comunista por la Construcción del Partido Revolucionario del Proletariado, AREPM, Movimiento Espartaquista de Monterrey, Liga Comunista Espartaco, Partido Mexicano del Proletariado y muchos agrupamientos locales básicamente estudiantiles. Escisiones, expulsiones y fusiones florecieron hasta la víspera del 68 y más tarde. Parte de esa historia de encuentra en José Revueltas, *Escritos políticos*, t. III, Obras Completas, t. 14. Ediciones Era, México, 1984. Véase también Paulina Fernández Christlieb, *El espartaquismo en México*, Ediciones El caballo, México, 1978. Los espartaquistas dieron origen y alimentaron publicaciones como *Espartaco*, *Revolución*, *Prensa Obrera*, *Militante*, *Acción Proletaria*. Personalmente sufrí a principios de 1968 la expulsión del grupo del *Espartaquismo integral*, dirigido por González Rojo, motivada por una revisión crítica que luego publiqué con un rimbombante subtítulo: “El Espartaquismo en México. Aproximación crítica. Primera contribución a la autocritica del movimiento revolucionario en México”. *Nueva Praxis*, n. 1 (único), pp. 14-34, firmado entonces bajo el seudónimo de “Antonio Acevedo”.

padrinazgo de la Unión Soviética y los “países hermanos”, y en México no acababan de diferenciarse de la “revolución hecha gobierno”. Precisamente el conflicto chino-soviético polarizó los campos y la revolución cultural china de 1966 acabó por pervertir ciertas corrientes, sobreideologizando y sectarizando al extremo posiciones políticas y actitudes. La influencia de la revolución cubana (al principio patrimonio del lombardismo y el nacionalismo), dio forma a una suerte de foquismo universitario que no pasó de los corredores de la Universidad (el primer Partido Mexicano de los Trabajadores surgido del Frente Obrero Comunista de México, los mamelucos del Movimiento Marxista Leninista de México, también influidos por el maoísmo) o de las intenciones de sus promotores (el grupo del periodista Víctor Rico Galán, la Organización Nacional de Acción Revolucionaria de Rafael Estrada Villa, escindido del PPS). El asesinato del Che Guevara en Bolivia, en octubre de 1967, marcaría decisivamente a la nueva izquierda, independientemente de sus opciones políticas específicas, cuya vida será retomada por los nuevos militantes como ejemplo de un nuevo humanismo socialista y de solidaridad internacionalista. Los grupos trotskystas, divididos en distintas corrientes luego de la ruptura de la IV Internacional en su congreso mundial, contribuyeron a complicar los debates y el panorama de la izquierda mexicana.¹¹

Todos esos procesos de recomposición, organización, debate, actividad y radicalización avivaron la caldera que estalló en 1968. Sin embargo, el *movimiento del 68* en México fue —como en cualquier otra parte del mundo— *un movimiento espontáneo masivo que arrasó, rebasó, cuestionó y disgregó todo*. El 68 significó en la práctica

¹¹ Reducida como todas, la corriente trotskista se fragmentó a raíz de la ruptura de la IV Internacional en su Congreso de Reunificación, celebrado en 1964. La Liga Obrera Marxista y el Partido Obrero Revolucionario (t) fueron los más relevantes, la primera incluso se desdobló en la Universidad Nacional en la Liga Obrera Estudiantil. *Perspectiva Internacional* y *Voz proletaria*, editadas por esas corrientes, priorizarán en sus páginas la problemática internacional. Por otra parte, *Hora Cero* apareció claramente bajo la influencia de la revolución cubana y en sus pocos números y folletos especiales se dedicó fundamentalmente a difundir las acciones y propuestas de los movimientos guerrilleros latinoamericanos, así como la represión de las dictaduras. Una idea de la atmósfera política y la problemática de entonces se puede encontrar en Jaime V. Vázquez, Cecilia N. Nava y Héctor Espinoza, “Notas para una estrategia”, *Tase*, Taller de Análisis Socio-económico, A.C., n. 3, enero de 1971.

la pérdida de la hegemonía que el PCM venía sosteniendo a pesar de sus crisis, los desprendimientos continuos –agravados durante el conflicto– y las nuevas corrientes organizadas que brotaban no sólo en la ciudad de México, sino en muchos lugares del país. Fue claramente un movimiento político-social que se situó a la izquierda, dirigido y animado por una nueva y emergente izquierda, difusa, desestructurada, inorganizada o desorganizada, que brotó por todas partes, de activistas que se politizaron o repolitizaron aceleradamente a través de la acción, de las vivencias, del encuentro con el México profundo, del enfrentamiento contra un Estado personificado en la policía, la intolerancia, la cerrazón y la sinrazón. Todo se transfiguró durante las intensas jornadas de la lucha estudiantil-popular: organizaciones, ideas, hábitos, actitudes, prácticas, percepciones, comenzando a surgir elementos de una nueva cultura política colectiva independiente y antiautoritaria, democrática e igualitarista. Por esto es que el 68 se revela como un movimiento *anunciador* de la crisis de fondo del régimen político surgido de la revolución mexicana, atrincherado en sus viejos reflejos y mecanismos prepotentes y totalitarios.

La derrota militar del movimiento vía la masacre del 2 de octubre y la persecución encarnizada de los estudiantes acarrió, como en 1959, la parálisis, la desilusión, el desconcierto y el marasmo, más que el miedo o la apatía. En pleno reflujo, con la mayoría de los dirigentes presos y con el rencor y la impotencia por los muertos, recomenzaron las recomposiciones y redefiniciones tanto del movimiento estudiantil, sobre todo en ciertos estados,¹² como de la izquierda. Muchos activistas y brigadas formadas durante el movimiento se reagrupan en torno a ciertos militantes y emprenden de entrada la reflexión sobre la experiencia vivida, en busca de opciones, de caminos. Bajo diversos ritmos y vías, en distintas direcciones, se aferran a una actividad colectiva de carácter político para guarecerse del desencanto y la incertidumbre, los que empujaron a vastos núcleos estudiantiles hacia el universo de las drogas, alentado

¹² Nuevo León, Sinaloa, Chihuahua, Puebla, Oaxaca y Jalisco. *Vid.* De la Garza *et al*, *op cit*, pp. 39 y 62 y ss, quienes consideran que en algunos lugares el movimiento estudiantil no sólo prosigue, sino que incluso se consolida después del 68.

por cierto por los medios oficiales. El movimiento estudiantil se hizo fuerte y trascendió por su capacidad para sensibilizar amplios sectores de la población habitualmente atrapados en la cotidianidad conformista y la sujeción a los de arriba. Trató de vincularse a los distintos sectores de la población trabajadora, a ella dirigió su propaganda, su protesta, tratando de suscitar complicidades, de generalizarla. Precisamente, el precursor movimiento de los obreros de Ayotla Textil —el que se desarrolla en paralelo al estudiantil sin grandes coincidencias o intercambios— proseguirá en 1969 y caerá en las escuelas heridas, en los medios estudiantiles, en busca de solidaridad de estudiantes y profesores, retomando métodos estudiantiles como las brigadas y contribuyendo a reavivar con su reclamo la actividad política.¹³

De esta forma, no debe extrañar que buena parte de los grupos políticos de izquierda que se reconstituyen o ensamblan después del 68, traten de reproducir o poner en práctica las experiencias vividas durante el movimiento, dirigiéndose a los sectores sociales, de trabajadores urbanos o campesinos, luego de pobladores o colonos de la periferia de las grandes ciudades. Teorizan sobre el papel social específico del estudiante, como fuerza social o posible relevo, ante la integración estatal de los trabajadores, en la búsqueda de la construcción de organizaciones revolucionarias capaces de enfrentar al Estado y al capital.¹⁴ Otros, particularmente salidos de la maltrecha Juventud Comunista de México, organización juvenil del PCM en descomposición luego del 68, se dirigirán a preparar la respuesta

¹³ *Ibid.* “Ayotla Textil, ejemplo de combatividad obrera”, *Cuadernos Revolucionarios*, n. 2, abril de 1971

¹⁴ *Ibid.* por ejemplo *Hacia una política popular. Qué hacer, con quién hacerlo y cómo hacerlo*, Coaliciones de Brigadas Emiliano Zapata, Diciembre de 1968 y Grupo Teoría y Práctica, “El movimiento estudiantil radicalizado y las tareas de los revolucionarios marxistas”, *Brecha*, n. 1, septiembre de 1971 (publicación conjunta del GTP, el Grupo Comunista Internacionalista, el PMP y un núcleo de “marxistas coordinados”). Surgieron Política Popular, los mencionados GCI y GTP, el Frente Socialista, el Grupo de Izquierda Revolucionaria, el Partido Comunista Obrero Mexicano, el Pregrupo, se rehace el PMP deviniendo autogestivo, brotan múltiples “comités obrero-estudiantiles” que se transformarán en organismos de carácter político, incluso una Cooperativa de Cine Marginal que se vinculará a ciertos sectores de masas. Los espartaquistas se disgregarán y se recompondrán como organizaciones o corrientes línea de masas, revestidos de un nuevo maoísmo. Véase Fabio Barbosa, “La izquierda radical en México”, *Revista Mexicana de Sociología*, n. 2, abril-junio de 1984, pp. 111-137. En el medio

armada a la intolerante y represiva acción gubernamental –alentada aún más por la agresión que los estudiantes sufrieron el 10 de junio de 1971 por parte de la policía y el grupo paramilitar del gobierno conocido como los Halcones–, dando forma a distintos destacamentos guerrilleros.¹⁵

El encuentro con las masas

La izquierda mexicana que surgió y se desarrolló a partir del 68, cambió significativamente en relación a todas las corrientes organizadas, envueltas y arrolladas por el movimiento estudiantil-popular y sus secuelas. El doctrinarismo, el carácter grupuscular, la ausencia de raíces sociales, la falta de sentido de la realidad, que distinguieron a la izquierda a pesar de ciertos esfuerzos en contrario, no podían superarse sino con una práctica social, cultural y política prolongada, y el 68 representó en este sentido un verdadero punto de inflexión. Precisamente, si algo distingue a la izquierda que surge a partir de entonces es el ser resultado, así sea a veces en forma distorsionada y dispar, de la irrupción de los trabajadores y otros sectores sociales masivos en la esfera política nacional. El 68 fue un encuentro inusitado y profundo con la vida social y política de la nación, un verdadero redescubrimiento del país y la sociedad reales por parte de miles de actores voluntarios o involuntarios que devendrán –al menos muchos de ellos– en promotores, organizadores

estudiantil, según Gilberto Guevara, entre julio de 1969 y julio de 1970 aparecieron por lo menos 15 órganos de prensa (*Op. cit.*, p. 54). Vid. igualmente, Manlio Tirado, José Luis Sierra, Gerardo Dávila, *El 10 de junio y la izquierda radical*, Editorial Heterodoxia, México, 1971.
¹⁵ Después del 68, el PCM “vivió uno de sus momentos más difíciles, sus vínculos organizativos de debilitaron mucho, toda su vida como partido se encontraba en descenso” (Juan Luis Concheiro, “En la lucha por la democracia y la unidad de la izquierda”, en Martínez verdugo, *op. cit.*, pp. 69-70). Sobre la disgregación de la JCM y el surgimiento de los grupos armados que desembocaron en la Liga Comunista 23 de septiembre, véase Gustavo Hiraes Morán, *La Liga Comunista 23 de Septiembre: orígenes y naufragio*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1977. Sobre sus manifestaciones más directas entre los estudiantes y el surgimiento de los “enfermos” que se integrarían en la LC 23 de septiembre, véase De la Garza *et al.*, *op. cit.*, pp. 115-122 y Guevara Niebla, *op. cit.*, caps. 6 y 7.

y militantes políticos de la miríada de agrupaciones o corrientes de una izquierda que fluirá descontroladamente. Anunciador de la crisis política del régimen de la “revolución hecha gobierno”, el movimiento del 68 encontró una suerte de continuidad prácticamente de inmediato en el contexto del estallido de la larga crisis de la economía y la política (nacional y mundial) en que se precipita el capitalismo desde el inicio de los años setenta. El largo y multiforme proceso de recuperación y reorganización del movimiento obrero y popular que arrancó entonces, alentó a la izquierda, que encontrará el “terreno social” donde desarrollarse.¹⁶

Ese proceso se nutrió de la prolongada crisis de la economía producida por el agotamiento del auge mundial de la posguerra, del desplome en México del modelo de desarrollo estabilizador y que poco a poco se fue combinando con el desgaste del régimen priísta, de la forma corporativa de dominación predominante, que desquebró la estabilidad sostenida y abrió un auténtico *periodo de transición* de carácter histórico.¹⁷ El reencuentro de la izquierda con las masas será de hecho un verdadero encuentro con un país al que solamente había comenzado a descifrar durante el 68.¹⁸ Como los trabajadores y demás sectores de la sociedad, como las clases sociales y el Estado, la izquierda será condicionada a partir de ese momento por los ciclos de la economía y de la lucha de clases. La izquierda entabló, pues, igualmente, un largo proceso de recuperación, recomposición y reorganización que la irá modificando y que, con otra intensidad, se mantendrá largo tiempo.

¹⁶ Véase Nuria Fernández, “Lucha de clases e izquierda en México”, *Cuadernos Políticos*, n. 30, octubre-diciembre de 1981, pp. 66-84 y Julio Moguel, *Los caminos de la izquierda*, Juan Pablos Editor, México, 1987.

¹⁷ Por entonces resumí esa situación en “Crisis o consolidación del Estado en México”, *Coyoacán. Revista marxista latinoamericana*, n. 4, julio-septiembre de 1978, pp. 21-44.

¹⁸ A partir del 68, en efecto, se expande rápidamente un ansia por conocer la realidad mexicana, tratando de descubrir tras las versiones apoloéticas predominantes, incluso en la izquierda, el enigma del país. Sobre “la intensidad que adquirió la circulación de ideas en los 60” véase Humberto Musacchio, “Los libros sagrados”, *Nexos*, n. 54, junio de 1982, pp. 44-48 y una visión desencantada y sesgada de este proceso en Arnaldo Córdova, “La larga marcha de la izquierda mexicana”, *Nexos*, n. 102, junio de 1986, pp. 17-23. Según el consejo de redacción de la revista *Coyoacán*, la discusión que se inicia entonces y se expresa en ensayos, libros, revistas, etcétera, es el “reflejo de una lucha de clases mucho más definida que en el pasado” (“Otras reflexiones sobre la guerrilla en México”, en el n. 3, abril-junio de 1978, p. 84).

Cada uno de los acontecimientos y desarrollos que conformaron el nuevo panorama social del país a partir del periodo presidencial de Luis Echeverría (1970-1976), contaron con la participación de la izquierda: la lucha de la insurgencia sindical encabezada por los electricistas liderados por Rafael Galván primero, la generalización posterior, paulatina y con altibajos pero constante de la resistencia de los asalariados a la austeridad que el gobierno de José López Portillo (1976-1982) impuso a partir de 1977, así como la reactivación de las acciones de amplios núcleos campesinos radicalizados y el surgimiento y desarrollo explosivo del llamado movimiento urbano popular. En cada vez más estados y ciudades, en empresas, oficinas, sindicatos, campos, barrios y escuelas, la izquierda fue tirando cabos, con lo que sus corrientes y organizaciones de mayor peso adquirieron por primera ocasión un carácter realmente nacional. La reforma política y las campañas electorales que ella trajo consigo proveerán el marco propicio por medio del cual la izquierda extenderá su presencia política en todo el país.

Fueron diferentes los pasos mediante los cuales los militantes de izquierda se ligaron a los sectores, movimientos y organizaciones de masas. La gran mayoría se encaminó, primero que nada, a través de la solidaridad con las luchas, pero también iniciaron con distintos ritmos y alcances una larga marcha hacia los centros de trabajo, los campos, pueblos y barrios pobres de las ciudades, las más de las veces con una visión asistencialista (“servir al pueblo”), pero que andando el tiempo los fogueó y unió duraderamente a sectores sociales.¹⁹ Numerosos militantes de la izquierda de los setenta habían vivido la experiencia del 68 como estudiantes y se reencontraron

¹⁹ Véase Barbosa. “La izquierda radical...”, cit.; *Historia O: Notas para una historia política de nuestra organización*, marzo de 1980, folleto spi, 60 pp.. UNIR, *Tesis políticas a discusión*, México, junio de 1985, folleto spi, pp. 3-9; J. Moguel, “Partido y revolución, notas sobre la nueva izquierda comunista mexicana”, *Teoría y Política*, n. 3, enero-marzo de 1981, pp. 109 y ss; Julio Bracho, “La izquierda integrada al pueblo y la solidaridad: revisiones de Política Popular”, *Revista Mexicana de Sociología*, n. 3, julio-septiembre de 1993, pp. 69-87 y en esta misma publicación Vivienne Bennett, “Orígenes del Movimiento Urbano Popular Mexicano: pensamiento político y organizaciones clandestinas, 1960-1980” (pp. 89-102); Marcos Cruz, Gonzalo Yañez, Elio Villaseñor, Julio Moguel, *Llegó la hora de ser gobierno. Durango: testimonios de la lucha del Comité de Defensa Popular; general Francisco Villa*, Equipo Pueblo/Praxis Gráfica Editorial, México, 1986.

luego como asalariados en las universidades²⁰ y en otros lugares de trabajo a los que ingresaron por decisión política.²¹ Realizarán su propia experiencia de organización gremial, social y política, y así la nueva generación de luchadores que sobrevivió al 2 de octubre y a la secuela de desmoralización que acarreó, se nutre y reproduce sin cesar.²²

²⁰ La "izquierda universitaria volvió a hacer política y abrió a los partidos de izquierda un campo en el cual pudieron fortalecerse y vencer el ostracismo político en el que vivían. La izquierda de todo el país fue reanimada por el sindicalismo universitario; como que éste permitía, luego de cerca de tres lustros, hacer verdadera política de masas, es decir, de masas organizadas" (A. Córdova, "La política de masas, y el futuro de la izquierda", *Cuadernos Políticos*, n. 19, enero-marzo de 1979, p. 31). Prácticamente todas las corrientes de izquierda participaron en este ensayo, véase al respecto Esthela Gutiérrez y Fernando Talavera, "El sindicalismo universitario, las fuerzas de izquierda y el Estado", *Cuadernos Políticos*, n. 25, julio-septiembre de 1980, pp. 29-53.

²¹ Una de las experiencias más significativas fue la de Línea Proletaria (LP), cuyo origen se remonta al 68. En un muy interesante análisis sobre ella se informa que diversos núcleos de activistas abandonan la ciudad de México y "se concentran en el norte del país en 1971, integrándose al proceso de lucha de masas en el campo y en las zonas marginadas". Sufrió dos escisiones: la primera condujo a la creación del MAP y la segunda al MCR. En 1976 se estructura en brigadas con cierta independencia y en una organización central, comenzando a hacer trabajo en el movimiento obrero. "Habiendo abandonado en lo esencial el trabajo de colonias -apunta el informe- en poco más de cuatro años ha ganado la dirección política de, cuando menos, diez secciones del sindicato minero -incluyendo la sección 147 con más de 14 500 trabajadores-; tiene una importante influencia en la conducción del sindicato de telefonistas en donde ha actuado en estrecha alianza con su secretario general; ganó la primera sección totalmente democratizada del SNTE, la sección VII de Chiapas; ganó la dirección sindical de Tremecc con más de 4 500 trabajadores, etc. Su trabajo se extiende también al campo donde ha crecido con rapidez. Es así como dirige la Coalición de Ejidos del Valle del Yaqui y Mayo en Sonora, la Unión de Uniones en Chiapas, una Coalición de Ejidos en Durango y otras organizaciones de masas" ("Informe: Línea Proletaria", *Organización*, n. 4, agosto de 1981, pp. 13-21). A mediados de los ochenta, LP vivió una profunda crisis y fue perdiendo mucha de su influencia en los sindicatos, acabaría por disgregarse. Independientemente de su orientación política, LP fue precursora en el trabajo sindical y de masas de la izquierda.

²² Muchos de los luchadores sobrevivientes del 2 de octubre -buena parte escindidos de la juventud comunista- irían a nutrir al llamado movimiento armado urbano y sufrirán por parte del gobierno una guerra sucia extremadamente violenta: infiltrados, perseguidos, masacrados, desmantelados, derrotados (véase Organización Revolucionario Punto Crítico, *La izquierda ante la represión y el autoritarismo estatal. México, 1968-1985*, México, 1985). El Movimiento de Acción Revolucionaria, el Frente Urbano Zapatista, luego la LC 23 de Septiembre -que reagrupó a muchos destacamentos que habían brotado de manera dispersa en distintos lugares del país-, fueron los más significativos. Una de las reflexiones más serias sobre esta experiencia es la de José Luis Rhi Sausi, "La parábola de la guerrilla mexicana", *Coyoacán*, n. 3, pp. 65-78. Véase también la citada nota de esta revista "Otras reflexiones...", pp. 79-85. Cfr. Gustavo Hiraes, "La guerra secreta, 1970-1978", *Nexos*, n. 54, junio de 1982, pp. 32-42 y *La Liga Comunista 23 de septiembre...*, op. cit., *Presos políticos discuten: un balance de la guerra en México*, Folletos de Bandera Socialista n. 11, en especial el artículo de Jorge Sánchez Hiraes. El citado editorial de *Coyoacán* concluye que la experiencia guerrillera de los setenta

De esta forma la izquierda fue renovándose bajo el influjo de los movimientos profundos de la sociedad, sensibilizándose al menos algunas de sus corrientes gracias a sus nuevas actividades y preocupaciones sociales y políticas, a su vinculación incipiente con la vida real de los trabajadores, con las necesidades cotidianas de éstos en los lugares de trabajo y habitación, con los ensayos de autoorganización desde la base y de resistencia muchas veces callada.²³ Colocados en el terreno de la práctica social y política, y por esto sujetos a su lógica arrasante, los militantes de izquierda debieron enfrentar una problemática radicalmente distinta a la de los esquemas doctrinarios en los que se había formado en los periodos de reflujo antes de 1968 y todavía un poco después. La situación nacional y sus frecuentes cambios, las innumerables e irrepetibles luchas reivindicativas de trabajadores y otros sectores sociales como campesinos y colonos, la necesidad de elaborar y decidir sobre las políticas más idóneas a proponer como parte de ellos, sus tendencias y posibilidades, la crisis multiforme, la reforma política, la actividad electoral y parlamentaria, la lucha por las libertades democráticas y contra la represión, etcétera, requirieron un esfuerzo de clarificación que por su complejidad y riqueza fue asumiendo un cierto carácter colectivo, producto del debate incluso enardecido de las distintas opciones. Como en el 68, los análisis, las alternativas, las propuestas, acarrear consecuencias no sólo para quienes los hacen, sino para los sectores sociales involucrados. Ya no se puede

es "marginal a la izquierda mexicana", lo cual sin embargo no toma en cuenta que involucró a una parte significativa de la generación del 68.

²³ "Actualmente, el movimiento de masas está presente en la lucha de toda la izquierda; o mejor dicho: la izquierda está presente en el movimiento de masas" (Gilberto Rincón Gallardo, "La fracción que yo soñé: tribulaciones de la izquierda nacionalista ante el PRI", *El Buscón*, n. 2, enero-febrero de 1983, p. 17). "En los sindicatos, en el campo, en las ciudades, en las escuelas, poco a poco las necesidades del movimiento han ido permitiendo superar los viejos vicios sectarios que caracterizaban a la izquierda, realizándose acciones unitarias frente al enemigo de clase. Esta unidad de acción en los diferentes sectores se va concretando, aún con dificultades [...] pero obedece al empuje profundo del proletariado y las masas hacia la unidad de clase" (*Por la conformación de una alternativa unitaria y clasista para las elecciones de 1982*, México, agosto de 1981, p. 12). Puede verse un recuento limitado sobre la intervención de la izquierda en los sindicatos en Max Ortega, *La Izquierda sindical mexicana*, UAM-I, Cuadernos universitarios, n. 3, 66 pp.

decir y hacer impunemente lo que sea, sino que los riesgos pueden ser insuperables y apabullantes

La izquierda comenzó a *reciclarse* con el movimiento social. Las tendencias y destino de éste, aunque no de manera mecánica ni siempre directa, condicionaron la suerte y el rumbo de la izquierda. El auge de las luchas acompañó la buena fortuna de la izquierda, al menos de las corrientes más audaces y sólidas y con mayores lazos sociales, mientras que las derrotas y caídas, la apatía y desconcierto de los núcleos sociales activos, especialmente de los asalariados, sumieron a la izquierda en una situación y un estado de ánimo semejantes.²⁴

Sin embargo, más que dirigir, orientar y empujar las acciones del pueblo, su reorganización democrática, su cultura política y su conciencia, la izquierda fue por lo general un *acompañante*, no siempre insustituible, muchas ocasiones incluso rezagado. En todo caso, sus experiencias directas de dirección y organización fueron limitadas y las más de las veces coyunturales, sin proporción alguna con la amplitud e importancia de las movilizaciones sociales, fragmentarias pero cada vez más significativas.

El camino de la recomposición

Las tendencias objetivas de los movimientos sociales que fueron afirmándose en el transcurso de las luchas desde los años setenta, en particular el *empuje unitario* de los trabajadores, su tendencia a la coordinación y solidaridad, así como su reorganización democrática desde abajo, influyeron también a la izquierda, la cual se deslizó poco a poco por múltiples caminos de unidad: en los sindicatos, empresas y oficinas, en las agrupaciones campesinas, entre los habitantes pobres de las ciudades, esto es en el medio de las organizaciones y de los movimientos sociales, pero igualmente hacia la

²⁴ Por ejemplo la derrota del SUTIN en 1983 debilitó a la corriente del Movimiento de Acción Popular (MAP) dentro del Partido Socialista Unificado de México (PSUM) y provocó una crisis de muerte a la Organización Comunista Proletaria (OCP). El fracaso del segundo Paro Cívico Nacional en 1984 hundió al conjunto de la izquierda en el desconcierto y la polarización, fue el preludio de su fuga hacia adelante.

acción política pluripartidaria o con el fin de formar opciones organizadas, de carácter partidario, entonces novedosas.

Esos procesos no dejaron de modificar el panorama y el perfil político –más bien, los diversos perfiles– de la izquierda. La práctica y pruebas comunes sobre terrenos y en momentos precisos, permitieron que los contingentes antes irreconciliables de la izquierda se hallaran en condiciones específicas que, además de ahondar en las dinámicas unitarias, incidieron por supuesto en debates y enfrentamientos entre distintos enfoques. Nuevas y más vigorosas corrientes políticas se delimitaron al interior de la izquierda: sindicalistas revolucionarios, comunistas, marxistas, nacionalistas, vanguardistas, espontaneistas, cristianos, etcétera. Sobre todo varió el contenido de las posiciones, desideologizándose y colocándose más en concordancia con la realidad, y por lo mismo, con más elevados niveles de comprensión y elaboración políticas.

Claro que no todo ni todos apuntaron hacia una maduración política, restando quienes prosiguieron reacios a abandonar su ideologismo y la vida de las catacumbas, pero el influjo del movimiento de los trabajadores y otros sectores sociales, la fuerza de las cosas cotidianas, la persuasión de la realidad y la vida, zarandearon a todos. Muchos entonces pudieron reciclarse y se revitalizaron progresando políticamente, otros más se hundieron o quedaron heridos de muerte.²⁵

²⁵ “El papel de la izquierda revolucionaria, de las distintas corrientes y organizaciones políticas que la conforman, es central [...] para afirmar el avance del proletariado en su reorganización y resistencia [...] Sin embargo, ella, como la propia clase, se encuentra en extremo dividida, dispersa e incluso enfrentada entre sus componentes. El sectarismo –como el localismo y el gremialismo en la clase– ha sido el principal obstáculo para que la izquierda revolucionaria pueda actuar de manera unitaria y golpear más eficazmente al enemigo, contribuyendo así a ofrecer alternativas claras y convincentes a los diversos sectores proletarios en lucha. A pesar de esto, el propio desarrollo del movimiento obrero y de masas ha ido creando necesidades que algunas agrupaciones logramos detectar a diversos niveles y responder a ellas igualmente, lo que en la práctica está obligándonos a vincular a otras corrientes con una nueva perspectiva, más abierta, para colaborar a desechar el sectarismo grupuscular que ha campeado en la izquierda” (Arturo Anguiano, “Sobre nuestra política unitaria”, *Cuadernos de discusión política*, n. 49, mayo de 1981). Entre quienes no fueron capaces de reciclarse, estuvieron diversas organizaciones maoístas que desaparecieron, como el Movimiento Comunista Revolucionario (MCR), el Frente Popular Independiente (FPI) y el Frente Popular Revolucionario (FPR), así como las agrupaciones guerrilleras y algunas otras. El Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en los noventa será otra historia.

Así surgieron el Frente Nacional de Acción Popular (1976) en torno a la lucha de los electricistas democráticos, el Frente Nacional contra la Represión (1979), el Frente Nacional por la Liberación y los Derechos de la Mujer (1979), el Frente Nacional en Defensa del Salario, contra la Carestía y la Austeridad (1982), el Comité Nacional en Defensa de la Economía Popular (1982) y, por la fusión de los dos últimos, la Asamblea Nacional Obrera Campesina Popular (1983). Todos se formaron como *frentes amplios unitarios*, abarcado sindicatos, corrientes sindicales, organizaciones de colonos y de campesinos, grupos de estudiantes, etcétera, al igual que agrupaciones políticas de izquierda.

Fluyeron además por diversas ciudades y regiones del país, con un carácter híbrido de frente y organización política, movimientos populares regionales integrados sobre todo –si bien no exclusivamente– por habitantes pobres de las ciudades y campesinos.²⁶ Como parte de la dinámica desatada por el sindicalismo insurgente, se estructuraron de igual forma, y desaparecieron, coordinadoras sindicales que posibilitaron el desarrollo de la solidaridad y ayuda mutua entre diferentes sindicatos en lucha, en su mayoría de pequeñas y medianas empresas y en regiones específicas como el valle de México y Morelos.²⁷ En especial, el periodo de ascenso del movimiento de masas independiente del régimen cristalizó en tres coordinadoras unitarias de carácter nacional, que tuvieron un papel significativo en la recomposición y resistencia del movimiento: la Coordinadora Nacional Plan de Ayala (1979) que articuló buena parte del movimiento campesino independiente, la Coordinadora Nacional del Movimiento Urbano Popular (1981) aglutinante de sectores sustanciales del emergente movimiento de colonos y la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (1980) que en los hechos fue la

²⁶ Entre otros, el Comité de Defensa Popular de Chihuahua, el Campamento Tierra y Libertad de San Luis Potosí, el Frente Popular Tierra y Libertad en Monterrey, el Frente Popular de Zacatecas y la Coalición Obrera Campesina Estudiantil del Istmo en Oaxaca.

²⁷ Coordinadora de huelgas de Naucalpan. Coordinadora Sindical Democrática del Valle de México, Coordinadora del Anfora, Coordinadora Obrera de Ecatepec. Coordinadora del Valle de Cuernavaca, Coordinadora de Trabajadores de Guanajuato, Coordinadora de Mujeres Trabajadoras, Coordinadora Sindical Nacional. Pacto de Acción y Unidad Sindical, Mesa de Concertación Sindical.

primera corriente sindical democrática de masas que surgió en el país.²⁸ Con la excepción del FNAP y el CNDEP, el rasgo característico de todas esas formas organizacionales, de expresión del movimiento social y su profunda tendencia a la unidad, el elemento que les dio su signo distintivo fue que el peso fundamental en su organización y movilizaciones, en su conducción, lo tuvieron las corrientes radicales más recientes de la izquierda; aquellas que fueron, por cierto, el resultado más notable de la realineación desencadenada en el 68. En el sector sindical independiente, empero, fue más restringido su accionar, donde las corrientes nacionalistas predominaron. A pesar de esto, aquí también se hizo notar aquella parte de la izquierda, manifestando con esto los cambios en su composición y en su práctica social y política.

Asimismo, el propio avance del movimiento obrero y de otros sectores sociales acarreó un proceso igualmente complejo y de largo alcance de recomposición de la izquierda mexicana. Las siglas desde principios de los setenta han sido innumerables, muchas de ellas desaparecieron o se unieron para dar vida a proyectos partidarios más amplios. Pero de hecho, los reagrupamientos marcaron tendencias profundas hacia la redefinición política y orgánica en dos grandes vertientes.²⁹

En efecto, en el periodo abierto con el 68 vemos cómo el PCM se desangra, reestructurándose más tarde en el Partido Socialista Unificado de México (PSUM), volviendo a atraer tanto a exmilitantes comunistas como a restos del poslombardismo y el nacionalismo revolucionario. El Partido Mexicano de los Trabajadores (PMT), organización de tendencia nacionalista de la que precisamente había partido la iniciativa de ese partido unificado, renegó de ella y se mantuvo un tiempo como una opción, si bien con frecuentes desprendimientos y crisis.³⁰ Fundado en 1976 con varias fracciones de

²⁸ Véase un panorama general de las coordinadoras en OIR-LM, *El movimiento popular: balance y perspectivas*, Documentos para la fusión, n. 1, marzo de 1982, 39 pp.

²⁹ Sobre esto volveré más adelante.

³⁰ El PSUM se formó por la fusión del PCM, el PPM (Partido del Pueblo Mexicano), el MAUS (Movimiento de Acción y Unidad Socialista), el PSR (Partido Socialista Revolucionario) y el MAP. El PSUM publicó hasta su desaparición el periódico *Así es*. Para la versión y los documentos oficiales véase "La fusión de los átomos", *Di*, n. 50, 8 de octubre de 1981. Algunos de

trotskyismo, el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) logró afianzarse como un proyecto político estable, con una continuidad fundamental a pesar de rupturas de poca monta que sufrió al inicio.³¹

Los movimientos-corriente en gran medida espontaneistas e incluso por cierto tiempo apartidarios, provenientes sobre todo de las variadas vetas del maoísmo y el populismo, siguieron una trayectoria en la que algunos de sus componentes se quedaron en el camino, pero en lo esencial asumieron progresivamente formas de coordinación que de “masistas” y “movimentistas” devinieron intentos más definidos de organización netamente partidarios. La Coordinadora Líneas de Masas (Colima)³² y la Coordinadora Revolucionaria Nacional (CRN)³³ representaron puentes que condujeron a varios de

los comentarios críticos que levantó, muy ilustrativos para la coyuntura actual de refluir unitario: Adolfo Gilly, “La declaración de los 5”, *Unomásuno*, 20, 21 y 22 de septiembre de 1981 y “Nuevo Partido”, *Unomásuno*, 24, 25 y 26 de octubre de 1981; A. Anguiano, “Por qué y para qué nace un nuevo partido”, *Bandera Socialista*, n. 203, 31 de agosto de 1981, reproducido en *¿Qué hacer en las elecciones del 82? La propuesta del PRT y el debate en la izquierda*, Folletos de BS, n. 82, pp. 75-81; “Fusión de partidos de izquierda: ¿socialismo de Estado o comunismo?”, *Organización*, n. 5, septiembre de 1981, pp. 1-3; “La izquierda mexicana: un paso adelante, dos atrás”, *Punto Crítico*, n. 121, septiembre de 1981, pp. 9-11 y Rodolfo Echeverría, et al. *El PSUM, fin de un proyecto viable*, Edición del Círculo de Estudios José Revueltas, México, 1985, 99 pp., Semo, *Entre crisis...*, cit., cap. “Adios al PCM”, pp. 135-176. Sobre el PMT véase Javier Santiago, *PMT: la difícil historia, 1971-1986*, Editorial Posada, México, 1987.

³¹ Vid. *¿Qué es el PRT?*, Folletos de Bandera Socialista, n. 9, diciembre de 1977, pp. 5-8; José Chávez Jaimes, “Breve historia de nuestra corriente en México (II)”, *Bandera Socialista*, n. 338, 29 de septiembre de 1986 y Octavio Rodríguez Araujo, *La reforma política y los partidos políticos*, Siglo XXI, México, 1979, pp. 205-209. En el PRT concurren básicamente la Liga Comunista Internacionalista (en la que había devenido el GCI), la Liga Socialista y la Liga Obrera Marxista. Habían editado con distinta suerte los periódicos *Bandera Roja*, *El Socialista* y *Clave* y a partir del surgimiento del PRT publicarán con cierta regularidad *Bandera Socialista*.

³² La Colima “se constituyó a iniciativa de los grupos partidarios de Zacatecas, Durango y Monterrey, hace ya cuatro años [...] agrupando a las organizaciones que reivindicábamos la línea de masas como una concepción integral de vinculación con el pueblo, de orientación de sus luchas, de captación y sistematización de sus experiencias” (OIR-LM, *Informe al Congreso de fusión*, Documentos fundamentales n. 1, febrero 1982, p. 14).

³³ Integrada por CDP de Chihuahua, COCEI, Movimiento de Lucha Revolucionaria de Nayarit, Centro Independiente de Cultura y Política Proletaria de Jalisco, Unión Campesina Independiente de Puebla y Veracruz, Asociación de Estudiantes Nuevoleoneses, Movimiento de Lucha Revolucionaria de Guerrero y Organización Revolucionaria Punto Crítico. La mayoría de las agrupaciones de la CRN se fueron disgregando a partir de 1982, en un inicio por el impacto de la campaña electoral.

sus integrantes a dar nacimiento a la Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas (OIR-LM)³⁴ y al Movimiento Revolucionario de Pueblo (MRP),³⁵ por un lado, y a la Organización Revolucionaria Punto Crítico (ORPC), por otro.³⁶ Por otra senda, reagrupando diversos sobrevivientes de la Liga Comunista (LC) 23 de Septiembre, otros núcleos ligados al proyecto del Frente Marxista y una fracción escindida del PCM en 1973, surgió la Corriente Socialista, en 1981, y tres meses después de su Congreso Nacional de Fusión se escindió la Unión de Lucha Revolucionaria (ULR), convirtiéndose aquélla, en 1985, en Partido Patriótico Revolucionario (PPR). En fin, de diversas regiones desembocaron pequeños agrupamientos hacia la creación de una nueva Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR), original combinación de posiciones de corte castrista radical y nacionalistas, con raíces regionales en Guerrero. Sin formular una política nacional precisa, la ACNR no dejó de desgajarse.³⁷

Más todavía, esas tentativas de coordinación, unidad y hasta fusión de la izquierda prosiguieron de manera febril a partir de 1985,

³⁴ Se funda en febrero de 1982 mediante la unión del Movimiento Obrero, Campesino, Estudiantil Revolucionario de Zacatecas (MOCER), la agrupación política proveniente de Política Popular vinculada al FPTYL de Monterrey y el CDP de Durango y el Seccional Ho Chi Minh también conocida como la "O" y cuyo origen lejano está en la Liga Comunista Espartaco. Véase Nuria Fernández, "Lucha de clases e izquierda en México", *op. cit.*, Julio Moguel, *Los caminos de la izquierda, op. cit.*, así como una versión resumida en *Unomásuno*, 26 de febrero de 1982.

³⁵ En su seno contó principalmente a la Unión por la Organización del Movimiento Estudiantil (UPOME) y la Unión de Colonias Populares (UCP), destacándose el hecho de que era la única organización de izquierda que incorporó en sus filas organizaciones sociales y no sólo militantes en lo individual.

³⁶ Si bien la ORPC se creó formalmente a inicios de 1983, en realidad existe como corriente política e ideológica al menos desde principios de 1972, cuando sus promotores fundaron la revista *Punto Crítico*. Fue el motor y el elemento de cohesión de la CRN, participando en diversos sectores sociales con sus propios militantes.

³⁷ "La ACNR es el resultado de un proceso de fusión que dos años atrás venían impulsando nueve organizaciones políticas de la izquierda revolucionaria mexicana: La Asociación Cívica Guerrerense, el Comité Promotor de Lucha Campesina-Popular, el Colectivo Democrático Revolucionario, el Grupo de Izquierda Revolucionaria-Espartaco, el Grupo Revolución, el Movimiento Cívico Jaramillista, el Movimiento Independiente de la Laguna, La Unión de Estudiantes Revolucionarios de Sinaloa y la Unión Revolucionaria Independiente" (*Declaración de Igualdad*, 31 de enero de 1983, p. 3. También en *Espacios*, n. 2, julio-septiembre de 1983, pp. 54-56). Sobre la Corriente Socialista y su ruptura, véase A. Anguiano, "Importante escisión en la Corriente Socialista", *Bandera Socialista*, n. 192, 1 de julio de 1981.

cuando los trabajadores pasaron a una situación difícil, refugiándose en una ardua y compleja resistencia defensiva menos espectacular y muchas veces latente, cuando las luchas de masas y sus organizaciones declinaron en lo fundamental y subsistieron solamente con una gran debilidad. Por medio de combinaciones inusitadas y todavía fallidas, pareciera que una desenfrenada competencia hubiera arrancado con el objetivo de acordar con apremio cualquier nuevo proyecto unificado que fortaleciera y diera credibilidad a la izquierda como tal.

De esta forma, las principales organizaciones de la autodefinida izquierda revolucionaria, con la excepción destacada del PRT, constituyeron en junio de 1985 la Unidad Nacional de Izquierda Revolucionaria (UNIR)³⁸ “para desarrollar la lucha unitaria durante todo este periodo bajo una misma plataforma de principios, un programa de lucha común, una política de alianzas coincidente y un plan de acción conjunta hacia el movimiento de masas”.³⁹

Más tarde comenzaron los llamados “Encuentros Nacionales de la Izquierda” (en noviembre del 85 sobre crisis, deuda y reconstrucción, en marzo y mayo del 86 sobre la democracia y la unidad de la Izquierda, respectivamente) en los que se perfilaron, por un lado, el “Pacto político del grupo de los cinco” con la idea de trabajar conjuntamente “en la perspectiva de construir en nuestro país un partido revolucionaria de masas”⁴⁰ y, por otro, el Comité de Unidad de Acción (CUA) sustituido el 17 de junio de 1986 por una Coordinadora Nacional Provisional encargada de preparar los documentos

³⁸ Quedó integrada por ACNR, CDP de Chihuahua, Frente Magisterial Independiente Nacional, Movimiento de Izquierda Revolucionaria, Movimiento de Lucha Popular, Movimiento Revolucionario del Pueblo, OIR-LM, Organización Revolucionaria del Pueblo, ORPC, Socialismo Obrero y ULR. De hecho, este frente comenzó a estructurarse desde mediados de 1983, cuando comenzaron a reunirse como FPIR con el propósito de “unimos al calor de la reanimación actual de las luchas de los trabajadores”, participando además de los mencionados *El Martillo* (periódico de Chihuahua) y la COPROL. Véase comunicado conjunto en *La causa del pueblo*, n. 19, 8 de julio de 1983 y reseña en *Patria Nueva*, n. 3, junio de 1983.

³⁹ Concluían: “estamos seguros que este frente ayudará a la formación de una fuerza política nacional de izquierda revolucionaria mucho más potente de lo que puede ser cualquiera de nuestras organizaciones aisladamente” (UNIR, volante, junio de 1985. Véase también UNIR, *Tesis políticas...*, op. cit.)

⁴⁰ Firmado por PRT, PMT, PRS, PPR y MRP. El texto de la declaración se puede ver en *Bandera Socialista*, n. 328, 12 de mayo de 1986.

básicos y el plan de trabajo del Frente de Partidos, Organizaciones Políticas y Ciudadanos.⁴¹ Lateralmente, el PMT y el MRP suscribieron un “acuerdo político” donde “ratifican su decisión de avanzar en su unidad política y orgánica, cuya culminación será la constitución de un nuevo partido revolucionario de masas”⁴² y casi al mismo tiempo, el propio PMT y el PRT establecieron un “pacto político de unidad”, emitiendo una declaración conjunta que aseguran creará “un partido revolucionario de masas, nacional y democrático, que oriente al pueblo en su lucha histórica por la emancipación social y política para lograr la plena independencia económica y social del pueblo de México”.⁴³

El PSUM, por su parte, acordó en abril de ese año trabajar por “la más amplia unidad orgánica de los partidos y organizaciones de la izquierda mexicana que se proponen el socialismo”⁴⁴ y la OTR-LM y el CDP de Chihuahua manifestaron el 2 de mayo su propósito de unir sus fuerzas en un Partido Nacional del Pueblo.⁴⁵ Como culminación de la primera etapa de la gran carrera unitaria, se

⁴¹ Además de “los cinco” lo integraron PSUM, POS (Partido Obrero Socialista), PSD (Partido Socialdemócrata), Partido Humanista, LOM, ACNR y UIC (Unidad de Izquierda Comunista). El texto de la declaración en *Bandera Socialista*, n. 331, 23 de junio de 1986.

⁴² Añaden: “Consideramos conveniente empezar a discutir los rasgos esenciales de dicho partido y definir las características de la política unitaria con los distintos agrupamientos interesados en participar en un proceso unitario más general”, *Proceso*, n. 495, 28 de abril de 1986, p. 43.

⁴³ “La izquierda partidaria en nuestro país --sostienen-- si bien ha tenido una evolución considerable en los últimos años, no ha estado a la altura de las necesidades del proceso de movilización popular. Su dispersión ha contribuido sin duda a que el sentimiento unitario y la capacidad de acción política y de lucha social de los trabajadores no se incrementen más aún. Parece difícil que todos los partidos que se reclaman de izquierda puedan estar unidos, pero es muy factible que aquellos que estén luchando por una nueva revolución social y política en México y que están por la acción independiente del régimen y los patrones, avancen hacia la unidad” (“Avanzamos buscando la unidad popular revolucionaria”, *Proceso*, op. cit., pp. 62-63). Enseguida integraron una “Comisión Coordinadora de Unificación” de ambos partidos y editaron un primer número del *Boletín interno conjunto*.

⁴⁴ PSUM, *Una nueva fuerza. un nuevo rumbo político para México*, Ediciones del comité central, México, 1986, en especial las pp. 8, 14 y 15. Se refiere a la UIC y al PPR. En el mismo sentido, véase José Camilo Valenzuela, “El Partido Patriótico Revolucionario y la unidad de la izquierda”, *Así es*, n. 168, 5 de abril de 1986. Concluye: “Llegar a ser uno es tarea de todos”.

⁴⁵ “Manifiesto”, *Excelsior*, 3 de mayo de 1986. También lo firmaron uno de los fragmentos de la ACNR y la Organización Campesina Popular Independiente de la Huasteca Veracruzana. Véase también “Origen y trayectoria del CDP de Chihuahua”, *Poder popular*, n. 3, abril de 1986.

difundieron públicamente los esfuerzos del PSUM y el PMT para unirse al inicio de 1987 con quien estuviera dispuesto a formar un nuevo partido unificado de izquierda.⁴⁶ Entonces surgirá el Partido Mexicano Socialista (PMS).

Dos grandes vertientes

Como puede observarse, en poco más de una década la izquierda mexicana sufrió muy variadas modificaciones bajo la influencia continuada de las luchas sociales, sobresaliendo a través de los acontecimientos y acciones una extensa capa de militantes y dirigentes formados en experiencias específicas de organización y en confrontaciones y movilizaciones reivindicativas y políticas. A pesar de que a primera vista pareciera que en el periodo más reciente fueran dejadas de lado, en aras de la añorada y vital unidad, las posiciones y los métodos, la práctica social y política, al igual que las perspectivas y orientaciones estratégicas, en verdad han sido primordiales en los procesos más profundos de redefinición y recomposición políticas, los cuales transcurren hasta por sobre las intenciones manifiestas.

El amplio abanico de la izquierda se fue cerrando no obstante su mayor desarrollo relativo, produciéndose en los hechos cierta *de-cantación* de las fuerzas y corrientes políticas. Desde el momento en que la izquierda principió su travesía por los sectores específicos de la sociedad y se ligó socialmente a ellos, su evolución estuvo condicionada por el curso del país, que la impacta y constriñe —a riesgo de quedar marginada— a responder a los intensos y muchas veces impredecibles sucesos que distinguen el periodo. La crisis prolongada de la economía, las dificultades del régimen político para renovarse, las diversas políticas, planes y medidas del Estado

⁴⁶ Vid. Heberto Castillo, "Necesaria apertura", *Proceso*, n. 509, 4 de agosto de 1986, pp. 35-36. Según Pablo Gómez, "se ha iniciado ya una negociación formal entre el PMT, UIC, PPR, MRP y PSUM, con vistas a una fusión orgánica" ("Contra la crisis y por la democracia", Informe de la comisión política al CC del PSUM, *Así es*, suplemento, n. 178, 30 de septiembre de 1986 y aquí mismo la "Resolución del XVIII Pleno del CC [...] acerca de la situación actual y las tareas políticas del partido").

y la burguesía, los enfrentamientos políticos nacionales y de clase, los cambios en la composición de los asalariados y los procesos de trabajo en lo que son lanzados, los ritmos y cursos de las luchas obreras y de otros sectores de la población trabajadora, en fin, *el qué hacer y cómo hacerlo*, no sólo marcaron definitivamente, sino determinaron a la izquierda y su destino, al menos de la inmensa mayoría de sus componentes.

Como queda apuntado, las nuevas condiciones de las confrontaciones sociales y el paso del país por la crisis motivaron una elaboración y reflexión sin igual, particularmente el esfuerzo por desentrañar las cuestiones desde una óptica marxista y con propósitos políticos. Esto sucedió en las universidades y centros de investigación, en donde son numerosos los militantes de las distintas fracciones de izquierda, pero además en las organizaciones partidarias, cuyas direcciones y cuadros realizaban trabajos muchas veces colectivos, e incluso en ciertos sindicatos y corrientes sindicales.⁴⁷

Es justamente esa “lectura diferente de la realidad”⁴⁸ que efectúan los grupos, corrientes y organizaciones de la izquierda mexicana, la que está en la base de prácticas, objetivos y orientaciones igualmente distintos y aun contrapuestos. De todos esos elementos se desprenden los posibles intentos de caracterización de *las izquierdas*.

Por ejemplo, a mediados de los ochenta Enrique Semo ubicaba “tres grandes corrientes políticas”, partiendo sobre todo de su posición respecto al Estado y la política hacia él. Sin embargo, las define con poca claridad y cierta ambigüedad. Así, “la primera considera que con la reforma política llegó en México la hora de abandonar la lucha frontal contra el gobierno y pasar a la disputa de posiciones dentro de él”, siendo su objetivo la lucha por reformas al interior de las instituciones actuales, la democratización social y

⁴⁷ Entre otros aportes destacan: PRT, *Crisis capitalista y perspectivas del proletariado*, Folletos de Bandera Socialista, n. 81, México, junio de 1981, 105 pp., “Lucha de clases 1972-1982”, *Punto Crítico*, n. 123, especial, marzo de 1982, 80 pp., MAP, *Tesis y programa*, México, 1981, 379 pp., Corriente Socialista, *Nuestra táctica ante la situación actual*, marzo de 1980, 55 pp., OIR-LM, *La crisis prolongada, la situación política*, Documentos fundamentales 5, junio de 1985, etc. También tuvieron su aporte revistas como *Coyoacán*, *Cuadernos Políticos*, *Teoría y Política*, *El Machete*, *El Buscón*, *La Batalla y Espacios*.

⁴⁸ N. Fernández, “Lucha de clases...”, *op cit.*, p. 66.

económica del país. La segunda parte de la “crisis de legitimidad” de un Estado cuestionado por el movimiento popular, rechaza la reforma política, ya que aleja de las masas y desvía esfuerzos hacia el parlamentarismo, busca en cambio “desarrollar una fuerza popular autónoma alternativa al sistema”. La tercera considera que “la lucha por el socialismo cubre una larga época”, viviéndose desde 1975 un periodo en el cual “la lucha por reformas y posiciones es viable”, planteando también la finalidad de crear “una fuerza popular autónoma”.⁴⁹

Con un poco más de precisión, Christopher Domínguez dividía también a la izquierda nacional “en tres grandes troncos, desde el punto de vista de la caracterización que se hace de la situación nacional y del tipo de país, la actitud ante el Estado y la revolución y la política concreta de las organizaciones”: 1) izquierda colaboracionista, 2) izquierda opositora y 3) movimientos de masas apartidistas e izquierda grupuscular.⁵⁰

Adolfo Gilly, por su lado, delimita “cuatro grandes corrientes históricas: a) la liberal/cardenista... b) la lombardista, c) la comunista, d) la marxista radical”, fundamentando su clasificación en “cómo concibe cada tendencia su propia relación con el Estado y con el movimiento obrero y de masas y cómo concibe la relación entre el Estado y este movimiento”.⁵¹ Según Gilly, la primera gran corriente *histórica* vendría de la tradición del liberalismo radical del siglo XIX y del ala “jacobina” de la revolución mexicana que se “condensa” en el cardenismo, “reapareciendo, transformadas, en un sector extremo del PRI y en la Tendencia Democrática de los electricistas”. La lombardista provendría de la “tradición de los intelectuales ligados al movimiento obrero estatista [...] Coincidente [...] con la anterior por la centralidad que [...] conceden al Estado, se diferencia de ella en que [...] va del Estado hacia las masas y no de éstas hacia el Estado [...] Es la ideología más difusa, en múltiples variantes, en la izquierda mexicana”.

⁴⁹ Enrique Semo, “La izquierda mexicana frente a la crisis”, en Jorge Alcocer, *México: presente y futuro*, Cultura Popular, México, 1985, pp. 119-121.

⁵⁰ “Quién es quién en la izquierda mexicana”, *Nexos*, n. 54, p. 28.

⁵¹ Adolfo Gilly, *México, la larga travesía*, Nueva Imagen, México, 1985, pp. 175, 179.

En fin, la tercera “responde a la tradición del movimiento comunista de la III internacional posleninista [...] Plantea la reorganización del movimiento obrero independientemente del Estado y ubica el foco de la lucha de clases fuera de éste. Sin embargo, no deja de considerar posible una alianza con el Estado [...] para neutralizarlo o presionarlo hacia posiciones más favorables a los trabajadores”. Por último, la marxista radical “responde a la tradición de las oposiciones o alas disidentes de la III Internacional [...] Como rasgo común [...] plantea la actualidad de la revolución socialista, y como cuestión central la ruptura del movimiento obrero con el Estado y su autorganización independiente”.⁵²

Todos esos reagrupamientos en los que se pretendió clasificar a la izquierda con el ánimo de encontrar la lógica de su quehacer político, pueden aparecer realmente un poco arbitrarios, en la medida en que por lo general tienden a entremezclarse las distintas opciones. La primera y segunda corriente que define Semo se identifican en los hechos y lo mismo sucede con las dos primeras que señala Domínguez. En cambio, resulta confuso introducir la definición de lo que Gilly denomina primera gran corriente histórica, pues si se inserta en la izquierda la corriente de Rafael Galván es precisamente por su ruptura práctica con el régimen priista e incluso en cierta medida con su ideología nacional-burguesa. Al calor de su larga y dura lucha, la Tendencia Democrática se radicalizó y asumió al final una lógica diferente a la oficial, aun de su variante más progresiva (el cardenismo), por lo que representó un sindicalismo revolucionario cuya evolución se cortó en seco con la muerte de Galván luego de la derrota infringida por el Estado. Sus herederos quedaron rezagados y reunidos en el Movimiento de Acción Popular (MAP) se incorporaron al PSUM con el propósito de convertirse en una *bisagra* entre la izquierda y el Estado. Hay que señalar que años después, con la salida de la Corriente Democrática del PRI, encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas, se seguirá un proceso similar de separación y ruptura respecto al régimen priista, aunque la orientación hacia la izquierda se perderá en una suerte de limbo que asumirá más bien la forma de una utopía conservadora.

⁵² *Idem*, pp. 176-179. Julio Moguel descompone la última en *Los caminos...*, *op. cit.*, pp. 117 ss.

No se puede tampoco soslayar que la segunda y tercera corrientes diferenciadas por Gilly, además de coincidir centralmente con las anotadas arriba por los otros autores, no dejaron de vivir una persistente y decisiva confluencia, incluso en términos históricos. Tal vez la confusión provenga de la determinación de formalidades como la existencia del PPS. Pero entonces el lombardismo estaba más bien representado, aunque evidentemente con cambios y adecuaciones a la época, por el MAP, en cierta medida el PSUM y el PPR que por el PPS, que es una fuerza del régimen, un organismo paraestatal.

La izquierda se ha definido básicamente como un conjunto de *fuerzas independientes del régimen predominante* en México, es decir del Estado, sus partidos, sus formas de control social y la burguesía. Esto es al margen de que algunas de las alternativas de izquierda se hallan ofrecido en distintos momentos como *puentes* entre ciertos sectores de la sociedad movilizadora y el Estado, y a pesar inclusive de que su política fuera estructurada primordialmente en relación a éste, al que colocan al extremo como el centro de todo cambio. Para un uso más práctico y políticamente más preciso puede llevarse a cabo una mayor simplificación, si lo que interesa no es tanto el origen ni la tradición de las distintas corrientes o tendencias, sino *su camino preciso, la óptica y los intereses de clase que los distinguieron así como sus posibles destinos*. En esta perspectiva, coincido con una visión que en la práctica fue generalizándose en esos años: “En el campo de la izquierda, el enfrentamiento entre dos grandes tendencias es un hecho constante y cotidiano, visible a pesar de la fragmentación existente y que favorece procesos de alianza política y de fusión orgánica. Una de estas tendencias, definida por una larga tradición histórica, se aglutina en torno al PSUM. La otra, todavía en formación, dispersa orgánicamente, acumula fuerzas a partir del impulso a la movilización de masas; rodeada de un cerco de silencio, empieza ya a ser una realidad innegable. Estas dos distintas estrategias se basan en una lectura diferente de la realidad del país”.⁵³

⁵³ N. Fernández, *loc. cit.* El subrayado es nuestro.

A finales de 1980 escribí que “el desarrollo de los enfrentamientos de clases, en especial el avance de las luchas de los asalariados y el desarrollo de la política burguesa, han planeado en los hechos la redefinición de todas las corrientes y organizaciones de izquierda. La evolución de la reforma política hacia un parlamentarismo de caricatura, la permanencia y estructuración de la austeridad, el revestimiento de la política exterior del Estado con un ropaje aparentemente nacionalista, han estado exigiendo de la diversas corrientes y organizaciones políticas que se reclaman de los trabajadores, definiciones políticas que van más allá de la ideología, para repercutir en su actividad cotidiana y en el curso de los conflictos en los que participan. Así, el desarrollo del movimiento obrero y de masas y las readecuaciones en su política que el Estado y la burguesía ponen en práctica para enfrentarlos y reencauzarlos bajo el dominio oficial, imponen al movimiento de masas tácticas y acciones concretas que, al instrumentarse, o bien facilitan su resistencia a las agresiones patronales contra su nivel de vida y sus logros, ayudando a su reorganización y avance, o bien contribuyen a mediatizar y someter a los trabajadores a la maquinaria institucional –legal, ideológica, electoral, parlamentaria, etcétera. En el primer caso se fortalece el movimiento de masas, en el segundo se le desarma y empuja hacia la revitalización del consenso del Estado y sus aliados. Dos grandes bloques, aún sin ninguna articulación interna, pero en constante y cada vez más precisa delimitación, se han estado conformando en el transcurso de los acontecimientos aludidos. Por un lado, [algunos] [...] van asumiendo a diversos niveles su papel como oposición ‘leal’ al régimen, contribuyendo a renovar el aparato institucional, la dominación política del capital. Por otro, distintas organizaciones y corrientes clasistas vamos integrando en la práctica un amplio abanico de izquierda revolucionaria, que precisamente rehusa favorecer el juego político manejado por el gobierno y trata de todos los modos posibles de avanzar su vinculación con el proletariado y demás oprimidos, acicateando su descontento y luchas. Esta redefinición, sin embargo, no se da sólo entre organizaciones y corrientes, sino atraviesa igualmente algunas de éstas”.⁵⁴

⁵⁴ A. Anguiano, “Sobre nuestra...”, *op. cit.* En el mismo sentido se expresaron diversas organizaciones que formaron la Unidad Obrera Campesina Popular (UOCP), alianza electoral que

La tendencia a la conformación de dos *grandes vertientes* —y este es el término que me parece más idóneo— en el seno de la izquierda al menos desde el inicio de los setenta, era por lo demás una tendencia profunda e irresistible a nivel latinoamericano, como Adolfo Gilly documentó en un excelente ensayo sobre “La reorganización de la clase obrera latinoamericana”.⁵⁵

Esas dos grandes *vertientes* no dejaron de fluir con intensidad, de correr como arroyuelos que a veces se alejaban de su caudal más vigoroso, entrecruzándose caprichosamente y por momentos hasta se confundieron o al menos se volvió difícil su delimitación y seguimiento. Es una izquierda en movimiento, viva mínimamente desde que comenzó a echar raíces sociales a lo largo y ancho del país, y por ello en incesante mutación. Por esto es que si bien es posible ligar con ciertas organizaciones de peso a las *vertientes* —como pudo ser en 1982 con el PSUM y el PRT que aparecieron respectivamente como las fuerzas en torno a las cuales se manifestaron y alinearon la mayoría de las corrientes—, lo más importante es entender que eso es limitado y parcial, que en esa época ninguna organización se sitúa íntegramente de un lado o del otro y que los procesos de redefinición política y de recomposición y reagrupamiento político

postuló a Rosario Ibarra como candidata a la presidencia en el 82: “Es pues el mismo desarrollo de la lucha de clases el que ha venido diferenciando dentro de la izquierda mexicana fundamentalmente dos tendencias: una reformista, que ubica al Estado como el eje rector de las transformaciones ‘democráticas’ y ‘renovadoras’ del sistema capitalista, y por lo tanto, que mantiene una política de colaboración con el enemigo de clase del proletariado, reduciendo el papel de las masas a simple instrumento de presión para negociar posiciones dentro de la estructura burguesa a costa de frenar su organización combativa e independiente; otra, revolucionaria, que mantiene una posición de independencia frente al Estado y la burguesía y se plantea como objetivo central impulsar la conciencia de clase y la organización autónoma del proletariado y demás sectores explotados y oprimidos del pueblo para dirigirlos hacia la toma del poder [...] A cada momento, en cada lucha concreta de las masas, en cada coyuntura política, cada una de las tendencias hace presencia y busca orientar a la clase obrera y al pueblo bajo estas concepciones estratégicas” (*Por la conformación de una alternativa...*, op. cit., p. 15). Véase también *Crisis capitalista...*, op. cit., p. 67, UNIR, *Tesis políticas...*, op. cit., p. 3, Semo, op. cit., p. 126.

⁵⁵ *Cuadernos Políticos*, n. 24, abril-junio de 1980, p. 43. Y aclara: “Esta línea divisoria no pasa entre unas y otras de las formaciones políticas de izquierda existentes, sean ellas socialistas, comunistas, trotskistas, maoístas, miristas (o sus variantes), antimperialistas u otras. Pasa a través de todas ellas, ha provocado ya algunas divisiones y reagrupamientos y determinará otros”. En la misma orientación, véase “Frentes políticos y partidos en América Latina”, *Coyoacán*, n. 13, julio-septiembre de 1981, pp. 3-13.

pasaban por entre las propias organizaciones, sin que se estuviera en condiciones de precisar cuál sería el perfil definitivo de las diversas opciones reales de la izquierda mexicana.

Lo que sí se puede dejar asentado es que las dos *vertientes* tendieron a asumir como eje definitorio por un lado lo que se podría llamar *neolombardismo* y, por el otro, marxismo revolucionario o comunismo de izquierda. La primera vertebra su política en la búsqueda de alianzas con distintas fuerzas del régimen predominante, mientras la segunda se basa primordialmente en el impulso vital de la independencia de clase de los asalariados, de su autonomía y autorganización democrática, desde la base, lo que requiere un proceso de maduración política a través de las propias luchas e iniciativas de los de abajo. A pesar de que todas las fuerzas postulaban la independencia de los trabajadores, incluso como condición para progresar en un esquema de alianzas de clase, lo cierto es que las prácticas, los planteamientos políticos y aún las propuestas estratégicas, chocaban en cada momento y precipitaban a las distintas opciones políticas por cauces divergentes. Como antaño, la independencia o la colaboración de clase no dejaron de ser punto nodal de definición política en la izquierda mexicana. Los matices o posiciones intermedias, como el nacionalismo de origen sindical y el comunismo proveniente de la herencia del PCM, por una parte, y las diversas variantes maoístas, “movimientistas”, leninistas, etc., por otra, tendieron a ser subsumidas por las dos *vertientes* principales.

Es importante destacar la fuerza y permanencia en México de la tradición del lombardismo o colaboracionismo de corte nacionalista, que no obstante muchos “entierros” y giros históricos se resiste a perecer y en cada coyuntura asume nuevas modalidades e incluso energías acrecentadas. Tal vez su fuerza principal la proporcionan puntualmente sus vínculos con el Estado “salido de la revolución” o su referencia cardinal con éste. En todo caso, su acción supedita los intereses de los trabajadores y su autonomía de clase a objetivos e fines supuestamente nacionales, supraclasistas, como la soberanía o la democracia, cada vez más indefinidas y abstractas.⁵⁶

⁵⁶ Para definir a esta *vertiente* me remito al nombre de Vicente Lombardo Toledano, pues sus contribuciones prosiguen como fuente esencial en la que se alimenta el proyecto reformista.

En cada momento, sobre todo en las coyunturas difíciles, podía descubrirse la expresión de esas dos *vertientes* y en sus polémicas, propuestas y acciones su definición. Destacan las situaciones desatadas por la reforma política de 1977 y su secuela de campañas electorales inacabables y poco efectivas, la nacionalización de la banca en 1982, la crisis de la economía y las políticas de austeridad, las alianzas en el movimiento obrero y sus posibles acuerdos con el Congreso del Trabajo alentados por las huelgas de 1983, las perspectivas de la ANOCP luego del fracaso del segundo Paro Cívico Nacional en 1984, etcétera.⁵⁷ Todas estas cuestiones cambiaron los aires de la atmósfera nacional y muchos de los puntos de ruptura entre las *vertientes* fueron superados por el transcurso de la propia realidad. Como Semo señala, por ejemplo, los debates sobre la

Como en los treinta, ahora también son las corrientes, como la comunista, las que se diluyen o dejan subordinar por el lombardismo y no al revés. Más aún, los comunistas —o al menos una parte— tienden a desistir de la revolución socialista como proyecto estratégico, remitiéndolo no sólo a un lejano futuro, sino asumiendo asimismo en forma abierta al régimen capitalista predominante como el medio y la vía donde tejer la alternativa. Al igual que en los treinta y después, el neolombardismo vela en el fondo las condiciones de explotación y dominación de clase, en vistas al impulso de “convergencias” interclasistas, asentadas en objetivos nacionales abstractos. Véase por ejemplo a A. Cordera, “Crisis y propuestas...”, *op. cit.*, pp. 34-36. Por otra parte, en las filas de esa vertiente hay quienes tratan de criticar la visión estatalista de la izquierda, pero lo hacen más intentando “modernizar” su discurso. Roger Bartra, por ejemplo, concluye que hay que “socializar al Estado: ocuparlo, invadirlo, tomarlo desde los bastiones de la sociedad civil”. El Estado sigue siendo aquí el sujeto central y esa política respecto a él se trata de justificar con la nada novedosa idea de la “presencia de fuerzas populares al interior del Estado” (*El reto de la izquierda*, Grijalbo, México, 1982, en especial las pp. 85-86 y 192).

⁵⁷ Entre otros, Nuria Fernández, “La reforma política: orígenes y limitaciones”, *Cuadernos Políticos*, n. 16, abril-junio de 1978 y “La izquierda mexicana en las elecciones”, *Cuadernos Políticos*, n. 33, julio-septiembre de 1982; *La reforma política y la izquierda, encuestas y debates*, Nuestro Tiempo, México, 1979; PRT, *Crisis capitalista...*, *op. cit.*, y del mismo partido *La crisis: una oportunidad histórica para los trabajadores*, Cuadernos *La Batalla*, n. 1, junio de 1984; *¿Qué hacer en las elecciones del 82?...*, *op. cit.* Sobre el debate en torno a la nacionalización de la banca: “Documentos: la izquierda ante la nacionalización de la banca”, *La Batalla*, n. 1, diciembre de 1982-enero de 1983, pp. 23-33 y en ese mismo número A. Anguiano, “Lo que ha cambiado la nacionalización de la banca” (pp. 7-15); *El PSUM ante la nacionalización de la banca*, Ed. del Comité Central, México, 1982; P. Gómez, *La izquierda y la democracia*, Cultura Popular, México, 1984; Cuauhtémoc Ruiz (comp.), *¿A dónde va México? La polémica en la izquierda*, Ediciones El socialista; Rolando Cordera, “Crisis y propuestas nacionales”, en J. Alcocer, *México...*, *op. cit.*, pp. 13-36 y en ese mismo volumen Carlos Pereyra, “La perspectiva socialista en México” (pp. 243-256); *Espacios*, n. 2, julio-septiembre de 1983, que contiene diversas posiciones sobre la crisis económica; consúltese también las ponencias de las distintas organizaciones en los tres “Encuentros” de la izquierda.

crisis o auge de la economía en la época del auge petrolero y respecto a la nacionalización de la banca con las perspectivas y frentes encontrados que produjo, los resolvieron los propios acontecimientos y las políticas del Estado impulsadas por el gobierno de Miguel de la Madrid, abriendo una senda por la que muy pronto se fueron todas las corrientes y organizaciones, desembocando en la mayor unidad de la izquierda en toda su historia.⁵⁸

Más tarde, la polémica giró en torno a la profundización y generalización de la crisis de la economía, sus posibilidades de reestructuración, las políticas del Estado para salir de ella, el peso de la deuda externa, la transición política, la democracia y la unidad de la izquierda. Es entonces, sobre todo a partir de 1984, cuando más se confunden y entrelazan las distintas posiciones y cuando se enreda y diluye aparentemente el proceso de redefinición, recomposición y reorganización de las fuerzas políticas de izquierda.

⁵⁸ E. Semo, *op. cit.*, pp. 124-127. Hay que decir que se zanjaron a favor de las corrientes revolucionarias que ya veían la gestación de la crisis económica, cuando otros aceptaban como válidas las ilusiones de "prosperidad" alimentadas por el presidente José López Portillo y que insistieron en las pocas posibilidades de la nacionalización de la banca, incapaz de permitir reorientar "por un curso democrático" a la economía y en la necesidad de combatir primordialmente la austeridad, que con "auge" o "caída" los asalariados y las masas no dejaban de sufrir cada vez más duramente. También, hay que decirlo, puso en su lugar a quienes precipitadamente habían dado por liquidada a la burguesía financiera (vid. Manuel Aguilar Mora, "Una raya más al tigre", *La Batalla*, n. 1, pp. 16-22). En noviembre de 1984, refiriéndose a la nacionalización de la banca, el propio Enrique Semo apuntó en forma aguda: "Quizá sea difícil aceptarlo pero la nacionalización fue una prueba que la izquierda no pasó. Desde entonces sus problemas se han agravado" (*Entre crisis te veas, op. cit.*, p. 118).

El nadir

El viraje de la situación nacional

El año de 1984 fue un drástico punto de viraje en el proceso de reorganización de la izquierda mexicana. Abrió un nuevo periodo de su desarrollo que sería decisivo para su futuro. Al iniciarse ese año, la situación tanto del movimiento social como de la izquierda, se había vuelto muy difícil ante el desarticulador proceso de reestructuración económica impulsado por el gobierno de Miguel de la Madrid. Esto parecía contradictorio, pues venían de probar su máxima unidad política y práctica a través de la ANOCP y la realización del Paro Cívico Nacional del 18 de octubre de 1983,¹ que estimuló muchas expectativas y nutrió la creencia de que su impacto social y la fuerza acumulada permitiría que el segundo Paro Cívico Nacional (en una estrategia de “escalamiento de las luchas”) lograría dar una expresión política, una salida organizada, a la tremenda inconformidad e irritación contenidas de los trabajadores, motivados por la persistente y endurecida ofensiva de austeridad del régimen.²

¹ Diversos balances en *Espacios*, n. 3, mayo-julio de 1984; F. Barbosa y Ana Luisa González, “El Paro Cívico Nacional”, *Momento económico*, n. 5, abril de 1984, pp. 3-5 y en este mismo n. Gustavo López Pardo, “La constitución de un proyecto de masas: La Asamblea Nacional Obrera Campesina Popular”, pp. 6-7.

² “Aunque pareciera contradictorio, el éxito del Paro Cívico Nacional del 18 de octubre no creó mejores condiciones para la realización del segundo, sino que más bien ha sido acompañado por dificultades adicionales debidas al agudizamiento de la represión oficial y la profundización de la puesta en práctica de la política de austeridad [...] la situación del movimiento de masas,

Esto no sucedió, no obstante que las movilizaciones preparatorias de la asamblea, la lucha del Sindicato Mexicano de Electricistas (SME) y el desbordamiento masivo del descontento de los asalariados el primero de mayo de ese año, crearon un clima de agitación social y reactivaron las menguadas fuerzas de la izquierda y el movimiento de masas democrático. El segundo Paro Cívico Nacional fracasó por su muy restringido alcance y porque, contra lo que se esperaba, no desencadenó la protesta masiva y espontánea de los trabajadores, quedándose en la práctica como “una movilización exclusivamente de las organizaciones de la ANOCP [...] pero con una participación exigua de todas”.³

Llegando al límite de sus posibilidades en una situación de crisis nacional aguda, evidenciando un debilitamiento significativo en su capacidad de movilización, y de hecho su poca influencia en el conjunto de las masas trabajadoras *aún unificadas*,⁴ la izquierda se precipitó aceleradamente en un nuevo periodo de polarización, enfrentamientos sectarios y divisiones en su seno. Se confirmó así la sombría advertencia que la propia ANOCP hizo en el citado

y en especial sindical, es difícil y tiende a predominar la cautela, por lo que se complica y detiene la recuperación de las fuerzas que participaron en el PCN así como la sensibilización de otros contingentes, sobre todo sindicales, la comprensión de la necesidad de aunar esfuerzos en la lucha contra la austeridad, la disposición a participar [...] en el marco de la ANOCP y en vistas a efectuar el segundo PCN” (“Documentos aprobados en el VII pleno de la ANOCP: balance”, *Espacios*, n. 3, p. 43. También en *La Batalla*, n. 8, mayo-junio de 1984, pp. 91-92).

³ “Las acciones del 5 de junio [efectuadas en 70 ciudades de casi todos los estados] fueron de agitación y propaganda. Se efectuaron desde temprana hora una gran cantidad de pequeños actos sectoriales en cordones industriales, lecherías, mercados, centrales de autobuses y, en el DF., en estaciones del metro, las cuales son difíciles de contabilizar en forma precisa. Además [...] 80 movilizaciones centrales: plantones, mitines y manifestaciones. Los paros [laborales] fueron la excepción y algunos, como los universitarios y empleados públicos en Hermosillo, se dieron al margen de la ANOCP, aunque coincidiendo en los hechos con ésta, fueron sobre todo los maestros democráticos quienes realizaron ese tipo de protesta [...] [involucrando] a más de 90 mil maestros en diversos lugares del país” (“El segundo paro cívico nacional no logró sus objetivos”, declaración del comité político del PRT, en *El Paro Cívico Nacional y perspectivas de la unidad*, Folletos de Bandera Socialista, n. 96, pp. 14 y 18).

⁴ “Como en ninguna ocasión, la izquierda actuó en forma unitaria en casi todo el país, unificó su acción sobre los mismos ejes políticos y reivindicaciones, puso en práctica simultáneamente formas de acción similares. Esto, que representa en sí mismo un paso trascendental en la unidad de acción y en la convergencia de las distintas organizaciones y corrientes democráticas y revolucionarias, representa en la práctica una derrota importante ante el gobierno, pues ni así pudimos superar el aislamiento y el carácter marginal respecto a la clase obrera y el resto del pueblo” (PRT, *op. cit.*, p. 19, subrayado nuestro).

Balance: “un Paro Cívico Nacional, ya no digamos menor que el del 18 de octubre, sino incluso similar a él, podría revertir el proceso de movilización y acarrear consecuencias desmoralizadoras”.⁵

La mayoría de las corrientes de izquierda no percibió los cambios sustanciales que se operaron en la situación nacional en sólo un año, luego de las huelgas de la CTM, del primer Paro Cívico Nacional, la masiva protesta obrera del primero de mayo del 84, la provocación en el Zócalo (con el arrojamiento de bombas “molotov” en la fachada del Palacio Nacional, salidas de las filas del cortejo independiente). Las acciones represivas se habían venido escalando en el país desde el segundo semestre de 1983, pero pegaron más recio durante los primeros meses de 1984. Se persiguió a las organizaciones democráticas, a los militantes de izquierda se les hostigó en los sindicatos con el fin de aislarlos, se les despidió por motivos políticos como en Acros o de plano se cerró la fuente de trabajo como en Uramex, castigándose así al SUTIN. A medida que progresaron las movilizaciones preparatorias del segundo Paro Cívico Nacional —si bien reducidas pero significativas por su contenido social: el 13 de marzo movilizaciones de colonos y el 10 de abril de campesinos—, el gobierno alertó directamente a las organizaciones sobre el choque con él que supuestamente estaban propiciando. Luego de la provocación de las bombas “molotov” lanzadas contra Palacio Nacional el primero de mayo, las que por demás se utilizaron para minimizar la inmensa protesta y la irritación desbordada de los asalariados, el gobierno y los medios desataron una amplia y amenazante campaña publicitaria contra la izquierda, presentándola como “provocadora” y “antinacional”, trasluciendo la intención de cancelar el registro legal del PRT a quien acusaban. Evidentemente, el gobierno buscaba

⁵ El autor de este trabajo observó entonces que “el *desfase*, la brecha que se abre entre el conjunto de las organizaciones políticas y sociales democráticas y el grueso del pueblo trabajador sigue siendo inmensa, y la crisis por sí sola no desencadenará una explosión que la supere y encuentre una salida. Un empeoramiento de la crisis económica y sus efectos terribles y devastadores entre las masas, sin una alternativa política de clase seria para los trabajadores, en un clima de división y desconcierto del charrismo, de aflojamiento y desgaste de los mecanismos políticos de control de las masas, pueden más bien conducir a la desmoralización y desaliento de éstas, a su desorganización y dispersión, al confinamiento e impotencia de la izquierda y los elementos de vanguardia” (A. Anguiano, “Lo que está en juego en la ANOCP”, *Reseña de economía y política*, año XVI, n. 17, la. quincena de julio de 1984, p. 9. También en PRT, *El Paro ...*, op. cit., p. 10).

desarticular el proceso de movilización golpeando a las fuerzas de la ANOCP y atemorizando a la población.

El 5 de junio de 1984 era imposible repetir la hazaña del 18 de octubre del 83, no sólo por el real decaimiento de los convocantes, sino en particular porque el Estado tenía ya muchos meses preparándose para evitarla a como diera lugar. Fue el asesinato de Manuel Buendía lo que provocó un *vuelco* en la situación política, conteniendo y desviando el curso represivo. La poca trascendencia mostrada por la acción unida de toda la izquierda en su jornada nacional de lucha, en el contexto de grandes tensiones sociales, tal vez acabó por inclinar al gobierno de Miguel de la Madrid a ensanchar mejor los cauces institucionales, usando el mecanismo de la reforma política y reabriendo el registro legal a nuevos partidos.⁶

Las secuelas del fracaso del segundo Paro Cívico Nacional trastocaron el conjunto de las relaciones y alianzas, desanudándose muchas amarras y quebrándose innumerables vasos comunicantes que habían resultado del proceso de acción unitaria. La languidez organizativa y el desencanto se combinarán con el enflaquecimiento político e ideológico y la expansión de un supuesto “realismo político”, de un real *pragmatismo* que poco a poco irá alejando a la izquierda de los sectores sociales, especialmente de los sindicatos, terreno que parecerá minado.

La fuga de la izquierda

La convocatoria de la Comisión Federal Electoral (CFE) para el registro de nuevas asociaciones y partidos políticos dio el banderazo a la carrera por la legalización, pero sólo el PMT logró el registro, seguramente conforme a los cálculos del gobierno.⁷ Esto a la vez

⁶ Al respecto véase PRT, *op. cit.*, pp. 16-17; *cf.*: Héctor Aguilar Camín, “Manuel Buendía y los idus de mayo”, *Nexos*, n. 79, julio de 1984, pp. 5-9.

⁷ “No siendo un peligro evidente para el Estado, la intervención pemetiana —siempre dentro de los cálculos estatales— ofrece nuevos aires de legitimidad a un esquema electoral profundamente deteriorado y se ubica, desde la izquierda, como una pieza política que puede competir por algunos de los votos que en el último periodo se han volcado a la derecha: no hay que olvidar que el PMT ha buscado representar de manera fundamental opciones e inquietudes de

abrió la perspectiva para las elecciones federales del año siguiente. El PSUM se aproximó inicialmente al PPS y al Partido Socialista de los Trabajadores (PST), mientras que organizaciones como el MRP –que había apostado en 1982, sin buenos resultados, todo su proyecto partidario al logro de diputaciones bajo el registro del PRT– y la ACNR –que hasta entonces se rehusaba a la participación electoral– comenzaron a mirar hacia el recién registrado PMT, lo que por lo demás acabó por dividirlos, originando la primera la Organización Revolucionaria del Pueblo (ORP) y perdiendo la segunda un núcleo de militantes que se incorporó a las filas pemetianas. El PRT lanzó la propuesta de una coalición nacional del conjunto de las fuerzas populares independientes, estructurada sobre la base de los tres partidos de la izquierda legalizada (esto es, PSUM, PRT y PMT).

Sin embargo, el 7 de julio de 1985 la izquierda se presentó dividida a las elecciones, en tres opciones, con exiguos resultados que empeoraron con el fraude operado por el PRI y el gobierno. Sacará las conclusiones y reforzará sus esfuerzos por crear una opción electoral más fuerte. Empeñada en esto, de hecho la izquierda no tuvo tiempo de ocuparse del penoso trance en que se deslizó la resistencia social (cada vez más trabada por el reflujo) y dejó de lado la posibilidad de utilizar la coyuntura electoral para reanimarla o darle salidas que les dieran cobertura política. Descuidó así la izquierda el riesgo que corría por la debilidad en aumento de cada uno de sus componentes, con registro o sin él.⁸

Como puede comprenderse, la mayoría de las organizaciones de izquierda no tuvieron tiempo para reflexionar por el importante y muy significativo golpe sufrido en junio del 84. El tenaz deterioro de la situación y de las luchas de los trabajadores y otros sectores combativos que se encontraban tras el fracaso, también por supuesto afectaba al conjunto de las organizaciones políticas y éstas,

aquellas franjas de la pequenaburguesía que, afectadas por la crisis, sufragan por el PAN sólo por no hacerlo por el PRI. La fractura reciente del PSUM colocó al PMT en condiciones muy favorables para atraer la disidencia gazonista y capitalizar a su favor a importantes nuevos votos de la izquierda” (J. Moguel, “Elecciones federales de 1985: el oro y el cobre”, *Que sí que no*, n. 1, marzo de 1985).

⁸ Véase Moguel, *Los caminos de la izquierda*, y Edgard Sánchez, “Las elecciones de 1985: algunos elementos de balance”, *La Batalla*, n. 12, septiembre-octubre de 1985, pp. 13-20.

preocupadas consiguientemente por las nada alentadoras condiciones en que se precipitaban, dedicaron entonces todos sus esfuerzos y recursos en las actividades preelectorales, electorales y luego parlamentarias, para contrarrestar su progresivo desgaste y preservar el registro legal. Esto no involucró únicamente a los tres partidos registrados, sino a todas aquellas organizaciones de la izquierda política y social que buscaron beneficiarse en la coyuntura, y hasta aquellas que si bien no se implicaron directamente en el proceso electoral fueron duramente afectadas por las polémicas, contradicciones y rupturas que vivieron.

El espectáculo que algunas organizaciones ofrecieron fue lamentable pues entre ellas y a su interior se entabló una furiosa y desgastante batalla por las posibles curules de diputado que calculaban alcanzar.⁹ En esta dinámica desenfadada que afectó de distinta manera a las diversas organizaciones, a ciertas de ellas sin sus extremos perversos, la izquierda se dejó arrastrar y envolver, prosiguiendo cada vez con mayor impulso su alejamiento de los sectores sociales y su separación respecto a las necesidades concretas de la resistencia social soterrada, incluso vital, de éstos. Por eso mismo sus campañas electorales se habían distinguido por su pobreza y los pocos sufragios alcanzados mostraron un estancamiento que no puede atribuirse en exclusiva al fraude. Con todo lo tergiversados que sin duda fueron los resultados electorales, evidenciaron en cierta medida la ausencia de raíces sociales consistentes de la izquierda entre los distintos sectores de la sociedad, la pérdida de audiencia, fueron un indicador seguro de su falta de vínculos firmes e inque-

⁹ "La escisión del PSUM, aunque también en cierta medida la ruptura del MRP, testimonian una dinámica política donde la lucha por el control de la dirección se da como una pelea por los puestos parlamentarios [...] La propuesta del PRT de estructurar una sola coalición electoral nacional, resultó irrealizable [...] por el mercadeo generalizado en que se ha hundido la mayoría de la izquierda. En este sentido, el gobierno ha logrado de algún modo uno de los propósitos de su reforma política: deslizar a la izquierda, al menos a una parte de ésta, por la lógica electoral y sus implicaciones perversas. Y no es un problema de madurez o inmadurez de 'la izquierda', sino de intereses concretos y políticas deliberadas de varias corrientes y organizaciones, de opciones estratégicas y perspectivas a largo plazo. Este es el fundamento objetivo de la división en los hechos de la izquierda, de la imposibilidad de su unión electoral amplia" (A. Anguiano, "Cuál izquierda, qué unidad?", *Que sí, que no*). Véase también el desplegado "El PSUM: unidad fracasada", *Proceso*, n. 433, 18 de febrero de 1985.

brantables con la vida real del pueblo, del aflojamiento al menos de los que había conseguido en el periodo anterior.

Si desde el inicio de los años setenta la izquierda se había reciclado con el movimiento obrero y popular, viendo en gran medida determinados por éste sus propios ritmos, avances y retrocesos, desde mediados de 1984 se dispara aquella por su lado, siguiendo su *lógica particular*, priorizando más netamente el terreno electoral y parlamentario, el medio de la llamada *política nacional*, de las campañas y la formación de opinión. Trata de no caer en la situación de virtual repliegue de los sectores sociales subordinados y sus organizaciones, *salvándose* mediante la reproducción ampliada de su imagen pública, la que se fortalece aparentemente al tiempo que decae su presencia efectiva en la vida de todos los días de los asalariados, de los hombres del campo extenuados por la miseria y los empobrecidos habitantes de las ciudades.¹⁰

Es entonces cuando más remontan los debates sobre los “grandes problemas nacionales” y las propuestas globales de salidas “democráticas”, “nacionales” y “populares” a la crisis capitalista que asola al país, cuya amplitud contrastará con la declinación de las ideas. Es precisamente cuando la mayoría de la izquierda pierde la brújula, cuando muestra palpablemente que no está preparada para comprender los cambios profundos que no dejaron de producirse en el intenso curso de la crisis combinada y duradera del capitalismo mexicano, repitiendo esquemas simplistas y proposiciones que confundieron y desarmaron en lugar de esclarecer las cosas y las posibilidades de incidir en ellas.

El pragmatismo, el “realismo político”, que van ganando a la mayoría de la izquierda que se ufana por “hacer política nacional” y no caer en la mera lamentación (al tiempo que se desentiende de

¹⁰ Es curioso que dos de los principales partidos de izquierda, el PSUM y el PRT, se definan a sí mismos conforme a esa lógica: “El PSUM es un partido que convoca”, escribe P. Gómez (*La izquierda...*, p. 167). “La mejor forma de construir ese partido es basar una buena parte de la actividad en el desarrollo de campañas nacionales que unifiquen la actividad política de nuestros militantes”, concluye el PRT (“El IV congreso del PRT y sus contribuciones”, *La Batalla*, n. 10, febrero-marzo de 1985, p. 6). Partidos de campaña o de convocatoria, lo que se elude en ambas visiones es el problema de la real movilización y de la capacidad efectiva —que se construye con la intervención y enraizamiento sociales prolongados— para organizarla y ambas perspectivas implican prioridades diferentes y hasta encontradas.

las luchas sociales y sus actores directos) deteriora la elaboración teórica, la pervierte, la vuelve estéril y acomodaticia. Lo peor de todo, lo más significativo y que posiblemente podría acarrear consecuencias duraderas, es que el pragmatismo y la crisis ideológica que expresa condujeron a la mayor parte de las corrientes a deslavar, perder o de plano abandonar la visión de clase, la perspectiva desde la óptica de los trabajadores, de los intereses de conjunto de los sectores sociales subordinados. Abandonaron su asidero en la sociedad, desde la que se dirigían al Estado.

Con motivo de la nacionalización de la banca, en particular, las diversas opciones ya habían mostrado ese desgaste y sus límites, lo que por lo demás fue inicialmente un punto de ruptura que clarificó la participación en dos grandes *vertientes* de la izquierda. Pero lo novedoso es que se fueron generalizando –incluso a organizaciones y corrientes que las combatieron con certeza– las concepciones, los enfoques, la problemática en fin, de la *vertiente neolombardista* de la izquierda, destacando así contradictoriamente la *fuerza social* de ésta, su persistencia y capacidad para reafirmarse por sobre los cambios decisivos en la realidad que, justamente, invalidan y convierten en utópicas e irreales sus alternativas.¹¹

De esta forma, los análisis y lineamientos en torno a los proyectos gubernamentales de reestructuración, o reconversión como comenzó a manejarse, el “adelgazamiento del Estado” o sea de su intervención en la economía, la entrada de México al GATT (es decir la apertura del mercado nacional), el peso y el papel de la deuda externa y las amenazas imperialistas, fueron todos planteados más desde una *lógica nacional-burguesa* que desvió a la izquierda de las preocupaciones y problemas enfrentados cotidianamente por la

¹¹ En el fondo apuntan a renovar un pasado en crisis y desaparición, de alianzas supuestas con sectores oficiales a la defensiva, en retirada. La versión más elaborada de esta política se puede ver en Rolando Cordera y Carlos Tello, *México, la disputa por la nación*, Siglo XXI, México, 1981. Algunas de las escisiones en la izquierda revolucionaria, primero en la Corriente Socialista y más recientemente en el MRP, son explicadas por los propios escindidos por el avance de las posiciones nacionalistas y reformistas en las direcciones mayoritarias de sus organizaciones. Al respecto véase “El congreso regional extraordinario de la Corriente Socialista en el Valle de México”, desplegado en *Unomásuno*, 18 de mayo de 1981; “Se constituye la ORP”, *La causa del pueblo*, nueva época, n. 2, mayo de 1985.

clase obrera, los campesinos y en general la población, en la crisis y por la salida que el Estado y el capital pusieron en práctica.¹² Se colocó más en el terreno de la ideología que de la práctica político-social. Un soplo nacionalista, que traía aires del pasado lejano y no los fuertes que levantaba el presente de integración productiva con la economía norteamericana y la internacionalización, invadió la atmósfera nacional y sus vientos arrastrarían a cada vez más corrientes y organizaciones de la izquierda. En aras de la “defensa de la nación” y de la bastante brumosa “soberanía nacional”, teorizaron más bien su abandono y desinterés por los núcleos sociales que resisten vivamente. En los pocos sectores en los que mantendrían cierta influencia o al menos relaciones clientelares, defenderían la “prioridad nacional”, empeñándose en dirigirlos hacia demandas y movilizaciones que –en lugar de reforzarlos y prepararlos para el repunte–, aparecerían incluso, en ocasiones, como intentos de sostener a pretendidas fracciones avanzadas del régimen, con las que se desvivían por echar lazos. En el fondo, en la izquierda se canceló de más en más la visión y los objetivos de *independencia de clase* de los trabajadores, incluso a pesar de las proclamaciones verbales e intenciones reiteradas por los distintos agrupamientos. Las reivindicaciones de fondo propias de las capas subordinadas de la sociedad se dejaron de lado o supeditaron a “una lógica nacional”, priorizada “aunque ésta no responda a veces en forma directa el interés inmediato del bloque social explotado”.¹³

¹² Cfr. Armando Quintero, “Crisis económica de México: variaciones sobre un mismo tema”, *La Batalla*, n. 13, noviembre-diciembre de 1985, pp. 48-49; *Crisis, reestructuración capitalista y reorganización de la resistencia de los trabajadores*, Cuadernos *La Batalla*, n. 3, julio 1986, pp. 49-51 (Proyecto de resolución política de la minoría del CC del PRT para su quinto congreso nacional); A. Gilly, “Nuestra caída en la modernidad”, *Nexos*, n. 10, mayo de 1986, pp. 21-32; Maxime Durand, “La crisis mexicana y sus retos”, *La Batalla*, septiembre-octubre de 1986, pp. 73-75.

¹³ C. Pereyra, “El proyecto...”, *op. cit.*, p. 256. Ese fue el trasfondo de movilizaciones sindicales convocadas en gran medida por la izquierda sindical, como la del 29 de enero de 1986 que concluyó en el Zócalo de la ciudad de México. Sin embargo, a pesar de las intenciones manifiestas de sus organizadores, más que la deuda externa y la unidad nacional en torno a su no pago, los múltiples contingentes de trabajadores expresaron sus preocupaciones vitales: el salario, el empleo y los contratos colectivos, a lo cual subordinaron la demanda de suspensión del pago de la deuda externa. Dos lógicas, dos preocupaciones. Sobre la necesidad de definir una política independiente sobre el problema de la deuda externa, véase “Crisis, reestructuración capitalista...”, *op. cit.*, pp. 64-65.

La *tentación de la unidad nacional*¹⁴ de todas las fuerzas ha sido una de las más obstinadas en la historia de la izquierda mexicana. Lo fue, por ejemplo, con motivo de la nacionalización de la banca en 1982, también estuvo a punto de proclamarse luego de los terremotos del 19 y 20 de septiembre de 1985 por el intermedio de la Cámara de Diputados y no obstante el embotamiento en que cayó el régimen (“unidad nacional” ante el desastre sin igual entre víctimas y responsables de la corrupción que corroyó los cimientos y estructuras que se vinieron abajo), recorrió las calles de la ciudad de México el 21 de mayo de 1986 en la marcha en defensa de la soberanía nacional convocada por personalidades de la mayoría de los aparatos políticos del país.¹⁵ La expandida demanda de no pago de la deuda externa despeñó a prácticamente todas las corrientes de izquierda por una posición unilateral que las dejó desarmadas ante cualquier previsible cambio político del Estado en este terreno, preparando las condiciones para el reforzamiento del consenso social del régimen, más que para el desarrollo de la reorganización autónoma de la resistencia social.

La “defensa de la legalidad realmente existente” en el país y la extensión de la democracia, con lo que se aludía a la semilegalidad y la democracia controlada predominantes, representaron igualmente preocupaciones que se fueron abriendo paso en las filas de la izquierda, introduciendo en gran medida confusiones ideológicas que condujeron muchas veces a validar el régimen despótico instaurado por el PRI, suponiendo la existencia en México de un efectivo Estado

¹⁴ “Unidad nacional, tentación permanente para la izquierda reformista, que acostumbra, cuando incurre en ella, diluir la fisonomía partidaria del PRI en el absolutismo presidencial [...] no existen los ‘sectores progresistas’ del PRI como tales. Y una conclusión inicial: la declaración de alianza con ellos, tesis afín a la *unidad nacional*, sólo ha servido para inclinar hacia la derecha toda la política de los partidos que la proclaman” (G. Rincón Gallardo, “La fracción que yo soñé...”, *op. cit.*, pp. 10-11).

¹⁵ Véase en los diversos diarios nacionales del 27 de febrero de 1986 el pronunciamiento de la Comisión Permanente del Congreso de la Unión, firmada por PRI, PAN, PDM, PPS, PST, PSUM y PMT. El PRT se deslindó mediante un desplegado en *La Jornada*, 5 de marzo de 1986. Sobre la marcha del 21 de mayo, *La Jornada*, 22 de mayo de 1986 y el semanario *Punto*, n. 186, 26 de mayo-1 de junio de 86. A pesar de que dirigentes del PRT firmaron el llamamiento y participaron en la marcha, el PRT se deslindó en un desplegado el viernes 23 de mayo en *La Jornada*.

de derecho. Si bien en este terreno se diferenciaron con mayor nitidez organizaciones de las dos *vertientes* de la izquierda, fue ganando la posición que partía de la propia lógica del sistema para progresar en sus objetivos democratizadores. El caso notable fue el PSUM, quien decidió “proponer a todas las fuerzas políticas del país, incluidas las gubernamentales, a los trabajadores, a la intelectualidad, a los empresarios, abrir un diálogo nacional para establecer un compromiso democrático que haga frente a los graves problemas del país y desarrolle la confrontación y el debate político e ideológico, que inevitablemente se agudiza en el país, en un marco de respeto y tolerancia a la diversidad social y a la pluralidad política existente”.¹⁶ Anteriormente, no dejó el PSUM de teorizar y propugnar una democracia parlamentaria en México, la cual creía posible, basada en un “régimen de pluralismo en las organizaciones sociales”, incluyendo aquí a las empresariales.¹⁷ No importaba mucho discernir la realidad prevaleciente caracterizada por una dura ofensiva reestructuradora que disgregaba y golpeaba a la parte subordinada de la sociedad —como forma de solucionar la prolongada crisis capitalista— ni ubicarse en ella y partir de presupuestos vitales que permitieran a ésta reaccionar libremente y participar de manera autónoma en cualquier proceso de transformación política.

Lo que hay que subrayar en todo esto, lo novedoso, es que organizaciones como la CS luego PPR, el MRP y la ACNR, que se caracterizaban como revolucionarias y furibundas adversarias del “reformismo”, también desembocaron en la lucha por una democracia parlamentaria e hicieron de la cada vez más etérea y extendida defensa de la soberanía nacional un eje fundamental de su política. Algunas de las escisiones en esas organizaciones se justificaron en la supuesta ruptura de las direcciones mayoritarias con las

¹⁶ “Resolución del XVIII Pleno del CC...”, *op. cit.* Sobre la polémica en torno a la “legalidad realmente existente” véase Sergio Rodríguez, “Legalidad y socialismo”, *La Batalla*, n. 12, pp. 31-36 y “El PSUM frente a legalidad y la democracia” (Documento aprobado en el XIV Pleno del CC el 30 de agosto), *Reporte de coyuntura*, n. 20-21, agosto de 1985, pp. 18-20.

¹⁷ *Vid.* por ejemplo P. Gómez, “Por una izquierda consecuentemente democrática” (Intervención del PSUM en el encuentro de partidos de izquierda celebrado el 14 de marzo de 1986), *Así es*, n. 168, 5 de abril de 1986.

posiciones revolucionarias y su deslizamiento hacia el reformismo y el nacionalismo.¹⁸

En el PRT, por su parte, inscrito como una corriente centralmente internacionalista, también se produjeron entonces momentos de tentación nacionalista y confusión ideológica —en particular desde su Cuarto Congreso Nacional, cuando se cambió su alternativa de salida obrera revolucionaria a la crisis por la poco precisa de nacional, democrática y popular. Se magnificó el problema de la deuda externa sin definir una política clara respecto a ella y de aquí se dispararon toda suerte de reformulaciones sobre prioridades nacionales o clasistas. Pero esas tentaciones no se concretaron en ese tiempo por fuertes contratendencias internas y, de suceder, hubieran significado una ironía de la historia dada la tradición histórica de la corriente marxista en la cual se ubicaba, el trotskismo, forjada en la lucha intransigente contra todas las variantes del nacionalismo e interclasismo.¹⁹

No se trataba de que los trabajadores se desentendieran de las llamadas tareas nacionales —como la democracia y la amenaza imperialista implícita en la deuda externa—, ni que la izquierda combatiera los arraigados sentimientos nacionalistas de los asalariados, sobre todo de los sindicatos formados en la década del treinta. Tampoco que se abandonara la lucha por la democracia *real*, que sólo podía ser una democracia que abarcara a la vida toda de la nación, social y no solamente político-electoral, que partiera desde las bases (en la empresa, el barrio, el ejido) hasta comprender la reorganización completa de las relaciones sociales entre las clases, la que se

¹⁸ Las posiciones del MRP se encuentran en sus ponencias el segundo encuentro de dirigentes de izquierda: "Sobre la democracia en el país" y "Elevar la lucha por la democracia: una necesidad impostergable", respectivamente. En esta cuestión de la democracia el PRT mantuvo una concepción distinta, partiendo de que "un régimen auténticamente democrático es imposible en México en el marco de la forma de dominación burguesa actual" ("La verdadera democracia" ponencia al citado encuentro, *La Batalla*, n. 15, *op. cit.*, pp. 13-16). El Partido Revolucionario Socialista, con una visión muy elemental, sin embargo liga también la democracia con el "avance democrático de la vida de las masas" y con la "lucha por el socialismo" ("Documentos a discusión: ideas y propósitos", *La Jornada*, 14 diciembre de 1985).

¹⁹ En particular, desde septiembre de 1985, durante el pleno de su comité central, se plantearon posiciones de su dirección que apuntaron en ese sentido, pero fueron enfrentadas en su seno y de hecho se abrió un periodo de discusiones hacia su quinto congreso nacional. En todo caso, era un proceso abierto.

prepararía con la defensa y ampliación de los derechos que permitieran al pueblo resistir, reorganizarse y manifestarse políticamente como clase. El problema era que la lucha nacional que priorizaba el fortalecimiento del Estado y se dirigía a reacondicionar sus instituciones de dominio —como un parlamento todavía sin peso ni funciones autónomas efectivas y los procesos electorales—, reafirmaba en vez de cuestionar los vínculos de supeditación de la sociedad con él, desviaba y retrasaba la indispensable ruptura política de las clases subordinadas con el régimen, trabando el desarrollo de su conciencia y su autonomía. Especialmente, traslucía una suerte de utopía reaccionaria al considerar al Estado —que aparecía *desclasado*— como el sujeto que encarnaba a la nación y al situarlo como *la arena, el medio*, en que debieran de zanjarse las diversas disputas de clase. Más todavía, las profundas transformaciones ya operadas desde los sesenta y las que se encuentran en curso en la realidad mexicana, en sus clases y relaciones, las tendencias impuestas por el capitalismo internacional y en particular el proceso de integración de la economía del país con la de Estados Unidos, replanteaban más bien, de manera completa, el problema nacional y volvían aún más crucial y definitiva la manera como éste se combinaba con la cuestión de clase.²⁰

Por otra parte, en el trasfondo de la competencia unitaria que la izquierda emprendió desde finales de 1985, de búsqueda de múltiples formas de unidad orgánica entre opciones políticas e ideológicas tradicionalmente enfrentadas, incluso hacia un sólo partido unificado, estaba la incontenible lógica electoral y parlamentaria, impuesta por la reforma política y sus requerimientos y ritmos, que obligaban a las distintas fuerzas políticas a invertirse a fondo (con el propósito de acumular fuerzas) en los distintos procesos electorales particulares, con el fin de prepararse para la alternativa presidencial de 1988.²¹

²⁰ Esta es una cuestión sobre la cual la reflexión y elaboración están por delante. Algunos elementos para el análisis se pueden encontrar en A. Gilly, "Prólogo" a José Valenzuela Feijóo, *El capitalismo mexicano en los ochentas*, Era, México, 1986 y "A modernizarse tocan", *Proceso*, n. 514, 8 de septiembre de 1986, pp. 33-37.

²¹ La unidad ha sido una de las preocupaciones fundamentales de la izquierda en su largo proceso de recomposición abierto con los setenta. En sus dos vertientes con vistas a formar a

Remolcados por esa dinámica política, los diversos contingentes de izquierda se olvidaron de los sindicatos y las organizaciones sociales democráticas, así como de sus conflictos y necesidades. No estuvieron en condiciones de aprehender el proceso de reestructuración industrial y en general de la economía y del propio aparato estatal que en la vida real se fue abriendo camino, cambiando las condiciones de trabajo y subvirtiendo todas las relaciones establecidas hasta el momento entre capital-trabajo y entre ambos y el Estado. Ni siquiera tuvieron la sensibilidad de percibir la profundidad del cambio en la conciencia y en el tejido social de la sociedad por la tragedia de los sismos de septiembre, ni mucho menos el significado de la movilización espontánea de la población que solidariamente organizó —prácticamente sin ningún recurso— las labores de rescate y contribuyó a la reubicación de los damnificados y su auxilio, ante el desconcierto y parálisis del régimen y todos sus aparatos, incluidos los partidos de la izquierda.²²

largo plazo opciones partidarias como la que pretendió ser el PSUM, por un lado, y la convergencia de los revolucionarios planteada centralmente por el PRT, por otro. También por supuesto —al menos por un tiempo— la unidad de acción entre una y otra vertiente con miras al fortalecimiento de la resistencia social. El PRT jugó en esta perspectiva un papel destacado. Primero mantuvo una atrevida ofensiva unitaria en todas direcciones en el marco de la llamada izquierda revolucionaria, combatiendo su propio sectarismo inicial y el de los demás, lo que se concretó en la UOCP en el 82, luego los resultados electorales de ese año hicieron refluir el sectarismo en algunas organizaciones, el que se reforzó en la coyuntura de la nacionalización de la banca. El PRT entonces lanzó su propuesta de partido de los revolucionarios, buscando crear un partido con diversas tendencias producto de la convergencia por distintos caminos. Esta concepción se generalizó al conjunto de esta vertiente, si bien el sectarismo no se superó: la UNIR fue producto de ella, pero no incluyó al PRT; más aún en gran medida se formó contra éste. En 1984 prácticamente el PRT se cansa de sus esfuerzos en el seno de esa corriente y el aislamiento persistente lo conducen a ensanchar (hasta distorsionar) su concepción partidaria hacia fuerzas nacionalistas y caudillistas como el PMT, que hasta entonces nadie incluía en la izquierda revolucionaria y aun era visto con recelo por su ausencia del movimiento de masas y de sus organismos unitarios de coordinación y acción. Incluso a mediados de 1985 el PRT concibió la posibilidad de un partido único de la izquierda (vid. "El PRT ante la coyuntura del 85", editorial de *La Batalla*, n. 12, *op. cit.*, p. 6), lo que pronto dejó de lado. Las maniobras unitarias de toda la izquierda se aceleraron desde entonces, predominando en la práctica la perspectiva electoral del 88. El objetivo manifiesto era, por parte del PRT, "dar un salto cualitativo" en la construcción del partido, lo que lo llevó a su acuerdo con el PMT y con el "grupo de los cinco". Ninguna de esas operaciones prosperaron, lo que dejó en un difícil aislamiento al PRT. En cambio, la otra vertiente prosiguió exitosamente sus negociaciones unitarias.

²² Esa suerte de autorganización de masas, del todo inesperada, fue uno de los signos más reveladores y anunciadores después del terremoto. Las organizaciones políticas de izquierda reaccionaron con lentitud y desconcierto como el propio gobierno. Sus aparatos dirigentes

Introducida en la intensidad de las grandes campañas y los mecanismos electorales y parlamentarios absorbentes e impredecibles, la izquierda se alejó cada vez más de las preocupaciones del movimiento social: las posibilidades de resistencia, de reorganización desde abajo de las luchas, de reestructuración de las organizaciones sindicales y sociales, la manera de vincular esas problemáticas y procesos a la lucha política en la sociedad, esto es, en el terreno de la *democracia de masas*, realmente social, de la autorganización de los de abajo por sus demandas más generales y políticas, etc.

Tal situación, por supuesto, añadió mayores dificultades a la recuperación de los movimientos sociales, a la vuelta a fluir de su resistencia, los aisló, sofocó o facilitó que se ocultara su presencia. Pero igualmente dejó sin posibilidades de intervención e influencia efectivas entre los de abajo a la izquierda, alejando de su horizonte la viabilidad de su enraizamiento social duradero, y con esto, de transformarse en verdad en una fuerza social y política válida. La crisis en que cayó la izquierda tuvo aquí otra de sus fuentes, pues se ensanchó el *abismo*, la *brecha*, entre ella y la sociedad, particularmente de los trabajadores y otros sectores sociales oprimidos. Estos fueron abandonados a su suerte, pero la izquierda caerá a su vez en la soledad y el vacío.

La parte de la izquierda que siguió resistiendo las tentaciones aparatistas que alimentaron los mecanismos de la participación legal o que por su automarginamiento no fue colocada en las circunstancias que las propician, no se salvó sin embargo de la cauda de la crisis. Se mantuvo rumiando su aislamiento creciente, debilitándose

estuvieron muy por debajo de los requerimientos y posibilidades y fueron rebasados. Precisamente en el Casco de Santo Tomás, del Instituto Politécnico Nacional, convergieron a los pocos días de los sismos decenas de representantes de partidos, organizaciones, grupos y simples militantes o intelectuales de la izquierda política y social, para intentar una respuesta colectiva al desastre. Pero en medio de los mismos métodos de siempre y los mismos discursos de siempre, válidos por su generalidad para cualquier momento o situación, se puso en evidencia que los partidos tenían la mente y sus intereses en otra parte. Al final se creó una especie de Comité Popular de Reconstrucción Nacional que no prosperó y fueron más bien individuos de las diversas corrientes quienes, con el aval o no de sus aparatos partidarios, se fundieron en muchos lugares con el trabajo y las actividades de rescate y organización masivas que por todas partes brotaron espontáneamente. Cfr. Carlos Monsiváis, *Entrada libre*, Era, México, 1987, donde se hace la crónica reflexiva de diversas experiencias de la "sociedad que se organiza" a pesar de todo.

hasta la inanición política por la falta de perspectivas, impotente para articular alguna alternativa a la crisis no sólo de la izquierda, sino de la sociedad mexicana en su totalidad, del país, favorable al pueblo trabajador, capaz de insuflarle ánimos a éste y prepararle el camino. No es que esa parte de la izquierda bregara contra la corriente en un clima adverso, más bien quedó a la deriva, sin rumbo ni destino.

Con la excepción notable de la OIR-LM²³ –que por lo demás conciliaba posiciones contradictorias sobre las elecciones y sus requerimientos–, la izquierda mal llamada extraparlamentaria fue la que más se escindió y pulverizó. Retornó a una supervivencia básicamente grupuscular, herida con un renovado y exacerbado sectarismo. Por lo general, las distintas organizaciones oscilaban entre el combate encarnizado al reformismo –al que identifican con todas las demás– y el afán por tejer alianzas con los partidos legalizados, para resguardarse del temporal o abrir la vía de la acción legal y aún para compartir también los frutos menos amargos de la reforma política: diputaciones federales y locales, regidurías, proyección pública, posibilidades de gestión, recursos materiales, tantas cosas.²⁴

²³ Esta organización era sin duda una de las más influyentes en la izquierda por su peso en sectores y organizaciones de masas, principalmente de colonos. Sin embargo, expresaba las debilidades y la confusión que han deslizado por el rumbo de la crisis al conjunto de la izquierda. En especial, su falta de organicidad y centralización políticas dificultaban su toma de decisiones, lo que de hecho la mantenía tributaria de su origen “movimientista”: más como un conjunto de organizaciones y grupos regionales y sectoriales, que como una sola organización política coherente. Si bien avanzó en la elaboración política, se mantuvo a la zaga en algunas cuestiones, como la electoral. El equilibrio de fuerzas internas muchas veces impedía que formulara definiciones precisas. Según uno de sus dirigentes, Armando Quintero, la OIR “viene implementando un pragmatismo paralizante [...] y se muestra incapaz de constituir una nueva alternativa posible de unificar y movilizar a amplios sectores sociales” (“Crisis económica...”, *op. cit.*, p. 50). Luis Hernández, entonces también dirigente de esa organización, fue aún más severo: “La OIR corre el riesgo de convertirse en un corcho flotando en el océano: no se hunde pero está sujeta a los vaivenes de las olas, sin capacidad para dirigirse a puntos precisos” (“País en crisis, izquierda en crisis”, inédito).

²⁴ “Desde hace varios años se ha venido produciendo un proceso acelerado de identificación de la izquierda revolucionaria con la izquierda tradicional, que se expresa en planteamientos, acciones, prácticas y prioridades semejantes” (“Notas sobre la situación actual de la izquierda”, *Punto Crítico*, n. 151, julio de 1986, p. 24).

La crisis venía de lejos

Pero la crisis de grandes proporciones en que cayó la izquierda en México no viene de 1984, se gestó desde mucho antes. Proviene asimismo de la incapacidad para darle continuidad a su inserción social y reproducir de manera ampliada sus vínculos vitales y firmes con los trabajadores y demás oprimidos, con sus organizaciones sociales y sus innumerables formas de resistencia, lucha y expresión. Esto es, tuvo su fuente en el hecho de que la izquierda resultó incapaz de conservar, en las cambiantes condiciones de la crisis capitalista, su ligazón con los distintos sectores sociales de base iniciada cuando éstos (desde los setenta) irrumpieron en la lucha social y política, perdiendo en cambio mucha de su influencia directa, debido a que no pudo invertir las fuerzas indispensables para en el largo plazo *enraizarse socialmente*. Con esto desperdió la única vía susceptible de dotar con solidez, permanencia y fuerza objetivas a las organizaciones de izquierda y al propio movimiento social. Incluso en la coyuntura de relativo auge de las luchas y de su mayor presencia efectiva en ellas, la izquierda fue desbordada por la magnitud de las movilizaciones sociales, del todo desproporcionadas respecto a su capacidad de acción, las que terminaban llevándose a cabo de hecho sin ninguna ayuda ni participación de los militantes políticos.²⁵

Lo anterior diluyó con el tiempo muchas experiencias y dispersó cuadros experimentados que surgieron en las propias luchas, quienes naufragaron o fueron reabsorbidos por los dirigentes proestatales o las instancias del gobierno. La falta de formación política y de conciencia social, la ausencia de una ruptura duradera de los sectores sociales radicalizados, que la izquierda fue incapaz de cristalizar, preparó el terreno para la regresión debido a la carencia de una solución de continuidad de las luchas. Ese proceso es lo que he denominado el *desfase* entre el ritmo y alcance del movimiento obrero

²⁵ "Sin embargo, mirando al futuro, el avance es todavía mínimo. La mayoría de las luchas sociales que se desarrollan en el país no son recogidas por la izquierda. Hay muchos sectores descontentos e incluso movilizados a los que no alcanza a llegar ninguna de las convocatorias organizativas existentes" (N. Fernández, "La izquierda mexicana en las elecciones", *op. cit.*, p. 57).

y de masas y el ritmo y alcance de la izquierda globalmente considerada, la brecha que nunca ha podido tapar y que en cambio se ensancha sin remedio entre ambos.²⁶

Las razones de que no se hubiera colmado y en cambio sí ahondado ese *abismo* que con el tiempo pareció infranqueable, están no tanto en que la izquierda careciera de sensibilidad respecto a los trabajadores y su mundo particular, sino principalmente en la *debilidad inicial de sus fuerzas*, con las que surgió en una situación dominada decisivamente por el Estado²⁷ y las *opciones políticas prioritarias* que se impusieron durante todo el proceso de recomposición del movimiento de masas y de la propia izquierda. Fue clave la gran desproporción, que aumenta en lugar de disminuir, entre la amplitud del movimiento y las capacidades prácticas de organización y acción de la izquierda, incluso cuando aquél decae.

Con la reforma política, parecía que podrían desplegarse las organizaciones más importantes de la izquierda, precisamente las legalizadas, ampliando sus espacios y esferas de acción. Pero se vieron constreñidas a invertir sus limitadas fuerzas y escasos recursos –incluso muchas veces a pesar de sus intenciones– a aquello que aparecía como la *condición* para su desarrollo ulterior: el registro, las campañas de todo tipo, la presencia pública, la gestión, etcétera. Se favoreció así la espectacularidad o la apariencia, el crecimiento de la imagen pública, en detrimento de la renovación y mantenimiento de vínculos duraderos con la población, sus agrupaciones, luchas y sus anhelos.

El PRT por ejemplo, antes del 82 tuvo una primera inserción en algunos destacados sindicatos universitarios, de servicios e industriales y su Tercer Congreso Nacional, realizado en 1981, priorizó ese trabajo con el objetivo de modificar radicalmente su compo-

²⁶ Insistí en esto en numerosas ocasiones, por ejemplo A. Anguiano, “Sobre nuestra...”, *op. cit.*, “El gobierno de Miguel de la Madrid y las perspectivas de la crisis”, *La Batalla*, n. 2, p. 29 y otros de los textos anteriormente citados.

²⁷ Es interesante lo que al respecto dice Carlos Pereyra: “Si hay un desencuentro histórico entre el socialismo y sociedad es porque el movimiento socialista no ha podido afirmarse como una alternativa política en el país. Ello obedece, en primera instancia, a la abrumadora presencia del partido de Estado, cuyo proyecto histórico se formó bajo el impacto de la revolución mexicana, que redujo de manera acusada el margen de acción de las fuerzas políticas (de izquierda y derecha) distintas al oficialismo” (“La perspectiva...”, *op. cit.*, p. 251).

ción social (de partido básicamente de empleados a partido de obreros), en correspondencia con su concepción de partido de trabajadores, asentado en las masas y útil a éstas. Sin embargo, fracasó esa política primero por los requerimientos del registro legal (para su obtención) y más tarde por la carga inmensa, sin equilibrio con sus fuerzas militantes y medios, que significó la campaña presidencial de 1982, ineludible para refrendar el registro. El PRT pudo extenderse nacionalmente en la coyuntura electoral, pues de existir en cerca de 17 estados pasó a incorporar núcleos organizados de militantes en prácticamente todo el país, pero tal cambio lo hizo contradictoriamente más *frágil*: por el debilitamiento de su presencia cotidiana en los sindicatos y demás organizaciones sociales, así como por la carencia de cuadros formados capaces de afianzar la nueva presencia. Los retos serían en adelante conseguir más candidatos en más estados, lo que cambiaba prioridades y prácticas políticas.

Lo mismo podría decir de otras organizaciones que se involucraron en las elecciones y vieron igualmente disminuidas sus fuerzas principalmente sindicales y desatendidos sus centros sociales de intervención. Más aún, como fue el caso del PCM en 79 y luego del PSUM, se entablaron polémicas en las que se mostró el abandono o subordinación de los sectores y organizaciones sociales, bajo el peso y la inercia de las campañas y una actividad parlamentaria sin resultados, aunque también por concepciones políticas sobre el trabajo del partido.²⁸

En teoría, el PRT intentó y en cierta medida consiguió al menos en el 82, ligar las campañas electorales con las movilizaciones y luchas de los asalariados y otros sectores sociales. De aquí al menos se desprendió el carácter singular de la campaña de la Unidad Obrera Campesina Popular (UOCP) encabezada por el PRT en torno a la candidatura presidencial de Rosario Ibarra de Piedra, y en general toda la política electoral de este partido. Pero las fuerzas restringidas y las tareas enormemente desmesuradas siempre acabaron por imponer una solución que no fue la del reforzamiento de la

²⁸ Véase Moguel, "Partido y...", *op. cit.*, pp. 113-116 y mi artículo "La crisis que sacude al PCM en vísperas de su XIX Congreso", *Bandera Socialista*, n. 178, 26 de enero de 1981.

participación en los sindicatos y demás organizaciones sociales, ni la de combinar las campañas de manera que coadyuvaran al enraizamiento duradero del partido en la sociedad.

Esto se complicó mayormente por la peculiaridad de que México, país sin democracia electoral, mucho menos parlamentaria, con un régimen político que mantenía en una situación de semilegalidad y bajo sospecha a las organizaciones políticas y sociales –de hecho al conjunto de ciudadanos desprovistos de derechos efectivos–, resulta ser un país donde las elecciones son *interminables* y por consiguiente también las campañas electorales que suscitan: presidenciales, legislativas federales y estatales, estatales, municipales. Todas se extienden desordenadamente en el tiempo de forma que prácticamente los partidos involucrados se sujetan a un *régimen de campaña perpetua, sin receso para meditar, acumular fuerzas, gestionar innovadoramente y redefinir sus perspectivas*.

Se entiende entonces por qué los partidos legalizados y sus aliados van preocupándose casi exclusivamente por su *presencia pública*, que además crea la ilusión de influencia de masas acelerada, de «capacidad de convocatoria» redoblada. No les queda más remedio que participar en cada vez más procesos electorales, ya que así es como pueden ir acumulando energías para “la grande”, la presidencial, y por añadidura foguear a los militantes en tales prácticas. La LFOPE (la ley electoral entonces vigente) exigía el refrendo constante del registro, en cada elección de carácter nacional, y por ello parecía que no había de otra, a menos que se renunciara a las prerrogativas legales y las nada despreciables posibilidades de actividad y expresión políticas que facilitan.

Claro que esos procesos repetidos se tradujeron en el acrecentamiento de la presencia pública nacional de los partidos (regional en el caso de las organizaciones que intervienen en los eventos de ese carácter), pero asimismo en un desgaste y agotamiento de muchos de sus militantes, quienes terminan dejando las organizaciones o refugiados en su actividad individual, aflojando hasta diluir los lazos que los unen a ellas. Otros militantes también se van, los de sectores sindicales y de masas, pues se sienten marginados, sin apoyo material ni orientaciones políticas que los ayuden, e incluso

contrarios a dinámicas electorales que la mayoría de las veces –en vez de ayudarlos– obstruían su labor en sus centros de trabajo, sometidos a otros ritmos y dinámicas.

Fueron, empero, sustituidos al influjo de las numerosas campañas, por lo que las organizaciones no sentían sensiblemente la pérdida de militantes, produciéndose en la práctica una renovación constante. Lo significativo estuvo en que generalmente quienes se alejaban eran miembros con experiencia y formación militantes adquiridas en largos años y hasta en pruebas de luchas concretas, mientras que los nuevos reclutas apenas si podían aspirar a tenerlas y que difícilmente lograrían con la mera actividad arrasante de las campañas. Esto fue cambiando, en forma aparentemente imperceptible, la fisonomía de los partidos, hundiéndolos en el estancamiento orgánico y en la despolitización de la vida partidaria. Se prepararon así las condiciones para que minorías de funcionarios partidarios se apoderaran de las direcciones e impusieran un peso preponderante a los *aparatos*, construidos o fortalecidos gracias al flujo también desmesurado (en términos relativos, por supuesto) de los recursos garantizados por la ley y muchos más que provenían de diversas fuentes que la reforma política y las buenas relaciones abrieron.²⁹ Más tarde, los aparatos partidarios atraerán a miembros con un perfil político muy distinto y la política de los partidos se burocratizará.

²⁹ Según Adolfo Gilly diversas son las fuentes autónomas mediante las cuales se financian los aparatos partidarios y sus funcionarios pagados, las que implican compromisos y dependencias aceptados. Pero “sí, en cambio, el Estado se sustituye a esas fuentes y por vía de los subsidios legales se convierte en la principal fuente de las finanzas de los partidos, y si ese Estado es tan poco controlable por instancias democráticamente elegidas como lo es el mexicano, es evidente que las condiciones de una dependencia, así sea virtual y no ejercida, están creadas. Esto significa que los sueldos de los funcionarios y el funcionamiento efectivo del aparato pueden depender de la buena o mala voluntad del gobierno hacia cada partido, lo cual ningún político desconocerá como un instrumento efectivo de presión, lo utilice o no. Por otra parte, esta dependencia relativa frente a las presiones del gobierno se complementa con el hecho de que, si el financiamiento principal viene del Estado y no de la base, ésta pierde a su vez un medio de presionar sobre el aparato. En consecuencia, el grupo dirigente que en cualquier partido lo controla adquiere un grado mayor o menor, pero real, de autonomía relativa con respecto a esa base. No es necesario subrayar la lógica perversa que puede adquirir este sistema” (*La larga travesía, op. cit.*, pp. 167-168).

Precisamente, la crisis de la izquierda se agudizó a mediados de los ochenta por la *fragilidad partidaria* que se generalizó entonces, causada por la compleja acción combinada de la crisis económica prolongada y la reconversión capitalista, las consecuencias desmovilizadoras de la sociedad que ambas acarrearán, la falta de perspectivas y la lógica de la reforma política. La crisis se introyecta en las organizaciones, no sólo por medio de las numerosas formas apuntadas, sino además a través de un proceso de deterioro —y en los casos más graves de descomposición— de la vida partidaria y de las direcciones que cayeron igualmente en su crisis específica. Si bien sólo en los casos extremos se presentó la lucha por el control de la dirección por el intermedio de la disputa por los puestos parlamentarios, se generalizó sin embargo, como rasgo característico, el *disparo de los aparatos*, que comenzaron a actuar con sus propios intereses y finalidades, recubiertos de posiciones ideológicas y políticas sin ninguna consistencia, los que cambiarían al calor de los enfrentamientos internos, según les resultara más conveniente. Por esto, la crisis de la izquierda asumió la forma adicional de una crisis de sus direcciones, quienes resultaban incapaces de formular análisis y alternativas precisas y que sin embargo se guiaban por el supuesto “realismo político” y los cálculos pragmáticos.

En algunos partidos sin tradición democrática y donde los métodos burocráticos o caudillistas predominaban, como el PMT, se violentó completamente la vida interna, transformando las diferencias políticas en persecuciones y destituciones autoritarias e intolerantes de los disidentes.³⁰ En otros se produjo un desgaste permanente que consumió muchas energías, trabando las capacidades de elaboración y solución colectiva de los problemas y contradicciones.

De cualquier manera, el empobrecimiento de la vida partidaria, su despolitización y la pérdida de los viejos militantes, contribuyeron a que los aparatos cobraran vida propia, dictando sus necesidades. Se cayó en el riesgo de que los partidos se convirtieran en organismos sin militantes, en direcciones sin base, en aparatos omniscientes. Mientras más se restringió la capacidad real de actuación

³⁰ Vid. Eduardo Cervantes, “Pleno del PMT: ¿democracia fuera, mordaza dentro?”, *Unomásuno*, lo. de agosto de 1986.

por la sangría de militantes, más los aparatos tendieron a sustituir a éstos con funcionarios partidarios pagados, esto es, más *los aparatos se nutrieron y reforzaron a sí mismos, adquiriendo de más en más autonomía y estableciendo en su interior relaciones y lealtades jerárquicas*. Las condiciones para la burocratización de los partidos se prepararon de esta forma y, por consecuencia, donde se expandieron terminaron por imponer su lógica.

Debe quedar claro que no es que considere que la legalidad alcanzada al fin fuera una fuerza que por sí misma corrompiera a los partidos. Era una conquista democrática aunque parcial de toda la sociedad. Más bien, lo que aprisionó y perdió a la izquierda fue la falta de opciones de fondo respecto a su inserción social decisiva en el país, el desprecio a los vínculos duraderos con una sociedad en extremo fragmentada y despolitizada por obra y gracia de los regímenes de la revolución, sujeta a vaivenes impredecibles, el rechazo a mantener una actividad permanente —en una perspectiva de mediano y largo plazo— avocada al apoyo cotidiano de la resistencia social autónoma de los distintos sectores al margen de coyunturas depresivas. La política electoral, potenciada obviamente por la legalización y las posibilidades de proyección que había, no tenía necesariamente que devenir en exclusiva, excluyente de cualquier otra forma de acción política, ajena a los intereses sociales específicos. Adicionalmente, cierto uso inadecuado y desmedido de las reglas no escritas de la semilegalidad impuesta en la práctica, corroyó y minó a la izquierda, la desarmó en el momento en vez de ayudarla a prever el futuro, incluso para las peores condiciones.

En suma, “el saldo de la crisis ha sido desfavorable para el movimiento popular, la izquierda y para las organizaciones independientes”.³¹ En un primer momento, la crisis prolongada de la economía que arrancó con los setenta estimuló la irrupción de las masas en la lucha y dio curso al largo proceso de recomposición y reorganización del movimiento social, a la recuperación de sus fuerzas colectivas e iniciativas autónomas. Al mismo tiempo, dotó el terreno social para la propia recuperación y reorganización de la izquierda. Más tarde, empero, con la recaída en la recesión abierta

³¹ OIR-LM, *La crisis prolongada...*, cit., p. 36.

y el endurecimiento de la política de austeridad y reestructuración del Estado y el capital, el movimiento se repliega hacia formas más limitadas e incluso subterráneas de resistencia, con intermitentes manifestaciones explosivas (como el paro, desnudos, de los mineros de Real del Monte en Pachuca y la huelga de los metalúrgicos de Sicartsa en 1985) y la izquierda perdió impulso, pero en lugar de replegarse y preparar el futuro en nuevas condiciones, *se escapó, huyó hacia la supervivencia electoral y parlamentaria o, en ciertos casos, se refugió en el subsuelo grupuscular, incluso bajo cuerda.*

Pero en el fondo esa era una apariencia, pues la crisis a la que fue arrojada la izquierda y que operó como fuerza corrosiva, revelaba una situación incluso peor que la del conjunto de las masas: sin fuerzas, sin impulso, sin salidas, enredada en un proceso que la arrastraba hacia el precipicio. Los profundos procesos de la lucha de clases no podían ser sustituidos por prácticas y visiones que les sacaban la vuelta. Aquellos terminaron por imponer su lógica y su costo.

La crisis de la izquierda se generalizó a mediados de los años ochentas y lo más grave fue no reconocerla o no descubrirla más que en los otros.³² Asumió la forma de una *crisis ideológica y política de grandes proporciones*, y por lo mismo, de una crisis de identidad y de ausencia de dirección, de falta de perspectivas claras y eficaces para remontar la cuesta. Era una “crisis de conducción”, de “pérdida de capacidad de organización y aglutinamiento social,

³² “Nosotros no compartimos el pesimismo de algunas corrientes políticas y algunos analistas liberales de izquierda que hablan de una crisis genérica de la izquierda mexicana actual. Naturalmente si el parámetro son las grandes tareas a enfrentar, frente la debilidad orgánica de cada organización por separado, el resultado es abrumador [...] La izquierda mexicana ha avanzado sustancialmente en estos últimos tres y medio lustros. Hemos acumulado fuerzas, hemos adquirido implantación social. Hemos ganado en experiencia de dirección, en madurez política, en la formación de cuadros. En forma conjunta la izquierda mexicana es ya una fuerza política considerable a nivel nacional” (“La unidad posible y necesaria de la izquierda mexicana” (Ponencia del PRT a la tercera reunión de dirigentes de partidos de izquierda), *La Batalla*, n. 15, op. cit., p. 3). Una óptica similar llevó a Edgard Sánchez a escribir un largo artículo en el que toda la izquierda aparece en una crisis tremenda, salvo el PRT, su partido. Concluye que “estamos enfrente no sólo de un proceso de fortalecimiento de sus organizaciones [de la izquierda revolucionaria], sino también de un proceso de clarificación programática”. Antes había señalado “que resulta claro que en los últimos años las posibilidades de una elevación del peso de la izquierda revolucionaria en la vida política del país está presente” (“La izquierda en 1985”, *Bandera Socialista*, n. 320, 13 de enero de 1986).

sectorial y regional”,³³ además por supuesto de nacional. Más que en “un compás de espera”,³⁴ la izquierda mexicana se encontró de repente en la “antesala de una derrota estratégica”,³⁵ frente a la “posible derrota histórica”.³⁶

Había sin embargo quienes pensaban –aun con la lamentable situación de los movimientos sociales– que la izquierda en realidad estaba mejor que nunca, que vivía dificultades pero teniendo por delante sólo posibilidades inmensas de desarrollo. Parecían cegados por el resplandor de la reforma política y sus posibilidades insólitas de proyección nacional. Por mi parte, al contrario, compartía las preocupaciones de quienes veían en peligro el destino de la izquierda, lo que de concretarse llenaría de riesgos y sin duda retardaría la recuperación de la resistencia vital de los sectores subordinados de la sociedad. Más que en su apogeo, en su *cenit*, la izquierda mexicana cayó en su *nadir* y los retos que enfrentaría para el repunte a partir de entonces, resultarían incommensurables. Representarían su mayor prueba.

Las dos *vertientes* de la izquierda tendieron a recomponerse inesperadamente, pasando no por esta o aquella organización sino atravesando a todas, sacudiéndolas inclusive en forma violenta. La neolombardista, en constante mutación, fue recobrando su nivel avanzando hacia la creación de un partido unificado básicamente electoral, para sobreponerse a su debilidad. La marxista revolucionaria quedó también rezagada y confundida, en especial a causa de que sus principales componentes de entonces, el PRT y la OIR-LM, parecían estancados y a la deriva.

³³ *Punto Crítico*, “Notas sobre...”, *op. cit.*, p. 26.

³⁴ Semo, “La izquierda...”, *op. cit.*, p. 132.

³⁵ Luis Hernández, “País en crisis...”, *op. cit.*

³⁶ R. Echeverría y otros, *El PSUM...*, p. 49. Agrega: “una derrota pacífica, pasiva, sin combate porque no tenemos con qué combatir, no hay ni fuerza ni proyecto alternativo posible” (p. 50).

En la encrucijada

La prolongada crisis del capitalismo mexicano planteó pruebas fundamentales al conjunto de las fuerzas políticas. Como en toda crisis, en el fondo estaba en juego la posibilidad de una reformulación duradera de las relaciones de fuerzas entre las clases. El Estado y las clases privilegiadas, no obstante sus contradicciones internas, prosiguieron en sus objetivos de largo plazo, como lo mostró la regimentación estricta del trabajo que implementaron en los hechos con la reconversión capitalista que llegó para quedarse. A pesar de su situación en extremo dificultosa, los asalariados y demás oprimidos no dejaron de resistir a esa ofensiva reestructuradora del capital, lenta, contradictoria, dispersamente, pero en forma efectiva, acumulando sus energías y resentimientos. La izquierda, por su parte, no sólo no logró afirmar ninguna posición autónoma, sino que se plegó en la práctica al régimen.

La izquierda toda tendría que enfrentar el reto que no podría evadir: actuar en el sentido de ahondar y estimular esas respuestas vitales de la sociedad o continuar en el camino que la alejaría sin retorno de ésta. La apertura en la práctica del proceso electoral para la renovación de la presidencia de la república, matizaría sin duda las decisiones políticas de las izquierdas, la concreción de las alianzas y las perspectivas. En especial, por entre las nubes de tormenta de la crisis, resplandecían posibilidades de rearticular a la miríada de organizaciones, corrientes o fracciones que confluían en forma objetiva en la vertiente comunista de izquierda. Por todas partes, sin faltar en ninguna organización de la izquierda política y social, a través del país, franjas de militantes y trabajadores politizados discutían, actuaban y buscaban esclarecer las posibilidades de acción política en la nueva coyuntura que se iniciaba. En el transcurso de nuevas movilizaciones que se gestaban desde el fondo mismo de la sociedad, podrían probablemente crearse las condiciones para estructurar nuevas fuerzas socialistas, independientes en la política, la acción y las perspectivas.

Por entre la crisis prolongada del capitalismo y de la propia izquierda, a fines de 1987 resaltaba la necesidad de reanudar el

proceso de recomposición y reorganización de quienes se situaban en la perspectiva de la ruptura política de fondo, para preparar el terreno que les permitiera *ganar a las masas*, a los innumerables núcleos sociales que desde el inicio de los años setenta, desde el relámpago del 68, no dejaron de resistir, luchar, intentar organizarse abierta o soterradamente, nutriendo energías colectivas que si bien terminaron por declinar ante la dureza de la persistente ofensiva capitalista, se mantuvieron en estado latente. La izquierda, o al menos su *vertiente* radical, podría de esta manera volver a entrelazar el ciclo de su desarrollo al de la recuperación de las luchas y la reorganización de las clases sociales subordinadas.

Para toda la izquierda en México, se abrió entonces un *momento de definiciones*. Ante una encrucijada insoslayable, el rumbo que emprendiera estaría cargado de consecuencias duraderas.

El eclipse

La crisis del socialismo

La crisis del socialismo se ha convertido en un lugar común, en un supuesto que prácticamente se toma como un elemento más de la realidad cuya explicación se obvia. Se extiende no sólo a los regímenes burocráticos y autoritarios que se derrumbaron en Europa oriental (los llamados países de socialismo real y primero que nadie la Unión Soviética), sino igualmente a las organizaciones y movimientos que bajo distintos signos representaron en el mundo grandes vertientes socialistas caracterizadas por prácticas y proyectos específicos, pretendidamente alternativos al régimen capitalista. Más aún, esa crisis se identifica como el fin del marxismo que, bajo distintas tendencias y enfoques, fundamentó en términos generales al socialismo.

Los vientos cambiaron de aires y el mercado y la competencia, en la economía como en la política, invadieron de nuevo inexorable y arrasantemente la atmósfera de todas las naciones, dispersando y transfigurando los anhelos sociales de libertad y democracia, igualdad y autogestión que estuvieron en la base de las grandes movilizaciones de masas y revoluciones del siglo que expira.

Esa crisis del socialismo, que paradójicamente se sobrepone y vela la crisis de fondo del capitalismo, se expresa en quiebra de aparatos políticos partidarios, en desconcierto y abandono de perspectivas teóricas y políticas de las diversas tendencias socialistas

en los diversos países. Con variantes, ritmos y alcances particulares según tradiciones, fuerza y condiciones de cada organización, corriente o movimiento, pero aparece como una gran *crisis de disolución*, más que de recomposición, al menos en lo fundamental durante este periodo. En el trasfondo no sólo está el desprestigio acarreado por el socialismo real sino también el de la socialdemocracia, cuya gestión del capitalismo colocó en situación lamentable a los pueblos de los países donde ocupó el gobierno, al convertirse en campeona de las políticas capitalistas de austeridad y reestructuración. Se creó de entrada una crisis de credibilidad del socialismo, acompañada de la revitalización de las expectativas en el capitalismo, la que se extiende incluso a movimientos antiburocráticos.¹

Parte de esa situación ha sido el abandono de la reflexión y elaboración sobre esa problemática y sus perspectivas. Al menos en México, ése ha sido el caso ya que se dejaron de lado o desvirtuaron incluso concepciones y programas que le habían dado su perfil político y organizativo, su razón de ser, a la izquierda organizada.

La crisis particular de las diversas vertientes socialistas en que tradicionalmente se articuló la izquierda mexicana, madurada en la última década de fracasos y extravíos, encontró en el derrumbe del socialismo real el catalizador de su proceso de disgregación política, más que la posibilidad de recomposición y reorganización teórico-práctica que debería favorecer el abandono de dogmas estatales. Pareciera como si el largo proceso de cuestionamiento crítico y revitalización ideológica que se suscitó en particular desde el 68 con el ascenso de la lucha estudiantil mundial y el fin de la primavera de Praga por la invasión de los tanques soviéticos, no hubiera sido suficientemente profundo y sólido como para posibilitar un despliegue sin trabas y un salto cualitativo del socialismo y el marxismo. En su desmayo, los socialistas mexicanos optaron por la fuga electoral primero y su posterior caída en el escepticismo y la sobrevivencia pragmática.

En realidad, que el conjunto de la izquierda mexicana cayera en una crisis de grandes proporciones que amenazaba desembocar

¹ Ernest Mandel, "Situación y futuro del socialismo", *El socialismo del futuro*, Madrid, n. 1, 1990, p. 80.

en su disolución y consiguiente derrota histórica, sólo podía explicarse como resultado de un largo proceso de luchas y conflictos que no encontraron una solución de continuidad y acabaron en debilitamientos y desgastes, sembrado de rupturas y recomposiciones fallidas que la desconcertaron. Había sido muy difícil y penoso para la izquierda abrirse un espacio en un país dominado por la presencia apabullante del régimen político corporativo y las secuelas sociales e ideológicas de la revolución mexicana. Expulsada en lo fundamental de los sindicatos y demás organizaciones sociales corporativizadas por el Estado desde los años cuarenta, la izquierda se refugió e hizo fuerte primero en las universidades, hasta que el destello del 68, con el largo proceso de transición política que entonces inicia, preparó las condiciones para que su larga travesía del desierto alcanzara el umbral.

En efecto, en los setenta afloraron situaciones que fueron madurando por la acción de los cambios económico-sociales de las décadas anteriores, cuya combinación con la caída de México en un duradero periodo de tonalidad recesiva acicatearon a las masas trabajadoras, quienes irrumpieron tumultuosamente en la escena política nacional. Entonces comenzó a producirse un encuentro de los socialistas con los de abajo, y sus habilidades y visiones no fueron ajenas al proceso de recomposición, movilización y reorganización que los trabajadores y oprimidos no dejaron de desarrollar a lo largo y ancho de la nación, si bien con altibajos y contradicciones. Fue un verdadero encuentro con la realidad, con el país real. Los esfuerzos de la izquierda por enraizarse nacional y socialmente, comprender la vida de la gente y el transcurrir del país y jugar así un papel protagónico, se tradujeron en experiencias, prácticas y reflexiones colectivas que la empezaron a cambiar decisivamente. La izquierda se fue *reciclando* con el movimiento obrero y de masas, uniendo a él su destino y volviéndose sensible (incluso a pesar suyo) a los ritmos y consecuencias de enfrentamientos políticos y luchas sociales.²

A pesar de la fuerza material que fue adquiriendo el movimiento social en tensión por los efectos sociales de la larga declinación de

² Cfr: Julio Moguel, *Los caminos de la izquierda*, Juan Pablos Editor, México, 1987 (especialmente el cap. inicial).

la economía y de las políticas gubernamentales de estabilización, y no obstante la participación significativa en las movilizaciones y ensayos de reorganización de los trabajadores de las organizaciones políticas de izquierda, en realidad éstas nunca lograron una inserción social duradera y profunda. Su peso efectivo en el movimiento de los núcleos sociales subordinados siempre fue reducido, parcial, localizado, y sobre todo endeble, sin continuidad, volátil. Jamás pudo superar su *desfase* respecto al movimiento, esto es, la brecha aparentemente irreversible que surgió y se amplió sin cesar entre el conjunto de la izquierda organizada y el movimiento social del país.³ En los años más duros de la crisis y reestructuración del capitalismo mexicano, en los que luego de la recesión de 1982 el movimiento obrero y de otros sectores sociales subordinados fue colocado en una situación difícil, la izquierda no persistió en la búsqueda de por sí tardía de su inserción social. Con sus energías disminuidas y sin iniciativas políticas de peso, fue separando su destino del curso intermitente, contradictorio y en extremo delicado de un movimiento de masas de más en más constreñido por la ofensiva desarticuladora del Estado y los patrones. En especial, a partir de 1984 cuando los trabajadores se repliegan hacia una resistencia más fragmentada, soterrada e incluso de carácter latente.⁴ La izquierda se disparó entonces, tratando de encontrar atajos que la proyectaran y dieran relevancia a nivel nacional, al margen o por encima de las condiciones y ritmos del movimiento popular. Entabló la huida hacia el refugio electoral que las reformas políticas del régimen ofrecieron como alternativa institucional.

Así pues, los sucesos nacionales determinados por la declinación del régimen político corporativo, la caída sostenida de la economía y movilizaciones sociales discontinuas pero significativas, si bien

³ Hay que precisar que ese movimiento social sólo circunstancial o sectorialmente ha alcanzado gran importancia y visos de continuidad. Tal vez una de las principales trabas para el desarrollo de una izquierda de masas, sea la inexistencia de tradiciones autónomas de movilización y organización de carácter masivo de la sociedad mexicana. Por esto también se puede explicar el rezago de la politización de los de abajo, o mejor, la despolitización e ideologización con la que el régimen priísta los ha logrado mantener aturcidos.

⁴ De hecho, el mayor auge huelguístico en varios años y el frustrado segundo paro cívico nacional en el que concurrió toda la izquierda política y social del país fueron el punto culminante de un periodo de movilizaciones, a partir del cual éstas se desarticulan y reducen considerablemente.

habían comenzado por cambiar de cierto modo a la izquierda, al sensibilizarla y socializarla en cierta medida, al final acabaron por desconcertarla y arrollarla. En lugar de fortalecer y reafirmar sus perspectivas teóricas y políticas y prepararse para articular una opción política de fondo que le permitiera reorganizarse en la base de la sociedad, fue diluyendo sus perfiles socialistas y autónomos, quedando atrapada en una dinámica que diluyó su perfil y la desnaturalizó. Ante la reestructuración y reorganización del régimen dominante y de la economía nacional, la izquierda priorizó en los hechos la supervivencia electoral, tendiendo al suicidio social, político y organizativo, llegó incluso a supeditarse a programas supuestamente nacionalistas y populistas, en contra de los cuales había forjado su autonomía (cuando los defendía aún el régimen priísta).

La izquierda había comenzado a cambiar sus prácticas, preocupaciones y concepciones políticas y organizativas en la medida en que se había vinculado e integrado a distintos sectores sociales, participando vitalmente en las experiencias de movilización. Empero, su abandono del medio de las organizaciones sociales, con sus reivindicaciones, ritmos y luchas específicas, aunado a su *entrega* a las campañas electorales, también la cambiarían en forma decisiva, dotándola de nuevos derroteros.

El nuevo terreno político caracterizado por lo electoral y la gestión de supuestos o reales espacios de poder (municipios, curules, relaciones públicas), resultó en los hechos *excluyente*, al menos su enloquecedora y envolvente dinámica no dejó espacio ni tiempo para el desarrollo de otro movimiento que no fuera el electoral. La izquierda reconvertida profundizó su crisis política e ideológica, transfigurándose hasta deslavar e incluso perder su perfil político socialista. El abandono de programas de largo plazo dirigidos a la transformación desde abajo de la sociedad y de la dominación capitalistas, así como el rechazo o la renuncia abierta o disfrazada del marxismo, se acompañaron de un pragmatismo universal que justificó acciones y políticas de toda índole, de ninguna manera mediadas por principio alguno.

Se impuso y generalizó entonces la *lógica de los aparatos partidarios*, los cuales se reforzaron cada vez más por la catarata de

recursos financieros y políticos, fuera de toda proporción respecto a la capacidad propia, que las leyes electorales aseguran a los partidos legalmente registrados. Por consiguiente, las direcciones de los aparatos también se fortalecieron y se desprendieron de la dependencia que deberían tener respecto a las bases. *Llegó, pues, la hora de los aparatos.* Los militantes partidarios fueron sometidos a un régimen de campaña permanente agotador, que no les dejaba más perspectiva política que la pugna por los cargos, los enfrentamientos facciosos y los realineamientos personales que conllevan. Las lealtades personales sustituyeron en la práctica a las posiciones políticas. El empobrecimiento de la vida partidaria, la despolitización de los miembros, el estancamiento orgánico y el aislamiento social ya no tuvieron trabas para extenderse. La democracia interna, por todos postulada, quedó maniatada por la permanentemente irrupción del poderío y los intereses de los aparatos, con su inercia autoritaria y fraccional.

En suma, la vieja cultura política priísta, profundamente enraizada en la sociedad toda, se reprodujo en forma ampliada en el conjunto de los partidos de izquierda legalmente registrados. A veces aquélla se engarzó perfectamente con las tradiciones burocráticas y verticalistas copiadas de los países del socialismo real y del viejo dogmatismo stalinista. Lo mismo sucedió con las organizaciones políticas que, sin estar legalizadas, cayeron en la misma dinámica desquiciante por la vía de los acuerdos y alianzas electorales.

La caída en el pragmatismo extremo y la pérdida del perfil político de clase de hecho volvieron muy vulnerable a la izquierda, precisamente en lo que representaba su principal fortaleza: su independencia política e ideológica respecto al Estado y el régimen de la revolución mexicana. El pragmatismo socavó los fundamentos de tal autonomía y el abandono del programa y los métodos socialistas dejó a la izquierda a merced de visiones y mitos ideológicos que forman parte de los resabios culturales de una ideología nacional burguesa fuertemente arraigada. Más que politizar a la base de la sociedad, la despolitizó, distorsionando a la propia realidad, al subestimar al Estado y su curso. Al mismo tiempo, la izquierda magnificó y retomó en forma extrapolada cuestiones como el

paternalismo estatal, la supuesta economía mixta, una inasible soberanía que ve amenazada por todas partes y un nacionalismo y una visión de la deuda externa que reemplazaron a todas las contradicciones de clase y los desiguales y contradictorios procesos internos del país.

La falta de perfil político borró en la práctica las fronteras partidarias de las distintas vertientes socialistas, lo que volvió más incomprensible para la sociedad (y particularmente para ciertos sectores de opinión pública) la subsistencia de organizaciones que se enfrentan más entre sí, y dentro de sí, que con el régimen capitalista y el Estado que supuestamente son sus enemigos. La carrera por la unidad de la izquierda que particularmente desde las elecciones legislativas de 1985 se entabló por casi todos los organismos y corrientes que la integraban entonces, en la búsqueda de un partido único que subsumiera y potenciara sobre todo a los tres partidos registrados (PSUM, PRT y PMT), en gran medida tuvo ese trasfondo político y obedeció al predominio de las exigencias electorales. Su fracaso virtual al lograr en 1987 fusionar en el PMS únicamente a una parte de la izquierda (PSUM, PMT y PPR, básicamente), no se debió a la permanencia de encontradas líneas políticas y visiones del país, sino a intereses de los aparatos partidarios y sus burocracias.⁵

Que veinte años después de la ruptura histórica del 68 la izquierda reincidiera en el nacionalismo de la revolución mexicana (fundamento ideológico en el cual el régimen priísta se afianzó) y se enredara buena parte de ella en sus secuelas, no podría explicarse sin considerar su enflaquecimiento orgánico, su regreso al *autismo social* y la pérdida de perspectivas políticas. Su caída, en fin, en su *nadir*, en el punto más bajo de su trayectoria de las últimas dos décadas, luego de movilizaciones masivas, luchas tumultuosas, ascensos y retrocesos, fusiones partidarias y rupturas que —a pesar de su aliento y sentido profundo— no posibilitaron que la larga marcha de la izquierda tuviera como desenlace una recomposición novedosa, con raíces sociales profundas, resistentes y duraderas entre los sectores sociales subordinados y el movimiento político-social.

⁵ Véase *Por una alternativa socialista para los trabajadores*, México, 1988, pp. 28-39.

Como un poderoso torbellino, como la fuerza de los sismos, la crisis combinada del capitalismo y el socialismo golpeó y sacudió bruscamente a la izquierda, desencajándola y llenándola de asombro y confusión. Su declinación no dejó de prosperar a pesar de fusiones, alianzas y más fusiones. La resta de siglas, que al menos producen los reagrupamientos organizativos, no revirtió sin embargo el aislamiento social de la izquierda y su falta de arrastre en la sociedad, como tampoco lo lograron las campañas electorales unitarias. En cambio, la perturbaron, la atraparon de más en más en el desconcierto y acabaron por precipitarla en el escepticismo y la inmediatez.

El escepticismo, en el contexto de la crisis generalizada de los socialistas, minó los procesos unitarios aparatistas, corroyó internamente a las organizaciones partidarias. En ausencia de un referente político consistente y válido, la falta de confianza lanzó a los militantes en todas direcciones. Las disciplinas y lealtades políticas se desvanecieron y los aparatos se fueron vaciando. Mientras más se reforzaban éstos con los recursos estatales, más se sobreponían a las bases desarticulando y pervirtiendo sus propias estructuras, más los partidos se volvieron organismos sin vida, sin capacidad efectiva de movilización y actuación.

A pocos meses del arranque formal de la campaña electoral de 1988, el panorama de la izquierda condensaba esa situación de crisis profunda en dos proyectos electorales: el primero integrado en torno al PRT y Rosario Ibarra como candidata presidencial (bajo la denominación de Unidad Popular) y el segundo dirigido por el flamante PMS con Heberto Castillo como candidato. El uno y el otro difícilmente diferenciables en términos políticos, pero comprensibles tanto por las metas de los respectivos aparatos partidarios, como igualmente por las personalidades encontradas de sus candidatos. Ambos proyectos traslucían fragilidad y poca consistencia: el primero anonadado por una larga lucha tendencial aplastada con métodos nada democráticos⁶ y el segundo apenas tratando de ensamblar las dispares piezas de una nueva aventura unitaria.

⁶ *Idem*, para un seguimiento de la lucha interna en el PRT y de las posiciones enfrentadas.

Abandonados sus vínculos con los movimientos sociales y abrumados por los requerimientos legales de la reforma electoral, los aparatos partidarios solamente miraban hacia sí mismos. Todo el *periodo preelectoral*, de 1985 a 1987 (así entendían la vida), no habían sino ensayado formas de crear una opción atractiva para las elecciones, al tiempo que se deshacían en las resistencias por preservar su partido-aparato. El auge de los pronunciamientos unitarios de que he hablado, expresó deformadamente la incapacidad de la izquierda de avanzar a una unidad política efectiva, ni siquiera hacia una unidad electoral temporal, y su verdadera vocación aparatista y particularista.

La ruptura, en octubre de 1987, de la Corriente Democrática (CD) del PRI encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas y su candidatura a la presidencia, además de acelerar la crisis política del régimen,⁷ plantearon al conjunto de la izquierda un nuevo reto, el que acabará sin embargo por desatar y disparar las corrientes centrífugas gestadas en el interior de las distintas organizaciones partidarias. De hecho, en medio de movilizaciones tumultuosas que brotarán inesperadamente por todas partes estimuladas por la fuerza creciente de la campaña electoral de Cárdenas, desde principios de 1988 se abrió un nuevo periodo fundamental de la historia de la izquierda, en el que se profundizó y complicó su marasmo. Paradójicamente, en el transcurso de un movimiento de masas sin precedentes, por su magnitud y carácter netamente político, la izquierda toda acabará siendo atrapada por una dinámica aparentemente sin retorno que la precipitará a una verdadera *crisis de disolución* de proporciones históricas. Será hasta 1994, con el también insospechado amanecer del EZLN y la insurrección indígena en Chiapas, cuando un nuevo vuelco de la situación nacional suscitará contratendencias que renovarán y actualizarán las posibilidades de recomposición de la izquierda, abriendo así un nuevo periodo que tal vez prepare condiciones propicias para una alternativa autónoma de fondo en el umbral del siglo veintiuno y supere al fin la profunda crisis del socialismo en México.

⁷ Véanse mis trabajos, "Vientos de cambio en México", *Brecha*, n. 5/6, invierno de 1988, pp. 3-22 y "Crisis política, modernización y democracia", en Arturo Anguiano (coordinador), *La modernización de México*. UAM-X, México, 1990.

Desconcierto y esperanza

La izquierda mexicana vivía en el desconcierto y la incertidumbre, agravados ante la incapacidad de los partidos de responder al desafío que representó la ruptura de la Corriente Democrática del PRI y la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas. Si bien se introdujo un nuevo e importante elemento en la situación nacional, pues la escisión del partido de Estado aceleraba el desgaste y descrédito del régimen político prevaleciente, incomodaba paradójicamente a una izquierda que con no pocas dificultades y conflictos había acabado por armar dos proyectos electorales con posiciones similares que buscarían preservar, o hasta ampliar, su espacio político en la campaña nacional para la cual todos estaban listos.

Adicionalmente, la afiliación de Cuauhtémoc Cárdenas al Partido Auténtico de la Revolución Mexicana (PARM) como paso previo a su postulación por este partido y sus acuerdos con el PPS y el Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional (PFCRN, ex PST) que desembocaron al poco tiempo en la formación del Frente Democrático Nacional (FDR),⁸ avivaron recelos y desconfianzas ya que esos partidos *paraestatales* tenían una larga historia de supe-ditación e incondicionalidad al régimen.⁹ De esta forma, el lastre con el que Cárdenas inició su campaña electoral el 29 de noviembre de 1987 pesó tanto que ni siquiera dejó percibir la rápida radicalización de sus posiciones políticas, que precisamente lo condujeron a plantear en forma reiterada su confluencia con la izquierda socialista.¹⁰ Al no restringirse a su alianza con los paraestatales

⁸ *Vid. Plataforma común del Frente Democrático Nacional*, Jalapa, Ver., 12 de enero de 1988 (documento fotocopiado), donde se plantea la candidatura a la presidencia de Cuauhtémoc Cárdenas como "una alternativa real de cambio por la vía constitucional". El FDN quedó integrado originalmente por las siguientes organizaciones: PARM, PFCRN, PPS, Unidad Democrática, Partido Verde Mexicano, Corriente Democrática, PSR, Partido Nacional del Pueblo-Comité de Defensa Popular, Fuerzas Progresistas de México, Federación de Organizaciones Obreras del Distrito Federal y Consejo Nacional Obrero y Campesino de México, ninguna de las cuales destacaba por su peso social o su consistencia política y práctica. El texto también fue reproducido por el efímero periódico *Corriente Democrática*, n.º 4, junio 1988.

⁹ A manera de ejemplo del desarrollo y carácter de esos partidos, véase mi trabajo "Un partido paraestatal", *Relaciones*, México, n. 1-2, 1989, pp. 28-35.

¹⁰ Incluso el núcleo de dirigentes del PRT que meses después se unirían a Cárdenas y promoverían la creación del Movimiento al Socialismo, afirmaban en noviembre de 1987: "No puede

e intentar ligarse a la izquierda, dirigiéndose al movimiento de los distintos sectores sociales, en la práctica Cuauhtémoc fue ahondando su ruptura política con el régimen priísta.

Fue hasta febrero de 1988 que la candidatura de Cárdenas comenzó a crecer como marejada imparable y cuando las resistencias y desconfianzas de buena parte de la izquierda hacia él comenzaron a trocarse por una nueva apuesta. A partir de la gran concentración de La Laguna, el 14 de febrero, en efecto, las movilizaciones masivas se desataron y militantes de distintos partidos, incluidos el PMS y el PRT o sus aliados, fueron jalados por ellas sobre todo localmente, donde las definiciones y acciones eran más simples y al cabo más precisas y contundentes.¹¹ La campaña electoral se fue deslizando por un terreno fertilizado por los años de crisis económica y por las repercusiones de la agresiva política de austeridad y reestructuración productiva del Estado y el capital. La energía contenida de una sociedad marginalizada, la acumulación de agravios, resentimientos e inconformidades saltaron por todas partes a través de manifestaciones claramente antigubernamentales y de rechazo al candidato presidencial del PRI, Carlos Salinas de Gortari. Las demandas más vitales de los distintos sectores sociales salieron a flote y encontraron eco en Cuauhtémoc Cárdenas, quien las asumió e impulsó en su recorrido por la nación, dándole así una suerte de continuidad a la larga resistencia social. Esto incidió indiscutiblemente

cabere duda sobre el carácter de aparatos dependientes del Estado de partidos como el PARM, el PPS y el PST. El sentido del paso dado por Cárdenas al afiliarse al PARM y aceptar su postulación por esos tres partidos es preciso: rompe con el PRI haciendo explícito que esa ruptura no entraña una ruptura con el campo de clase ni con el sistema político tal cual éste es hasta el momento; utiliza un aparato político burgués que él puede controlar, el PARM; promueve a su alrededor un reagrupamiento del núcleo definitivamente más nacional-populista de los partidos del Estado, el PPS y el PST, que ven amenazada su función y su existencia misma por la ruptura de los viejos pactos que lleva adelante Salinas de Gortari (en rigor, los partidos 'paleros' no son necesarios en su esquema); y ofrece así un polo nacional-populista, no socialista, ligado de todos modos al Estado aunque haya entrado en crisis con la política actual de éste. Por otra parte, Cuauhtémoc Cárdenas se da así una plataforma propia e independiente desde la cual negociar con la izquierda socialista [...] sin quedar preso de dicha izquierda como individualidad aislada, que es el camino que le ofrecía Heberto Castillo al invitarlo a ingresar al PMS" ("La política electoral del PRT y la izquierda socialista", en *Por una alternativa...*, *op. cit.*, p. 69).

¹¹ *Id.* mi trabajo "Vientos de cambio...", *op. cit.*, p. 12 y ss.

en la radicalización del propio Cárdenas, quien cambió en forma patente en el curso de su campaña.¹²

Ante un incontenible torrente social y político que se fue transformando en un gran movimiento nacional por la democracia, parecía que no quedaba más remedio que apoyar la candidatura de Cuauhtémoc, pues las masas habían ya optado por ella y el riesgo era el abandono y la confrontación. La dinámica de las organizaciones de izquierda involucradas en los dos proyectos electorales encabezados respectivamente por el PMS y el PRT, adquirió entonces un doble sentido: por abajo, tanto bases militantes como direcciones locales, de más en más se involucraban en la movilización desencadenada por Cárdenas, mientras arriba, en las direcciones nacionales, crecían las aprehensiones por las campañas de sus candidatos, Heberto Castillo y Rosario Ibarra, quienes perdían audiencia y credibilidad al tiempo que se disparaban como candidaturas básicamente anticardenistas.

Desde un principio, las campañas de la izquierda tradicional estuvieron lejos de levantar el entusiasmo de los militantes, ya no digamos de los núcleos más sensibles de la sociedad. No lograron siquiera delinear propuestas alternativas, desbordadas y sustituidas en los hechos por la actitud intolerante y a la defensiva de sus candidatos presidenciales respecto al candidato del FDN. El PRT vio cómo se disolvió al paso de los días su coalición, la Unidad Popular, y cómo una franja de su dirección y su militancia optó por la construcción de una corriente socialista, el Movimiento al Socialismo (MAS), que se unió a la movilización electoral cardenista y se convirtió en un polo de referencia de la izquierda. El PMS también trató de detener el generalizado vuelco de sus miembros hacia el movimiento estimulado por Cuauhtémoc Cárdenas. En realidad, esos partidos se aferraban a sus grises campañas, pues no les importaba demasiado la reacción de los de abajo, no estando acostumbrados a disputar el poder sino a lograr un desempeño en el cual sostener su

¹² En el artículo citado, distinguí varios momentos de la evolución política de Cárdenas a partir de la XIII Asamblea General del PRI en marzo de 1987, hasta el momento en que desconoció la legitimidad de la elección de Salinas y convocó a formar el partido que "nace el 6 de julio" (pp. 9-12 *et passim*).

capacidad de negociación con el gobierno, a la hora del reparto de votos y curules.

De hecho, la campaña electoral y la fuerza de la candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas representó poco a poco el comienzo de cierta recomposición de la izquierda. Se manifestó organizativamente en el MAS y en el posterior viraje de última hora del PMS,¹³ aunque en el fondo esos fueron sólo destellos de un proceso más amplio que se estaba dando desde abajo.

El MAS surgió el 18 de marzo de 1988 como una expresión del carácter social y político de la movilización electoral sin precedentes que se estaba desarrollando en el país.¹⁴ Resultó de la convergencia de distintas tendencias y fracciones de militantes socialistas, que desde el interior de sus partidos y grupos habían pretendido enfrentar la lógica de los aparatos, priorizando la unidad con el fin de potenciar la actividad de los sectores sociales movilizados en el periodo electoral. También de viejos y nuevos militantes desilusionados y alejados de aquellos, atraídos por la novedad de la desbordante campaña de Cárdenas y la propuesta original del MAS. Ante la división y desconcierto prevalecientes en la izquierda, el MAS buscó contribuir al reagrupamiento y participación de todos aquellos que, reclamándose del socialismo, consideraron fundamental participar con autonomía en el movimiento nacional de carácter

¹³ El PMS explicó luego su viraje por "la inconsecuencia para fortalecer la unidad de los sectores democráticos", señalando que en el curso de su campaña electoral "las coincidencias programáticas entre el candidato del FDN y el PMS se hicieron más claras" (V Pleno del Consejo Nacional del PMS, "Las elecciones del 6 de julio y la situación política que se ha creado", *La unidad*, 31 de julio 1988). Véase también Heberto Castillo, "La campaña demostró que el pueblo confía más en Cuauhtémoc", *Proceso*, n. 605, 6 de junio 1988, pp. 6-13. En verdad, casi hasta el último momento el PMS se resistió al cambio ya producido desde abajo combatiendo "el voto de ocasión, que no busca la organización permanente" (Vid. "Llamamiento del PMS. Votar por los socialistas para crear la fuerza democrática y un nuevo poder", *La Jornada*, 26 de mayo de 1988).

¹⁴ En los siguientes párrafos retomo elementos de un texto que elaboré a nombre de la coordinadora nacional del MAS para su congreso, el cual nunca se discutió a pesar de haber sido avalado por el conjunto de la coordinadora nacional de ese organismo: "Propuesta organizativa para el Movimiento al Socialismo" (agosto 1988). Véase también *MAS, Movimiento al Socialismo*, I, folleto (s.p.i.) que incluye la convocatoria y el llamamiento para la creación del MAS (también publicado el segundo en *La Jornada y Excélsior*, el 11 de marzo de 1988) y Adolfo Gilly, "Cardenismo, socialismo y elecciones", *La Jornada*, Suplemento, 1 de junio de 1988. Durante su efímera existencia, el MAS publicó irregularmente el periódico *La Bola*.

ciudadano desencadenado por la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas. Su propósito más general fue impulsar un rompimiento profundo del poder del PRI que permitiera la democratización radical de la sociedad. Partía de la coyuntura electoral como un hecho político ineludible que imponía una respuesta unitaria de la izquierda. No porque se pretendiera suplantar las luchas sociales reivindicativas que en la base de la sociedad no dejaban de venir a menos ante la fuerza de la ofensiva gubernamental, sino porque se consideraba que podría ser un punto de referencia, la posibilidad de canalizar descontentos y energías, apagados pero reales.

Por la manera como nació, el MAS se asumió como un movimiento político plural unitario que incorporó en su seno la diversidad de orígenes, experiencias, trayectorias, formas organizativas y propósitos sectoriales o parciales de las luchas de resistencia que en los años de crisis fueron configurando la variedad de fuerzas y corrientes que tienden hacia una perspectiva socialista mexicana. Por encima de sus propias reducidas fuerzas, el MAS abrió las compuertas a los riachuelos socialistas que dispersos comenzaron a confluír hacia el torrente cardenista. El vínculo de Cuauhtémoc y el MAS, en el contexto de la campaña electoral, los cambió a ambos. Representó la unión del primero con el socialismo mexicano por lo que su candidatura dejó de figurar supeditada a los partidos paraestatales siempre fieles al gobierno si bien ahora en revuelta, mientras el MAS apareció como un intento renovado y autónomo de engranarse con algunas de las tradiciones nacionalistas de la revolución mexicana, representadas por Cuauhtémoc Cárdenas, sin subordinarse a ellas. Aunque el vínculo entre ambos fue posible primero que nada por su convergencia en la demanda democrática. El proceso que aceleró esa alianza concluyó en la práctica el 6 de julio en una *candidatura única* contra los partidos del régimen, PRI, PAN y PDM.

Como no se trataba de unirse a Cárdenas para diluirse en el movimiento en creciente que lo sostenía, sino desarrollar nuevas experiencias y propuestas que posibilitaran una salida hacia adelante, el MAS se planteó estructurar en el contexto de la movilización multitudinaria de distintos sectores de la sociedad una gran corriente nacional de carácter socialista que incorporara a trabajadores,

colonos, campesinos, intelectuales, estudiantes, mujeres, jóvenes en general. De manera que, no sólo en las calles y plazas, sino principalmente en sus centros de trabajo, organizaciones sociales y lugares de habitación o desempeño, en el campo como en la ciudad, laboraran por una alternativa socialista en la perspectiva de un cambio de fondo en la situación en que vivían, laboraban y luchaban. Por esto el MAS se definió como *movimiento*, lo que significaba un proceso vivo de movilización, reflexión colectiva, coordinación y organización, capaz de involucrar sin rigideces ni esquemas preconcebidos a decenas de miles e incluso cientos de miles de mexicanos dispuestos a construir un México democrático y libre, desde abajo y con la participación de todos. Un proceso, por ello, de creación colectiva de una nueva cultura política democrática, de socialización de experiencias de lucha en todos los terrenos y niveles, de acción unitaria en la resistencia en la base a los planes reestructuradores del capital y el Estado, de combinaciones complejas y novedosas —por obra de la actividad de todos— de las luchas reivindicativas y políticas.

Tal era la novedosa propuesta del Movimiento al Socialismo, que resultaba acorde con la riqueza y amplitud de la propia movilización por la democracia estimulada por la campaña electoral de Cuauhtémoc Cárdenas. Apuntaba por ello hacia la posible recomposición de la izquierda y su posible reavivamiento social. En realidad, el MAS no adelantó sino solamente condensó fragmentaciones y rupturas de los propios partidos, heridos por el sectarismo, la falta de política y el realismo pragmático. Esa recomposición y reorganización en ciernes atravesaba y afectaba a todos. A todos acabaría por convulsionar y determinar su destino.

Así, el desconcierto y desilusión por la crisis y carencia de perspectivas políticas de la izquierda, cedió en cierta medida su lugar a la esperanza en la renovada movilización y en la posibilidad de cambio que encarnó Cuauhtémoc Cárdenas. Ya no importaban su procedencia priísta ni los partidos paraestatales que lo rodeaban, ni tampoco la pesada carga ideológica de su discurso, sino el *sentido profundo* de las energías sociales desencadenadas, que en su caudal desbordante arrastraba temores, certitudes y mitos.

El fracaso de los aparatos

El desconcierto y falta de sensibilidad política ante el fenómeno cuauhtemista, por parte de los aparatos partidarios de izquierda, condujeron a éstos a campañas electorales débiles, que no sólo no tuvieron eco entre la población, sino que se exhibieron como sectarias, divisionistas, inconsistentes, y al límite, marginales. La verdadera insurrección ciudadana que se produjo el 6 de julio y los resultados electorales de ese día hicieron que la sorpresa llevara a los aparatos a la frustración y pérdida de perspectivas autónomas.

El PMS venía de una fundación reciente plagada de compromisos entre los distintos agrupamientos que le dieron forma. Su equilibrio interno era todavía muy frágil y su atmósfera estaba cargada por prejuicios resultados de enfrentamientos y disputas que solamente se dejaron de lado para conformar una alternativa electoral que todos, sin falta, consideraban imprescindible para el 88. Además de eso, el fracaso de una posible coalición electoral con el PRT, con la que se hubiera garantizado por vez primera una izquierda unida al menos en las elecciones nacionales, así como la realización de elecciones primarias en su seno a fin de definir su candidato presidencial, se tradujeron en una cerrazón y enojo muy fuertes de la dirección del PMS ante la propuesta unitaria de Cárdenas. Era una situación curiosa, pues el PSUM y el PMT (principales componentes del nuevo partido) habían basado buena parte de su política nacional en la posibilidad de alianzas con lo que denominaban "sectores democráticos y nacionalistas" del régimen. Más aún el PMT, que durante años pretendió representar en cierta forma la corriente radical de la revolución mexicana, que tenía un punto de referencia básico en Lázaro Cárdenas.

La dureza con la que en particular Heberto Castillo —el viejo cardenista cofundador con el expresidente y su hijo Cuauhtémoc del Movimiento de Liberación Nacional en los sesenta— atacó durante toda su campaña electoral a éste último, que por cierto contrastaba con la coincidencia de fondo de los planteamientos de ambos candidatos, traslucía en gran medida una extraña disputa por un legado que reclamaba para sí, aparentemente con mayores bases,

Cuauhtémoc Cárdenas. No sólo no pudo despegar la candidatura presidencial del PMS, sino decayó su prestigio y prácticamente fue anulada por la movilización contundente en torno al candidato del FDN y el MAS.

Presionado por todas partes, ante la perspectiva de que la población impusiera en los hechos –como lo hizo– la candidatura única del movimiento democrático y la izquierda, el PMS apostó en el último momento a subirse en la ola para detener la disgregación interna y preservar –si no es que incluso potenciar– su clientela electoral, sacudida por la fuerza de atracción de Cuauhtémoc Cárdenas.¹⁵ En su irrefrenable lógica aparatista, el PMS contrastaba la flaqueza orgánica y el desprestigio de los partidos paraestatales que rodeaban a Cuauhtémoc, con su mayor experiencia y tradición organizativa (proveniente sobre todo del sector PCM/PSUM), lo que le podría favorecer en la alianza forzada con el FDN. Sin embargo, el fracaso fue inminente. Abandonado por parte de su tradicional electorado (de los partidos que le dieron vida, se entiende), su caída electoral representó el costo por la incapacidad de percibir a tiempo los cambios en la situación y por aferrarse a sus particulares fines de aparato, contrarios a los vientos unitarios que renovaron bruscamente la atmósfera nacional. En adelante, el PMS se esforzará por lavar sus culpas, desentendiéndose de su propio proyecto apenas con un año de vida y poniéndose más bien al servicio incondicional de Cuauhtémoc Cárdenas.

El PRT fue quien más se arruinó en la coyuntura electoral, pues en los hechos fue ignorado por sus votantes anteriores y ni siquiera mantuvo el registro legal,¹⁶ lo que precipitó su desgajamiento y virtual disolución. El cambio de actitud de Rosario Ibarra desde el 6 de julio, sin embargo, haciendo a un lado su combate contra Cárdenas y compartiendo sus reclamos por el respeto al voto, ayudó a amortiguar y posponer un poco el golpe. Tratando de escapar de su

¹⁵ Véase la “Propuesta de Heberto Castillo a Cuauhtémoc Cárdenas y la Corriente Democrática”, *La Jornada*, 4 de julio de 1988 y el “Convenio político que suscriben la Corriente Democrática y el Partido Mexicano Socialista”, *Corriente Democrática*, n. 4, junio de 1988.

¹⁶ El PRT insistió en que el gobierno, al efectuar el fraude contra el FDN, disminuyó de paso su votación, cuando en verdad por ningún lado se vieron sus votos. “Entendemos que el objetivo principal del gobierno no era el PRT, era el cardenismo, del que trataban de manipular su

derrota, el PRT quiso aparecer como el abanderado de la lucha contra el fraude electoral del gobierno, colgándose de iniciativas y acciones ajenas.

Pero el PRT no perdió únicamente su registro en la coyuntura electoral de 1988. Extravió en definitiva su perfil político y la oportunidad de desempeñar un papel decisivo en el relanzamiento del movimiento social y la recomposición del socialismo mexicano. Echó por la borda su sello distintivo, largamente forjado, como la fuerza unitaria de la izquierda, el que le permitió crecer, influir ciertos sectores y organizaciones sociales y atraer durante varios años a buena parte de los agrupamientos de la izquierda radical. Su proyecto de partido de los revolucionarios¹⁷ enraizado en la sociedad (principalmente entre los asalariados), que ofreció como remate del largo y complicado proceso de convergencia de las corrientes socialistas independientes, naufragó ante la prepotencia y el sectarismo del aparato perretista, empeñado en rentabilizar su registro legal y renuente a compartir las esperadas (y reducidas) curules. Por esto mismo, se fue enflaqueciendo la Unidad Popular desde el momento de su gestación.¹⁸ Incluso la política electoral como expresión de las luchas reivindicativas y de impulso de las diversas formas autónomas de organización de las masas, que había caracterizado al PRT, fue canjeada por un radicalismo vacío que en vez de enfrentarse al candidato del gobierno combatió a Cuauhtémoc Cárdenas. Esto le restó así la fama del más intransigente opositor del régimen priista nutrida muy particularmente por su unión duradera con Rosario Ibarra.

Lo más importante fue que diluyó su perfil político socialista de partido de trabajadores abierto, democrático, igualitario y vitalmente antiburocrático. En efecto, la ruptura de los dirigentes y militantes que en lo fundamental habían desplegado una opción política

votación. Eso repercutió en nosotros y la única posibilidad de que no nos afectara era que nosotros pudiéramos una negociación con el gobierno, pero no íbamos a pedirla" (Entrevista con Edgard Sánchez, *La Jornada*, 29 de julio de 1988).

¹⁷ Esa posición sobre la posibilidad de un partido de distintas corrientes de izquierda revolucionaria la planteó el PRT desde su tercer congreso nacional, realizado a fines de 1981. Véase PRT, *Crisis capitalista y perspectivas del proletariado*, México, junio, 1981, pp. 102-103.

¹⁸ Véase "La ruptura de la Unidad Popular", en *Por una alternativa...*, *op. cit.*, pp. 76-77.

globalmente distinta a la de la dirección hegemónica, fue la conclusión de un largo proceso interno en el que se degradaron todas las relaciones y se violentaron las normas, instancias y tradiciones organizativas. Bloqueamiento del debate, falta de política, desorientación, manipulación de los órganos partidarios, falseamiento de la elección de delegados y hasta acarreo y manejo de campesinos y colonos fueron prácticas que el grupo cerrado de la dirección introdujo durante el quinto congreso nacional del PRT efectuado en julio de 1987, con el objetivo de aplastar a la disidencia.¹⁹ El reforzamiento, desde 1982, del aparato partidario mediante el control fraccional de los recursos provenientes de las prerrogativas legales, se tradujo en la despolitización de la vida partidaria y la sustitución de la disciplina interna y las posiciones políticas por un complejo de lealtades personales, a través del cual un grupo hermético y excluyente se sobrepuso al conjunto de la militancia. El abandono del PRT por sus militantes no se limitó al núcleo que dio vida al MAS en 1988, lejos de ello, no dejó de producirse desde entonces, sobre todo por parte de quienes provenían de los núcleos sindicales. Significativamente, el partido había cambiado su composición interna, trocando al militante organizado por afiliados, volviéndose una organización donde predominaban colonos y campesinos, más susceptibles que los trabajadores sindicalizados a operar como clientelas políticas electorales. En fin, lo que resultó central, se pervirtió la elaboración teórico-política, la que se hizo cambiante y acomodaticia, al servicio de un pragmatismo sin medida y de más en más raquítica e inconsistente. De hecho, luego de un largo recorrido en el que el PRT se había formado en un internacionalismo y anticapitalismo que lo distinguieron, se vistió con el nacionalismo que flotaba en el ambiente y en él fundamentó todos sus intentos unitarios en el seno de la izquierda. Esto no sólo difuminó sus contornos políticos, sino que además provocó su ruptura interna.

La languidez política y organizativa en que cayó el PRT, reforzada con su fracaso político-electoral y la pérdida de recursos y medios

¹⁹ Una fundamentación amplia de este proceso se puede encontrar en diversos documentos incluidos en *Por una alternativa...*, *op. cit.* (en especial véase el capítulo 2, pp. 42-67).

provenientes del registro, lo condujeron a la virtual desarticulación y a sobrevivir como un aparato arruinado, sin vida militante. Esta situación difícilmente podría remontarse y en cambio todas las inercias acumuladas corrieron el riesgo de agudizarse por la recaída en el sectarismo, el acrecentado marginamiento social y la mayor fragilidad ideológica. Como antaño el PCM o el PSUM, desde ese momento el movimiento cuauhtemista y su desenlace político-organizativo, el PRD, se convirtieron en su principal punto de referencia, en contra del cual trataría de reafirmar su organización y reabrirse un espacio. Contradictoriamente, a pesar del enfrentamiento con el PRD que estimularon los dirigentes del PRT, andarían en adelante con él o a su lado, en un intento por subsistir políticamente. El pragmatismo vuelto línea partidaria y la degradación ideológica hicieron prácticamente imposible una política congruente que pudiera revitalizar al partido, lo volviera a diferenciar con claridad y sin artificio, facilitándole las condiciones para redefinir y restaurar su perfil político en forma precisa y creíble. En cambio, si se dispersara la niebla doctrinaria que por momentos se espesaba, no se descubriría nada que pudiera distinguir al PRT como proyecto político-programático. Por eso, el Frente Patriótico Nacional y el Acuerdo Nacional por la Democracia, promovidos luego por el PRD como sus propuestas fundamentales, contarían con el aval y la participación acrítica del PRT.

La subsecuente vida del PRT se dedicó con apremio al objetivo de reconquistar el registro, con el propósito de volver a disfrutar de las mieles financieras y políticas de la legalidad, rehabilitar su aparato venido a menos y re proyectar la presencia pública partidaria, que por lo menos creaba la ilusión de influencia política. El registro ya no llegaría y su lugar sería ocupado en cierta forma por el flamante Partido del Trabajo. Su innegable raquitismo, sus conflictos internos, reanudados a un nivel elemental por el agotamiento y la pérdida de la mayoría de los principales cuadros políticos, mantendrían al PRT en tensión ante la amenaza permanente de rupturas y abandonos. La estéril pugna por su registro precipitaría su descomposición interna y nuevas rupturas que terminarían por anularlo. Partido aislado, empobrecido, con sus aportes políticos y

organizativos descompuestos o abjurados, burocratizado y condicionado por un aparato cada vez más despolitizado: tales fueron en síntesis los elementos que caracterizaron el –al parecer irremediable– eclipse del PRT.²⁰

Pero la lógica de los aparatos y la cultura política de los socialistas que cada vez tienen mayores problemas para desprenderse de los hábitos priistas, no sólo terminaron por descalabrar a los partidos tradicionales de la izquierda electoral, PMS y PRT, sino igualmente se reprodujeron al interior de quienes pretendían renovar el medio y reestructurar una nueva corriente socialista de carácter masivo, a través de la experiencia del MAS.

Este se había asumido como un proceso en marcha, como un movimiento abierto a todas las corrientes y personas coincidentes en la necesidad de la ruptura del conjunto de la población trabajadora con el Estado y su régimen político corporativo, en la lucha por sus reivindicaciones vitales y la construcción desde abajo de la democracia. Trató de ligar la actividad electoral con la resistencia social, sin supeditar ésta a la primera. Partió de entender la democracia y el socialismo no como abstracciones, sino como una práctica colectiva que desde el inicio debía realizarse día a día, en vistas al futuro, preparando las condiciones de autorganización de masas y disposición de cambio que permitiera a las capas excluidas de la sociedad retomar en sus manos su destino. La preocupación no era competir con las demás fuerzas políticas que convergieron en el movimiento, mucho menos “disputarle” a Cárdenas y su corriente la hegemonía o utilizarlos. Más bien se percibía la posibilidad de una alianza inédita –sin sacrificio de autonomías políticas imprescindibles– del nacionalismo y el socialismo con la finalidad de darle continuidad a la marea nacional por la democracia que desembocó en la insurrección ciudadana del 6 de julio. La rápida evolución de las posiciones políticas de Cárdenas y la profundización de su ruptura real con el régimen prevaleciente, apuntaban inclusive hacia

²⁰ Al igual que en 1988, las alianzas electorales del PRT para el 91 obedecieron más a las necesidades de aparato y al apuro por refrendar el registro legal, que a perspectivas políticas claras. El Frente Electoral Socialista (FES) que arrió con algunos residuos del viejo comunismo y membretes inidentificables no tendría posibilidades, a pesar de tratar de presentarse como la opción “*A la izquierda*”, como apuntó su lema de campaña.

posibles recomposiciones de las distintas fuerzas participantes, imprevisibles y seguramente desconocidas. Por esto también en el MAS se había considerado indispensable preservar la idea de *movimiento* como forma específica de organización flexible y ágil, abierta, capaz de reproducir y coordinar las múltiples vías y mecanismos de participación que las propias colectividades sociales se dan en el curso de sus luchas y en su vida cotidiana, ahí donde laboran, habitan y se manifiestan colectivamente.

Pero esa concepción, que engarzaba con la lógica y el carácter igualitario y franco del movimiento ciudadano por la democracia, no se sostuvo. Se debilitó y olvidó muy pronto. Al igual que los partidos legales y sus aliados, el MAS abandonó su autonomía política que era *supuesto básico* para una alianza mutuamente beneficiosa con Cuauhtémoc Cárdenas y para concretar ese proyecto de articulación de un nuevo movimiento social amplio. El MAS de hecho fracasó en sus propósitos de largo plazo, los cuales por cierto no eran compartidos por todos sus integrantes. Algunos de éstos recayeron en el pragmatismo, colocaron por delante sus intereses particulares y se afanaron por ligarse e *influir* cada quien por su cuenta –como grupo o individuo– a Cuauhtémoc Cárdenas, poniéndose incluso “a su servicio”. Se incurrió en la búsqueda de vínculos personales que les permitieran asegurar su lugar en el nuevo proyecto político organizado –que sin duda vendría– y sin importar demasiado el carácter, la dinámica y la política que pudiera asumir. La relación directa con Cuauhtémoc se consideró la clave, la que a su vez, al concretarse, se transformó en una nueva fuente de poder al interior del MAS que lo desequilibró (a su coordinadora nacional que hacía las veces de dirección), empujándolo a la virtual disgregación, incluso antes de su incorporación formal al proyecto del PRD.²¹ En vez de defender y alimentar la propuesta original de corriente socialista abierta al interior del movimiento cuauhtemista en evolución, se entregó a la inercia de éste, dejando de lado la autonomía política e ideológica y subsumiéndose en una versión maquillada

²¹ En torno al congreso del MAS y algunos de los pronunciamientos discrepantes que se produjeron véase en *La Jornada*: Félix Goded, “Todo tiene sus tiempos” (15 y 16 de octubre),

y sin futuro de la política populista del régimen de la revolución mexicana.

Sin contar siquiera mínimamente con un aparato, el MAS finalizó enredándose en la lógica aparatista. Se perdió el papel decisivo que durante pocas pero estremecedoras semanas desempeñó y no encarnó ya más que fracciones, organizadas o laxas, a punto de encontrar refugio y un espacio de poder al interior del “partido que nace el 6 de julio”, como dijera Cárdenas. Fue la manera como el MAS huyó también hacia adelante, como se disparó un proyecto político novedoso que por primera vez en muchos años apareció momentáneamente como una posibilidad de solución de la crisis de grandes proporciones de la izquierda socialista en México, en lugar de ser solamente una expresión adicional de la misma.

La autollamada izquierda extraparlamentaria, por su parte, dejó de existir en México prácticamente desde que la reforma política abrió la posibilidad de participación en elecciones ampliamente financiadas por el propio Estado. A pesar de la inoperancia de instituciones como el Congreso de la Unión y los congresos locales, hasta los organismos más reacios y antiparlamentarios acabaron pujando por abrirse la eventualidad de ingresar en ellos y tener acceso así a la cauda de relaciones y beneficios materiales que conllevaban. El movimientismo, la línea de masas, la autonomía y la lucha contra los “partidos de la reforma política” acabaron por ser suplantados por la ocupación de espacios de poder autónomo, incluso ahí donde no existía ni pizca de poder ni de autonomía. En realidad, la interminable lista de agrupamientos se fue reduciendo al calor de las fusiones, aunque éstas no dejaron de crear nuevos y cada vez más insignificantes organismos políticos. Los más notables fueron: OIR-LM, ORPC, MRP, PPR (ex Corriente Socialista), ULR, ORP, y organizaciones sociales frentistas –que algunos denominan izquierda social– generalmente dirigidas por aquellas. Todos acabaron girando en la lógica de la reforma política y de las campañas electorales, para lo cual las más de las veces hubieron de aliarse (e incluso fusionarse) a quienes despreciaban: al PRT y el PSUM/PMS.

“Declaraciones y convocatoria de la Corriente Autogestionaria del Movimiento al Socialismo (20 de octubre) y “Acuerdos” (7 de octubre, todos de 1988).

A finales de 1990 algunas de esas agrupaciones y otras más desembocaron en el Partido del Trabajo, especie de “partido federado y frentista, que aglutina a distintas tendencias en una sola posición política e ideológica de lucha revolucionaria para la transformación de México”.²² Constituido por veintidós organizaciones fundamentalmente de carácter local, el espacio político electoral que buscó abrirse resultó sumamente precario, tanto por su fragilidad interna (la mayoría de sus miembros fueron educados en el abstencionismo) como por la existencia del PRD y el PRT, contra quienes debía crearlo, en disputa de sobrevivencia. La rapidez con que obtuvo el registro legal y los vínculos de sus principales dirigentes con el nuevo gobierno encabezado por Carlos Salinas de Gortari, despertaron dudas sobre su independencia y sus propósitos políticos. El PT nació ante todo como un frente electoral de circunstancias que “carece de implantación [nacional], programa y estructura”.²³ En la siguiente campaña presidencial, en 1994, reafirmará tanto su presencia como las ambigüedades políticas sobre su origen y destino.

La fuerza de todos los aparatos (los oficiales y los de la oposición de izquierda) no había sido suficiente para detener la confluencia, desde todos los lugares, del malestar y anhelo de cambio democrático de una sociedad harta de no ser tomada en cuenta. Los partidos socialistas sufrieron desgarres y desilusiones que incrementaron su incertidumbre. Unos viraron en la víspera de las votaciones sin por ello salvar la piel, otros se hundieron sin remedio en la soledad. Empero, en la práctica, a final de cuentas, en detrimento de los incommensurables aportes del turbulento torrente cuauhtemista, si bien fracasaron en sus propósitos expresos todos los partidos de izquierda, se volvió a imponer el predominio y la estrechez, la *lógica*, de sus aparatos. Sus objetivos e intereses, sus prácticas y prioridades, ajenos a los requerimientos de una situación de crisis política y social sin igual, habían sido cuestionados por la revuelta de sus propios militantes, lo que sin embargo no bastó para que, en

²² Congreso constitutivo. *PT, Unidad nacional ¡Todo el pueblo al poder!*, folleto, p. 2.

²³ Luis Hernández, “El Partido del Trabajo: realidades y perspectivas”, *El cotidiano*, n. 40, marzo-abril de 1990, p. 28. Además de la lista de los integrantes del PT, se encuentra aquí una relación bastante idílica y sesgada de la que se pretende la historia de la principal corriente política que lo funda, la línea de masas.

especial con el viraje del bloque del PMS, no volviera a prevalecer la cultura aparatista en la parte organizada del movimiento emergente.

El apremio de las necesidades electorales, la ausencia de participación efectiva de los sectores sociales movilizados en la toma de decisiones –en gran medida debido a la naturaleza inorgánica, espontánea y difusa de las movilizaciones–, dejaron manos libres a los numerosos aparatos políticos que al final concurrieron en apoyo a Cárdenas. El pragmatismo, *saber* esencial del aparato, fue la base única que posibilitaría la supuesta “homogeneización” de lecturas distintas e incluso enfrentadas de la realidad nacional y la política poselectoral. Ese pragmatismo determinaría el destino inmediato y dispar de las diversas organizaciones, las de izquierda y las paraestatales.

En realidad, los partidos paraestatales (PFCRN, PPS y PARM) resultaron los únicos bien librados (o más precisamente mejor retribuidos) e incluso sus más exageradas esperanzas de sobrevivencia –que los lanzaron a la rebelión contra el régimen que los había desahuciado, a pesar de haberles infundido vida– fueron desbordadas con amplitud. Aunque justamente sus intereses aparatistas en disputa habían imposibilitado un mayor alcance de las votaciones del FDN, por su negativa a registrar candidatos únicos de todos los partidos que lo integraron.²⁴

Las votaciones del 6 de julio de 1988, que confirmaron el vuelco de la sociedad mexicana en favor de Cárdenas, descontrolaron al FDN que sin duda nunca esperó (ni los partidos que lo conformaban imaginaron) tal alcance. Pero asimismo afianzaron la decisión del

²⁴ Sobre las votaciones inesperadas que lograron los partidos del FDN y el PMS se puede consultar Alberto Aziz Nassif y Juan Molinar Horcasitas, “Los resultados electorales”, en Pablo González Casanova (coordinador), *Segundo informe sobre la democracia: México el 6 de julio de 1988*, Siglo XXI, México, 1990, pp. 138-171. Mucho se comentó sobre la oportunidad perdida por los partidos aglutinados en torno a Cárdenas debido a lo limitado de sus candidaturas de coalición. Por ejemplo: “La suma de los votos recibidos por estos organismos les hubiera permitido ganar 87 diputados por mayoría: 77 al PRI y diez al PAN. La unidad les hubiera redituado 33 distritos de 40 en el Distrito Federal; 29 de 34 en el Estado de México; todas las diputaciones de Morelos y Michoacán (4 y 13 respectivamente). Finalmente, en Guerrero y Veracruz hubieran ganado dos escaños, y en Coahuila, Durango, Hidalgo y Oaxaca uno. Por la dispersión del voto sólo obtuvieron 20” (Sergio Aguayo Quezada, “La izquierda habría ganado 87 diputaciones en alianza”, *La Jornada*, 17 de julio de 1988). Véase también la nota de Leonardo Valdés, “Si hubieran...”, *La Jornada*, 2 de agosto de 1988.

régimen priísta de no ceder el terreno y contraatacar desarticulando al FDN, por la vía de la reasimilación de los partidos paraestatales, empachados éstos con la catarata de votos (y los recursos materiales y cargos que conllevaban) que jamás habían soñado recibir. Esto aceleró la radicalización de Cuauhtémoc Cárdenas y preparó las condiciones para una reestructuración de sus alianzas y la ligazón muy singular entre él y la izquierda socialista.

Desesperanza de la esperanza

La candidatura de Cuauhtémoc Cárdenas se convirtió durante la campaña electoral en una esperanza de cambio para numerosos sectores de la sociedad, no sólo de los radicalizados bajo los perdurables efectos de la crisis económica y las políticas gubernamentales de austeridad y reestructuración productiva, sino de muchos otros que vieron en ella una oportunidad de expresión de sus resentimientos y demandas sofocadas. Esa esperanza acabó por encenderse también entre la izquierda todavía socialista que veía cómo de manera inesperada resurgía y se levantaba un movimiento de masas arrinconado en una situación de virtual repliegue en el terreno de sus luchas reivindicativas. Más aún, presenciaba una acelerada politización multitudinaria de núcleos sociales despolitizados y aturdidos hasta el momento por el Estado y su maquinaria corporativa. El deseo de cambio contenido se liberó y desbordó por todas partes, bajo la forma de confianza en Cuauhtémoc y rechazo de más en más abierto y poderoso al gobierno, al PRI y su candidato modernizador. Como nunca antes, fue generalizándose desde abajo la exigencia de transparencia y respeto en las elecciones, la inquietud democrática. Una nueva ciudadanía parecía nacer.

Pero la esperanza puesta en Cárdenas por parte de aparatos partidarios obligados a sostenerlo era de naturaleza distinta, expresaba distorsionadamente la *desesperanza* de una izquierda debilitada, sin perspectivas políticas propias –o sin interés o empuje para impulsarlas–, carente de vínculos efectivos o muy flojos y parciales con las movilizaciones sociales desencadenas. La larga marcha que

en condiciones adversas había llevado a cabo la izquierda en el país sin siquiera cerrar la brecha que lo separaba de los núcleos sociales activos, ni asegurar vínculos duraderos con el movimiento social, contrastaba con la espontaneidad, rapidez y alcance sin precedentes de la identificación de éste con quien apenas comenzaba a deslindarse del régimen priísta. Parecía como si Cuauhtémoc Cárdenas y la movilización incontrolada surgieran de la nada o de la memoria de un pasado lejano, anclado en el umbral de los cuarenta, pero no, se preparó y brotó por todo lo sucedido en el pasado reciente. Condensó luchas, irritaciones, agravios, recelos, rupturas, contenidos y aplastados, pero expresados en distintos momentos y lugares, durante las dos décadas anteriores y que en su mejor época la propia izquierda socialista había ayudado a estimular o esclarecer entre la población con sus propuestas y afanes.

Con la sorpresa de las votaciones y por la actitud generalizada de alerta y vigilancia ciudadana durante el 6 de julio, así como por las potencialidades que traslucían, la mayoría de los aparatos partidarios de izquierda asumieron el renovado cardenismo –redescubierto tan tardíamente– como la tabla de salvación ante sus descalabros y su declive. En sus cálculos pragmáticos, para ellos Cuauhtémoc Cárdenas simbolizó, entonces, la clave de la democracia en el país por la perspectiva que abría de unión del nacionalismo de la revolución mexicana y el socialismo independiente. Era la nueva vía de una transición democrática al margen del poder y la posibilidad de solución de continuidad de la crisis de la izquierda.

La lucha por la democracia, contra el fraude electoral y la prepotencia del régimen y en denuncia de la ilegitimidad de Carlos Salinas de Gortari (declarado presidente electo), que extraordinariamente se desplegó y reprodujo en forma ampliada después del 6 de julio, creó la impresión de que el movimiento se volvía permanente. En este clima, contradictoriamente, la búsqueda del trasfondo político de la incontenible insurrección ciudadana condujo al reavivamiento de los mitos políticos oficiales, que precisamente habían sido golpeados y desmontados por la movilización.²⁵ Tras la figura crítica

²⁵ Sobre la caída de los mitos políticos oficiales véase mi ensayo “Crisis política...”, *op. cit.* (especialmente p. 389 y ss.)

de Cuauhtémoc Cárdenas se alimentó una visión que mistificó la protesta de la sociedad movilizada y se postuló su proyecto político como la verdadera continuidad del régimen de la revolución, revitalizando la desgastada y maltrecha ideología de la revolución mexicana, con la que se apaciguó a la masas durante décadas. Curiosamente, el fracaso del PRI y el éxito de Cárdenas se interpretaban simultáneamente como expresión de la persistencia y vitalidad de la revolución mexicana, incluso por teóricos socialistas, quienes poco a poco devinieron simples ideólogos de un cardenismo idílico, imposible de encontrar en la historia real del país y que poco tenía que ver con la revuelta popular contra el gobierno y el PRI, que eran quienes formaban parte del único régimen de la revolución mexicana realmente existente.²⁶ Esto se reforzó por las definiciones políticas de Cuauhtémoc planteadas frente a grandes concentraciones de masas, por su mayor ligazón con la izquierda y su propuesta de una salida organizada al movimiento nacional democrático por la vía de la creación de un nuevo partido, que sería el Partido de la Revolución Democrática (PRD).

La impotencia y desesperanza de la izquierda, su desconcierto, se manifestaron en su renuncia a conservar su autonomía política y programática (lo que no implicaba necesariamente la organizativa) al interior del movimiento electoral por la democracia, la que hubiera podido asegurar una estrecha y fructífera relación entre aquella y Cárdenas. El entreveramiento de las tradiciones y experiencias del nacionalismo de Cárdenas y el socialismo mexicano, en un contexto de aguda crisis capitalista y desgaste profundo del régimen corporativo, tal vez se hubiera traducido en una recomposición de fuerzas y organizaciones opositoras desconocida, capaz de darle

²⁶ Destacó la visión extrema planteada por Adolfo Gilly, quien luego de haber ubicado al cardenismo como una de las cuatro principales corrientes de la izquierda mexicana, concluye que ésta ya estuvo en el gobierno con Lázaro Cárdenas, sin que ofrezca por cierto ninguna fundamentación. Vid. *Nuestra caída en la modernidad*, Joan Boldó i Climent Editores, México, 1988, pp. 131-154. Véase igualmente su canto al viejo y al nuevo cardenismo en "Solidaridades", incluido en Adolfo Gilly (coordinador), *Cartas a Cuauhtémoc Cárdenas*, Ediciones Era, México, 1989, pp. 38-65. Sobre el cardenismo de a deveras, escribí en 1972 un libro con el que traté de contribuir a su desentrañamiento, desmontando los mitos y mistificaciones tan en boga entonces, como ahora: *El Estado y la política obrera del cardenismo*, Ediciones Era, México, 1975.

continuidad y una dirección política definida al movimiento nacional emergente. Por la dinámica de radicalización e independencia que llevaba Cuauhtémoc, acorde con su unión a las demandas y expectativas sociales de los sectores movilizados, existía la posibilidad de su transcrecimiento político.²⁷ En lugar de esto, prácticamente todas las tendencias de izquierda sumadas al movimiento coadyuvaron a reafirmar en Cuauhtémoc Cárdenas no lo que lo impulsaba hacia adelante profundizando su separación política con el régimen, sino lo que lo ancló en un ayer ideológico sin futuro ni vigencia actual. De hecho, reincidieron en los antiguos mitos populistas que al menos una vertiente de la izquierda había desnudado desde 1968 y se supeditaron políticamente a Cuauhtémoc Cárdenas y a la Corriente Democrática, aún muy identificados al viejo régimen priísta.

Esta actitud representó una ruptura histórica con la tradición del 68 que había cimbrado fundamentalmente a la vieja izquierda confundida con el peso y el carácter del régimen de la revolución mexicana, abriendo el camino a nuevas corrientes, nuevas preocupaciones, nuevas experiencias críticas y autónomas. La mayoría de la izquierda que surgió durante y a partir del movimiento estudiantil-popular del 68 precisamente se sostendría en la búsqueda de una nueva cultura política, en un marxismo abierto, liberado de lastres dogmáticos, confrontando a la vertiente hegemónica integrada por los comunistas y el lombardismo en sus diversas variantes, atrapados en la telaraña ideológica de la revolución mexicana. El problema era que la revolución mexicana y su régimen político se caracterizaban por su ambigüedad constitucional de origen, que podía albergar opciones bastante diferentes, desde la modernizadora de Miguel Alemán o la promovida por Carlos Salinas, hasta esa opción aparentemente más radical que todo mundo identificaba con Cárdenas viejo. En ese sentido, lo que volvió apremiante el 68 era primero que nada la necesidad de reapropiarse la historia nacional en forma crítica, de cuestionar y reflexionar, de elaborar sobre la problemática de la revolución mexicana y sus secuelas, de descifrar

²⁷ Sobre el proceso de ruptura de Cárdenas se puede consultar mi trabajo "Vientos de cambio...", *op. cit.*

el régimen de partido de Estado y desmistificar el populismo y el nacionalismo que década tras década apabullaron y sometieron a sus reglas a las corrientes socialistas. La independencia teórico-política, así, se presentaba como condición para el resurgimiento de una izquierda capaz de encontrarse con el país y vivir la vida real de una sociedad cambiante, principalmente de la población trabajadora.

Sin embargo, si no había existido una izquierda de masas autónoma en México, con un proyecto político independiente claro, no se debía fundamentalmente al atraso e incompreensión de la realidad, sino en gran medida a la fortaleza y el consenso real que logró el régimen de la revolución mexicana en su etapa ascendente y que luego se sostuvo en su proyección ideológica y en los aparatos corporativos que garantizaron el dominio sobre la sociedad y subyugaron de paso a la propia izquierda. La ruptura con la ideología dominante y el desarrollo de proyectos políticos autónomos acelerados a partir de 1968 y del relanzamiento de las luchas obreras y populares en los setenta, le abrieron entonces a la izquierda socialista la posibilidad de encontrarse con los movimientos sociales y desplegar su actividad y presencia en el país.

En ese sentido, prácticamente muchos de los avances que había logrado la izquierda independiente desde la coyuntura de las movilizaciones del 68 empezaron a desvanecerse veinte años después, en lo que parecía una ironía de la historia, precisamente al influjo de un nuevo movimiento nacional de grandes proporciones y consecuencias. De hecho se asistió, entonces, al cierre de un ciclo histórico de la izquierda. Esto expresaba la fragilidad e inconsistencia de una izquierda que no había sabido trascenderse, encontrando la vía para la fusión duradera con la vida social y política del país profundo, enredada una y otra vez en la maraña de los ancestrales mitos ideológicos del nacionalismo revolucionario y el pragmatismo.

En su desesperanza por el fracaso de sus planes autónomos y el desconcierto por el fenómeno cuauhtemista, en su soledad en medio de multitudes tumultuosas que irrumpieron en la política cuando de ellas ya sólo esperaban la postración, las organizaciones y corrientes de izquierda se abandonaron como nunca a la esperanza electoral. Por ello, en su lógica de aparato lo que contaba era garantizarse

un espacio y una relación de fuerzas en el nuevo proyecto partidario esbozado por Cárdenas, en la perspectiva actualizada –por fin aparentemente viable– del cambio por la alternancia del poder vía las elecciones. Poco importaba que se hicieran a un lado concepciones diversas de la realidad y la vida, sobre el hacer y el querer, que desapareciera el programa socialista tras una mitología nacional desgarrada y se extraviara el futuro autogestivo e igualitario que le había dado vida a la izquierda. En una nueva *fuga de la izquierda*, esta vez hacia un pasado y una disolución en puerta aparentemente sin retorno, acabaría más pronto que tarde la convergencia del nacionalismo populista y el socialismo mexicanos. La alianza devendría asimilación, pérdida.

La caída en el laberinto

Atrapada entre su pasado de debilidad social y la fortaleza del populismo renovado, por un lado, y el pragmatismo como supervivencia en el presente, la izquierda extravió el futuro, esto es, la perspectiva política y el proyecto estratégico. Se agarró desesperadamente de una esperanza social alimentada por la campaña presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas, la cual se volvería cada vez más difusa, indefinida y propicia a todas las interpretaciones. Abandonó la utopía, que en el fondo representaba el proyecto socialista igualitario, en aras de un presente cada vez más indefinido, estéril y sin perspectivas. Desembocó en medio de un laberinto sin brújula ni referentes.

La desfiguración del proyecto socialista no venía de entonces sino que en gran medida se encuentra ligada al peso de las tradiciones de la mayoría de la izquierda mexicana que, como la de numerosos países, tenía como marco de referencia los regímenes autoritarios del socialismo real y sus teorizaciones dogmáticas ajenas al marxismo. La corriente trotskista representada principalmente por el PRT, que había surgido contra esas distorsiones del marxismo y el socialismo, reprodujo también, en México, dogmatismos y funcionamientos jerárquicos que contradecían la letra de sus aportes

teóricos originales. La subordinación a un proyecto nacionalista revolucionario en desuso atravesó a todas las corrientes y paradójicamente reapareció de nuevo la gran vertiente neolombardista reactualizada bajo la luz de un cardenismo desgarrado, fuera de foco. El abandono del marxismo, no sólo de la parte de la izquierda que se atascaría en el PRD, sino igualmente del PRT y el flamante PT, en aras de una supuesta democracia sin adjetivos (parcial y negociada, no franca y abierta), se fue confirmando a pesar de declaraciones en contrario de algunos reticentes. Precisamente esto manifestaba la profundidad de la crisis en que se sumergió la izquierda socialista, la que se *subsumió* en un neocardenismo que poco tenía que ver con sus orígenes ni con sus objetivos, a fin de salir de su debilidad social y de la ausencia de perspectivas políticas.

En el nuevo periodo en que entraría la izquierda a partir del 88, el socialismo dejaría de existir en México como opción política organizada. La izquierda toda sufrirá una suerte de eclipse prolongado por la trasposición del nacionalismo revolucionario actualizado por el hijo del general Lázaro Cárdenas. Con el tiempo, incluso, durante el periodo determinado por el auge del neocardenismo, la noción de izquierda se desteñirá casi hasta desaparecer y se explorarán identidades vagas.

Indudablemente, hace falta repensar las experiencias de los socialistas mexicanos durante el largo ciclo histórico, abierto en 1968 con la ruptura respecto al régimen de la revolución y cerrado en 1988 con la recaída en los desplantes ideológicos de ese mismo régimen ahora en decadencia. Para preparar el futuro se requiere de una perspectiva a largo plazo. La contradictoria situación nacional de inicios de los noventa, podría representar un costo muy pesado y posiblemente duradero para los socialistas, cuando más bien hubiera podido haber provisto el terreno y el marco de la salida de su prolongada crisis política e ideológica. Las posibilidades de cambio de tales tendencias se están gestando de hecho, paradójicamente, con el relanzamiento de la producción en las nuevas condiciones “modernizadas” que han comenzado a lograr el Estado y el capital y las resistencias de los trabajadores que –con derrotas y desgastes tremendos– no han dejado de persistir. La larga crisis de la economía

en un contexto de luchas numerosas e incluso duras que no pudieron detener las políticas de estabilización capitalista, no solamente terminó por colocar a la defensiva, en una situación de resistencia sorda y fragmentada, a los asalariados y demás oprimidos, sino que particularmente minó las fuerzas colectivas del trabajo. La recuperación económica, incluso limitada y parcial, la reindustrialización que predomina sobre la desindustrialización que han traído los fuertes vientos de la reestructuración modernizadora, podrían acabar por inyectar nuevos bríos en la sociedad y permitir que se desate de otra manera el movimiento social.

Pero si el PRD y demás organismos democráticos, otrora de izquierda, no terminan como aparatos electorales sin vida militante y en cambio se involucran cada vez más en los procesos que viven los distintos sectores en la base de la sociedad y en las luchas sociales reivindicativas, muy probablemente vivirán cimbramientos, rupturas y recomposiciones que pudieran abrir un nuevo ciclo de la izquierda, con las redefiniciones y deslindes políticos que necesariamente conllevarían. La prueba de los hechos, más allá de lo electoral, aunque también en este ámbito, sería decisiva.

Para que el *eclipse* de la izquierda pudiera concluir en una nueva recomposición de los socialistas, no sólo se requeriría que los militantes reanudaran la actividad dirigida hacia los apremios de quienes trabajan, crean y luchan, fundiendo su destino con las resistencias y el destino de los sectores sociales subordinados, lo que les posibilitaría tal vez echar raíces profundas y firmes en la vida cotidiana de la sociedad mexicana. También, y de forma central, tendrían que reactualizar el proyecto socialista, que no tiene por qué perder vigencia por el derrumbe de regímenes burocráticos que se erigieron en su nombre. La apuesta del MAS apuntaba en la dirección correcta para recomenzar el camino, pero trocó el proyecto de corriente de masas autónoma por la subordinación y aliento del nuevo caudillo. Ante el pragmatismo meramente electoral, excluyente de toda otra actividad político-social, haría falta perseguir la utopía —como propone Mario Payeras—,²⁸ hacerla viable con la participación

²⁸ "Asedio a la utopía", en A. Anguiano (coordinador). *El socialismo en el umbral del siglo XXI*, UAM, México, 1991, pp. 299-307.

y las decisiones colectivas de la gente en la lucha por la igualdad, la libertad plena, la democracia y la autogestión que solamente el socialismo visualiza y que poco tienen que ver con la democracia *mercantil*, burdamente electoral, que por todos lados ha cobrado auge a pesar de su propia y prolongada crisis mundial.

Al comenzar los años noventa, en México persistían evidentemente agrupamientos políticos pequeños autoidentificados con la izquierda, que quedaron al margen de la corriente cardenista, muy sacudidos y golpeados por ésta, pero en realidad no lograron reafirmarse y diferenciarse políticamente, ni tampoco redefinieron su perfil de acuerdo a las circunstancias cambiantes. La izquierda mexicana, como el movimiento obrero y de otros sectores sociales subordinados, no ha dejado de recomponerse de manera muy compleja, una y otra vez, durante las dos décadas anteriores. Si no triunfan sus tendencias suicidas y en cambio se involucra en los procesos profundos de la sociedad, sin mitos nacionalistas ni stalinistas, estará muy probablemente en condiciones para reanudar el camino hacia el porvenir y aprovechar los inmensos aportes de la marea democrática que cimbró a México en 1988 y renovó los aires de la atmósfera nacional.

El trance del PRD

En la situación política mexicana de los primeros noventa sobresale un extraño fenómeno que sin duda contribuyó a facilitarle al régimen priista el remozamiento de su legitimidad, bastante cuestionada y a la baja, luego de la controvertida elección presidencial que llevó al gobierno a Carlos Salinas de Gortari. Se trata de la ausencia de una alternativa política de izquierda fuerte, capaz de responder a los apremios de los distintos sectores sociales y sostener sus resistencias a las políticas de la patronal y el Estado. Esto pudiera resultar extraño, pues desde mediados de 1988 –como nunca antes en México– se reagrupó buena parte de la otrora pulverizada izquierda, precisamente con el fin de integrar el Partido de la Revolución Democrática, que se presentó como el fruto de una marejada político-social sin precedentes, la que se reveló el 6 de julio de ese año como una auténtica insurrección ciudadana volcada a favor de la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas.

Tal contrasentido quedó encubierto por las expectativas que infundieron los acontecimientos que en el 88 parecieron prefigurar la primera gran ruptura política de masas en detrimento del desgastado y senil régimen de la revolución mexicana. Sin embargo, entre sus secuelas menos evidentes (y hasta deliberadamente ignoradas) se fue sintiendo un vacío que antes era llenado no sólo por las múltiples siglas de la izquierda mexicana, casi todas desaparecidas o venidas a menos en ese entonces, sino también por experiencias, prácticas, propuestas y concepciones que mal que bien se habían desplegado en los años setenta y sobrevivido en los ochenta.

Pero, ¿acaso el PRD no llenaba el espacio abierto penosamente por la izquierda, potenciándolo incluso como ella nunca imaginó, gracias a la irrupción inesperada del movimiento ciudadano por la democracia identificado con Cárdenas?

Una opinión más o menos generalizada respondió afirmativamente a esa cuestión. Fue la visión prevaleciente al interior del PRD y entre algunos núcleos intelectuales, que tomó el 6 de julio como un cambio cualitativo imposible de revertirse, incluso como la condensación de un programa y un movimiento históricos con todo su futuro por delante. Empero, dentro y fuera de ese partido no dejarían de emerger dudas e inquietudes sobre la validez de esa certitud apabullante, provocadas sobre todo por los tropiezos del propio PRD, las esperanzas no colmadas y su pronto relevo por ilusiones perdidas. En todo caso, esa ambigüedad, esa paradoja de una izquierda como nunca unificada y reconocida públicamente, pero endeble y de más en más arrancada de sus raíces, deslavada y sin rumbo aparente, marcaría todo el periodo coincidente con el gobierno salinista. Sólo la erupción chiapaneca en 1994, con el surgimiento del EZLN, y el posterior fracaso de la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas, abrirían cauce a otras situaciones.

Una vieja y persistente ilusión

Realmente se ha escrito mucho –y hablado más– acerca del significado de las votaciones del 6 de julio de 1988 y sobre la búsqueda de salidas a la crisis política que expresaron.¹ Todo mundo parece haber sacado sus propias conclusiones. Primero que nadie el gobierno de Salinas de Gortari, quien no dejó de tratar de remontar con cierto éxito la pendiente por la que cayeron la credibilidad y la eficacia del régimen. Pero también los priistas disidentes y la izquierda, que en su mayoría cambiaron sus debilitadas organizaciones por la apuesta

¹ Véase por ejemplo Héctor Aguilar Camín, *Después del milagro*, Cal y Arena, México, 1988, pp. 283 y ss, Pablo González Casanova (coordinador), *Segundo informe sobre la democracia: México el 6 de julio de 1988*, Siglo XXI, México, 1990, Juan Molinar, *El tiempo de la legitimidad*, Cal y Arena, México, 1991, pp. 217 y ss y Jaime Sánchez Susarrey, *La transición incierta*, Vuelta, México, 1991.

de organizar y capitalizar la inesperada influencia de masas lograda por Cuauhtémoc Cárdenas.

La izquierda, indudablemente, influyó en forma decisiva en Cuauhtémoc Cárdenas para que diera el paso de llamar, el 14 de septiembre de 1988, a “organizar al partido que nace el 6 de julio”. También lo es que el PRD se fue integrando bajo el impacto de las últimas oleadas de la marea social cuauhtemista y que quedaría tributario de ésta. Pero cuando el 7 de mayo de 1989 se constituyó formalmente el PRD, ya se vislumbraba el paso de una visión un tanto *movimientista* a una lógica de partido, la que impondría en los hechos la necesidad de estructurar una maquinaria para las elecciones. Pronto se diluiría la ilusión de “organizar el movimiento” que alentó a los promotores del PRD, si bien éstos no dejarían de identificar al incontrolado y dispar movimiento ciudadano por la democracia con su partido. La confusión entre movimiento y partido llevaría a una mistificación del PRD y del propio movimiento, al que tomarían como un movimiento nacional que continuaría en pleno auge y cuya permanencia la reconocerán en cada proceso electoral fraudulento y sus secuelas.

La pretensión de volver permanente e incluso organizar, bajo la forma institucionalizada de un partido político, a un movimiento nacional de masas vivo y poderoso, tan difuso, heterogéneo y circunstancial como el levantado por la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas, desembocaría en fracasos y frustraciones. Pues si algo le imprimió su novedad y fuerza inesperada a las movilizaciones multitudinarias de antes y después del 6 de julio de 1988, fue ese brotar dondequiera a la manera de afluentes que dieron forma a un desbordante torrente. En su extensa base pudieron percibirse formas y tradiciones de organización y participación muy distintas, precisamente en la medida en que fue un movimiento de base que condensó varios años de luchas y descontentos. Pero lo determinante, lo que expresó la originalidad del movimiento del 88 fue incuestionablemente su fresca espontaneidad, su inorganicidad y enorme diversidad social, regional, cultural e incluso política. Por ello desbordó estructuras y derrumbó en la práctica aparatos y proyectos partidarios. Por la misma razón —y bajo el influjo de un

régimen y una atmósfera políticos autoritarios— requirió también y dio origen a un nuevo caudillo, quien en adelante desempeñó un papel definitivo.

No debe sorprender, entonces, que el arranque de la organización del PRD haya coincidido con el ocaso del propio movimiento social y político que hizo brillar la figura de Cuauhtémoc y con la desarticulación del reagrupamiento de fuerzas políticas, el Frente Democrático Nacional (FDN),² que lo postuló. No obstante, los promotores del PRD no sopesaron esta situación y en la inercia del 6 de julio descuidaron también las señales de advertencia brindadas por los procesos electorales que con motivo de las elecciones estatales o municipales se produjeron ya desde finales de 1988 y que marcarían una tendencia. Minimizaron los resultados adversos (en cuanto a participación y votos) y extrapolaron las experiencias particulares de Michoacán y Guerrero, donde efectivamente se desencadenarían movilizaciones regionales. Estas fueron consideradas por el PRD como la prueba de la permanencia del auge del movimiento democrático electoral, dejando de lado la particularidad de aquellas y la desactivación y agotamiento de éste.

De esta forma, el PRD nació atrapado por las expectativas e ilusiones creadas por el 6 de julio y en lugar de encarnar el *transcrecimiento* (la mutación cualitativa) del movimiento político-social, sólo lo reemplazó, actuando en su nombre, bajo su patente exclusiva.

Entre apuestas y esperanzas

Si la gran mayoría de las organizaciones, corrientes y fracciones de la izquierda mexicana terminó apoyando la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas y luego se embarcó en la apuesta del PRD, fue porque vislumbró la posibilidad de organizar el partido de masas que nunca pasó de ser una simple consigna. Se pensaba que

² El FDN se integró al principio con tres partidos registrados (PARM, PFCRN Y PPS) caracterizados por su supeditación al Estado, diversas agrupaciones políticas de distinto signo y la Corriente Democrática del PRI encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas.

con Cárdenas las movilizaciones se mantendrían y sólo habría que organizar la avalancha de gente que se arremolinaba para escuchar, ver y hasta tocar al hijo del general Lázaro Cárdenas.

Memorias y esperanzas, y sobre todo un líder sin igual, reconocido incluso como un presidente despojado fraudulentamente de su triunfo por el gobierno y su partido, el Partido Revolucionario Institucional (PRI), permitirían que el parteaguas del 6 de julio encontrara su solución de continuidad en un partido de masas, capaz de doblegar a un régimen decadente desprovisto de legitimidad y legalidad. Por lo demás, como insistí anteriormente, la coyuntura electoral de 1988 solamente había precipitado el proceso de crisis de la izquierda que atravesaba a todas las organizaciones y corrientes. Así, cuando el PMS cedió su registro legal³ y su aparato partidario al PRD, sólo estaba cancelando un proyecto maltrecho y sin un futuro claro, en aras de una nueva apuesta, novedosa y desbordante de esperanzas. Lo mismo la larga lista de agrupamientos reales y ficticios que se acabaron de desgarrar internamente en la “lucha” por hacerse un lugar en el nuevo partido.⁴ Los disidentes del PRI, agrupados en la Corriente Democrática, por su parte, habían sido llevados por Cárdenas hasta un punto de ruptura con el régimen y no les quedaba más que probar suerte en terrenos para ellos inexplorados.

Pero más que un partido de masas –del cual por cierto no hay ni experiencia ni tradición en México–, el PRD nació como una suerte de heterogénea federación de infinidad de grupos, aparatos y redes de personalidades en disputa de la cercanía con Cuauhtémoc Cárdenas. Poco tendría que ver con el proyecto original de una organización del movimiento ciudadano nacional. Aunque se consideró una fortuna semejante composición “plural” del PRD –como se puso

³ Si el PMS cambió su nombre por PRD fue para evitar la trabas que el gobierno imponía para el registro legal de nuevos partidos, condición insoslayable para su plena participación electoral y el disfrute de prerrogativas legales.

⁴ PMS, Asociación Cívica Nacional Revolucionaria, Organización Revolucionaria Punto Crítico, Movimiento al Socialismo, Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas entre las más importantes además de algunas singulares organizaciones sociales como la Asamblea de Barrio, Fuerzas progresistas y el Consejo Nacional Obrero y Campesino de México (Vid. Cuauhtémoc Cárdenas, *Nace una esperanza*, Ed. Nuestro Tiempo, México, 1990, pp. 26-27 y Adolfo Gilly, “El perfil del PRD”, *Nexos*, n. 152, agosto de 1990).

de moda decir—, más que su fuerza y originalidad, se volvió germen de todos sus males, en la fuente de conflictos y disputas de todo tipo, en la causa de políticas y posiciones la más de las veces ambiguas y contradictorias. Ante la imposibilidad de asentar al partido en una base teórico-política común, se caería pronto en la sobreideologización (el desentierro del llamado proyecto de la revolución mexicana) y en el pragmatismo asumido como condición de existencia. De esta forma, el PRD fue estructurando un aparato partidario endeble, sujeto a pugnas por el poder de grupos y personalidades, quienes sólo reconocerían a Cuauhtémoc Cárdenas como la autoridad incuestionable, al menos al principio.⁵ Así, de la experiencia de las corrientes convergentes en el PRD, tanto de izquierda como priistas, lo que prevaleció fue la *cultura aparatista* profundamente enraizada en México, la cual se reproduce sin cesar independientemente de ideologías y programas particulares.

El PRD se desenvolvería entonces en una situación interna en extremo conflictiva y polarizada, donde cada quien priorizaría su propio fortalecimiento por medio del reclutamiento de clientelas. Así, la integración y la unidad orgánica de fondo del partido no avanzaría sino penosamente y lo que menos preocuparía sería preparar las condiciones organizativas y políticas para desarrollar una militancia de base masiva. De esta manera, las puertas de PRD no se abrieron para tratar de incorporar a la participación política organizada al menos algunos miles de los cientos de miles de ciudadanos que se movilizaron durante las jornadas de 1988. Incluso, desde un inicio, se hizo a un lado este problema de integrar multitudes, planteado de hecho por la cercanía de muchos sindicalistas y miembros

⁵ *Cfr.*, por ejemplo, Carlos Monsiváis, “Las tribulaciones del PRD”, *El financiero*, 13 de noviembre de 1994, donde escribe: “La integración del PRD en la primera etapa es muy forzada y, tal y como se probó, muy ineficaz. Participan expriistas, excomunistas (que han participado en el PSUM y el PMS), miembros de la ultraizquierda, y gente sin previa militancia atraída por las perspectivas de renovación. Desde el principio se arman los cotos de poder, los enfrentamientos se prolongan y logra (no siempre) un mínimo esfuerzo unitario durante el periodo electoral. El resultado es la desconfianza de militantes y simpatizantes potenciales del PRD [...] No hay espíritu partidario y el único consenso, a fin de cuentas externo [...] se da en torno del liderazgo de Cuauhtémoc Cárdenas. Los pleitos internos fatigan, hartan, desquician y evitan cualquier uso a mediano y largo plazo de la energía política”.

de organizaciones y movimientos sociales de base, no fuera ser que se reprodujeran prácticas corporativas como las acostumbradas por el PRI. Se realizaron decenas de miles de afiliaciones, pero aparte del prestigio de Cárdenas que ligó de alguna manera los afiliados al PRD, nada garantizaría una participación efectiva de ninguno.

Por ello el PRD fue perdiendo el influjo del movimiento de masas del que había sido en cierta forma un producto. La vida del partido quedó más bien determinada por unos cuantos miles de miembros activos en los diversos lugares del país, quienes organizaban las campañas electorales y mantenían la actividad partidaria interna, en especial los aparatos. Se trataba sobre todo de los antiguos militantes de la izquierda incorporada al cardenismo, de las clientelas de los expriistas y de otros que vinieron al calor de las movilizaciones y campañas. Formaban el cuerpo orgánico del partido, poblado por una intrincada trama de relaciones y representantes (o candidatos a representantes en cualquiera de las opciones electorales posibles) que hicieron del PRD su espacio de acción política y la posibilidad de su proyección.

En la dinámica predominante en el PRD se forjó pues un partido caracterizado más por burocracias y grupos de poder difusos sustentados en desiguales clientelas electorales, que por militantes organizados conforme a su desempeño profesional o al centro o lugar de habitación. En este sentido, en vez de recuperar la vocación social incipiente que había logrado anteriormente la izquierda —como parecía que podía hacerlo por el relanzamiento de las movilizaciones y la influencia alcanzada por Cárdenas—, el PRD reprodujo los métodos que la perdieron y la condujeron por callejones sin salida. Aceleró el abandono de las prácticas de intervención y solidaridad en los sectores y movimientos sociales, alejándose en lo fundamental de sus problemáticas específicas, de las prácticas sociales y de su vida, entregándose igualmente a la cuestión electoral de forma que no dejaba otra vía de acción. De los priistas disidentes (aunque no sólo de éstos) se retomaron y reprodujeron los métodos clientelares, echando más leña a la caldera de la burocratización. De esta forma, el PRD consagró, en lugar de comenzar a revertir, la huida hacia adelante de la izquierda, la que cortó a ésta las raíces

que había logrado echar en la sociedad, entre los trabajadores y otros núcleos sociales activos y sensibles.

Aunque no dejó de autoproclamarse el partido del 6 de julio, el PRD no logró convertirse en un partido del movimiento que le dio identidad ni tampoco en un partido de masas capaz de presentarse como alternativa válida al régimen priísta. No supo capitalizar para el partido el prestigio, la *fuerza de masas* de Cuauhtémoc Cárdenas. La presencia nacional (y hasta internacional) del PRD sólo se desarrolló por medio de su participación en las campañas electorales que no han dejado de producirse, muchas de ellas con amplias repercusiones, pero sobre todo por la intensa actividad personal del propio Cárdenas. Empero, los desenlaces han sido contradictorios y dispares, generalmente con votaciones y resistencias muy por debajo de las expectativas alimentadas. La capacidad de movilización y conducción del PRD ha sido muy limitada, sujeta a imprevistos y desbordamientos, determinados por la lógica de los conflictos electorales particularmente de carácter regional. Otro tipo de movilizaciones y conflictos sociales, los que a pesar de todo se desplegaban por doquier, no encontraron en el PRD más que declaraciones de apoyo o debates volátiles y sin consecuencias prácticas.

Por la manera como se integró, por su composición y por sus prioridades organizativas y políticas, así como por la acción de sus dirigentes, el PRD no parecía estar creando las condiciones para madurar como un partido preocupado por asentarse solidamente en la sociedad, con prácticas políticas y organizativas unificadas. Más bien, pareciera que se volvió inacabable el proceso inicial de ensamblamiento de fracciones que no terminan por disolverse, sino que devienen permanentes o se recomponen y renuevan. El proyecto de partido del movimiento ciudadano se diluyó, reproduciéndose en cambio una maraña organizativa que para estar en condiciones de alcanzar sus fines se estructuró como un *partido de fracciones/aparato*, las que chocan y disputan sin cesar por extender las áreas bajo su control y su peso en los procesos clientelares.

El presidencialismo del PRD

Con la marejada del 6 de julio de 1988 reingresó a la escena política nacional una figura siempre presente en la historia del país pero aparentemente superada en las últimas décadas por la maduración de la propia sociedad: el caudillo. Si bien en muchas regiones y localidades no han dejado de sucederse personajes que se presentan y actúan como tales, difícilmente pueden encontrarse antecedentes cercanos al impacto en la opinión nacional y la influencia política social lograda inesperadamente por Cuauhtémoc Cárdenas. Se han escrito hasta la fecha muchas cuartillas para explicar este fenómeno.⁶ Lo que aquí interesa es más bien destacar la manera como la emergencia de un nuevo dirigente popular cataliza la crisis de la izquierda y violenta un proceso de recomposición de distintas fuerzas políticas, articulándolas de cierta manera al sobreponerse a todas ellas y subsumirlas incluso bajo un programa —una ideología— que a la mayoría le resultaba ajeno o hasta había sido objeto de deslindes históricos.⁷

Las expectativas suscitadas luego de las movilizaciones y la evolución personal de Cuauhtémoc Cárdenas —por su intransigencia democrática y su deslinde político con el régimen priista—, son las que explican sin duda la convergencia de corrientes normalmente enfrentadas. Empero, es más difícil comprender por qué, desde un inicio, la influencia y peso de Cárdenas en el PRD no se toparían con más límites políticos u organizativos que los que el propio Cárdenas

⁶ Por ejemplo, Víctor Manuel Durand, “Neocardenismo y transición política”, en Manuel Canto y V. Durand (coordinadores), *Política y gobierno en la transición mexicana*, UAM, México, 1990; Jaime Tamayo, “El neocardenismo y el nuevo Estado”, en Jorge Alonso y otros, *El nuevo Estado mexicano*, t. II. *Estado y política*, Nueva Imagen, México, 1992; Tonatiuh Guillén, “La cultura política y la elección presidencial de 1988. Hacia un análisis del neocardenismo”, en *Frontera Norte*, n. 1, enero-junio de 1989 y Adolfo Gilly (coordinador), *Cartas a Cuauhtémoc Cárdenas*, Ediciones Era, 1989.

⁷ Como lo apunté anteriormente, prácticamente toda la izquierda posterior al 68 mexicano se afirmó sobre la base de un deslinde crítico con la revolución mexicana y el régimen a que dio origen. Incluso el Partido Comunista Mexicano, tradicionalmente atrapado por la versión oficial de la historia, realizó un proceso de revisión y algunos de sus intelectuales hicieron aportes originales a la relectura de la historia de México (Enrique Semo, Sergio de la Peña, Roger Bartra y otros más).

decidiera. El PRD se encontró prácticamente sobredeterminado por el peso de su presidente nacional, quien era la única autoridad unificadora y quien debía zanjar toda suerte de conflictos, mediando intereses muy distintos con el fin de imponer un equilibrio interno, siempre extremadamente frágil. Realmente parecía que sin Cuauhtémoc Cárdenas sería inconcebible conservar ensambladas la distintas piezas del rompecabezas sin solución que es el PRD.⁸

Esta situación resultaba a primera vista inexplicable, pues los diversos componentes de izquierda que dieron vida al PRD (y muchos de sus dirigentes y cuadros) contaban en su mayoría con trayectorias y logros tanto organizativos como teórico-políticos que en diversos momentos imprimieron su sello a luchas o acontecimientos. Por ejemplo el PMS —o más particularmente las corrientes provenientes del antiguo partido comunista que lo hegemonizaron— construyó direcciones un tanto colectivas, aparatos centralizados con ciertos vasos comunicantes con algunos sectores sociales (hasta organizaciones) y propuestas teórico-políticas que pretendieron fundamentar alternativas de fondo. También, así fuera de manera localizada, las distintas fracciones de la llamada izquierda revolucionaria, que durante cerca de dos décadas habían elaborado una lectura novedosa de la realidad, al tiempo que ensayaron prácticas, formas de organización y dirección colectivas que enriquecieron en ese entonces el panorama de la izquierda.

Sin embargo, en vez de contribuir al tejido de una trama de relaciones democráticas e instancias colectivas eficientes, con el fin de consolidar el proyecto partidario, las fracciones provenientes de la izquierda sólo alentaron la figura del caudillo, tratando de ganarse el favor de éste en la búsqueda de espacios de poder. De las fracciones provenientes de la Corriente Democrática del PRI no podían esperarse otros métodos, más democráticos y despersonalizados, habituadas como estaban a una cultura política jerárquica y clientelar.

⁸ De hecho, cuando Cárdenas se retiró de la presidencia del PRD con el propósito de realizar su segunda campaña por la presidencia de la república, los nuevos presidentes no lograrán un peso sustancial sino por el apoyo expreso de aquél. El alejamiento deliberado de Cárdenas respecto a la dirección nacional del partido, de sus decisiones y debates, ayudará —pero no lo hará de manera completa— a restablecer la autoridad a una dirección y una presidencia que —quírase que no— serán como una sombra de sí mismas sin la presencia del caudillo.

Se afianzó, por consiguiente, un funcionamiento partidario que ahondaba la desproporcionada brecha existente entre el PRD y el único dirigente aceptado por todos. Se quisiera o no, tal grieta terminaría por ensancharse entre Cuauhtémoc Cárdenas y el conjunto de los miembros de la dirección nacional. Todo hacía que Cuauhtémoc se sobrepusiera irremediabilmente a una dirección básicamente disgregada y al propio partido, débilmente articulado. Su peso en la formulación de las definiciones y decisiones colectivas no solamente resultaría desmesurado, sino que incluso (y muchas veces a pesar suyo) tendería a sustituirlas. En todo caso, esto será más tarde una fuente permanente de tensiones.

Esa situación extraordinaria, que podría asumirse como un momento circunstancial y pasajero motivado por el hecho de haber sido el PRD un partido claramente articulado en torno a una figura nacional que cobró mucho peso, se transformó curiosamente en *una visión y un método de organización partidarios*, que se reprodujeron y generalizaron artificialmente a lo largo y ancho del PRD. Planteados desde un inicio como virtud, desembocarían en un raro proceso en el que la laxitud de la vida partidaria se combinaría con jerarquías que darían vida a una suerte de *presidencialismo* que recorrería todas las instancias, particularmente las de funcionamiento cotidiano. Ese presidencialismo tendría su complemento en una especie de parlamentarismo interno (los consejos, verdaderamente multitudinario en el caso del nacional), cuya falta de funcionalidad y pesadez dificultaría la discusión colectiva, cuando supuestamente debiera instrumentarla. En consecuencia, como a final de cuentas sucede en todos los partidos, se prepararon las condiciones para que las decisiones de fondo las tomaran organismos reducidos (los comités ejecutivos), dominados por el peso desproporcionado y las más de las veces artificioso de los presidentes.⁹

⁹ Los *Estatutos del PRD* consignan una situación que en los hechos se acentúa y extrapola mayormente. Vid. principalmente el capítulo "De la organización, representación y dirección del partido". Los conflictos que provoca la estructura organizativa ha producido algunas críticas y propuestas de reformas que no se concretaron.

Visión electoral de la política

La manera como se estructuró el Partido de la Revolución Democrática probablemente era la única posible en el contexto de la pretendida fusión de desiguales corrientes y agrupamientos distintos y hasta enfrentados. Pareciera que muchas de las tradiciones priístas (como la personalización de la política, las lealtades, las jerarquías y el clientelismo) hubieran impuesto su predominio, embonando (combinándolas) con hábitos autoritarios y apremios de poder de una izquierda en crisis de identidad. Las piezas dispares que ensamblaron al PRD sin duda le imprimieron su especificidad, pero su carácter provendría en verdad de su origen electoral, el que lo sobredeterminó no sólo en sus rasgos organizativos, sino prácticamente en todos los planos. Imaginado como una maquinaria destinada a las elecciones, el PRD vivirá atrapado por las necesidades, la mecánica y los ritmos enloquecedores del extraño y desordenado régimen de campañas electorales inacabables prevaleciente en México.

Por consiguiente, lo electoral condicionó y perfiló a la vez las concepciones políticas y no exclusivamente las prácticas del PRD. Todo parece indicar, incluso, que desde un principio tesis políticas y programas perdieron importancia en este partido. A la mejor porque su diversidad —si partimos de los agrupamientos de origen— solamente dispararía las tendencias centrifugas. No es que aquellos hubieran dejado de existir, pero resulta innegable que al menos fueron constreñidos, cuando no abandonados sin más, por la recaída generalizada en la ideología nacional revolucionaria reivindicada por Cuauhtémoc Cárdenas. Ésta se impuso al PRD como una coraza ideológica que reconvirtió y opacó, cuando no subsumió, a todas las corrientes. Sin embargo, la falta de viabilidad y concreción del viejo nacionalismo revolucionario —su carácter meramente ideológico— impondría en los hechos el pragmatismo (revestido de virajes y reacomodos) como la posibilidad de que el partido pudiera aterrizar en algún tipo de política práctica. Política electoral, por supuesto.

Esa *visión electoral de la política* explica, y determina a la vez, la ligereza política y la sobreideologización del PRD. La mayoría de los aportes analíticos y teóricos de otrora que habían distinguido a

la izquierda (algunos de los cuales eran relevantes, aunque otros también reproducían estereotipos y esquemas abstractos) se hicieron a un lado igualmente. En su lugar aparecerían de tiempo en tiempo ciertas ideas dispersas, incluso contradictorias, mezcladas con algunos de los presupuestos y desplantes ideológicos del viejo priismo, si bien matizados con la intransigencia cuauhtemista. Por ello el PRD no ha logrado más que una visión fragmentada de la realidad y de la política.

Tal vez resulte inverosímil, pero me parece que la *ambigüedad fundamental* del PRD –por llamarla de alguna manera– no provino tanto de la diversidad del movimiento nacional del que se reclama heredero exclusivo, ni de las muy disímiles organizaciones que lo acuerparon. Más bien tuvo su origen en la confusión que se hizo desde un inicio entre el discurso de Cuauhtémoc Cárdenas y el significado efectivo del propio movimiento. Aunque surgieron muchas interpretaciones de los sucesos electorales del 88, todo mundo coincidió en destacar como lo central su exigencia democrática y su repudio a la prepotencia, corrupción y arbitrariedad que identifican al gobierno y al PRI. De ahí el alud de votos en favor de Cárdenas, quien encarnó el desafío al régimen y la esperanza de cambio, así como las dificultades de la maquinaria electoral gubernamental para ocultar prácticas fraudulentas nada fuera de lo común en México. El problema es que la conclusión más evidente, que sería la de la pérdida de credibilidad del régimen de la revolución mexicana y de las instituciones que garantizaron su permanencia (en la cual también existe un acuerdo muy amplio), fue publicitada por Cuauhtémoc Cárdenas y sus partidarios (al principio hasta por muchos voceros gubernamentales) como ¡expresión de la vigencia y vitalidad de la revolución mexicana y de las instituciones supuestamente republicanas a las que dio origen! Así, lo que apareció pues como una *ruptura* acabó por entenderse como un anhelo de *restauración*. El malentendido se impuso en adelante como *la verdad* que dio sustento a un proyecto político empantanado en contradicciones insalvables, enredado en una maleza de mitos ideológicos que la propia realidad había superado, puestos de nuevo en circulación por el hijo del último caudillo de la revolución mexicana.

En este sentido, no resultó extraño que la tesis central —o mejor consigna básica— que condensó el proyecto del PRD fuera la de “restaurar la república”, en un país donde jamás había existido ninguna república efectiva ni un sistema electoral libre que la fundamentara. La contradicción proviene por supuesto del propio marco constitucional extremadamente ambiguo que, a pesar de ciertas formulaciones (república, federalismo, Estado de derecho, etcétera), consagró el desarrollo del régimen de la revolución mexicana como ha sido ampliamente analizado: en extremo centralizado y avasallador, vertical y regimentado de arriba abajo, donde no quedó lugar para procesos democráticos ni equilibrios de supuestos poderes. La lucha por la restauración de la república la identificó el PRD con el combate contra el partido de Estado, a quien cada vez más consideró responsable del abandono de los presupuestos del régimen de la revolución mexicana. Pero hay que precisar que se propuso enmendarlo solamente en sus excesos más evidentes, como el corporativismo y la fusión del PRI con el gobierno, que a su parecer serían los que traban todos los procesos de elección democrática. Respecto al presidencialismo aplastante se propone reformarlo haciendo que los otros “poderes”, en especial el legislativo, desempeñen su papel con autonomía, como si bastara modificar su composición para modificar su carácter. En fin, el PRD busca “democratizar las relaciones del Estado con la sociedad”, pero para nada se ocupa de la naturaleza del primero ni de las relaciones de supeditación que se desprenden de su actividad.¹⁰

Resulta curioso, pero en la medida en que no se separa de la lógica del régimen —más bien la reivindica—, el PRD la reproduce y queda atrapado por ella. En realidad, no cuestiona la dominación

¹⁰ Los lineamientos y propuestas del PRD los tomé principalmente de los siguientes trabajos: PRD, *Propuesta política para el primer congreso nacional. Hacia el primer congreso nacional*, Serie documentos políticos de divulgación, México, 1990; PRD, *Acuerdo nacional para la democracia. Hacia el primer congreso nacional*, Serie documentos de divulgación, México, 1990; PRD, *La reforma del Estado. Hacia el primer congreso nacional*, Serie documentos políticos del PRD, México, 1990; Cuauhtémoc Cárdenas, “Partido de la Revolución Democrática”, en Federico Reyes Heróles (compilador), *Los partidos políticos mexicanos en 1991*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991 y Cuauhtémoc Cárdenas, “TLC: una propuesta alternativa”, *Nexos*, n. 162, junio de 1991.

que garantiza el llamado régimen de la revolución mexicana, sino sólo los mecanismos mediante los que se reproduce. Por esto es que al PRD cada vez le resulta más difícil diferenciarse del régimen que cuestiona —que no es otro que el de la revolución mexicana realmente existente—, el cual por lo demás no ha dejado de variar su discurso y ensayar reformas con el fin de actualizarse. La disputa por el legado y representación de la revolución mexicana enajena al PRD y desconcierta a núcleos sociales que se habían acercado a Cárdenas no por recuperar esa bandera (que la mayoría de las veces se blandió para someterlos y constreñirlos), sino por darle voz a sus múltiples y apremiantes reivindicaciones.

En lo que concierne a la economía nacional, la visión y las propuestas económicas erráticas del PRD, presuntamente alternativas, tienen que ver más con la ideología que con la política económica. Conserva y eleva a rango de principio las mistificaciones tradicionales sobre la economía mixta, el desarrollo nacional, la intervención estatal, el paternalismo, la soberanía, etcétera, formuladas por el antiguo régimen de la revolución mexicana (es decir el PRI, el gobierno, el Estado y hasta los empresarios, todos ahora en proceso de reconversión). Asume algunas reivindicaciones populares como la defensa del salario, pero predominan las formulaciones de carácter general. Su discurso está siempre en relación a las políticas gubernamentales y concluye por parecerse a éstas: “nueva disciplina social”, “ganancias en función de la productividad y la competitividad”, “mercado fuerte”, “acuerdo nacional para el crecimiento con la participación democrática de todos los sectores productivos”, y así por el estilo. Si bien el PRD ajustará luego, a golpes de realidad, su visión estatista y el proteccionismo (otrora distintivos del Estado mexicano y sus voceros), sus diferencias con el gobierno salinista serían más de políticas y mecanismos, de matices, que de concepciones de fondo.

Precisamente el drama del PRD, que se pondrá en evidencia de manera brutal en la campaña presidencial de 1994, será su incapacidad de concretar de manera clara un proyecto alternativo al régimen y al PAN (que entonces eran casi lo mismo). O sea, no solamente sus planteamientos no articularán una alternativa de largo plazo

contra el capitalismo —lo que era una de las propuestas vertebradoras de la izquierda socialista—, ni siquiera podrán distinguirse en ellos medidas de política económica que en su transcurrir pudieran asumir una dinámica anticapitalista, igualitaria y antiopresiva.

El PRD aborda igualmente, en documentos y declaraciones, cuestiones como la concentración del ingreso, el peso de la deuda externa, la pérdida de soberanía debido supuestamente a falta de independencia del gobierno en la formulación de políticas, la necesidad de moderar las ganancias y mejorar salarios, etcétera. Pero no pone en entredicho ni trata de enfrentar la dominación del capital, la explotación, el despotismo patronal ni la subordinación del trabajo, que están en la base de la pobreza y la extrema desigualdad social.

De hecho, frente al neoliberalismo del gobierno salinista, el partido de Cuauhtémoc Cárdenas opuso solamente una visión ideológica impregnada de una suerte de keynesianismo deslavado y asumido con mala conciencia. Es como si el régimen se corrigiera a sí mismo, pero en el sentido inverso al seguido por Salinas. En el fondo, la matriz resulta idéntica. Todo se deja entonces a un idílico “acuerdo nacional”, a un “nuevo pacto social” —si bien, se aclara, democrático— que restauraría lo que debería haber sido el país y no fue. En un país cansado de pactos y acuerdos impuestos siempre desde arriba y en detrimento siempre de los sectores sociales subordinados, a quienes supuestamente favorecerían.

Ante acontecimientos como la firma del Tratado de Libre Comercio (TLC) entre Canadá, Estados Unidos y México, que manifiesta en forma distorsionada un proceso material y social de profundas raíces (y muchos mucho tiempo vieron una integración silenciosa irrefenable), el PRD se enroló tras las formulaciones de su líder quien, como opción contraria, publicó un “acuerdo continental de desarrollo” que no hacía sino extender fuera de las fronteras mexicanas su visión particular de la realidad, haciendo abstracción de circunstancias, clases, gobiernos, Estados, políticas. Recurrió a la afirmación de un nacionalismo abierto más al pasado que al futuro, el cual no le permitía avizorar las perspectivas ni a prepararse para lo que vendría.

Todas las propuestas políticas del PRD aparecen sobreideologizadas por un discurso que no se traduce en alternativas capaces de enfrentar a un neoliberalismo arrasante, el que entonces se presenta en la práctica (publicitada por sus promotores) como la única disyuntiva precisa, supuestamente viable, en el país (si además se considera la convergencia del Partido Acción Nacional con el salinismo). Se produjo, así, una verdadera degradación de las ideas, de las posiciones políticas que la izquierda (al menos los sectores más avanzados) había logrado básicamente en los setenta y al principio de los ochenta, no solamente sobre las caracterizaciones de la realidad nacional, su historia, los proyectos estratégicos, sino en especial sobre las respuestas sociales a la crisis y la reestructuración económicas, las demandas de las mujeres y el movimiento feminista, sobre los jóvenes, la ecología y contra todo tipo de exclusión, represión y discriminación.¹¹ La cultura política que la izquierda estaba tratando de construir sacaba mucho de esos movimientos supuestamente limitados y marginales que la matizaban y le imprimían su sentido más decisivamente antiopresivo e igualitario. Todo se derrumbó, se degradó, se desvaneció bajo la opacidad del pragmatismo y el viejo entramado del priísmo originario.

En fin, mientras el PRD se envolvió en las espesas nubes de su paralizante y empobrecedora ideología, el gobierno de Carlos Salinas de Gortari logró concretar en cierta medida (aunque por los desenlaces posteriores de manera frágil) su proyecto modernizador de reestructuración capitalista, e incluso trató de reorganizar sus bases sociales con mecanismos como Solidaridad.¹²

¹¹ “Un común denominador del PRI, el PAN y el PRD es la pobreza de sus análisis políticos y económicos, de su percepción de los cambios de la sociedad. El PRD, que oscila entre la falta de proyecto y los espectros del nacionalismo revolucionario, no parece entender a qué sociedad o a qué sociedades se dirige” (Carlos Monsiváis, “La crisis de la izquierda”, *El Financiero*, 26 de noviembre de 1995). Antes, criticando “las dudas internas sobre el carácter laico del PRD”, Monsiváis señala que “el PRD no critica en lo mínimo las censuras moralistas del PAN en los lugares donde gobierna, ni mantiene posiciones serias y sistemáticas respecto a la despenalización del aborto, la pandemia del sida, la lucha de la derecha contra la educación laica, los derechos de las minorías, etcétera [...] Ninguna causa ecológica se asume, probablemente porque distrae la lucha por la repartición de los cada vez más escasos puestos, y también porque no le es fácil al PRD superar la desconfianza social hacia los partidos, tan extendida. En resumen, el PRD se atiene sólo a la política electoral, en un movimiento de cúpulas que no se atreven a ser laicas”

¹² Es interesante destacar que el programa Solidaridad impulsado por el gobierno de Salinas para combatir la pobreza extrema, fue utilizado para tender toda una red de estructuras y

En realidad, lo nuevo en la visión de Cuauhtémoc Cárdenas, lo que le dio fuerza y fama, sin poder no obstante trasladarlas plenamente al PRD, provino del masivo reclamo democrático de 1988, que a su vez reveló un inusitado proceso de recomposición social y política en la sociedad mexicana que los trascendió. Era un verdadero programa que brotó de la propia sociedad, retomando demandas de más de dos décadas de movilizaciones, luchas y resistencias de muy diversos núcleos sociales, sectores y regiones. Cárdenas lo asumió y expresó con una intransigencia y una decisión sin precedentes, al grado que fue lo que le imprimió originalidad a su campaña. El PRD no supo darle continuidad a ese programa, si bien quedó tributario de esa insurrección civil democrática que lo levantó y hasta inscribió en su nombre (y adoptó como su fin) la revolución democrática, con lo que entendía recogía el *sentir* del 88. La revolución democrática la definió al principio de manera que se presentaba efectivamente como un proceso de democratización de la sociedad desde la base, social y políticamente. Pero, como todo en el PRD, ese programa democrático de por sí minimizado quedó mediatizado por el pesado lastre del viejo nacionalismo revolucionario, realmente sin ninguna tradición democrática. Más bien, prevaleció el sentido electoral y “restaurador” que acartonó y fragmentó la idea de por sí imprecisa de revolución democrática.

Por una oposición sin objetivos

Durante todo el periodo salinista, el PRD no dejó de ensayar remontar un aislamiento y el estrechamiento de su espacio político que no

mecanismos en busca de reorganizar en cierta forma las bases sociales del régimen. Sobre todo, llama la atención que los funcionarios intermedios y bajos encargados de su instrumentación fueran muchos de los viejos cuadros de la izquierda, incluso dirigentes del partido comunista y de distintas organizaciones de carácter maoísta que entendían, así, seguir aplicando la “línea de masas” que los caracterizó -a éstas últimas- en los setenta y parte de los ochenta. Muchos de ellos habían sostenido a Cárdenas durante su campaña electoral, antes de reconvertirse al salinismo. Para introducirse al debate se puede consultar el n. 49 de *El cotidiano*, julio-agosto de 1992, dedicado a Solidaridad. Sobre una reseña de quienes cambiaron de “giro”, puede consultarse Carlos Acosta Córdova, “Ayer opositores de izquierda, hoy dirigen y ejecutan programas del Pronasol”, *Proceso*, n. 827, 7 de septiembre de 1992.

cesaron de progresar, tanto por el cerco que le tendió el Estado como por su propio empantanamiento. Su *visión electoral de la política* lo condujo a actuar casi exclusivamente en función de las elecciones presidenciales de 1994. El medio lo dotaron campañas electorales de todo tipo, concebidas en tanto proceso de acumulación de fuerzas, de preparación de las condiciones favorables para el derrocamiento del régimen de partido de Estado por medio de la irresistible fuerza de los votos. La apuesta mayor del PRD fue precisamente pretender reeditar y potenciar la “insurrección ciudadana” de 1988 como única posibilidad de recambio y restauración del orden constitucional, a su parecer trastocado por el régimen autodefinido como modernizador.

Tal vez por esto el PRD muy temprano se fue deslizando hacia una propuesta que pretendía al margen y por encima de ideologías: el Acuerdo Nacional por la Democracia (ACNADE). De esta forma, de un planteamiento típico de la izquierda dirigido fundamentalmente a reunir en un frente (inicialmente el Frente Patriótico Nacional) a las fuerzas políticas y sociales independientes y democráticas, pasó al ACNADE abierto a todas las fuerzas, clases y corrientes (incluso dentro del gobierno) con la finalidad de confrontar al gobierno salinista y su partido de Estado. En poco tiempo pasó, también, de proponer acuerdos para la defensa del voto a la solicitud de alianzas electorales pluripartidistas caracterizadas estrictamente por su deslinde con el PRI-gobierno, como la vía de lograr el respeto al voto y la democracia.

El planteamiento del ACNADE –que luego, por un tiempo, se confundirá con una red de personajes políticos dirigida a realizar actividades principalmente en defensa del voto–, permeó entonces todas las propuestas políticas del PRD y aún al propio aparato partidario. Este incluso se autodefinió como un *partido pluriclasista*, retomando la tradición del PRI y magnificando la existencia aislada en sus filas de algún empresario muy singular. Así, mientras se añadieron “adjetivos” –por llamarles así– a la definición partidaria, se le restaron a la política del partido.

No dejaba de extrañar, sin embargo, que el PRD pretendiera incluir a fuerzas políticas como el PAN (de hecho la principal organización

a quien se dirigió esa política) que sería pretendidamente el enemigo tradicional de la revolución mexicana y la Constitución de 1917, referencias esenciales del nuevo cardenismo. Para el PRD, empero, las contradicciones se desvanecían pues todo lo simplificaba, por lo que ya no veía otro adversario que el gobierno, encabezado por Carlos Salinas de Gortari, y el PRI. Fuera de éstos, *todos los demás* —y por supuesto los nuevos disidentes priístas que brotaran por cualquier razón— podrían conjuntarse en un proyecto *único*, en una sola fuerte oposición que aislara al PRI-gobierno, infringiéndole el golpe de gracia en las urnas.

Poco importó que el reivindicado *pluriclasismo* de la revolución mexicana hubiera servido, muy particularmente en los días del auge cardenista,¹³ para supeditar en forma duradera e institucional al conjunto de los trabajadores y sectores populares. Tampoco que el pluriclasismo careciera de sentido (si alguna vez lo tuvo) por la palpable maduración de la sociedad mexicana que, particularmente desde los sesentas, fortaleció y diferenció a clases sociales claramente confrontadas y cuando la ofensiva modernizadora del Estado no hacía más que afirmar y reforzar el poder de las clases privilegiadas. En la perspectiva de derrotar al régimen priísta todo se valía, incluso derivar hacia una propuesta *despolitizadora*. Lo que importaba era el fin, y éste sólo requería coaligar las fuerzas que fueran.

La *visión electoral de la política* lanzó al PRD por la senda de un antigobiernismo estrecho cada vez más vacío de contenido,¹⁴ que

¹³ Hasta la fecha me parece que sigue siendo válido el análisis que realicé —coincidente con muchos otros— con el propósito de desmistificar al régimen del general Cárdenas y señalar su contribución a la consolidación del régimen que hoy cuestiona su hijo Cuauhtémoc: *El Estado y la política obrera del cardenismo*, Ediciones Era, México, 1975.

¹⁴ Es de hecho éste uno de los puntos más débiles del PRD y sus adversarios no han dejado de utilizarlo en una crítica que distorsiona, a fuerza de caricaturizarla, su política y que cada vez deriva más en ataques personales al propio Cárdenas. Entre los trabajos más serios pueden consultarse Luis Salazar, "Notas sobre el perfil político del PRD", en Gilberto Rincón Gallardo y otros, *México, la búsqueda de alternativas*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1990 y Roberto Gutiérrez, "Cultura política y transición a la democracia. PRI y PRD en la transición actual", *Sociológica*, n. 11, septiembre-diciembre de 1989. Entre los extremos: José Luis Gutiérrez Espíndola, "PRD: los fantasmas de la insurrección", *Cuadernos de Nexos*, n. 29, noviembre de 1990. Más recientemente, también en la filas del PRD proliferan los críticos, véase por ejemplo Ricardo Becerra, "Maderismo de los noventa: el PRD que no murió",

pretendió identificar con el carácter radical de la marejada democrática de la que fue producto. Pero en realidad fue alejándose de las reivindicaciones e intereses de la multitud de movimientos sociales que Cuauhtémoc Cárdenas había logrado expresar. En la inercia desatada por su política, el PRD no concebía a los movimientos sino en su aspecto electoral y por esto no tenía más objetivos que los que le permitieran revertir su aislamiento progresivo e incrementar su “competitividad” (su “oferta electoral”), precipitándose por consiguiente en un curso que de más en más deslavaría los contornos y colores de su identidad.

Es incuestionable que la dura y persistente arremetida estatal contra el PRD tuvo un peso decisivo en la evolución de este partido. Pero él mismo se colocó a la defensiva y en situación de debilidad al no anudar vínculos ni reproducir ni alimentar vasos comunicantes con los núcleos y movimientos sociales de los que en cierta medida surgió, recayendo en la misma perspectiva *autista* que perdió a la izquierda a mediados de los ochenta. En cambio, como ésta también, concentró todas sus expectativas y energías en el movedizo terreno electoral, manejado a su antojo por el régimen. Atrapado por la incontenible avalancha de elecciones y sus secuelas desgastantes, el PRD pasaba de lado ante la necesidad de evaluar su desempeño en este ámbito, caracterizado por retrocesos y frustraciones, potenciados por el fraude y la intemperancia gubernamentales en su contra.

En este camino, solamente contaban experiencias como la de San Luis Potosí, donde en 1991 se integró una extraña alianza electoral entre la extrema derecha (Partido Demócrata Mexicano), la derecha (PAN) y el PRD para sostener como candidato a gobernador al viejo dirigente anticaciquil Salvador Nava. Esta incluso fue convertida en un paradigma, tanto por el abanico de fuerzas que reunió, como sobre todo por la movilización que impuso la renuncia de Fausto Zapata, el gobernador electo fraudulentamente por el PRI.

Páginauno, Suplemento político y económico de *Unomásuno*, 27 de julio de 1992 y Arnaldo Córdova, “El PRD en el sistema político mexicano”; *Idem*, donde escribe: “El PRD no es más que un apéndice personal de su líder, que no tiene otro fin que llegar a la Presidencia de la República en 1994”.

Aunada al caso parecido de Guanajuato, donde el régimen cedió la gubernatura al PAN luego de la renuncia del candidato priista que había sido declarado electo, ambas situaciones fueron “teorizadas” incluso bajo la concepción de la “segunda vuelta electoral”, que sería la de las movilizaciones contra el insalvable fraude en los comicios. La polarización política en Michoacán, donde la elección de la gubernatura en el verano de 1992 desembocó –luego de conflictos y resistencias de los partidarios del PRD– una vez más en el retiro del gobernador priista, reforzó esta idea, a pesar de las contradicciones y los renovados mecanismos de fraude abrumador que el gobierno no dejó de perfeccionar en cada elección y que resultaban la tendencia prevaleciente.

Los localizados acuerdos electorales interesados entre el PAN y el PRD no se produjeron sin conflictos y tendieron a disminuir más que a progresar. En Durango sólo fue posible por el apoyo del PRD al candidato panista al gobierno del estado y en el balance del fracaso cada quien le cargó la culpa al contrario. Para la elecciones de la gubernatura de Taumalipas, en noviembre 1992, la alianza entre ambos partidos se hizo en torno a un viejo priista que al final de cuentas fue frenado por el gobierno cuando empezó a ser reprimida la “segunda vuelta”.¹⁵

Realmente, la curiosa e insegura alianza entre el PRD y el PAN se pudo explicar por las carencias de ambos partidos y su necesidad de remontar debilidades regionales de uno u otro. Fueron evidentes sus diferencias políticas (aparte de las ideológicas) en varias cuestiones, por ejemplo la reforma electoral. El PAN llegó en cada caso de manera reticente a los acuerdos, en cambio el PRD los tomaba como pasos hacia un acuerdo nacional y parecía querer ignorar la cada vez más clara y efectiva identidad de propósitos que se fue tejiendo entre el PAN y el gobierno. Esperaba el PRD que las contradicciones en el PAN terminaran por atraerlo al ACNADE, pues hubiera sido la única manera de oponer en 1994 un bloque de toda la oposición a las pretensiones continuistas del PRI y de Carlos Salinas.

¹⁵ Sobre los resultados conflictivos de las últimas elecciones para gobernador en 1992, véase *Proceso*, n. 836-837 correspondientes a noviembre de 1992.

Por consecuencia, a pesar de las advertencias y dificultades acrecentadas que debería enfrentar, el partido de Cuauhtémoc Cárdenas sacrificó todo con el fin de avanzar en el desarrollo de una *oposición sin adjetivos*, para parodiar a Enrique Krauze,¹⁶ es decir una oposición que no distinguía proyectos políticos ni programas, y que por ello supuestamente debería rebasar todas las fronteras partidarias y sociales. Se trató de una apuesta que en lugar de dar forma a una alternativa política novedosa confundió, contribuyó a suscitar el desconcierto y a desalentar la participación. Por lo mismo, el proyecto del PRD se transfiguró en una política sin futuro, frágil en extremo, que enfrentaría de más en más dificultades para cristalizar en el movedizo terreno escogido y para preservar una herencia político-social que si bien surgió por una coyuntura electoral, en realidad había desbordado ampliamente este medio y sus reglas todavía arbitrarias. A final de cuentas, el PRD tendría que marchar sólo hacia la fecha crucial del 94 y precisamente esa política sin contornos ni opciones claras (sin “adjetivos”, pues) sería decisiva en el fracaso de la segunda campaña presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas y en el consiguiente desplome de las esperanzas.

Un desafío extraviado

A finales de 1993 era cada vez más evidente que el PRD no había logrado colmar las expectativas que ocasionó el llamamiento de Cuauhtémoc Cárdenas a organizar el movimiento nacional por la democracia desarrollado en torno a las elecciones presidenciales de 1988. La mayoría de la izquierda mexicana incorporada a ese partido abandonó sus proyectos particulares y quedó atrapada por una situación que acentuó su desconcierto ante un presente adverso y la incertidumbre frente al porvenir. Por más que no falte quien no deja de ver en el PRD el modelo de nuevo partido resultado de la ruptura con el pasado,¹⁷ no puede ocultarse que su desarrollo significó una

¹⁶ *Por una democracia sin adjetivos*, Joaquín Mortiz-Planeta, México, 1986.

¹⁷ Por ejemplo Adolfo Gilly, quien sin embargo no deja de percibir el peligro de un “nuevo conservadurismo” que puede condicionar a los partidos, seguramente pensando en el PRD

pérdida, de del proyecto socialista que de una u otra forma alimentaron durante años las corrientes de izquierda, sin que lo hubiera reemplazado por una alternativa de fondo que respondiera a los apremios y anhelos de los sectores sociales subordinados.

Es indudable que el PRD se ha convertido en una fuerza significativa en la perspectiva del desarrollo de una suerte de régimen de partidos que tal vez pueda abrir brechas en la democracia regimentada que en México constriñe a la sociedad. Pero en lugar de articularse su organización y potenciarse su presencia durante las campañas electorales, el PRD tendió a recaer en los limitados porcentajes que había logrado la izquierda antes de 1988, al menos se alejó cada vez más de lo alcanzado por Cárdenas y el FDN.¹⁸ El fantasma del supuesto bipartidismo PRI-PAN volvió incluso a acechar en el país como a mediados de los ochenta, insuflado por la desaparición virtual de la izquierda y su reemplazo por un proyecto desgarrado y sin contornos que no logra cristalizar. La apuesta del ACNADE en el fondo benefició más al PAN, quien no ha dejado de atraer al llamado voto útil. Para nada preparó el terreno o prefiguró en ese momento la posibilidad de una coalición electoral opositora única encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas. Favoreció incluso, contradictoriamente, la alianza de ese partido con el gobierno de Salinas, si bien no dejó de desgarrarse con rupturas internas y vocaciones perdidas.

Constituido para las elecciones, el PRD se enredó sin embargo en una actitud electoral que lo atraviesa y polariza internamente. La *intransigencia* que afirmó el prestigio de Cárdenas en un medio político habituado a la "tranza" y la "negociación", acabó por fetichizarse y entrar en conflicto con distintas fracciones que en el

("América Latina, abajo y afuera", en *Los grandes cambios de nuestro tiempo: la situación internacional, América Latina y México*, t. II. *Las Américas en el horizonte del cambio*, UNAM/CNCA/Fondo de Cultura Económica, México, 1992).

¹⁸ Intentando un balance estadístico de elecciones efectuadas en catorce estados durante 1992, sin considerar las municipales de diciembre en Michoacán, Jorge Alcocer anota: "el PRI, comparado con 1991, perdió el 24 % de sus votos; el PRD logró un ligero aumento de 3.4 por ciento, mientras que el PAN incrementó su caudal, en esas catorce entidades, en 11.8 por ciento. Si al PAN se le compara con 1988 su crecimiento es de 47.9 %, mientras que PRI sólo creció en poco menos del 15 por ciento y el PRD, comparado con el FDN, perdió 61.6 por ciento de los votos" ("Salinismo y oposición, 1992", *Proceso*, n. 842, 21 de diciembre de 1992).

PRD sentían que aquella era la fuente del asedio implacable y la discriminación por parte del régimen. La posibilidad de desmembramiento partidario nunca ha dejado de estar latente, en la medida en que a la desilusión se añade la caída de la oferta de cargos esperada por el PRD.

La falta de definición del proyecto cardenista no solamente desactiva su fuerza electoral potencial y lo socava internamente. En realidad, representa la quiebra de las esperanzas que despertó Cuauhtémoc Cárdenas entre amplios sectores de la población y un nuevo desencanto masivo por la política, que no logra entereverarse con las reivindicaciones sociales ni confundirse con la participación enorme de la gente común y corriente. La lucha por la democracia, vivida masivamente en el 88 como un apremio participativo, no parece convocar a una ciudadanía plena asumida en todos los niveles y medios de la sociedad, sino más bien a nuevas burocracias profesionales que como siempre la sustituyen.

La izquierda mexicana había entrado en crisis a mediados de los ochenta en gran medida por no haber sido capaz de dar un salto cualitativo en su enraizamiento social y no persistir en su participación duradera (por encima de altibajos) en las luchas y preocupaciones de todos los días de los asalariados y demás excluidos. Su fuga electoral de entonces, producto de la frustración por el reflujo social y la desesperación de los aparatos de sobrevivir como fuera, se reproduce en forma ampliada en el PRD y, bajo el supuesto de combatir el corporativismo, simplemente abandonó toda relación con los movimientos y sectores sociales, conservando sólo vínculos clientelistas con algunos de éstos.

En lugar de convertirse en una posible solución de la crisis de la izquierda, el PRD ha sido el pretexto para que ésta se ahorrara tanto el cuestionamiento y la reflexión sobre sus trayectorias, como acerca del impacto en sus perspectivas de la caída del socialismo real y los grandes cambios mundiales de nuestro tiempo. La renuncia a programas y métodos vinculados a la perspectiva socialista representó de hecho un retroceso de más de veinte años, al dejarse subsumir la mayoría de la izquierda por el nacionalismo de la revolución mexicana, frente al cual había levantado proyectos alternativos

anticapitalistas, igualitarios y autogestivos, particularmente a partir de 1968.

No obstante, si persiste la ambigüedad que matiza muchas propuestas y actividades del PRD se debe en gran medida a la persistencia en su seno de las diversas corrientes socialistas, las que no acaban por disolverse, aunque se encuentren eclipsadas. De ahí que al menos se mantengan ciertas preocupaciones sociales y la disposición de apoyar y promover –la mayor de las veces en los recintos parlamentarios– los estallidos y luchas reivindicativas que no dejan de sucederse. De ahí también que el vínculo con la Internacional Socialista impuesto por el viejo núcleo expriísta, se desdoble con la participación del PRD en el Foro de Sao Paulo,¹⁹ aunque aquí el partido de Cuauhtémoc Cárdenas sea un contrapeso a las posiciones más progresivas.

No solamente por la presencia de varias corrientes de izquierda sino también por su actuación política en México y en diversos foros internacionales –en detrimento de muchos de sus dirigentes quienes rechazan “geometrías políticas”–, el PRD se ubica objetivamente a la *izquierda* del escenario político nacional. Pero no puede soslayarse que, por el contenido de sus propuestas y programas tanto como por sus perspectivas políticas, el PRD se delinea cada vez más como un proyecto que se abandona a una *utopía conservadora*. Por esto, tal vez, la inasible propuesta de construir un supuesto “centro-izquierda”.

Resulta difícil entender cómo fue posible que un imponente y desbordante movimiento anunciador de rupturas históricas respecto al régimen priísta, como fue el de 1988, haya desembocado en una fuga hacia el pasado, en un salto al vacío. Ni identidades secretas de las masas despertadas en la memoria colectiva,²⁰ ni afinidades

¹⁹ El Foro de Sao Paulo se convirtió en una instancia permanente de la izquierda latinoamericana luego del Primer Encuentro de movimientos y partidos realizado en julio de 1990, a iniciativa del Partido de los Trabajadores de Brasil. De 48 organizaciones que participaron entonces, se pasó a cerca de 70 miembros registrados en el III Encuentro que tuvo lugar en julio de 1992 en Managua. Sobre los participantes y resoluciones de los primeros dos encuentros se puede consultar “*América Latina frente a la reestructuración hegemónica intencional*”, *Coyuntura*, Suplemento especial, febrero de 1992

²⁰ Cfr. Gilly, *Cartas a...*, *op. cit.*

entre pretendidos jacobinos de la revolución mexicana y el socialismo,²¹ parecen fundamentar una convergencia de fuerzas políticas que acabó por traducirse en el suicidio político y organizacional de la mayoría de la izquierda. Más sencillamente, parece tratarse de una reunión de soledades y abandonos de una izquierda que se agotó en la crisis y el aislamiento creciente, en el extravío de identidades y la declinación de sus perspectivas. Pero también de un grupo de disidentes priístas lanzados a la intemperie por un proceso de movilizaciones y radicalización cuyo alcance nadie había previsto, el cual fue ahondando su ruptura política con un régimen que reaccionó de manera cada vez más furiosa e intolerante. Para todos parecía no haber otra perspectiva que apoyarse en las masas al fin puestas en movimiento, descubrir la sociedad civil y hacerse fuerte con ella. De ahí la apuesta al parecer incuestionable de construir “el partido que nace el 6 de julio”.

Pero más que en la sociedad alertada y dispuesta, el nuevo partido descansó en el prestigio y las esperanzas desmesuradas que representó Cuauhtémoc Cárdenas. Fue una apuesta y no parece que haya sido ganada por sus promotores. El 94 confirmaría todas las tendencias aquí delineadas.

Si bien no han dejado de brotar y desarrollarse en México agrupaciones, corrientes y acciones político-sociales de distinta índole, lo cierto es que en el ocaso de 1993 el país estaba ayuno de una alternativa de izquierda dedicada a preparar el nuevo milenio desde la óptica de los intereses y apremios de los asalariados y excluidos, supeditados bruscamente por el régimen de la revolución mexicana, ahora en proceso de reestructuración y modernización. Quienes deberían estar empeñados en ello, parece que se precipitaron en un laberinto indescifrable, sin salidas.

²¹ Jaime Sánchez Susarrey, “El porvenir de la izquierda en México”, *Vuelta*, n. 192, noviembre de 1992.

Bajo el signo del EZLN

La erupción inesperada

1994 inició con la rebelión indígena encabezada por el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN),¹ que apareció como un estruendoso relámpago en el sereno y resplandeciente cielo del salinismo, en el que sólo se avizoraba entonces la vía libre hacia la consagración de Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) como el artífice de un México modernizado, ventajosamente incorporado a un mundo entreverado y globalizado como nunca.² Para nada importaba que la revolución conservadora impulsada por el gobierno de Salinas hubiera acentuado la polarización social del país, que más de cuarenta millones de mexicanos hubieran sido lanzados a la

¹ La declaración de guerra, por parte del EZLN, “al ejército federal mexicano, pilar básico de la dictadura que padecemos, monopolizada por el partido en el poder y encabezada por el ejecutivo federal que hoy detenta su jefe máximo e ilegítimo, Carlos Salinas de Gortari”, desconcertó tanto como la propia rebelión, al rubricarla con el pedido “a los otros Poderes de la Nación [para que] se aboquen a restaurar la legalidad y la estabilidad de la nación deponiendo al dictador” (“Declaración de la Selva Lacandona”, *La Jornada*, 2 de enero de 1994). Sobre los aspectos militares de la rebelión zapatista y el significado de la guerra de 12 días que entablaron, véase Rubén Jiménez Ricardez, “La guerra de enero”, *Chiapas*, n. 2, 1996, pp. 21-40.

² Véase por ejemplo Telésforo Nava Vázquez, “Viento del sur: el zapatismo interpela a México”, *Coyuntura*, n. 47, abril 1944, pp.42-51. En realidad, poco a poco a poco se cayó en la cuenta de que se trataba de una sublevación largamente anunciada. Sobre ésto y las condiciones en que se gestó, véase Antonio García de León, “Prólogo” a *EZLN. Documentos y comunicados*, Ediciones Era, México, 1994, pp. 11-29. Aquí se anota: “Desde 1974, Chiapas es una región incendiada y desalojada, aun cuando durante veinte años esta pequeña guerra haya sido silenciosa y silenciada” (p. 21).

pobreza, que el desempleo se desbocara, que el campo prosiguiera su vaciamiento ante la quiebra de las ilusiones campesinas, que la economía asumiera la forma de un castillo de naipes, en extremo vulnerable ante el siempre voluble capital financiero internacional. Los partidos se habían enfrascado con el gobierno en la negociación de reformas electorales sin fin, no logrando concretar ningún camino efectivo hacia la transición democrática, pero se preparaban para las elecciones nacionales de medio año.

Los relámpagos de enero, sin embargo, echaron luz sobre las opacidades del sexenio, iluminaron las miserias, despojaron del disfraz festivo a las desigualdades, mostraron los sótanos oscuros y estrechos a los que se pretendió arrojar a la mayoría de la población.³ Vinieron lluvias suaves que luego se volvieron tempestades, inundaciones, deslaves...

Los huracanados vientos del sur desconcertaron a los poderosos, fragilizaron a un régimen ensoberbecido hasta lo indecible, minaron la prepotencia, como nunca desbordada. Todos los demonios quedaron sueltos y visibles. Guerra, crímenes políticos al interior del propio régimen, narcopoder, corrupción sin límites, represión intolerante, ruptura del monolitismo y del reinado absoluto del presidencialismo aplastante, avasallador.⁴ La fractura carece de precedentes por su profundidad y su carácter inesperado.

Todo cambió en el país, el país entero parecía sublevarse de mil maneras, despertar de un sueño ilusorio transfigurado en pesadilla. La ira contenida, los resentimientos acumulados, la parálisis y el miedo impuestos por la arrogancia y el autoritarismo sin medida, comenzaron a saltar. La sociedad se movilizó, de más en más la gente fue creyéndose ciudadana, ejerciendo por su cuenta derechos

³ La simplicidad de las demandas del EZLN, revelaban las contradicciones y flaquezas, la tremenda inconsistencia de ese México que Salinas situó pretendidamente en el quicio de la puerta del primer mundo: "trabajo, tierra, techo, alimentación, salud, educación, independencia, libertad, democracia, justicia y paz" ("Declaración...", *op. cit.*). Es interesante recuperar la propia visión que los zapatistas tenían de la situación. Véase por ejemplo Subcomandante Marcos, "La larga travesía del dolor y la esperanza", *La Jornada*, suplemento del 10 aniversario, 22 de septiembre de 1994.

⁴ Vid. un recuento en Luis Méndez y Augusto Bolívar, *En la génesis de un nuevo orden político: un corto e intenso periodo de 1º de enero al 21 de agosto*, Separata de *El cotidiano*, n. 67, enero-febrero de 1995.

a los que sólo tenía acceso restringido y bajo vigilancia, bajo sospecha. Cese al fuego, reconocimiento en los hechos al EZLN, aceptación de la justeza de demandas sociales postergadas y soslayadas, negociaciones del gobierno con los levantados en la catedral de San Cristóbal de las Casas, nuevas reformas electorales a cuentagotas, investigaciones apremiantes de los crímenes: la gente, o si se quiere la sociedad civil, forzó la mano al gobierno intocable, inaccesible. Todo cambió, pero el gobierno fue tratando de superar su desconcierto y actuó con prisa para que todo siguiera igual. El 21 de agosto consagraría esta reacción y crearía la impresión de que volvía a cambiar el sentido del viento.

El triunfalismo desmesurado y ciego con el que quiso culminar su mandato presidencial Carlos Salinas de Gortari, a través del alarde publicitario, contrastó con los apuros y tanteos del nuevo gobierno de Ernesto Zedillo Ponce de León ante el desastre económico y político, revelado de golpe por la nueva erupción decembrina del volcán mexicano. Las renovadas amenazas de guerra en Chiapas se combinarán, en efecto, con la devaluación del peso y la crisis financiera, para cimbrar y condicionar de entrada al nuevo gobierno iniciado apenas el primero de diciembre de 1994, el que quedará atrapado por la inestabilidad y la incertidumbre.⁵

Izquierda ausente

Precisamente en medio de una de las recaídas más graves en la crisis duradera del modelo económico y político mexicano resultó patente la falta de alternativas políticas de fondo. Para bien o para mal, también la oposición fue trastornada en el torbellino. El PAN y el PRD fueron cambiando de piel, arrojados a uno u otro lado por la

⁵ Sobre la crisis económica detonada en diciembre y el plan de choque de febrero y sus consecuencias, véase *Estudios económicos de la OCDE: México, 1995*, OCDE, 1996; Leopoldo Solís, *Crisis económico-financiera 1994-1995*, Fondo de Cultura Económica/El Colegio Nacional, México, 1996, cap. V; Arturo Huerta, "El plan de choque y la profundización de la crisis", *Economía Informa*, Facultad de Economía de la UNAM, n. 237, abril de 1995, pp. 37-39 y Teresa Aguirre, "Retos y paradojas de la crisis", *Economía Informa*, Facultad de Economía de la UNAM, n. 239, junio de 1995, pp. 20-25.

fuerza de los acontecimientos. Pero mientras el primero se identificó y benefició como nunca con el régimen salinista, el segundo reaccionó desordenadamente, sin lograr delinear una opción política radicalmente distinta, a la altura de las circunstancias. La fuerza y velocidad de los acontecimientos, la atmósfera de crisis y cambios acelerados, evidenciaron en particular la ausencia virtual de una izquierda capaz de hacer progresar una alternativa de fondo, en favor del trastocamiento múltiple de los esquemas de organización social, producción material, distribución de la riqueza y en general de las relaciones sociales y de poder prevaletentes.

Las ondas de choque producidas por la caída del muro de Berlín en 1989 no derruyeron a las distintas organizaciones políticas que en México se reclamaban del socialismo. Estas ya habían optado un año antes por el suicidio político, disolviéndose en la marejada que levantó inesperadamente la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas, recayendo en los mitos ideológicos revividos por él y cuyo combate había marcado el origen de aquellas, o eclipsándose por la vaciedad, el abandono y la impotencia.

Veinte años después del 68 (arranque tanto de la crisis histórica del régimen priista como del proceso de recomposición y reorganización de la izquierda y del movimiento social de masas), se había clausurado de hecho el periodo de búsqueda de una disyuntiva política autónoma ligada a los intereses de los trabajadores. Bajo el influjo del hijo del general Lázaro Cárdenas –quien retomó el viejo programa nacionalista revolucionario agotado y desechado por los priistas modernizadores–, la izquierda realizó en 1988 un primer cambio de piel y acabó por subsumirse en el nuevo cardenismo. Pero la apuesta que motivó esa transmutación fracasó, al no cristalizar ni el esperado partido de masas que no fue el Partido de la Revolución Democrática ni la alternancia del poder mediante una nueva insurrección ciudadana y la esperada derrota del PRI en la urnas en 1994, en un país donde la república democrática no había dejado de asumir la forma de una mascarada.

La izquierda no sólo se asimiló en lo fundamental al cardenismo, sino que el resto de fracciones o fragmentos cayeron en el marasmo, la dispersión y la crisis de identidad. El Partido del Trabajo (PT) no

logró actuar de manera que pudiera sacudirse el vínculo perverso con el salinismo, bajo cuyo signo nació y que durante todo el sexenio lo fue reafirmando como un nuevo partido paraestatal, revestido de una fraseología de izquierda cada vez más convenenciera.⁶ Después de dilapidar todo su acervo, el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) concluyó un largo proceso disgregador motivado por enfrentamientos internos y detonado por el arranque de la campaña presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas, dejando sólo sombras desfiguradas de un proyecto que durante varios años había logrado colocarse como la segunda fuerza de la izquierda, luego del PSUM-PMS. Muchos otros organismos se desgarraron también o concluyeron evolucionando hacia el PRD, mientras los malos de la película, los ultras de distintos pelajes, afirmaron sus reflejos autoritarios e ideológicamente lamentables.

El panorama de la izquierda a finales de los ochenta se modificó tanto que en los noventa, en pleno auge de la modernización salinista, pocos siguieron considerándose de izquierda (ya no digamos marxistas), girando de una u otra manera en torno a la generalizada lucha electoral y parlamentaria impulsada por el PRD, quien abandonó en el camino muchos de sus presupuestos ideológicos, tratando al principio de colocarse por encima de las “geometrías políticas”,⁷ para luego concluir en la perspectiva de dar forma más bien a un supuesto *centro-izquierda*, tradicional coartada de la ambigüedad. La izquierda de hecho se dislocó a sí misma, abandonando los logros políticos y experiencias organizativas que había desarrollado a partir del arranque de los setenta, cuando por fin coincidió su recomposición con el proceso de reorganización y lucha independiente del movimiento obrero y de masas (la llamada insurgencia obrera, campesina y popular), con el que pudo establecer difíciles,

⁶ No se ha escrito mucho al respecto, pero resulta muy interesante una lectura del artículo de Luis Hernández Navarro, “El Partido del Trabajo: realidad y perspectivas”, *El cotidiano*, n. 40, marzo-abril de 1991, pp. 21-28.

⁷ Véase por ejemplo el artículo de Rosa Albina Garavito (miembro destacado de la dirección nacional del PRD), “La intransigencia democrática del PRD y su modernidad”, *El cotidiano*, n. 44, noviembre-diciembre de 1991, pp. 14-17, donde escribió: “la identidad del PRD no va por una identidad de izquierda [...] la geometría política no alcanza para definir la identidad del PRD” (p. 18).

pero reales, vínculos, complejos vasos comunicantes que entonces la comenzaron a transformar y fortalecer. El régimen priista encabezado por Carlos Salinas de Gortari enfrentó una oposición cada vez más amplia, de más en más ciudadana, pero pulverizada y escéptica frente a partidos que tienden a confundirse en su pragmatismo, en su falta programas, en sus ansias de poder sin opciones políticas de fondo. En los claroscuros de la noche modernizadora, todos los gatos se volvieron efectivamente pardos y, como nunca, en México el poder se volvió absoluto.

Vientos del sur, aires de cambio

Trueno, relámpago, revuelta en el paraíso, rebelión de los olvidados, las metáforas más comunes para describir la insurrección zapatista del primero de enero de 1994 muestran el asombro generalizado, la sorpresa por lo insólito.⁸ Como se ha escrito hasta el cansancio, la irrupción estruendosa del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en la escena nacional expresó tanto el fracaso del régimen que se disponía a cosechar los éxitos de la integración modernizadora de México al primer mundo, como del PRD que pretendió representar la única alternativa posible (democrática, nacional y popular) para las clases subordinadas.

La insurrección zapatista agudizó de entrada el desconcierto del PRD y del resto de los organismos sobrevivientes de la izquierda, quienes luego trataron de aprovechar el impacto del EZLN para sus propios planes y acabaron viéndolo con desconfianza, como un intruso destinado a desplazarlos. Suscitó un debate elíptico sobre la opción militar (y la cauda de violencia) que significaba, pero principalmente reabrió la posibilidad de contemplar la política con una óptica más amplia e inclusiva de las comunidades (la sociedad civil organizada o no) y su carga de problemas, preocupaciones y

⁸ Enrique Semo compara el impacto de la rebelión del EZLN con el que tuvieron el movimiento del 68 y la insurrección ciudadana del 88. *Vid.* "El EZLN y la transición a la democracia", *Chiapas*, n. 2, 1976, p. 71.

aspiraciones, esto es no restringida a la operación de maquinarias electorales en que devinieron los partidos.

Contra la corriente y la inercia prevalecientes, los zapatistas reanudaron en la práctica con la tradición de la izquierda socialista entendida en su sentido más amplio y desburocratizado, anticapitalista y antiopresivo, reasumieron los programas igualitarios, autogestivos y libertarios reintroduciendo su discusión entre las organizaciones sociales, el movimiento ciudadano y los partidos. Replantearon la revolución como algo de actualidad y dieron un decisivo impulso a la exigencia de democratización de la vida nacional. Los zapatistas fecundaron esas concepciones de fondo con la incomparable experiencia de las tradiciones de lucha, organización y prácticas comunitarias de los indígenas de Chiapas,⁹ enriqueciéndolas dentro de una visión abierta e imaginativa, sensible a los cambios. La propia existencia del EZLN —que pasó desapercibida o ignorada— reveló abruptamente un largo y discreto proceso de reorganización e inserción social, un enraizamiento firme en las comunidades, el mismo que había sido incapaz de realizar duraderamente en la sociedad, una izquierda apremiada por obtener éxitos públicos y espacios de poder administrables.¹⁰

Asimismo, el EZLN volvió a plantear un camino hacia la izquierda, el apremio por repensar *la izquierda*, de redescubrir sus identidades sin vergüenza, de despojarse del gris subido del pragmatismo que confunde (*mimetiza*), precisamente cuando dentro y fuera del PRD las corrientes se metamorfoseaban con el pragmatismo y se desvivían por hacer olvidar su pasado izquierdista y hasta marxista,

⁹ Tiene razón Julio Moguel cuando escribe: “La mezcla ideológica que fundó las formas de ser y de pensar del nuevo zapatismo debe provenir [...] de muy diversos afluentes, pero nadie debe dudar ahora que el ‘filtro’ y la aportación efectiva de la cultura originaria y secular de los núcleos indios fue el que dio a esta confluencia de ideas su estructura uniforme actualmente definida. Allí están las vetas esenciales” (“¿Quiénes son los zapatistas? La nueva guerra indígena”, *Viento del sur*, n. 2, julio 1994, p. 31). Cfr. con el citado “Prólogo” de García de León.

¹⁰ Luis Hernández Navarro fue el primero en ofrecer algunos elementos interesantes sobre los antecedentes del EZLN en sus artículos de *La jornada*: “Chiapas: la gestación de la rebeldía” (9 de enero 1994), “Chiapas: de las atrofias a las reformas” (15 de enero de 1994) y “Chiapas: del congreso indígena a la guerra campesina”, éste último en *Perfil de La Jornada*, 25 de enero de 1994.

ensayando identidades vagas.¹¹ Los zapatistas representaron de hecho una invitación a tratar de asediar de nuevo la utopía.¹²

Para bien o para mal, la oposición democrática comenzó a vivir bajo el signo del EZLN. Pero también la sociedad civil –aquella que se movilizó durante los terremotos del 19 y 20 de septiembre de 1985, la que irrumpió tumultuosamente en plazas, calles y urnas en 1988, exigiendo por la vía de la participación directa la ciudadanía plena, sin cesar escamoteada, la que muchas veces aparece como una inasible opinión pública difuminada– se identificó en masa con las motivaciones y demandas del EZLN y percibió en ellas una opción distinta, confiable. De grado o por fuerza, todas las corrientes y organizaciones acabaron por solidarizarse primero con los zapatistas y convergir más tarde al menos en algunas de sus iniciativas. El PRD ha sido el más renuente pues resulta claro que representa un proyecto político que no sólo pierde una parte sustancial de su base social a favor del EZLN, sino que se aventura por caminos y prácticas discordantes y se le impone de hecho como una suerte de conciencia crítica.

La convocatoria del EZLN a realizar la Convención Nacional Democrática (CND) en la víspera de las elecciones generales de 1994,

¹¹ A partir de la “Declaración de la Selva Lacandona”, los zapatistas, y en especial el subcomandante Marcos, no dejaron de emitir comunicados y entrevistas que mostraron un pensamiento rico y bastante original. Véase una de las primeras recopilaciones “piratas” de documentos, entrevistas y reportajes: *La palabra de los armados de verdad y fuego*, Editorial Fuenteovejuna, México, 1994 y sobre todo la presentada por Antonio García de León, *EZLN...*, cit (el tomo 2 apareció en 1995 y parece que continuará ofreciendo nuevos volúmenes de la más completa recopilación de documentos y testimonios de los zapatistas). Tiene razón Antonio García de León cuando señala que el movimiento zapatista “aunque no plantea una ideología sistemática y completa, ni un proyecto nacional de reforma política y social definitivamente elaborado y acabado, sí ha generado un *pensamiento inspirador*, el que se ha ido proyectando como un replanteamiento de orden político y social” (“Chiapas: los saldos de un año de rebeldía”, *Perfil de La Jornada*, 2 de enero de 1995, p. IV). *Vid.* también, Luis Hernández Navarro, “Chiapas: la pluma y la espada”, *La Jornada*, 18 de diciembre de 1994.

¹² Esta reveladora expresión, plena de contenido, la retomo de Mario Payeras, “Asedio a la utopía”, en A. Anguiano, coordinador, *El socialismo en el umbral del siglo XXI*, UAM, México, 1991, p. 302, donde escribió: “Creo en el valor de la utopía como instrumento heurístico y como referencia teórica en esta hora de desplomes y necesarias recomposiciones del mundo por el que luchamos [...] es nuestro deber asediar la utopía, pensándola, construyéndola por ahora entre militantes y entre las masas como búsqueda programática y como certeza para un futuro que no puede tardar mucho”. “En este país todos sueñan. Ya llega la hora de despertar... [...] Cuando amaine La Tormenta, cuando lluvia y fuego dejen en paz otra vez la tierra, el

para dar cauce a un gran frente opositor,¹³ planteó la posibilidad de un nuevo proceso de recomposición y reorganización, de renacimiento y revitalización de la izquierda política y social. Esto es, abrió un camino que tal vez pudiera desembocar en la concreción de la alternativa política de izquierda todavía ausente. Sus antecedentes más próximos habían sido el Frente Nacional contra la Represión (FNCR) encabezado por Rosario Ibarra a fines de los setenta, a principios de los ochenta el Frente Nacional en Defensa del Salario, contra la Austeridad y la Carestía (FNDESCAC) y la Asamblea Nacional Obrera Campesina Popular (ANOCP) que para concretarse tuvieron que promoverlos prácticamente el conjunto de la izquierda política y social entonces actuante.¹⁴ El EZLN mostró en ese evento una capacidad de convocatoria inédita, atrayendo él sólo a la tradicional “clientela” de la izquierda y además a intelectuales, artistas, simples ciudadanos inorganizados, de muy disímolas procedencias. Apostó a organizar la convención nacional y potenciar la enorme influencia que había levantado desde el primero de enero, imprimiendo una lógica unitaria a las fuerzas de la sociedad civil empujadas a la movilización.¹⁵ En la euforia de la insólita concentración multitudinaria en la Selva Lacandona, el EZLN insistió en su concepción de la lucha en todos los terrenos, medios y niveles, promovió incluso la participación electoral y puso su futuro en manos de la entonces recién inaugurada CND.¹⁶ La convención surgió como

mundo ya no será mundo, sino algo mejor” (Subcomandante Insurgente Marcos, “Chiapas: el sureste en dos tiempos, una tormenta y una profecía”, *Viento del sur*, México, n. 1, abril de 1994, p. 24. *Vid. supra* los dos primeros capítulos.

¹³ Comité Clandestino revolucionario Indígena-Comandancia General del EZLN, “Segunda declaración de la Selva Lacandona”, *Viento del sur*, México, n. 2, julio de 1994, pp. 78-82.

¹⁴ Luis Hernández Navarro nos recuerda en breve algunos de sus rasgos en “*Aguascalientes: el túnel del tiempo*”, *La Jornada*, 11 de agosto de 1994.

¹⁵ Sobre la CND se puede tener una relación de las agrupaciones participantes en la convocatoria publicada en *La Jornada*, 10 de julio 1994. Algunas intervenciones y los resolutivos de las mesas de trabajo se encuentran en *Motivos del 94*, México, semanario de la revolución democrática, n. 32, 19 de agosto 1994 y en *Memoria*, Cemos, México, n. 70, septiembre de 1994. Véase igualmente las crónicas en *La Jornada* del 10 y 11 de agosto 1994. Significativas imágenes y la atmósfera reinante en la convención, se encuentran en Carlos Monsiváis, “Crónica de una Convención (que no lo fue tanto) y de un acontecimiento muy significativo”, en *EZLN...*, t. I, *op. cit.*, pp.313-323.

¹⁶ El subcomandante Marcos declaró al final de la convención, en un encuentro con los medios: “El Ejército Zapatista de Liberación Nacional ya no se manda solo. Haremos lo que mande el pueblo a través de la Convención Nacional Democrática” (*Memoria, op. cit.*, p. 19).

una atractiva y original opción civil vinculada de hecho a una opción político-militar. Pero la coyuntura electoral determinó en gran medida el contenido y los límites de la iniciativa zapatista y, sobre todo, se perdió la apuesta que en la práctica se había hecho por un cambio a través de lo que casi todos los convencionistas consideraban inminente: el triunfo electoral de Cuauhtémoc Cárdenas.

El choque con la cruda realidad del 21 de agosto de 1994, el desencanto por el fracaso de Cárdenas, las menguadas expectativas de movilización contra el fraude, precipitaron a la atonía a esas fuerzas sociales y políticas.¹⁷ El PRD quedó paralizado y la CND se mostró como un elefante blanco incapaz para actuar políticamente y movilizarse. El fardo de una izquierda desprogramada y sin alma política, aquejada de todas las deformaciones aparatistas y grupusculares —a pesar de sus intentos apresurados de cambiar de vestimenta al influjo del EZLN— vació casi de inmediato a la CND e irritó y lanzó a la desilusión al propio subcomandante Marcos, quien vio caer en la inercia desarticuladora su proyecto unitario.¹⁸

El prestigio del EZLN y su fuerza de atracción no bastaron para mudar a la CND en el embrión de una alternativa política de fondo, de la misma manera que el ascendiente y el peso de Cuauhtémoc Cárdenas tampoco fueron suficientes para derrotar al régimen priísta ni reproducir acciones capaces de desbaratar el refinado montaje oficial del 21 de agosto. Al primero le falló la inencontrable presencia política legal, mientras al segundo lo lastró un partido que lo atascó en la indefinición. Por lo demás, ni Cárdenas ni la CND se propusieron claramente, o pudieron, incitar manifestaciones

¹⁷ Cfr. Octavio Rodríguez Araujo, "EZLN, un catalizador de la sociedad y del poder en México", *Política y cultura*, n. 5, otoño de 1995, pp. 167-168.

¹⁸ En la segunda reunión en la selva del pleno de la CND, la irritación de los zapatistas la manifestó el subcomandante Marcos en un discurso extremadamente duro, donde condenó las rencillas al interior de la convención, las confusiones sobre ésta y hasta la proliferación de rumores sobre el EZLN. Ahí les dijo: "De una vez abandonen la posición de convertir la CND en un comité de solidaridad con el pueblo de Chiapas. Esto no es Centroamérica, es México" (*La Jornada*, 16 de octubre de 1994). Antes de que estallara la crisis de diciembre en Chiapas, a Marcos ya no quedaba nada de su entusiasmo de agosto: "Yo veo con mucho escepticismo la Convención Nacional Democrática. Al paso que va, no puede evitar la guerra" (*Proceso*, n. 944, 5 de diciembre de 1994, p. 19). Se volverá un tema recurrente y hasta ironizará en una posdata "Para una CND que no se decide entre pelear contra el sistema de partido de Estado o contra sí misma" (Comunicado del 15 de abril de 1995, *La Jornada*, 21 de abril de 1995).

poselectorales que prepararan una reacción más extensa, en el mediano o largo plazo. Sus iniciativas respecto a los resultados de las elecciones y luego frente al nuevo gobierno de Ernesto Zedillo se deslizaron por la vaguedad. La dejadez se impuso ante la inminencia del cambio de gobierno. Nadie pudo hacer nada para presionar hacia una salida pacífica en Chiapas. El acorralamiento de los zapatistas se apretó y Chiapas se convirtió en un polvorín, asentado en una crisis social sin precedentes.

Los tempestuosos vientos del sur acarrearón aires de cambio en la nación toda, especialmente entre las izquierdas, como es más preciso hablar de esta *gama* político-social. Pero los lastres y el sopor resultaron demasiado pesados por la quiebra de las esperanzas. Ante la pérdida de la perspectiva del poder, el PRD muy pronto comenzó a tratar de reconvertirse con el fin de volverse creíble y redefinir así su papel en un régimen que no pudo vencer. Al menos así podría acceder a espacios negociados que le ayudarían a afianzarse y renovar su futuro. Las relaciones y disputas con el EZLN se volverán más crudas, sobre todo por iniciativas zapatistas dirigidas a atraer a Cuauhtémoc Cárdenas, vistas con reticencias por el liderazgo formal del PRD, y gracias a la evolución de las relaciones de ese partido con el gobierno.

El nuevo gobierno priísta encabezado por Ernesto Zedillo Ponce de León esbozó desde su inicio una especie de armisticio con el PRD, prometiéndole un *nuevo trato* con el fin evidente de proseguir el acorralamiento de los zapatistas. Densas nubes se agolparon en el cielo presagiando tormenta en Chiapas. El subcomandante Marcos llamó entonces a Cuauhtémoc Cárdenas y la CND a que se unieran con el fin de crear un “gran movimiento amplio de oposición para reinstaurar la legalidad, la legitimidad, el orden y la soberanía nacionales”,¹⁹ una idea que se planteará una y otra vez con ciertos matices y derivaciones.

¹⁹ Véase el comunicado del la CCRI-CG del EZLN del 17 de diciembre, publicado junto con otros comunicados en el *Perfil de La Jornada*, 20 de diciembre de 1994 y la entrevista de Epigmenio Ibarra al subcomandante Marcos en el mismo diario de los días 8 y 9 de diciembre de 1994. Un punto de vista interesante sobre las razones del EZLN para romper el cerco mediante la ofensiva “Paz con justicia y libertad para los pueblos indios”, se puede encontrar el Luis Hernández Navarro, “Chiapas: primavera en invierno”, *La Jornada*, 7 de enero de 1995.

Aunque en ese momento se escuchó más su supuesto grito de guerra, como se interpretó su declaración de rechazo a la asunción de Eduardo Robledo como gobernador de Chiapas (viéndola como la ruptura de la tregua), lo más notable fue esa angustiada llamada a romper la inercia centrífuga de la izquierda y la estrechez de un movimiento social que se estrellaba en la inmediatez de sus reivindicaciones fragmentarias. Fue un grito desesperado el de Marcos, dirigido a romper el cerco militar y político (sobre todo político) que se cerraba y que colocaba al país ante el desencadenamiento cercano de la imprevisible lógica de la guerra.

El llamado de Marcos persistió en recuperar la dimensión nacional del “problema chiapaneco” y la perspectiva nacional para solucionarlo. Frente la evolución del PRD que se alejaba cada vez más de Cuauhtémoc y la parálisis de la CND, el subcomandante Marcos avizoró la posibilidad de que la confluencia Cárdenas-CND destragara esa situación, relanzando acciones que de nuevo –como en agosto– rompieran el sitio al EZLN y prepararan mejor el terreno a una alternativa política nacional. Evidentemente, el EZLN dejó de ver en Cárdenas el rival a vencer, para reconocerlo como el aliado que tal vez pudiera cohesionar la amplia base social que en los hechos comparte en cierta medida con el PRD y que éste tiende a abandonar o perder en su curso “*inclusionista*”. La CND había sido en alguna medida un intento del EZLN de atraer, organizar y ampliar buena parte del espacio político-social que venía ocupando el PRD, inclinándolo hacia la izquierda. Pero la composición heterogénea de la CND y la ausencia de opciones políticas precisas no dieron para mucho.

Los acontecimientos cambiaron la situación. La explosiva realidad de Chiapas estaba muy lejos de ser la realidad del resto del país. La burbuja electoral no pudo ocultar el temor y el desánimo social generalizados, las resistencias más bien soterradas en la larga noche de doce años de reestructuración capitalista que desarticuló sindicatos, uniones, confederaciones, asociaciones, partidos, minando así las fuerzas colectivas y la confianza de los oprimidos.²⁰ El

²⁰ Un recuento un tanto tremendista, pero documentado, de tal situación se puede ver en Luis Méndez y José Othón Quiroz, *Modernización estatal y respuesta obrera: historia de una derrota*, UAM, México, 1994.

movimiento ciudadano, si bien significativo, no ha sido sino una expresión parcial, limitada, como limitada y trunca es la propia ciudadanía en México, secuestrada por el régimen de Estado-partido que prevalece. La presencia zapatista rompió todos los esquemas y sacudió un poco las inercias desmovilizadoras. Persiste, no obstante, un régimen político minado por crímenes y corrupciones, desgastes y fuerzas disgregadoras, pero todavía capaz de imponerse de mil maneras a la sociedad.

El EZLN ha tenido la sensibilidad para reconocer los escenarios amenazantes y lanzar iniciativas que al tiempo que lo rodean de solidaridad y lo protegen socialmente, apuntan a desencadenar o hacer avanzar procesos de reorganización social independiente, así como de recuperación y reagrupamiento de los distintos componentes de la izquierda política y social desarticulada en la noche modernizadora. Este sentido tuvo la propuesta que hizo en la "Tercera Declaración de la Selva Lacandona" de integrar un frente amplio de oposición bajo la forma de un Movimiento para la Liberación Nacional.²¹ Pero esta iniciativa, como otras anteriores o posteriores, evidenciaría la contradicción en la que se encuentra atrapado el EZLN en tanto fuerza político-militar *clandestina pero pública*. En las condiciones del país, particularmente entre las franjas de la oposición de izquierda, el EZLN es, y se sabe, el único que podría vertebrar e imprimirle cierta unidad a esta vertiente político-social. Pero no podía hacerlo a través de la CND que más temprano que tarde se desgarró y anuló por sus pugnas internas y no consiguió fungir a lo sumo sino como una fuerza solidaria con los indígenas y campesinos chiapanecos, que no arribó más que a efectuar acopios de productos, caravanas y piadosos ayunos, respetables por el sacrificio personal que implicaron, pero que revelaban más impotencia y carencia de perspectivas, que imaginación o cambio de métodos políticos. Cuauhtémoc Cárdenas, por su parte, no parecía encontrar su lugar ni su oficio en la nueva situación del país y difícilmente podría supeditarse a posiciones con las que puede coincidir pero que no son las suyas. Sólo el EZLN podría impulsar con

²¹ CCRI-CG del EZLN, "Tercera Declaración de la Selva Lacandona", *La Jornada*, 2 de enero de 1995.

fuerza y legitimidad sus propias iniciativas, pero no puede llevar adelante su función cohesionadora de una nueva disyuntiva democrática de izquierda en su carácter político-militar, que choca con buena medida de su discurso político y traba cualquier posible recomposición política amplia, es decir socialmente arraigada entre los distintos sectores sociales subordinados.

Así pues, el EZLN tendrá que resolver la contradicción²² en que lo tiene atrapado la guerra latente en Chiapas, que lo reafirma como fuerza militar, y dar un salto cualitativo por medio de su transcrecimiento como fuerza política nacional.²³ En las actuales condiciones de la crisis duradera del capitalismo mexicano, no parece que sea ni con tiros ni con votos como podrá derrotarse al llamado régimen de partido de Estado. Realmente el EZLN ha alcanzado más influencia y aceptación por su acción política que por su accionar militar.²⁴ Se requieren nuevos ropajes pero también nuevos actores con prácticas e intereses distintos, hace falta que se recompongan y potencien la energía colectiva y la lucha de quienes realmente necesitan la democracia de manera vital, esto es para defenderse, para sobrevivir dignamente y con libertad.

²² El subcomandante Marcos la sintetizó de esta cruda manera: "Si nuestro movimiento no se hace nacional, va a desaparecer por inanición o por aniquilamiento. Pero este movimiento no tiene la posibilidad de encabezar un movimiento nacional, porque es armado y porque es clandestino. En la medida en que es ilegal, tiene muchas limitaciones. Por eso no nos cansamos de repetir que se necesita un movimiento nacional del que nosotros seríamos parte" (*Proceso, ib.*)

²³ Empero en la "Tercera declaración de la Selva Lacandona" se manejó con ambigüedad el papel político que se asigna para sí el EZLN, pues al convocar a la formación del MLN y a luchar "por todos los medios, en todos los niveles y en todas partes" por la democracia, no quedaba la impresión de que estuviera listo para la indispensable transformación de su naturaleza como organización. Pero su futuro y el del conjunto de la izquierda social y política en México dependen de la claridad al respecto (CCRI-CG del EZLN, "Tercera declaración...", *op. cit.*)

²⁴ Esto parece claro, aunque la verdad nunca se ha abordado con profundidad el sentido militar de la acción inicial (y algunas otras) del EZLN. A pesar de las insistencias del subcomandante Marcos sobre la excepcionalidad de lo militar, no faltarían quienes retomaran la experiencia y el éxito político del EZLN en su sentido más específico, y el cierta medida distorsionado, de lucha armada, básicamente guerrillera. La aparición del Ejército Popular Revolucionario (EPR) en 1996 manifestará la ausencia de un balance y la reaparición de mitos y esquemas doctrinarios, seguramente cargados de graves consecuencias y hasta retrocesos.

Ante el nuevo trato gubernamental

El presidente Ernesto Zedillo ha buscado aprovechar la situación de la izquierda, especialmente los realineamientos, conflictos y flaquezas del PRD, para tratar de reencauzarla. Si apenas ayer la izquierda regresó a las redes ideológicas del régimen de la revolución mexicana, así fuera bajo la versión matizada de Cuauhtémoc Cárdenas, el nuevo presidente cayó en la cuenta de que podría intentar favorecer su tránsito hacia una fuerza opositora, sí, pero leal al régimen y parte del mismo (bajo un nuevo sistema de partidos). Zedillo inició su gobierno autoexaltando su cambio de actitud hacia la oposición, de mayor flexibilidad y apertura, dirigiéndose muy particularmente al PRD, satanizado y perseguido duramente por Carlos Salinas. El nuevo trato tendría en mira concretar la reforma política "definitiva" que México necesita.

La integración del panista Antonio Lozano Gracia como Procurador General de la República fue el punto de partida de una amplia campaña publicitaria sobre la disposición presidencial de integrar un gobierno aparentemente plural, la cual fue reforzada por la incorporación de dos secretarios pretendidamente independientes (Arturo Warman y Julia Carabias), y la inclusión de una panista y un simpatizante del PRD en el gobierno del Distrito Federal. Lo mismo con el gobierno de Chiapas. El gobierno no tuvo que conceder gran cosa y a cambio ganó mucho en cuanto imagen de apertura. También, de paso, puso en evidencia la fragilidad de los partidos de oposición, apurados por dejar de serlo, sin trabas de conciencia que les estorben.

En realidad hay que reconocer que al menos se renovó el discurso. Salinas llevó a su extremo el presidencialismo aplastante, incluso bajo la forma de un Estado-partido,²⁵ sumamente ideologizado, que militó abiertamente contra los opositores, cooptándolos, negociando con ellos ventajosamente o arrinconándolos con toda la dureza del poder absoluto. El presidente Zedillo, por su parte, inauguró su sexenio tratando de despojar a su gobierno de ciertos excesos

²⁵ Véanse mis artículos "Transición política, ¿hacia dónde?", *El cotidiano*, n. 52, enero-febrero de 1993, pp. 3-9 y "Estado partido", *El Independiente*, Hermosillo, 24 de enero de 1995.

demasiado burdos e irritantes del presidencialismo, sin que pudiera empero hacer a un lado la naturaleza del régimen que ahora representa ni su lógica, por más que pretenda reformarlo para aligerarlo o transmutarlo. Por ello, tras su discurso flexible no dejan de instrumentarse las viejas y rentables prácticas que cimbran y enturbian la vida interna de los partidos, como fue la medida de llamar al gobierno a personalidades opositoras en vez de plantear a los partidos sentarse a negociar. Es como siempre el Estado-partido quien se dirige a las otras fuerzas políticas con el ánimo de socavarlas, quien trata de cooptar más que negociar, asimilar en lugar de contemporanizar.

Probablemente el propio Zedillo se sorprendió de la efectividad de su política. Su audacia acabó de despojar al PAN de su vieja autonomía y del severo carácter opositor que lo distinguían (muy menguados con su colaboración con el salinismo), desnudándolo en su apremio de incluirse en el gobierno sin atender demasiado las políticas a ejercer, esto independientemente de virajes y coexistencias posteriores. Más aún respecto al PRD, que magnificó e ideologizó hasta lo indecible su rechazo a cualquier trato con el gobierno de Salinas (lo que de ninguna manera impidió innumerables negociaciones y acuerdos de todo tipo con funcionarios de distintas jerarquías) y que ahora se deshacía en deslices y actitudes que –no sin disputas internas– querían mostrar su cambio de piel al presidente, hace poco aún cuestionado. Este apenas tuvo que entreabrir la puerta de la administración gubernamental, para que los opositores se dispusieran a franquearla precipitadamente, quienes estaban más preocupados por negociar “cuotas” (como respecto a las delegaciones del Departamento del Distrito Federal) que por la política que tendrían que poner en práctica como miembros de un gobierno priísta. Ernesto Zedillo evidenció con su nuevo trato la inconsistencia de las oposiciones, desgarradas y dispuestas a todo con tal de rascar el poder que no lograron conquistar bajo las reglas electorales vigentes y por su propia debilidad.

Ni las tremendas sacudidas de la recaída de la economía –nunca cabalmente recuperada ni saneada–, ni la revalidación por Ernesto Zedillo de la política neoliberal que montó el espejismo salinista

estallado en mil pedazos, impidieron que prosperara el clima de apaciguamiento en el país y la impresión de que el viento estaba cambiando de aire. Destacó, en este sentido, la entrevista que el presidente y su secretario de gobernación, Esteban Moctezuma, tuvieron en la residencia oficial de Los Pinos, el viernes 13 de enero, con la dirección nacional del PRD. La amplia sonrisa de Ernesto Zedillo, retratado al lado del dirigente formal del PRD, Porfirio Muñoz Ledo,²⁶ exhibe la complacencia del primero por destrabar uno de los conflictos más persistentes y violentos del pasado sexenio, el cual evidenció como ningún otro la intransigencia y prepotencia gubernamentales, costando cerca de 300 simpatizantes perredistas asesinados impunemente. El gobierno de Carlos Salinas de Gortari, es de todos sabido, persiguió, reprimió, trató de romper y copar al PRD, quien jamás aceptó que su investidura fuera legítima ni legal. Todos los espacios se le condicionaron o restringieron y –como puede entenderse– el PRD desarrolló en defensa propia una posición antigubernista que muchas veces pareció extrema y sin sentido, que a su vez facilitó a los medios y entidades oficiales y oficiosas desplegar una violenta campaña permanente en su contra.

De hecho, tal vez pocas veces haya existido una campaña tan desproporcionada como la que se llevó a cabo contra Cuauhtémoc Cárdenas, candidato presidencial y líder indiscutible del PRD, sobre todo luego que la insurrección zapatista del año nuevo proyectó su candidatura como alternativa viable a la crisis política del régimen. Ninguna encuesta le concedió la menor esperanza de salir victorioso el 21 de agosto de 1994, pero por la fuerza y magnitud de la operación rigurosamente orquestada en su contra por PAN, PRI, PT, gobierno, empresarios, medios, etcétera, parecía que en realidad todos temían una nueva e incontenible marejada que como la de 1988 cuestionara irremediablemente al Estado y al régimen todo, incluidos sus disidentes y opositores institucionalizados, votando en forma incontrolable por Cuauhtémoc, el hijo del general Lázaro Cárdenas. El cauce de las movilizaciones populares que en especial comenzó a crecer desde el mes de junio al paso de Cárdenas,

²⁶ *La Jornada*, 14 de enero de 1995.

particularmente en el centro y sureste del país, parecía abogar en este sentido.

Pero pasó lo que pasó, la marea cardenista no logró levantarse lo suficiente y las repercusiones del asesinato de Luis Donaldo Colosio (el inicial candidato priísta a la presidencia), aunadas a la sofisticada y perfeccionada maquinaria de intimidación y fraude preparada celosamente durante seis años, permitieron al Estado elegir con cierta maquinada credibilidad al último presidente priísta del milenio.

A diferencia de Salinas, Ernesto Zedillo no sólo logró el reconocimiento del PRD prácticamente desde antes de su toma de posesión, cuando se reunió con sus fracciones parlamentarias,²⁷ sino que se juntó con el pleno de su dirección nacional iniciando así un diálogo aparentemente dirigido a legitimar un nuevo trato político. El discurso del presidente Zedillo, de unidad nacional ante la emergencia acarreada por el desplome del sueño modernizador del salinismo, coincidió en los hechos con la convocatoria del PRD a concretar un consenso nacional para armonizar los intereses legítimos de los actores económicos y sociales, por más que entrara en disonancia con el llamamiento de Cuauhtémoc Cárdenas a crear un “gobierno de salvación nacional”.²⁸

Al menos por algunas semanas, la cargada atmósfera política del país se aclaró también gracias al encuentro en plena selva del secretario de gobernación con el subcomandante Marcos, que se presentó como el prelude de un nuevo diálogo gubernamental con el EZLN. Algunas de las condiciones del EZLN para entablar negociaciones coincidían con las que el PRD había fijado para arrancar el diálogo nacional con el gobierno: la solución de los conflictos electorales de Veracruz, Tabasco y Chiapas.

La firma de un *Acuerdo político nacional* en la ciudad de México por parte de todos los partidos registrados, PRI, PAN, PRD y PT, bajo la cobertura presidencial, parecía la entrada triunfal a un nuevo

²⁷ Incluso se emitió un “comunicado conjunto” (*La Jornada*, 29 de noviembre de 1995).

²⁸ Cuauhtémoc Cárdenas, “Por un gobierno de salvación nacional”, *La Jornada*, 7 de enero 1995. Ese mensaje fue muy bien visto por el EZLN que percibía que “el cardenismo [...] como ha sido evidente en los últimos días, no equivale al perredismo” (Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del EZLN, Mensaje a la Convención Nacional Democrática, 31 de enero de 1995, *La Jornada*, 3 de febrero de 1995).

periodo de relaciones políticas renovadas en vistas a la prometida reforma política "definitiva".²⁹ Nuevo trato, nuevo lenguaje democrático, nueva reforma política, año nuevo, quién se acordaba del mal trance de la economía y sus secuelas en la población, lastre pesado del ayer.

Ese proceso, ya encarrerado, solamente lo frenó la recaída en la perspectiva de la guerra en Chiapas, por el viraje que hizo el presidente Zedillo el 9 de febrero de 1995, cuando rompió la tregua y lanzó la ofensiva judicial y militar contra el EZLN. De paso echó por la borda los acuerdos unitarios con los partidos, enrareciendo una vez más la atmósfera política nacional, suscitando nuevamente el desconcierto y el temor, la desconfianza y la incertidumbre.³⁰ La sacudida despertó de nuevo a la opinión crítica del país, liberó por todas partes movilizaciones tan tumultuosas y frecuentes que otra vez detuvieron la mano represiva de un presidente, forzándolo dos meses después del 9 de febrero a un nuevo diálogo con el EZLN, ahora más espinoso, en condiciones precarias, siempre en el umbral del desastre. En todo caso, el país cayó en la cuenta de que se adentraba en zona de turbulencia, en un periodo de contradicciones, virajes y juegos de guerra, de tensiones suscitadas y avivadas por un gobierno inconsistente y frágil.

²⁹ El *Perfil de La Jornada* del 18 de enero de 1995 reprodujo los discursos del presidente Zedillo y de los dirigentes de los cuatro partidos registrados, así como el texto "Compromisos para un Acuerdo Político Nacional".

³⁰ Ese día, de hecho, el presidente viró hacia una solución militar (si bien disfrazada de judicial) echando por la borda la paciencia infinita que decía tener a fin de solucionar pacíficamente el conflicto de Chiapas. Giró órdenes de aprehensión contra los dirigentes reales o supuestos del EZLN apoyadas en miles de soldados, tanques, helicópteros y todo tipo de armas ofensivas, montó asimismo un ominoso espectáculo publicitario que prefiguró el inicio de una guerra sucia, con arrestos arbitrarios, torturas, confesiones dudosas, persecuciones y amenazas que buscaron atemorizar y distraer la atención pública respecto al desastre económico. Pero incluso el supuesto o real "desenmascaramiento" del subcomandante Marcos no tuvo más relevancia que la que le habían otorgado los medios, y a final de cuentas, pesó más y tuvo mayores consecuencias el desenmascaramiento del propio régimen y de Zedillo. Abordé brevemente esta cuestión en mi artículo "9 de febrero", *El Independiente*, Hermosillo, Son., 17 de febrero de 1995. Véanse también las notas publicadas en *Proceso*, n. 954, 13 de febrero de 1995.

Desventura del PRD, tragedia de la izquierda

Si alguien evidenció su desconcierto, su desamparo por los cambios tan abruptos en la situación nacional y el desmoronamiento repentino de acuerdos e ilusiones, ése fue el Partido de la Revolución Democrática, apremiado por encontrar su lugar. Fue muy significativo que el PRD cumpliera sus seis años de existencia (el 5 de mayo de 1995) sin celebraciones ni reuniones especiales que lo reafirmaran. Los dirigentes nacionales del PRD apenas si evocaron su vida partidaria, atrapados como estaban en una maraña de grupos y conflictos que no dejan cohesionar al partido. Parecían a la defensiva, desconcertados ante un futuro incierto.

Seis años no son muchos en la existencia de un partido político, particularmente si ha de desarrollarse en un medio sin tradiciones nacionales de organización y lucha política de grandes colectividades, en un contexto caracterizado además por la presencia avasalladora de un Estado-partido sostenido en una cultura política alejada de los parámetros democráticos, la cual por cierto se descubre hondamente arraigada en la conciencia y prácticas de una sociedad tutelada desde arriba. Pero el balance de un partido debe verse a la luz de sus propias expectativas y de los objetivos que le dieron nacimiento.³¹

El PRD pretendió ser la solución de continuidad de un novedoso y masivo movimiento ciudadano, el levantado en 1988 por la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas y la lucha contra el fraude electoral y la imposición de Carlos Salinas de Gortari como presidente de México. Era el PRD la forma orgánica, estructurada políticamente, del “partido que nace el 6 de julio” —como lo definió Cárdenas—, es decir el encauzamiento (y apresamiento) de la marea

³¹ Como lo he señalado, eran inconmensurables. Por ejemplo Adolfo Gilly se apresuró a escribir: “Nos encontramos en vísperas de un acontecimiento político cuya importancia resulta todavía difícil de medir para sus protagonistas: la sociedad mexicana se dispone a organizar un partido, ‘el partido que nació el 6 de julio’, *el primer partido ciudadano de masas que produce la moderna sociedad mexicana y que conoce la República desde la Reforma hasta nuestros días*. Ese es el sentido profundo de la convocatoria lanzada el 14 de septiembre por Cuauhtémoc Cárdenas” (Adolfo Gilly, “Partido”, *La Jornada*, 21 de septiembre de 1988. Las cursivas y las iniciales mayúsculas son del autor)

ciudadana que brotó por todas partes, a lo largo y ancho de la nación, rechazando la prepotencia inaguantable del PRI-gobierno mediante el voto por el hijo del general Cárdenas. Empero, los fenómenos político-sociales que conciernen a millones pocas veces siguen el rumbo de quienes pretenden dirigirlos o cambiar su naturaleza. Como era de esperarse, entonces, las vastas movilizaciones nacionales por la democracia en México se diluyeron a través de múltiples vertientes, su caudal amainó hasta quedar como un sedimento, que bien podría (y pudo) fructificar de innumerables formas. El PRD se armó como una *maquinaria electoral* y todas sus energías se destinaron a ejercerla y potenciarla en vistas a la siguiente elección presidencial en 1994, cuando una renovada marea recobraría para Cuauhtémoc Cárdenas la presidencia de la que fue despojado ilegalmente, derrotando al régimen priísta. Si bien México ha sido un país sin democracia efectiva, extraño a la alternancia del poder, está sin embargo plagado de elecciones de todo tipo (del municipio a la presidencia de la república) que se suceden prácticamente todo el tiempo, poniendo en tensión a todos los partidos. El PRD, en consecuencia, se invirtió a fondo en esta acción sin fin como el camino ineludible hacia el 94. Abandonó a muchos y muchos lo abandonaron enfrascados más bien en sus apremios y luchas vitales.

Descalabros, fraudes, asesinatos, hostilidades y desilusiones formaron el perfil del PRD durante los años del salinismo. La alternativa por la democracia que se intentaba en un medio político cerrado devino choque frenético con el gobierno y su partido, que no dejaron al PRD ganar los espacios que le correspondían, arrinconándolo en una lucha contra el fraude electoral, de más en más cambiante y sofisticado. En el camino, todo el tiempo a la defensiva, el PRD fue dejando de lado programas y políticas, supeditando todo a un pragmatismo ciego, despolitizador.

El PRD había resultado de la convergencia inusitada del nacionalismo revolucionario (el viejo priísmo histórico) representado en ese momento por Cuauhtémoc Cárdenas y la Corriente Democrática del PRI y la izquierda socialista dispersa en distintas y variables vertientes. La izquierda desembocó en la candidatura de Cárdenas

golpeada por una crisis política e ideológica (una verdadera *crisis de identidad*) que arrastraba desde hacía años y terminó por *subsumirse* en el neocardenismo, como una manera de subsistir al desastre. Paradójicamente, la izquierda que había surgido en lo fundamental al calor del 68 y en pugna contra los mitos y realidades de la revolución hecha gobierno, veinte años después de difícil travesía renunció a su acervo teórico-político, renegando de sus experiencias y se colgó de un proyecto exhausto y descartado por el propio régimen que lo gestó.

La izquierda mexicana se inmoló para regenerar el aliento añejo de un cardenismo que nunca ha vuelto a encontrar el sentido ni las condiciones materiales y sociales que lo posibilitaron, aunque sí nuevos ideólogos. Los hechos duros de la vida y la reestructuración capitalista lo fueron moldeando y deslavando hasta despojarlo, en la víspera de la elección del 21 de agosto de 1994, de un perfil político preciso y convincente que lo distinguiera del PRI y del PAN.³² De aquí proviene parte de la derrota de Cuauhtémoc Cárdenas y la turbación del PRD.³³ Ni uno ni otro asimilaron la caída y desde entonces cada quien deambula confusamente por su lado.

Cada vez más alejado políticamente de Cárdenas (a quien quisieran jubilar muchos) y del propio cardenismo, el PRD vive la incertidumbre del vacío, de la pérdida estrepitosa de las esperanzas y referencias tanto tiempo alimentadas, apurado por reconvertirse a fin de atrapar —ahora sí— un mejor lugar en un régimen reformado

³² Aún está por hacerse un estudio detallado de la campaña electoral para las elecciones presidenciales del 94, en particular en este caso de Cárdenas. Pero lo cierto es que en la prensa, incluso la más abierta y crítica respecto al régimen, quedó como un hecho aceptado generalmente el desvanecimiento de las fronteras partidarias y de los respectivos candidatos presidenciales. Sobre los resultados electorales, *El cotidiano* publicó un interesante número especial, el 65, noviembre 1994. Una versión oficiosa: Antonio Argüelles y Manuel Villa, *México: el voto por la democracia*, Miguel Ángel Porrúa, México, 1994.

³³ Es curioso, pero los dirigentes del PRD se inclinan más bien a inculpar (además de al fraude electoral, por supuesto) no tanto al hecho de que no lograron ofrecer una alternativa política clara, distinta a las otras, sino a un supuesto perfil violento con el que se habría revestido el partido por obra y gracia de la intransigencia democrática de Cuauhtémoc Cárdenas. El empeño de éste por priorizar las manifestaciones y mítines, las visitas a los poblados y los encuentros con comunidades y organizaciones sociales y muy particularmente su visita al subcomandante Marcos en la Selva Lacandona en plena campaña electoral, habrían desalentado a los votantes, echándolos a brazos de los panistas.

por un gobierno zedillista que tampoco cae en su carril. La presencia aún decisiva de Cuauhtémoc –cuya influencia jamás ha logrado transferirse a su partido–, así como el incómodo peso del EZLN y la posible recomposición de la izquierda política y social que la unión de ambos podría significar, han obstaculizado el cauce libre del PRD hacia la “inclusión” dentro del juego político nacional, y no dejarán de provocar desgarramientos en este partido. Su esperado Tercer Congreso Nacional, realizado a finales de agosto de 1995 en la orilla del precipicio, en medio de polarizaciones, pugnas, realineamientos y contradicciones aparentemente insalvables, optó por el armisticio interno. Mediatizó en la práctica a Cuauhtémoc Cárdenas, quien tuvo que abandonar su propuesta de gobierno de salvación nacional (y sobre todo la concepción de intransigencia democrática que la sustentaba) y validar la supuesta “transición pactada” que barre los obstáculos a la dinámica inclusionista.³⁴ Pareció un éxito del aparato partidario frente a Cuauhtémoc, quien no puede dejar de percibir su progresivo aislamiento. Podría ser sin embargo solamente un prórlogo de nuevos choques y realineamientos interiores.

Lo cierto es que Cárdenas se quedó en los hechos sin partido, se autoconfinó en la soledad en aras de una unidad nutrida de intereses aparatistas y sin opciones políticas de fondo. Parece cuestión de tiempo, pero es irremediable el cruce de caminos entre Cárdenas y el PRD, esto es su dirección nacional y las encontradas fracciones que lo pueblan. El EZLN no dejará de incidir en la práctica –incluso a pesar suyo– como una fuerza corrosiva del PRD. Será un proceso doloroso, seguramente no se dará sin rupturas y reajustes organizativos difíciles de avizorar con precisión, con ritmos o plazos imprevisibles, pero nada ni nadie parece estar en condiciones de parar la tendencia “inclusionista” del PRD, ni de desmontar la arrasante lógica del aparato electoral, cuyas necesidades se le sobreponen y lo condicionan, lo determinan y transfiguran.

³⁴ Vid. “Resolutivo del III Congreso Nacional del Partido de la Revolución Democrática sobre línea política”, *La jornada*, 31 de agosto de 1995.

Cuauhtémoc Cárdenas no encuentra su nuevo papel: efímero interlocutor político válido del EZLN,³⁵ candidato a dirigir un Movimiento Nacional de Liberación de corte zapatista, presidente de una más de las fundaciones por la democracia... Pero cada vez resulta más evidente que su indiscutible liderazgo en el PRD va siendo roído por las fracciones que se disputan el aparato partidario, las que tratan de reciclarlo para que deje de parecer “extremista”, “violento”, “intransigente”, y supuestamente obtenga así los votos que le permitan administrar algunos espacios de poder, que el presidente Zedillo cedería en aras de un nuevo trato.³⁶ Nada parece indicar que Cuauhtémoc estuviera dispuesto a cambiar de actitud y dar la lucha por recuperar su partido y renovar su liderazgo. En todo caso, las necesidades del aparato partidario acabarán de imponer su lógica implacable.

Desde su nacimiento, el PRD representó sin duda un opositor agresivo y casi siempre consecuente al régimen de partido de Estado y en especial al gobierno de Salinas. Pero de más en más se fue asemejando a los otros partidos del régimen y prácticamente extravió, en la confrontación y la tormenta, la posibilidad de forjarse como una alternativa política original y creíble, que no podía ser sino de izquierda. El PRD podrá volverse –no sin conflictos y posibles rupturas– un partido *leal* a un régimen político ampliado, aunque no plenamente democrático. De concretarse esto, sería una verdadera tragedia histórica para las fuerzas de izquierda incorporadas al PRD, quienes habrían liquidado sus organizaciones, quebrado sus vasos comunicantes con la sociedad, renegado de sus logros teóricos y políticos, renunciado a cualquier balance de los cambios mundiales de su corriente, para solamente derivar en un aparato sin proyecto

³⁵ “Por mi voz, el Comité Clandestino Revolucionario Indígena Comandancia General del EZLN declara que reconoce al ingeniero Cuauhtémoc Cárdenas como interlocutor político válido del EZLN y declara que la palabra del ingeniero Cárdenas será recibida siempre con respeto y dignidad, y analizada por nuestros compañeros en todas sus implicaciones”, tal fue lo dicho por el subcomandante Marcos durante la visita de Cuauhtémoc en Guadalupe Tepeyac, Chiapas, entonces verdadero cuartel general del EZLN (*La Jornada*, 10 de noviembre de 1994)

³⁶ Cfr. Adolfo Gilly y Rhina Roux, “La crisis estatal prolongada”, *Viento del sur*, n. 3, diciembre de 1994 (especialmente pp. 10-11).

alternativo de fondo, sin más futuro que el que le convida el propio régimen que combatió.

El fin de toda una época de la izquierda, aunque también probablemente el inicio de otra que ya se prefigura dificultosamente de cara al nuevo milenio. De otros lados y amaneceres, de otras energías y propósitos habrá que esperar una opción de veras democrática, no sólo electoral, sino autogestionaria e igualitaria, sólidamente enraizada en la sociedad y coherente consigo misma, *de izquierda*, que no se la lleve el viento.

Rompiendo el cerco

En la orilla del precipicio

1995 fue otro año difícil para México. El país parecía un barco a la deriva en medio de tormentas que se sucedían una tras otra, azotado violentamente y arrojado contra poderosas rocas que amenazaban hacerlo zozobrar. Acontecimientos en cascada desencadenaron fuerzas y procesos que no estaba claro que el Estado, ni en particular el presidente, podrían dominar. Entre ellos, principalmente, la guerra contrainsurgente en Chiapas acelerada por el viraje gubernamental del 9 de febrero (a pesar de que el presidente Ernesto Zedillo había insistido de manera reiterada en su disposición por encontrar una salida pacífica al conflicto), la caída libre del peso y un suicida paquete de rescate patrocinado por Estados Unidos, la declinación franca del conjunto del aparato productivo y la ofensiva brutal contra las condiciones de vida de la población, una reforma política que se traba todo el tiempo y, en fin, la ruptura del bloque en el poder con el enfrentamiento Zedillo-Salinas que detonó la consignación del hermano de éste, Raúl Salinas de Gortari, como presunto autor intelectual del asesinato del secretario general del PRI, José Francisco Ruiz Massieu.

La situación de emergencia en que cayó México con el derrumbe de una economía cimentada en la especulación financiera, minimizó en los hechos una guerra que desde el sureste podía sin embargo complicarla y agravarla hasta volverla ingobernable. El ejército

ocupó masivamente todos los territorios zapatistas, empujó al éxodo a las poblaciones indígenas y acorraló a los dirigentes del EZLN en lo profundo de la selva. Esta situación logró expandir el temor como una inquietante espesa capa de niebla que difumina y trastoca todo, buscando paralizar y quebrar las resistencias sociales que sustentan al EZLN. Pero igualmente quebró los diques y bordos que contenían la crisis social en Chiapas, desbordándose en rencillas y disputas de intereses de una sociedad dominada todavía por caciques y finqueros que mantienen en la miseria y el atraso a campesinos indígenas despojados de derechos y recursos que les pertenecían de siempre, pero que desde siempre perdieron por la violencia y la exclusión impuestas por poderosos y privilegiados de ayer y hoy. El sitio militar a los zapatistas no dejó de estrecharse y se reforzó con el cerco político y una guerra de propaganda rigurosamente orquestada en los medios, sobre todo electrónicos, con el fin de minimizar el alcance del conflicto y del EZLN.

Empero, el viraje del 9 de febrero trajo como respuesta el relanzamiento de movilizaciones ciudadanas a favor de la salida negociada y el rechazo a las acciones militares por parte de una opinión pública sumida en el desconcierto y la inquietud. Los partidos se dividieron y vieron cómo patinaron los acuerdos de reforma política. Zedillo tuvo que retroceder muy pronto y promovió entonces la adopción, por parte del Congreso de la Unión, de la “Ley para el Diálogo, la Conciliación y la Paz Digna en Chiapas” con el fin de dar curso y reglamentar la salida pacífica en Chiapas. Se creó así, el 14 de marzo, la Comisión de Concordia y Pacificación (Cocopa) que se aunaría a la Comisión Nacional de Intermediación (Conai) a fin de coadyuvar en las negociaciones entre el gobierno y el EZLN. Bajo amenazas gubernamentales, el diálogo se reanudó el 10 de abril en el poblado chiapaneco de San Miguel, donde acordaron las partes abrir las rondas de conversaciones de San Andrés Larráinzar (o San Andrés Sacamach’en de Los Pobres, para los indígenas). Pero éstas se realizaron siempre a la orilla del precipicio, con roces y disputas que más que resultados palpables engendraron el desaliento de la sociedad y el desgaste de los interlocutores, invocando de esta forma a la persistente pesadilla de la guerra, la

devastación y la incertidumbre. Volvieron a repetirse las declaraciones presidenciales a favor de una paz con dignidad y justicia para superar el “rezago ancestral” prevaleciente en Chiapas,¹ que no obstante se contradecían con los hechos cotidianos de una guerra contrainsurgente que no dejó de prosperar.

En San Andrés Larráinzar –bajo el riguroso asedio del ejército– se sucedieron reuniones meticulosamente planeadas y organizadas sin que se pudieran acordar siquiera las medidas protocolarias, ya no digamos los principios de la distensión, sobre las cuales andar hacia el planteamiento y resolución de los problemas de fondo que causaron la rebelión.² Como parte de la ofensiva gubernamental, se responsabilizó a la delegación zapatista de obstaculizar las negociaciones para ganar tiempo, se insinuó al EZLN que si no devenía organización legal no encontraría solución a sus demandas o que éstas (supuestamente descuidadas en aras de intereses políticos nacionales) podrían ser atendidas con premura por el Estado sin tomarlo en cuenta (se entendía que para dejarlo sin bases), lo que sin embargo no significó sino reiteradas promesas sin acciones efectivas. Asimismo, cada vez con mayor insistencia, se arguyó que el de Chiapas había dejado de ser un problema militar, dado el arrinconamiento y poca capacidad de fuego (al parecer antes sobrestimada) del EZLN, lo que no contuvo empero la expansión de la más grande máquina de guerra jamás utilizada en territorio nacional contra los propios mexicanos.

Esa nueva ofensiva gubernamental dirigida a desvirtuar y menospreciar al EZLN y la rebelión indígena armada, podía anunciar preparativos para una salida violenta, enmascarada de “acción quirúrgica” contra la dirección zapatista, supuestamente reacia a toda solución pacífica. En este sentido abogaban la desmesurada acción

¹ Vid. por ejemplo el discurso de Ernesto Zedillo ante organizaciones indígenas y campesinas en Huixtla, Chiapas, *La Jornada*, 6 de junio de 1995 y su Primer Informe de Gobierno, *La Jornada*, suplemento, 2 de septiembre de 1995, p. VII.

² Un breve balance de los diálogos de San Andrés y su contexto se puede encontrar en Luis Hernández Navarro, “Los péndulos del poder: negociaciones y conflicto en Chiapas”, *El Cotidiano*, n. 76, mayo-junio de 1996, pp. 3-19. Cfr. Luis Méndez, Miguel Ángel Romero, *Chiapas: semblanza de un conflicto. Enero 1994-febrero 1996*, Separata de *El Cotidiano*, mayo-junio de 1996, 40 pp.

contrainsurgente del ejército que no dejaba de avanzar en la selva profunda y el asfixiante cerco político-militar, social e informativo impuesto por el gobierno, aunados a la siempre recurrente recaída en la desmovilización de la sociedad. El presidente Zedillo parecía haber apostado a que el conflicto se pudriera, pero esto representaba el riesgo de caer en una fase de descomposición y aislamiento en la que la violencia difusa perdiera su perfil bajo y se generalizara en forma explosiva a todo el estado, a todos los sectores sociales, en el campo como en la ciudad, con las previsibles repercusiones nacionales e internacionales.

El EZLN rompe el cerco

En esas condiciones, ante el palmario empantanamiento del diálogo y de una sociedad crítica alerta pero movilizada sólo intermitentemente, enfrentado a la impotencia de la CND que se fue diluyendo y atacando sin poder prefigurar un frente nacional opositor, justo en medio del tercer encuentro de San Andrés Larráinzar, el 7 de junio, el EZLN retomó la iniciativa, rompiendo de nuevo el multiforme cerco gubernamental. Convocó, por medio de un comunicado del subcomandante Marcos, a una “gran consulta nacional” con el fin de atraer la atención de la sociedad y estimular de nuevo su participación, trasladando hacia ésta una parte del diálogo fallido de San Andrés, que parecía condenar a los zapatistas al desgaste y al aislamiento crecientes, a la parálisis y el abandono. Más todavía, llamó a que en todo el territorio nacional –e incluso en los países donde se ha desarrollado un movimiento solidario–, el mayor número posible de personas, independientemente de la clase a la que pertenecieran, opinaran no solamente sobre sus reivindicaciones y políticas, sino incluso en torno a la manera de “orientar [...] nuestro camino”, de delinear el destino del EZLN.³

³ Comunicado del Comité Clandestino Revolucionario Indígena, Comandancia General del EZLN (junio de 1995), *La Jornada*, 8 de junio de 1995. También se puede ver “Aclara Marcos que la consulta no es un llamado a la guerra”, Comunicado del CCRI-CG del EZLN (20 de junio de 1995), *La Jornada*, 25 de junio de 1995 y en el mismo diario de fecha 9 de agosto: “Decidirá la consulta parte de nuestro destino: Marcos”.

En realidad, desde su aparición espectacular en aquella madrugada del año nuevo, el EZLN se convirtió en un factor decisivo para la recomposición y aliento de las movilizaciones político-sociales, en torno a la solución pacífica del conflicto chiapaneco, pero cada vez más también, de manera más amplia, en oposición al llamado régimen de partido de Estado y a favor de la lucha democrática. Su originalidad y frescura políticas, su discurso imaginativo combinando las tradiciones comunitarias indígenas con la reivindicación sin pena de la izquierda, se sobrepuso en los hechos a su carácter político-militar. Sin volver a disparar un tiro (luego de la tregua del 12 de enero de 1994) y sí innumerables comunicados, gestos, actitudes, prácticas e iniciativas políticas, el EZLN se convirtió en poco tiempo en el *vertebrador* de las oposiciones políticas y sociales democráticas (y no tanto de izquierda, desplazando de más en más a un PRD (Partido de la Revolución Democrática) que se enredó en la indefinición y el aparatismo. Incluso alcanzó a amplios y dispares núcleos sociales inorganizados, suscitando un sentimiento de simpatía y solidaridad con su causa.

Las conversaciones de la catedral de San Cristóbal de las Casas, la insólita gestación en la selva de la Convención Nacional Democrática (CND), la promoción de la lucha electoral y la contención de ultras y abstencionistas, en fin el intento de dar vida a un frente amplio opositor bajo la forma de un Movimiento de Liberación Nacional (MLN), fueron iniciativas y acciones que buscaron organizar, mantener y reavivar un movimiento que parece no puede levantar el vuelo (o “levar anclas”, para recoger la imagen del navío, cara al subcomandante Marcos) y recae intermitentemente en el desconcierto, el sopor, la desorganización y la parálisis. Lastrado, por cierto, por los vicios y traumas de una vieja izquierda vieja que no ha logrado superar su *crisis de identidad*.

En este sentido, la Consulta Nacional por la Paz y la Democracia fue concebida por el EZLN precisamente bajo esa óptica, como una forma de desentumecer a la sociedad, de *motivar* la movilización y la organización político-social en torno a Chiapas y los indígenas zapatistas, por supuesto, amenazados de nuevo con la soledad y la guerra, pero también primordialmente de cara al futuro y al país

entero. Como las otras iniciativas y acciones, se trataba de que la movilización de la sociedad diera su *respaldo* expreso al EZLN y una *cobertura* frente al Estado y su ejército, de manera que se desactivara la amenaza de guerra, se presionara claramente hacia una salida negociada, hacia una paz efectivamente con justicia y dignidad. Esta ha sido la gran fuerza que ha permitido al EZLN desbaratar todas las ofensivas militares del régimen y restringir, acotar hasta cierto punto, los planes contrainsurgentes, esto es, la guerra de baja intensidad.

Pero si bien podrían entenderse las iniciativas movilizadoras del EZLN como medidas de autodefensa, de sobrevivencia, lo eran sobre todo en su significación más profunda, como medios de proyectar nacionalmente la opción y la perspectiva regionales que le dieron vida. Contra muchos de sus críticos que lo censuran por abandonar de hecho las reivindicaciones regionales, fundamentalmente indígenas, locales y regionales, el EZLN insistió en que no puede haber una solución de fondo de la problemática chiapaneca, material y político-social, si no se engarza con la perspectiva nacional, que es necesariamente política.

Por esto, en respuesta incluso al gobierno federal que no ha dejado de intentar reducir el conflicto a sus dimensiones locales, tratando de secuestrarle a los zapatistas toda posibilidad de intervención en las cuestiones nacionales, el EZLN formuló para la *consulta nacional* puras preguntas de *alcance nacional*, dirigidas a dotar de *legitimidad nacional* tanto a sus demandas (que los organizadores de la consulta llevaron de 13 a 16), como a sus propuestas político-organizativas (frente opositor, reforma política), incluyendo la posible transformación del propio EZLN en una *fuerza política nacional*.

Consulta nacional, fines nacionales

El EZLN propuso a Alianza Cívica (AC)⁴ y a la CND para organizar y promover respectivamente la consulta nacional, la cual se realizó

⁴ Alianza Cívica surgió como parte del movimiento ciudadano en lucha por la democracia y había tenido un papel muy importante en la campaña electoral del 94. Sin duda, era una de las

el 27 de agosto de 1995. En unas cuantas semanas, promovieron la consulta en ochenta países (recabando información en veinte de ellos: 60 mil participaciones), imprimieron 5 millones de volantes, más de 400 mil carteles y numerosas inserciones en periódicos. Instalaron al final 9 mil 815 mesas en todos los estados de la república, realizaron consultas (básicamente por medio de asambleas) en mil 858 comunidades indígenas, pusieron en funcionamiento alrededor de 700 centros telefónicos, 40 centros de cómputo estatales y regionales y un centro de cómputo nacional, se involucraron activamente más de 40 mil promotores y gastaron más de 4 millones de nuevos pesos, cubiertos de manera individual o por las organizaciones participantes.

Un millón 88 mil 815 personas se involucraron en la Consulta Nacional por la Paz y la Democracia, quienes manifestaron su respuesta libre a las seis preguntas formuladas por el EZLN.⁵ Además de eso, el 13 de septiembre se realizó una segunda fase de la consulta dirigida a los jóvenes de 12 a 17 años, la cual logró instalar en 23 entidades de la república (incluyendo al Distrito Federal) 870 mesas con 195 mil 886 participantes y 42 asambleas con 4 mil 274.⁶

El alcance y sentido de la consulta nacional fueron interpretados de múltiples y divergentes maneras, leyendo cada quién en ellos lo que quiso, concediéndole mucha o nula importancia. No es mi in-

organizaciones no gubernamentales (ONG) más importantes y prestigiadas a nivel nacional. Véase María Eugenia Vargas, "Alianza Cívica en las elecciones de 1994. Una reflexión", *Política y Cultura*, n. 5, otoño de 1995, pp. 175-190.

⁵ Información de diversos periódicos nacionales, principalmente *La Jornada*, 27 y 31 de agosto, 5 de septiembre de 1995. Las muy largas preguntas fueron: 1) ¿Estás de acuerdo en que las principales demandas del pueblo de México son: tierra, vivienda, trabajo, alimentación, salud, educación, cultura, información, independencia, democracia, libertad, justicia, paz, seguridad, combate a la corrupción, defensa del medio ambiente? 2) ¿Deben las distintas fuerzas democratizadoras unirse en un amplio frente ciudadano, social y político de oposición y luchar por estas 16 demandas principales? 3) ¿Los mexicanos debemos hacer una reforma política profunda que garantice la democracia? [...] 4) ¿Debe el EZLN convertirse en una fuerza política, independiente y nueva, sin unirse a otras organizaciones? 5) ¿Debe el EZLN unirse a otras organizaciones y, juntos formar una nueva organización política? 6) ¿Debe garantizarse la presencia y participación equitativa de las mujeres en todos los puestos de representación y responsabilidad en los organismos civiles y en el gobierno?

⁶ *La Jornada*, 23 de septiembre de 1995. Esta consulta no la realizó Alianza Cívica sino un comité promotor juvenil que se integró al llamado del EZLN.

tención intervenir en ello.⁷ Pero un poco más de un millón de gente es mucha gente, más en un país sin verdaderas tradiciones de organización y movilización autónomas, en extremo despolitizado por la labor de decenios de un régimen que usurpó la ciudadanía. Los obstáculos de promoción y difusión fueron colosales si se consideran las raquílicas fuerzas y recursos independientes de que se partió y del deliberado bloqueo oficial y oficioso de la mayoría de los medios, fundamentalmente radio y televisión.

En cuanto al contenido de las respuestas, parece evidente que el EZLN vio favorecido su propósito de *legitimar social y nacionalmente sus demandas*, con porcentajes favorables de entre el 97.5 y el 93.1 por ciento (preguntas 1, 3 y 6). La propuesta de organizar un frente de oposición con distintas fuerzas obtuvo 92.7 por ciento de aceptación. La cuestión que pareció más relevante, relacionada con el futuro político del EZLN se planteó confusamente, tal vez en forma deliberada, y no consiguió respuestas tan contundentes como las demás: sólo el 52.6 por ciento de los participantes aceptaron que el EZLN se transforme en una fuerza política autónoma, mientras el 48.7 por ciento quieren que lo sea acompañado de otras organizaciones.⁸ Esta última cuestión hizo la noticia central de los periódicos, interpretada de manera general como el mandato de la población participante en la consulta nacional para que el EZLN abandone las armas y se convierta en una organización política abierta, *civil*, sin enmascaramiento.

Curiosamente, la “consulta por la paz” no planteó ninguna cuestión relacionada con la solución de la guerra latente en el sureste, ni con los problemas particulares que desataron la rebelión de los indios en Chiapas. Esto fue duramente criticado al EZLN (y no sólo por los partidarios del Estado), a quien se reprocha abandonar la dimensión regional/local, incluso étnica, del conflicto, que fue precisamente la que le imprimió originalidad y proyección inusitada.

⁷ Para los argumentos de los organizadores se pueden leer en *La Jornada*: Sergio Aguayo Quezada, “La consulta, ¿éxito o fracaso?” (30 de agosto) y Octavio Rodríguez Araujo, “Interpretación de la consulta” (31 de agosto de 1995).

⁸ No fueron muy distintos los resultados de la consulta juvenil, solamente fueron más bajas las respuestas afirmativas a las preguntas sobre el futuro del EZLN: 46.73 por ciento dijo sí a la pregunta 4 y la 5 concitó el apoyo del 48.72 por ciento (*La Jornada*, 23 de septiembre de 1995).

Pero esa actitud puede explicarse por el hecho de que los zapatistas parecen convencidos de la necesidad *vital* de ligar lo regional/local con lo nacional, como única vía de impedir el aislamiento, de romper el cerco que se estrecha y que los condenaría de nuevo al silencio, a la resistencia callada, pero también a la opresión y el arbitrio despiadado (a la venganza) de caciques, finqueros y ganaderos. Las causas profundas de la rebelión en Chiapas⁹ no podrán superarse si no se trastoca radicalmente la situación material, social y política prevaleciente, lo que no sucederá naturalmente por la evolución de las fuerzas y condiciones internas del estado. Lo regional/local pasa sin remedio por lo nacional. Las demandas zapatistas específicas apenas podrán alcanzar algunas soluciones fragmentarias y temporales si marcha mejor el diálogo de San Andrés Larráinzar. Pero sus demandas fundamentales (avaladas por más de un millón de gentes en la consulta nacional) no podrán conseguirse más que en el contexto de una dura y larga travesía que involucre a fuerzas políticas y sociales de toda la nación.

La Consulta Nacional por la Paz y la Democracia logró el objetivo central que se propuso el EZLN al convocarla: *romper el cerco* que condenaba a los zapatistas al confinamiento. El EZLN, volvió a recuperar la iniciativa, logrando que nuevamente el viento comenzara a cambiar de aire. Levantó al menos una racha de viento fresco por los rumbos nublados de San Andrés Larráinzar y también en Los Pinos, posibilitando que durante la sexta ronda de conversaciones (5-10 de septiembre) se invitara al EZLN a intervenir en el llamado diálogo nacional para la reforma del Estado (ante lo que el EZLN respondió proponiendo un “Diálogo nacional independiente”¹⁰). El cambio de actitud de la Comisión de Concordia y Pacificación (Cocopa),¹¹ quien promovió ante el presidente Ernesto Zedillo

⁹ Véase el magistral ensayo de Pablo González Casanova, “Causas de la rebelión en Chiapas”, *Perfil de La Jornada*, 5 de septiembre de 1995.

¹⁰ *Vid.* Entrevista al subcomandante Marcos, “Mesa Nacional de Diálogo independiente: Marcos”, *Perfil de La Jornada*, 1 de octubre de 1995.

¹¹ Integrada en el Congreso de la Unión, por senadores y diputados de los distintos partidos políticos, la Cocopa había sufrido incluso el ataque del subcomandante Marcos por su incondicionalidad respecto al gobierno del presidente Zedillo. Su papel en San Andrés había venido siendo bastante anodino hasta la publicación de su llamamiento a “Reiniciar el diálogo para la

esa invitación para destrabar el diálogo de San Andrés, puede tomarse como otra expresión del rompimiento del cerco. No sin tensiones, se comenzarían a discutir en lo sucesivo problemas específicos en mesas de trabajo entonces acordadas, que en la práctica incluyeron cuestiones nacionales: 1) Derechos y cultura indígena, 2) Democracia y justicia, 3) Bienestar y desarrollo y 4) Derechos de la mujer en Chiapas.

Como era de esperarse, la consulta nacional motivó expectativas que rebasaron ampliamente a los participantes (a pesar de la campaña para menospreciarla) y el EZLN quedó en el ineludible compromiso de darles una respuesta. Cientos de miles de mexicanos (e incluso de ciudadanos de otros países) le propusieron expresamente transformarse en una fuerza política nacional y dar nuevos pasos hacia una paz con dignidad, que le permitieran pugnar por otros medios y unido a muchos más por un régimen democrático, justo e igualitario. Si bien el problema de las armas se excluyó claramente de la consulta, éste brotó sin remedio y en consecuencia. Es el más complicado, pues los zapatistas deben decidir en una situación desde siempre cargada de una violencia difusa y en medio de una negociación con el gobierno que no tiene para cuando desembocar en soluciones efectivas y menos aún de fondo.¹²

De cualquier manera, luego de la consulta nacional se abrió un compás de espera en el que el EZLN —si ha de devenir una fuerza

reforma del Estado: una exigencia nacional” (*La Jornada*, 24 de agosto de 1995), donde señaló que “existe vinculación estrecha y definitiva entre el Diálogo de San Andrés Larráinzar, en que el gobierno federal y el EZLN buscan una solución justa, digna y duradera al conflicto armado en Chiapas y la demanda de la sociedad mexicana asumida por los partidos políticos y reconocida por el propio presidente de la república de realizar reformas profundas a la estructura del Estado mexicano, y la democratización plena de las instituciones y métodos del régimen político vigente”.

¹² Este es un problema muy complicado y el EZLN tendrá que encontrar una vía apropiada dentro de sus mediaciones hacia su transcrecimiento político. Es imposible pensar en un desarme unilateral mientras no firme con el gobierno la esperada paz con justicia y libertad. Pero incluso con la posible llegada de ésta, lo más complicado será no sólo que el ejército se retire de Chiapas o regrese a su presencia anterior al conflicto, sino sobre todo que se desmantelen y desarmen duraderamente —bajo control y supervisión efectivos— las guardias blancas que pululan en todo el estado. De cualquier manera, a la mejor los indígenas zapatistas se verían obligados a mantenerse un tiempo —en su propia seguridad y en prevención de venganzas caciquiles— como una suerte de autodefensa campesina, tal y como ha existido en la práctica en muchas épocas y lugares del país.

política nacional, desprendiéndose de su carácter político-militar-, tendrá que asumir decisiones difíciles que podrían catalizar un proceso de organización de fuerzas sociales y políticas a nivel nacional, cuyas vías y ritmos resultan difíciles de prever.

Los nuevos caminos de la recomposición

Resulta paradójico, pero el éxito inicial de cada una de las iniciativas políticas del EZLN, dirigidas a recomponer las fuerzas democráticas y acicatear las movilizaciones sociales en torno a la guerra en Chiapas, casi siempre se desvanece más pronto que tarde, tanto a causa de los pesados lastres de sus interlocutores y sostenedores directos (con su caudal de estereotipos, querellas y protagonismos) como de los propios sectores de la sociedad sensibilizados por su combate y sus propuestas, pero sometidos al desgaste cotidiano de la incertidumbre y la crisis de la economía y la política en el país. Así sucedió con el éxito más notable y espectacular de la creación multitudinaria de la Convención Nacional Democrática en la Selva Lacandona y con su llamado, en el año nuevo del 95, a construir un frente nacional opositor bajo la forma de un Movimiento de Liberación Nacional. También, por supuesto, la propia aparición insurreccional del EZLN, las Jornadas de Paz de la Catedral de San Cristóbal de las Casas y sus distintos requerimientos a la sociedad ante los frecuentes signos ominosos de guerra, originados por el gobierno, desataron cada vez movilizaciones, reorganizaciones, realineamientos, complicidades y solidaridades dispares (y *esporádicas*) de capas muy amplias de la sociedad, que desde un inicio abrazaron sus demandas y sus razones, aun cuestionando el camino militar.¹³

¹³ Cfr. Luis Hernández Navarro, "Las alas de los ángeles", *La Jornada*, 2 de enero de 1996, donde escribe: "En el camino, el zapatismo ha podido articular iniciativas puntuales para exigir salidas pacíficas al conflicto y para dotarse de *cinturones* de solidaridad, pero no ha logrado formar coaliciones opositoras permanentes ni construir situaciones políticas eficaces más allá del ámbito chiapaneco. Ha logrado, en cambio, generar una amplia movilización social entre la juventud, al punto de ser uno de sus educadores políticos. Asimismo, ha generado una amplia red de solidaridad internacional".

En gran medida, la fragilidad de las iniciativas movilizadoras de los zapatistas proviene de la contradicción entre su naturaleza político-militar y sus prácticas esencialmente políticas. Lo he explicado antes, la inencontrable legalidad del EZLN no le permite participar en forma llana en la organización y conducción de los procesos de recomposición y movilización que no deja de provocar. Convoca, invita, exhorta, pero solamente puede organizar e intervenir directamente en terreno rebelde, resguardado pero estrecho, cuando todos sus planteamientos los hace ante la nación. *Iniciador*, aparece las más de las veces como *convidado*, incluso de piedra, como forzado espectador de sus iniciativas, las que terminan por desnaturalizarse o declinar.

El EZLN puede construir *Aguascalientes* en la selva como asombrosos centros culturales y políticos de encuentro de la sociedad, pero resulta inconcebible que intervenga por sí mismo en el levantamiento de un proyecto político a lo largo y ancho del país, donde difícilmente podrían aparecer los zapatistas a rostro descubierto. La guerra lo confirma en su carácter político-militar y lo obliga a replegarse pese a sus potencialidades civiles, en cambio la paz justa podría desatarlas y desplegarlas políticamente. Mientras la guerra se mantenga latente y la paz con justicia y dignidad no se imponga, el EZLN no podrá salir de su peculiar clandestinidad ni superar esa ambigüedad que a veces parece desactivar y desmontar todas sus iniciativas. El propio gobierno, que se cansa de insinuarle de mil maneras al EZLN que se convierta en una organización política pública, desenmascarada, debería entender esto y obrar en consecuencia.

Los zapatistas reconocen esa contradicción que los constriñe y por eso no se han cansado de lanzar propuestas *civiles*, tratando de dar con los interlocutores más confiables y seguros, pero reiteradamente aquellas echan de menos la participación clara de los zapatistas. A falta de consistencia y durabilidad del proceso movilizador, los zapatistas multiplican las iniciativas buscando de esta manera soluciones de continuidad.

La Consulta Nacional por la Paz y la Democracia, parece evidente, tuvo ese trasfondo y se presentó en cierta medida como la que

prepararía las condiciones para que el EZLN pudiera aventurarse en un proceso de *mutación* de su naturaleza y de redefinición de sus distintos métodos y formas de actuar político (o político-militares). Así podría probablemente hacer avanzar la posibilidad histórica de refundar la izquierda y procurar un salto cualitativo en la movilización y reorganización de la sociedad en contra del régimen y el neoliberalismo prevalecientes. Precisamente el 1 de enero de 1996, a dos años de su levantamiento, los zapatistas respondieron a los cientos de miles que participaron en la consulta nacional (y muchos más que no lo hicieron), a través de la “Cuarta Declaración de la Selva Lacandona”.¹⁴

Es muy claro que todas esas consideraciones que he mencionado, sabidas bien por los zapatistas, influyeron en el nuevo paso que dieron.¹⁵ Como resultado del balance que hizo de la consulta nacional,¹⁶ el EZLN lanzó y comenzó a poner en práctica desde antes del 1 de enero tres nuevas iniciativas: 1) un encuentro intercontinental en contra del neoliberalismo, 2) la formación de comités civiles como base de discusión de los grandes problemas nacionales y 3) la construcción de nuevos *Aguascalientes* en tanto lugares de reunión entre la sociedad civil y el zapatismo, como “centros de resistencia civil y pacífica que serán resguardo de la cultura mexicana y mundial”. De hecho, la nueva etapa del diálogo de San Andrés Larráizar

¹⁴ Comité Clandestino revolucionario Indígena-Comandancia General del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, “Cuarta Declaración de la Selva Lacandona”, *La Jornada*, 2 de enero de 1996.

¹⁵ Días después de emitida la “Cuarta Declaración de la Selva Lacandona”, en su regreso a San Cristóbal de las Casas con motivo del Primer Foro Nacional Indígena auspiciado por el EZLN, el subcomandante Marcos explicó: “Lo que ha sucedido es que algunas personas y organizaciones de han adjudicado el papel de voceros del EZLN, y su nombre se ha usado para otros intereses. Los compañeros ya no están dispuestos y se ha llegado al acuerdo de que se tiene [que] crear una estructura orgánica, civil y pacífica, amparada por la Ley del Diálogo *donde la palabra de los zapatistas sea dicha por los zapatistas*” (Véase la nota de Hermann Bellinghausen sobre la conferencia de prensa de Marcos, *La Jornada*, 10 de enero de 1996).

¹⁶ “Como resultado de esta consulta la legitimidad de las demandas zapatistas fue legitimada, se dio un nuevo impulso al amplio frente opositor que se encontraba estancado y se expresó claramente el deseo de ver a los zapatistas participando en la vida política civil del país. La gran participación de la sociedad civil internacional llamó la atención sobre la necesidad de construir los espacios de encuentro entre las voluntades de cambio democrático que existen en los distintos países” (CCRI-CG del EZLN, “Cuarta Declaración...”, *op. cit.* Salvo indicación en contrario, las citas que siguen corresponden a este texto).

abierta por la consulta nacional derivó en mesas de trabajo oficiales, combinadas con foros nacionales paralelos auspiciados por el EZLN conforme a los cuatro temas acordados en septiembre, de manera que desbordaron “la estrechez de la mesa de San Andrés y [el diálogo] se ubicó en su verdadero lugar: la nación”. La amplia y plural participación de comunidades indígenas, organizaciones sociales varias, organizaciones no gubernamentales, investigadores y especialistas para discutir los primeros temas, no solamente refrendó la capacidad de convocatoria del EZLN y la legitimidad de su actuar, sino que potenció y socializó el debate sobre los grandes problemas nacionales, quebrando la opacidad burocrática con la que han pretendido rodearlo los partidos y el gobierno, en el cuadro de la supuesta reforma del Estado.

Así, la “Cuarta Declaración de la Selva Lacandona” pretende darle una salida a esa nueva fase de movilización intelectual, social y política, canalizando las energías colectivas acumuladas hacia un renovado intento de desembocar en la articulación y organización de nuevas alternativas políticas “*con base en el EZLN*”. Este llama a los ciudadanos sin partido, “a todos los hombres y mujeres honestos a participar en la nueva fuerza política nacional que hoy nace: el Frente Zapatista de Liberación Nacional organización civil y pacífica, independiente y democrática, mexicana y nacional, que lucha por la democracia, la libertad y la justicia en México”. Replantea asimismo, refrendada por la consulta nacional, la propuesta de constituir simultáneamente un amplio frente opositor, el Movimiento para la Liberación Nacional,¹⁷ en el que se incorporaría el FZLN.

¹⁷ A los pocos días, en una “carta al III Encuentro por la Unidad y el Diálogo Nacional”, el subcomandante Marcos precisaría el carácter del “amplio movimiento opositor” que propone el EZLN: “El amplio movimiento opositor debe ser eso: a) Amplio, incluyente, flexible, que incorpore a organizaciones sociales, políticas, ciudadanas, pero también a ciudadanos individuales. b) Movimiento, que no repita el acartonamiento de otros esfuerzos parecidos y que no inicie con la pesada estructura burocrática con la que suelen dotarse estas aspiraciones [...] Un movimiento que se mueve en una dirección, pero por muchos caminos, con pasos diferentes, con ritmos distintos. c) De oposición no sólo al gobierno, sino al responsable de gobierno, proyecto económico, social, político y cultura, crímenes, autoritarismos y traiciones: el sistema de patido de Estado. d) De alternativa. Sin embargo, oponerse no basta, cada vez es menos suficiente y más desencantador. Es necesario ofrecer y ofrecemos una alternativa a esta pesadilla, una alternativa a la destrucción, una alternativa de Nación” (“Carta al III Encuentro por la Unidad y el Diálogo Nacional”, Acapulco, Gro., 22 de enero de 1996, *Viento del sur*, n. 6, Primavera de 1996, p. 23).

De cierta forma, la respuesta del EZLN a los participantes de la consulta nacional, que claramente le pidieron que se convirtiera en una *fuerza política*, no parece muy distinta a la que ya había dado con la formación de la CND, cuya idea original empata con la del FZLN. La diferencia se encuentra tal vez en que ya no se juega con la ambigüedad respecto a la necesidad de abandonar el carácter militar del EZLN (incluido en su propio nombre), que caracterizó sobre todo a la “Tercera Declaración de la Selva Lacandona”, y manifiesta claramente que “con la unidad organizada de los zapatistas civiles y los combatientes zapatistas en el Frente Zapatista de Liberación Nacional, la lucha iniciada el 1o. de enero de 1994 entrará en una nueva etapa. El EZLN no desaparece, pero su esfuerzo más importante irá por la lucha política. En su tiempo y condiciones, el EZLN participará directamente en la formación del Frente Zapatista de Liberación Nacional”.¹⁸

También se enuncia la configuración en México de “dos proyectos de nación completamente distintos y contradictorios”,¹⁹ que precisamente apremian la formulación de alternativas distintas a las contempladas por los partidos políticos. La lucha por la democracia, la libertad y la justicia, concebida como una lucha por la “liberación nacional”, apoyada en los 13 puntos de la primera “Declaración de la Selva Lacandona”,²⁰ deberá posibilitar la creación de una

¹⁸ Más tarde el subcomandante Marcos precisó: “dependiendo del resultado que tenga esa fuerza política, el Ejército Zapatista podrá, en la medida en que el conflicto se resolviera, contemplar su cambio paulatino a la vida política del país” (vid. la citada conferencia de prensa del subcomandante Marcos en *La Jornada*, 10 de enero de 1996).

¹⁹ “Por un lado, un proyecto que implica la destrucción total de la nación mexicana; la negación de su historia; la entrega de su soberanía; la traición y el crimen como valores supremos; la hipocresía y el engaño como método de gobierno; la desestabilización y la inseguridad como programa nacional, y la represión y la intolerancia como plan de desarrollo. Este proyecto encuentra en el PRI su cara criminal y en el PAN su mascarada democrática. Por otro lado, el proyecto de la transición a la democracia, no una transición pactada con el poder que simule un cambio para que todo siga igual, sino la transición a la democracia como el proyecto de reconstrucción del país; la defensa de la soberanía nacional; la justicia y la esperanza como anhelos; la verdad y el mandar obedeciendo como guía de jefatura; la estabilidad y la seguridad que dan la democracia y la libertad; el diálogo, la tolerancia y la inclusión como nueva forma de hacer política. Este proyecto está por hacerse y corresponderá, no ha una fuerza política hegemónica o a la genialidad de un individuo, sino a un amplio movimiento opositor que recoja los sentimientos de la nación” (“Cuarta Declaración...”, *op. cit.*).

²⁰ No se mencionan los otros tres incluidos en la consulta nacional: defensa del medio ambiente, seguridad y combate a la corrupción.

fuerza política que permita formular y construir un proyecto de país distinto, con un nuevo Constituyente y una nueva Constitución.

Lo que causó cierta ofuscación y un arranque de debate un tanto esquemático y polarizado, particularmente entre voceros de los partidos y algunos simpatizantes del EZLN, fue la declinación de la lucha por el poder por parte del FZLN. Este se propone como “una fuerza política cuyos integrantes no desempeñen ni aspiren a desempeñar cargos de elección popular o puestos gubernamentales en cualquiera de sus niveles”, como “una fuerza política que no aspire a la toma del poder” ni que “sea un partido político”. Se esboza, más bien, como una suerte de fuerza política “que pueda organizar la solución de los problemas colectivos aún sin la intervención de los partidos políticos y del gobierno”. Concluye tajantemente que “la función de gobierno es prerrogativa de la sociedad y es su derecho ejercer esa función”. Los debates al respecto, vendrán sin duda, pero lo cierto es que la posición de los zapatistas recoge un amplio sentimiento de desencanto por la manera como se conducen los partidos. En particular, esa decisión de rehusarse a pugnar por cargos electivos manifiesta también la crisis de los partidos políticos y no sólo de un régimen que no acaba por abrir las compuertas a la libre participación.²¹

En realidad, en la “Cuarta Declaración de la Selva Lacandona” se explican y se sugieren pocas cuestiones que no hayan sido enunciadas anteriormente por el EZLN. La novedad está en ciertos énfasis y en las condiciones que al parecer pudieran resultar más propicias. Sobre todo, a pesar de altibajos e inconsistencias, el camino andado ha ido dejando huellas y simientes en la sociedad. Dos años vividos con una intensidad histórica sin precedentes, que en su persistencia han sacudido y cambiado de más en más a la sociedad, a pesar de

²¹ Me parece que la manera como arrancó el debate resulta falseada por la situación incierta de un proceso democrático que no logra desatarse, pues se encuentra enturbiado por formas corporativas y autoritarias. La evolución de todos los partidos –aunque difícilmente se puede considerar tal al PRI– hacia aparatos o maquinarias sin vida, alimentados por fondos públicos que los autonomizan de sus miembros y manejados por burocracias profesionales cada vez más ajenas a las bases y a la sociedad, explica en parte el rechazo tanto a los partidos y la organización partidaria, como a los procesos electorales. Aparecen sin remedio como fuente de cooptación, de corrupción, de distorsión en suma de las luchas y demandas sociales y ciudadanas.

dificultades acrecentadas para la resistencia social y la movilización, de las consecuencias de la guerra de baja intensidad en Chiapas y de las frecuentes recaídas en el desconcierto y la incertidumbre. No es poco lo que ha progresado ésta en el abandono del letargo disgregador en el que la atrapó el régimen priísta, inventando y desarrollando —muchas veces estimulada por un EZLN obsesionado por dismantelar la lógica de la guerra que lo acorralla— novedosas y variadas formas autónomas de actuación, de defensa y solidaridad, recobrando así al menos circunstancialmente algunas de sus energías colectivas y su creatividad. La sociedad se vuelve cada vez más ciudadana y participativa, desconfiada de los aparatos partidarios y una visión anquilosada (burocratizada) de la política, siempre excluyente y sustitucionista, vertical como desde siempre. Aunque la recaída en otra fase abierta de la crisis económica está golpeando y disgregando a la población trabajadora, no dejan de brotar aquí y allá resistencias y acciones que muestran el límite al que está llegando la irritación contenida de trabajadores, campesinos, colonos, desempleados, jóvenes, intelectuales..., contagiados por lo demás por el coraje y decisión de los indios que desde la madrugada del año nuevo de 1994 decidieron cambiar el mundo.

El nuevo periodo de la izquierda mexicana que de hecho comenzó a abrirse brecha —no sin conflictos, contradicciones y realineamientos— desde la irrupción de los zapatistas en la vida nacional, podría consolidarse si esta vez prospera en particular la iniciativa de dar forma al Frente Zapatista de Liberación Nacional y comienza la indispensable mutación política del EZLN. Se carga con el fracaso de la CND y las inercias que perdieron a ésta pueden aún prevalecer. De los tiempos y ritmos, así como de las modalidades, que le imprima el EZLN a su transformación, dependerán las posibilidades efectivas de consolidación del proyecto. Estarán sometidos, sin embargo, a la suerte de las negociaciones y de la paz en Chiapas. Sería por lo demás la única posibilidad de que el EZLN se invirtiera a fondo y abiertamente en la construcción duradera, con raíces extensas en el México profundo, de la alternativa de izquierda democrática, autónoma e igualitaria, que ya lleva su nombre, pero que todavía no se avista en el horizonte.

Ni el EZLN ni nadie podrá seguir siendo lo mismo en el México que se precipita al umbral del siglo veinte, a riesgo de dar solamente un nuevo salto en el vacío. En especial, la recomposición de fondo de las distintas fuerzas sociales y políticas, así como las resistencias profundas, que no ha dejado de suscitarse, sólo podrán favorecerse y *decantarse* sobre la base de una verdadera revolución de las ideas, las que necesitan recuperar su relevancia, debatiendo y desechando formulaciones simplistas y esquemáticas y sobre todo refutando pragmatismos y “politicismos” de la llamada “*política profesional*”, supuestamente *realista*, que han sumido en la crisis y la falta de credibilidad a los partidos políticos. Al opaco gris de la noche de los gatos pardos, de partidos indiferenciados y sin perfil político preciso, sin programas ni referencias sociales precisas, tendrá que sobreponerse el arcoiris de la creatividad de las experiencias colectivas y comunitarias, del florecimiento de las ideas de un socialismo abierto al nuevo milenio. Sobre todo, para que “construir una organización de nuevo tipo” no sea solamente una frase gastada, tendrá que realizarse a través de un proceso social, organizativo y político que coadyuve al surgimiento de una cultura política crítica de carácter social (de masas, se diría antaño), sana y abierta, que rompa en los hechos (y no reproduzca de manera desfigurada) las relaciones y prácticas que condenaron a todos los proyectos de izquierda (comprendido aquí el PRD) a reproducir en su seno los rasgos y la mecánica del régimen priísta.

En fin, parece que, al menos, se entra en México en un periodo en que vuelve a plantearse como una *posibilidad objetiva* la construcción de una alternativa de fondo –y por lo mismo socialmente arraigada– al régimen priísta y al neoliberalismo. Entonces se estaría rompiendo el cerco político, social, económico, racial, ecológico, cultural e incluso en ciertos lugares militar, que el Estado mexicano y el régimen político priísta tendieron desde hace años a la sociedad. Sobre la incertidumbre y la desilusión que impusieron en forma duradera, estaría levantándose de nuevo la esperanza.

Una izquierda para el siglo veintiuno¹

A manera de conclusión

En el umbral del siglo veintiuno el socialismo aparece despeñándose por una crisis decisiva y sin retorno. El capitalismo en cambio mantendría su marcha arrolladora por el planeta, rompiendo las barreras y diques que el socialismo habría erigido para detenerlo. Más aún, las poblaciones que habían podido sustraerse de su influencia con la intención de construir sociedades y regímenes alternativos, estarían ahora tratando de recuperar el tiempo perdido: abriendo mercados, transformando economías y relaciones, desmantelando Estados y gobiernos, adecuando sus culturas y tradiciones con el fin de parecerse a los países capitalistas y lograr un espacio en el mercado mundial. Al menos esa es la imagen que predomina por el colapso estrepitoso de los regímenes autoritarios de la Unión Soviética y de Europa del Este.

No deja de llamar la atención que el fracaso del socialismo real y la caída del muro de Berlín se hayan producido por la irrupción de las masas, por la sublevación de pueblos enteros, quienes supuestamente eran sus beneficiarios. Más todavía, sorprende que las revoluciones antiburocráticas de 1989 hayan desembocado en una “fuga

¹ Reproduzco aquí en forma modificada la Introducción que escribí al libro colectivo *El socialismo en el umbral del siglo XXI*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1991. Las referencias que realizo corresponden a trabajos publicados en esa compilación.

nostálgica hacia un capitalismo en crisis”, como escribe Enrique Semo.²

La crisis del socialismo resulta entonces evidente e incuestionable. No se reduce al derrumbe de los regimenes burocráticos y autoritarios que se construyeron con el ropaje socialista a pesar de que contradecían muchos de sus principios motores. Las ondas de esa caída arrastraron también a buena parte de los partidos comunistas identificados con ellos y hoy atrapados por el desconcierto y la incertidumbre, e incluso no han dejado de cimbrar a una socialdemocracia arruinada por la pérdida de sus propias identidades y la acrecentada y envolvente fuerza del neoliberalismo y el mercado. La izquierda toda, como alternativa histórica al conservadurismo capitalista, ha entrado en crisis de identidad y por todas partes se desgarrar y se pierde en laberintos sin salidas.

En realidad, cualquiera que sea la interpretación que se haga de la crisis del socialismo y de sus alcances y contenidos, nadie puede negar que en el mundo se ha expandido su desprestigio y falta de credibilidad. Nadie escapa de esta caída, ni siquiera quienes surgieron y se desarrollaron en lucha contra la falsificación que representaban los regimenes burocráticos hoy en desgracia. Esto cobra mayor relevancia incluso cuando se ve en el socialismo una “cultura de la modernidad”, como lo destaca Goran Therborn,³ con su “idea de un futuro abierto, innovador, por construirse”. Las implicaciones políticas y teóricas de esta situación son enormes y han permitido que gane fuerza a su vez la idea de *crisis del marxismo*, que mal que bien sustentaba a la mayoría de las corrientes de la izquierda socialista.

El desplome de la Unión Soviética y los países del Este significa una derrota del socialismo y el marxismo, pues arrastra consigo al sueño igualitario y autogestionario en pos del cual se realizaron la revolución de octubre de 1917 en Rusia y las demás revoluciones y luchas político-sociales de los trabajadores contra del capitalismo y el imperialismo en los distintos rincones del planeta. Los desheredados cayeron masivamente en el escepticismo y la apatía y las

² “Umbral de una época”.

³ “Vida y tiempos del socialismo: esbozo de un retrato histórico”.

organizaciones de izquierda en la ofuscación y la perplejidad. Peor todavía, la descomposición de los regímenes autoritarios del llamado socialismo real –en el cambiante y contradictorio contexto mundial– parece revivir y potenciar todos los fantasmas antiglobalistas y excluyentes que en diversos momentos asolaron la Tierra: odios religiosos y étnicos, nacionalismos exaltados, racismo, guerra, así como la explotación y opresión capitalistas que no cesan nunca.

Mientras las sociedades y regímenes pretendidamente poscapitalistas se desintegran y descomponen en medio del caos, aun como Estados-nación, el capitalismo refuerza su hegemonía y hace gala de su prepotencia bárbara, imponiendo impunemente invasiones como la de Estados Unidos en Panamá y guerras despiadadas como la del Golfo Pérsico (apadrinada por la Organización de las Naciones Unidas), que representan auténticas masacres contra pueblos enteros. La ONU consagró de este modo el nuevo derecho de injerencia imperial, base de un nuevo orden.

El *nuevo orden internacional* que en los hechos se está reorganizando nuevamente bajo la conducción de Estados Unidos (a pesar de su debilitamiento objetivo y la pérdida de competitividad de su economía), avanza sin más equilibrios y planes que los de las grandes empresas mundializadas y las nuevas potencias de los países de un Norte que amenaza con exclusiones y desigualdades a un Sur de más en más empobrecido, en abandono. La declinación y desaparición del bloque soviético, en efecto, está cambiando aceleradamente la relación de fuerzas entre las clases y las naciones, suscitando la recomposición de nuevas hegemonías imperiales. Aunque el mundo del trabajo no ha dejado de crecer y reforzarse material y socialmente y los pueblos de las naciones oprimidas prosiguen sublevándose contra la dominación del imperialismo y el neocolonialismo, éstos se reafirman cada vez más claramente destruyendo incluso los sueños liberadores e igualitarios. A nombre de la justicia y la democracia, en Oriente como en Occidente, las clases y capas sociales privilegiadas de distinto signo están rehaciendo la trama de nuevas dominaciones y explotaciones, no exentas de despotismo e intolerancia. Por entre la espesa niebla ideológica que cubre la atmósfera del planeta, no deja de percibirse sin embargo el “signo de clase de

la acumulación”, como afirma Pablo González Casanova,⁴ que es como siempre la que está en la base de los profundos procesos de reestructuración productiva a nivel mundial.

El socialismo aparece derrotado además porque los países organizados en su nombre perdieron la batalla de la productividad del trabajo y erigieron sistemas que en lugar de prefigurar el futuro de la sociedad sin clases prevista por Marx y el marxismo, ni siquiera se aproximaron al capitalismo avanzado. Más bien, como escribe Robert Brenner,⁵ se parecían a “una sociedad del antiguo régimen basada en una mezcla de coerción y corrupción”. La irracionalidad económica del sistema burocrático, que logró sorprender al mundo durante varias décadas con adelantos inusitados en el terreno material y social, terminó por fastidiar a las sociedades, más aún cuando engranaba perfectamente con el autoritarismo absorbente, los privilegios de algunos y la desigualdad y la carencia de libertades de todos los demás.

Las secuelas del naufragio del bloque soviético dificultan el avance de propuestas de organización de la producción y la vida económico-social que durante años el marxismo y núcleos destacados de los trabajadores de distintos países reflexionaron y ensayaron incluso como alternativas colectivas al despotismo y la explotación característicos del capitalismo. El papel distinto del mercado y del dinero, de la planificación y la socialización, de la participación colectiva y la democracia de masas, de la productividad y el valor, del excedente y la acumulación no capitalistas, etcétera, ahora aparecen como maldiciones, mientras se generalizan las reestructuraciones neoliberales y las políticas estabilizadoras que han asolado a los trabajadores de todos los capitalismos, prósperos o atrasados, occidentales o tercermundistas, del Norte o del Sur. En los otrora países “socialistas”, en su carrera por asemejarse a los países capitalistas, como escribe Robin Blackburn,⁶ “con frecuencia [se] ha actuado para obtener lo peor de ambos mundos”, lo que además de tener consecuencias políticas de fondo, está cargado de implicaciones

⁴ “El socialismo como alternativa global: una perspectiva del Sur”.

⁵ “Raíces de la crisis y naturaleza de la transición actual en Europa del Este y la URSS”.

⁶ “Las perspectivas del socialismo después de la caída”.

teóricas y alienta mayores desilusiones y futuros escepticismos entre los de abajo.

Lo mismo sucede en el terreno de la política y la participación y organización de la sociedad. El proyecto socialista implicaba antes que nada una profunda democratización de arriba abajo hasta en el último resquicio de la sociedad y del poder, en todos los niveles y esferas, como sustento vital de la organización social y las relaciones sociales igualitarias. El Estado comenzaría a extinguirse desde el momento mismo en que el proletariado se constituyera en Estado, por obra y gracia del despliegue ilimitado de la autogestión y consiguientemente de nuevas relaciones político-sociales. Y aunque sólo en las variantes stalinistas el socialismo se consideró posible en un sólo país, cercado incluso por un capitalismo floreciente, terminó por dejarse en el olvido la idea de un periodo de transición del capitalismo al socialismo en términos históricos y planetarios. Las peores monstruosidades burocráticas, verticalistas, excluyentes, inequitativas, antidemocráticas y hasta criminales se impusieron y legitimaron —con la complicidad del llamado movimiento comunista internacional (los partidos comunistas y otras corrientes pretendidamente críticas)— en aras de la construcción de socialismos que de más en más se volvieron lamentables caricaturas grotescas del original proyecto socialista igualitario y autogestionario.

Aquí también la crisis del socialismo, y no solamente de los regímenes burocráticos, se expresa en la pérdida de credibilidad de la democracia autogestionaria de los trabajadores que propugna y en el sorprendentemente generalizado auge de la democracia capitalista, no obstante que ésta sufre su propia prolongada crisis, a través del declive y marasmo de los regímenes políticos más diversos: socialdemócratas, conservadores, populistas y neoliberales.

Pero tal vez lo que más se ha deteriorado en el socialismo y agudiza la crisis del marxismo como teoría y como práctica, como lucha solidaria, es la explosión de la diáspora de los nacionalismos que no solamente desintegra mediante su fuerza centrífuga a la mayoría de los Estados del antiguo bloque soviético, sino que nulifican el internacionalismo y la solidaridad de clase de los trabajadores, en un mundo como nunca internacionalizado e integrado, mundializado.

Resulta paradójico que cuando más se han desarrollado mundialmente las fuerzas materiales y sociales que el marxismo concibió como la condición para la superación del capitalismo, cuando las fronteras del sistema de Estados-nación que el capitalismo trajo consigo se vuelven porosas y permeables, renazcan y entren en auge nuevos nacionalismos excluyentes y particularistas, verdaderos fundamentalismos que enfrentan y desgarran a los pueblos, lanzados a la deriva y la sobrevivencia penosa de pretendidos Estados sin porvenir. La cauda de fanatismos, intolerancias y odios que dejan por todas partes los nacionalismos de fin de milenio destrozan las solidaridades entre los de abajo y el internacionalismo en aras de proyectos de micro Estados autoritarios y excluyentes, intolerantes y opresivos. Las guerras al interior de Estados-nación convulsionados como la vieja Yugoslavia heredada por Tito y los ancestrales racismos y fundamentalismos religiosos ahora desatados por doquier, amenazan con incendios en cuyas cenizas difícilmente se podrán reconstruir nuevas sociedades preñadas de democracia, solidaridad e igualitarismo. El horizonte parece al contrario la regresión a los más oscuros azotes de la humanidad, a la intolerancia, al atraso, la soledad y la desventura.

Por todas partes los nacionalismos prosperan a contrapelo de la historia, fragmentando un mundo unificado como nunca. Cuando se ha producido la posibilidad objetiva de impulsar, como en ninguna otra ocasión, los proyectos de internacionalización y organización de las resistencias y luchas de los trabajadores y sociedades contra un capitalismo cada vez más en contradicción con su propia dinámica de mundialización y de socialización de las fuerzas productivas, los nacionalismos se levantan mirando hacia el pasado y anclan a los pueblos en utopías reaccionarias. El nuevo orden mundial del capitalismo y el imperialismo no puede superarse ni ponerse en entredicho más que a condición de estructurar una alternativa que vaya hacia delante, en el sentido de la historia, del futuro.

El desconcierto y la desesperanza, cuando no el cinismo y el pragmatismo, cunden entre las sociedades y los partidos de izquierda socialista ante esos fenómenos que develaron falsificaciones y destrozaron utopías. La abjuración y el abandono parecen generalizarse

en la huida desordenada frente a un capitalismo que como nunca avizora su carácter universal, quebrados los diques que lo contenían y a veces lo obligaban a replegarse. Esta situación se refuerza por la dinámica de los propios acontecimientos que –aunque pueda resultar extraño por el generalizado estruendo de las fanfarrias democráticas y pluralistas– hacen progresar la intolerancia contra quienes abrazan aún la esperanza anticapitalista, socialista, y se nutren en el marxismo, lanzados cada vez más a la zanja de los discriminados, despreciados y apestados, aunque no refutados.

Nada autoriza, sin embargo, a pensar que la universalización del mercado y las democracias capitalistas resolverá los problemas y necesidades que están en la base de las contradicciones y el colapso de los países del ex bloque soviético. Al contrario, existen ya muchas señales y signos del malestar e incertidumbre (incluso desilusión) en las “democracias emergentes” (también conocidas como las nuevas democracias de mercado) que se entregaron sin condiciones al mercado, sin que éste satisfaga sus expectativas y en cambio acelere y ahonde todas las contradicciones, carencias y desigualdades. El propio occidente capitalista ha empezado a reaccionar con cautela y reticencia ante los apremios del oriente desesperado. Lo más que parece prefigurarse es una nueva camada de naciones subdesarrolladas sometidas a los mismos mecanismos de coacción y explotación –nacionales y clasistas– que los ya viejos capitalismo atrasados del tercer mundo.

En verdad, a pesar de los ideólogos exultantes del neoliberalismo y de las creencias de antiguos socialistas (y partidos) ganados por él, la historia no ha llegado a su fin. El neoliberalismo topa con sus límites y comienza a erosionarse ante una crisis capitalista prolongada que genera nuevas y más duras contradicciones y desigualdades. El capitalismo no desemboca en el capitalismo ni el socialismo marxista representa una más de las utopías ilusorias desechadas por la historia. Pues, como dice Mario Payeras,⁷ “ninguna de las contradicciones del mundo contemporáneo –las que llaman a luchar, a rebelarse– han sido abolidas”. Menos aún ha sido desmantelada –a pesar de profetas que decretaron su muerte hace tiempo– la

⁷ “Asedio a la utopía”.

clase obrera mundial (el mundo del trabajo asalariado) que sigue conteniendo en sí un potencial anticapitalista desactivado pero real, y temible para el capital y las burocracias reconvertidas en nuevos grupos dominantes. Al contrario, por todas partes surgen y proliferan núcleos sociales, étnicos o culturales que se suman a la resistencia contra todas las opresiones y la exclusión. Como antes y como jamás en la historia, el capitalismo mundial y el sistema de Estados-nación que produjo, contienen en su seno las contradicciones y las fuerzas sociales capaces de sepultarlo.

La modernidad de la que el marxismo y el socialismo son hijos y responsables no ha sido desbancada por la posmodernidad con su negación del futuro como algo “por el que vale la pena esforzarse” (Therborn). El capitalismo no solamente no ha conseguido superar las contradicciones, desequilibrios, disparidades y exclusiones que acarrea sin remedio, sino que cada vez más representa una amenaza no sólo para la civilización, sino incluso para el planeta, colocado ya en el umbral del desastre ecológico. Tal vez parezca una ilusión y hasta un asidero dogmático para las mentes pragmáticas renuentes a los programas, pero a finales del milenio han madurado las condiciones que vuelven insoslayable el dilema planteado hace muchos años por Rosa Luxemburgo: *socialismo o barbarie*.

No son las “libres” fuerzas del mercado manejadas por unos cuantos conglomerados capitalistas de carácter mundial ni los gobiernos del Norte superdesarrollado encabezados por el de Estados Unidos –todos ellos en encarnizada competencia– quienes expulsarán de la Tierra las guerras, el racismo, los odios étnicos y religiosos, la discriminación, las opresiones de distinto signo, la explotación desmedida, el saqueo y la degradación ecológica, las enfermedades de la miseria o plagas como el Sida. Solamente las energías colectivas de los excluidos de todas las latitudes, recompuestas con sus fraternidades y solidaridades, con sus formas multifacéticas de organización y decisión, podrán actuar de manera que internacionalmente constituyan un contrapeso verdadero al desenfreno capitalista.

“Todo sufrirá conmociones profundas”, concluye Sergio de la Peña.⁸ Y en efecto, sólo con una gran convulsión autocrítica podrán

⁸ “La crisis del socialismo real y la parálisis de la izquierda”.

el socialismo y el marxismo, la izquierda realmente radical, asimilar la crisis de fondo en que han caído. Desde muy temprano, Marx llegó a la conclusión de que había que realizar “una crítica despiadada de todo lo existente, despiadada en el sentido de que la crítica no retrocederá ante sus propias conclusiones o ante el conflicto con las fuerzas que sean”. Esta decisión, este estado de ánimo, se requiere hoy para refundar al marxismo y reconstituir las bases de un nuevo proyecto socialista, de una nueva cultura que de base a una nueva izquierda que solamente será viable si se apoya en la divisa en que el propio Marx condensó su visión: “*La emancipación de los trabajadores solamente podrá ser obra de los trabajadores mismos*”. En otras palabras, no será posible enfrentar al capitalismo ni su dinámica opresiva y devastadora, si no es mediante una opción plenamente democrática e igualitaria que descansa en la autorganización y la actividad deliberada de los propios trabajadores y en general de las capas sociales subyugadas de la sociedad. Las sociedades necesitan reorganizarse con apremio, recuperar sus fuerzas y mentalidades colectivas, generar un nuevo tejido social sobre la base de solidaridades de fondo y nuevas demandas y objetivos universales. Los partidos podrán hacerse un lugar en este proceso o ser rebasados. Ante el capitalismo global, arrollador, hace falta que se despliegue sin trabas la sociedad global, la *sociedad-mundo*.

Entre el sueño socialista y la desesperanza por la pérdida de referencias e identidades que acarreo el desplome del socialismo real, existe el recelo, el desconcierto, la huida. Pero también se abre camino la esperanza, la decisión de resistir al asedio, de luchar y romper los innumerables *cercos* impuestos por los regímenes capitalistas, de cambiar la vida en los hechos, liberar las energías colectivas en aras del bienestar social generalizado y la democracia en todas direcciones y niveles, del fin de las exclusiones de todo tipo, para impedir así que el planeta resulte inhabitable y la civilización desaparezca. Puede ser ésta una *utopía*, pero no hay nada más realista y humano en nuestra época que aferrarse a ella, buscarla, *asediarla* —como propuso Payeras—, pues puede cobrar realidad por la fuerza profunda de las sociedades, de pueblos cada vez más

interdependientes, sensibles y participativos, atravesados por la mundialización al parecer irrefrenable. Además, en el umbral del milenio, no hay otra perspectiva para impedir que la barbarie se enseñoree de un mundo sin equilibrios ni regulaciones efectivas realmente mundiales.

Bibliohemerografía

- Acosta Córdova, Carlos, "Ayer opositores de izquierda, hoy dirigen y ejecutan programas del Pronasol", *Proceso*, n. 827, 7 de septiembre de 1992.
- Aguayo Quezada, Sergio, "La izquierda habría ganado 87 diputaciones en alianza", *La Jornada*, 17 de julio de 1988.
- "La consulta, ¿éxito o fracaso?" *La Jornada*, 30 de agosto de 1995.
- Aguilar Camín, Héctor, "Manuel Buendía y los idus de mayo", *Nexos*, n. 79, julio de 1984.
- *Después del milagro*, Cal y Arena, México, 1988.
- Aguilar Mora, Manuel, "Una raya más al tigre", *La Batalla*, n. 1, diciembre de 1982-enero de 1983.
- Aguirre, Teresa, "Retos y paradojas de la crisis", *Economía Informa*, Facultad de Economía, UNAM, n. 239, junio de 1995.
- Alcocer, Jorge, "Salinismo y oposición, 1992", *Proceso*, n. 842, 21 de diciembre de 1992.
- Alcocer, Jorge *et al.*, *El futuro de la izquierda en México*, Fundación Friedrich Ebert/Centro de Estudios para un Proyecto Nacional, México, 1992.
- Alonso, Antonio, *El movimiento ferrocarrilero en México, 1958-1959*, Ediciones Era, México, 1972.
- Anguiano, Arturo, "El Espartaquismo en México. Aproximación crítica. Primera contribución a la autocrítica del movimiento revolucionario en México", *Nueva Praxis*, n. 1, abril-junio de 1969.
- *El Estado y la política obrera del cardenismo*, Ediciones Era, México, 1975.

- “Crisis o consolidación del Estado en México”, *Coyoacán. Revista marxista latinoamericana*, n. 4, julio-septiembre de 1978.
- “La crisis que sacude al PCM en vísperas de su XIX Congreso”, *Bandera Socialista*, n. 178, 26 de enero de 1981.
- “Sobre nuestra política unitaria”, *Cuadernos de discusión política*, n. 49, mayo de 1981.
- “Importante escisión en la Corriente Socialista”, *Bandera Socialista*, n. 192, 10 de julio de 1981.
- “Por qué y para qué nace un nuevo partido”. *Bandera Socialista*, n. 203, 31 de agosto de 1981.
- “Lo que ha cambiado la nacionalización de la banca”, *La Batalla*, n. 1, diciembre de 1982-enero de 1983.
- “El gobierno de Miguel de la Madrid y las perspectivas de la crisis”, *La Batalla*, n. 2, febrero-marzo de 1983.
- “Lo que está en juego en la ANOCP”, *Reseña de economía y política*, año XVI, n. 17, 1.ª quincena de julio de 1984.
- “¿Cuál izquierda, qué unidad”. *Que sí, que no*, México, n. 1, marzo de 1985.
- “Reorganizar la resistencia obrera”, *Que sí, que no*, México, n. 5, noviembre de 1985.
- “La izquierda en su nadir”, *Brecha*, México, n. 2, invierno de 1987.
- “The Democratic Current: a new stage”, *Against the Current*, Chicago, septiembre-octubre de 1988.
- “Toward a unified left perspective”, *Against the Current*, Chicago, noviembre-diciembre de 1988.
- “Vientos de cambio en México”, *Brecha*, ns. 5/6, invierno de 1988.
- “Un partido paraestatal”, *Relaciones*, México, ns. 1/2, 1989.
- “Crisis política, modernización y democracia”, en Arturo Anguiano (coordinador), *La modernización de México*, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México, 1990.
- (coordinador). *El socialismo en el umbral del siglo XXI*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1991.
- “El eclipse de la izquierda en México”. en Arturo Anguiano (coordinador), *El socialismo en el umbral del siglo XXI*, UAM, México, 1991.
- “Transición política, ¿hacia dónde?”, *El cotidiano*, n. 52, enero-febrero de 1993.
- “Los saldos del PRD”, *Topodrilo*, n. 29, julio-agosto de 1993.

- “Estado partido”, *El Independiente*, Hermosillo, Son., 24 de enero de 1995.
- “9 de febrero”, *El Independiente*, Hermosillo, Son., 17 de febrero de 1995.
- “¿Una nueva izquierda en México?”, *Viento del sur*, n. 5, diciembre de 1995.
- “Rompiendo el cerco. La consulta nacional del EZLN”, *Nexos*, n. 214, octubre de 1995.
- Arguedas, Ledda, “El Movimiento de Liberación Nacional: una experiencia de la izquierda mexicana en los sesentas”, *Revista Mexicana de Sociología*, año XXXIX, n. 1, enero-marzo de 1977.
- Argüelles, Antonio; Manuel Villa, *México: el voto por la democracia*, Miguel Ángel Porrúa, México, 1994.
- Asociación Cívica Nacional Revolucionaria, *Declaración de Igualdad*, 31 de enero de 1983, folleto s.p.i. (también en *Espacios*, n. 2, julio-septiembre de 1983).
- “Ayotla Textil, ejemplo de combatividad obrera”, *Cuadernos Revolucionarios*, n. 2, abril de 1971.
- Aziz Nassif, Alberto; Juan Molinar Horcasitas, “Los resultados electorales”, en Pablo González Casanova (coordinador), *Segundo informe sobre la democracia: México el 6 de julio de 1988*, Siglo XXI, México, 1990.
- Aziz Nassif, Alberto, “La izquierda: un continente que se rehace”, en Carlos Bazdresch *et al.* (compiladores), *México. Auge, crisis y ajuste*, t. 1, Fondo de Cultura Económica, México, 1992, “Lecturas de El Trimestre Económico”, n. 73.
- Barbosa Cano, Fabio, “Las luchas obreras de 1958-1959 y la izquierda mexicana”, *Investigación Económica*, n. 163, enero-marzo de 1983.
- Barbosa, Fabio; Ana Luisa González, “El Paro Cívico Nacional”, *Momento económico*, n. 5, abril 1984.
- Barbosa, Fabio, “La izquierda radical en México”, *Revista Mexicana de Sociología*, n. 2/84, abril-junio de 1984.
- Barbosa Cano, Fabio, “Acción y búsqueda programática”, en Arnoldo Martínez Verdugo, *Historia del comunismo en México*, Editorial Grijalbo, México/Barcelona/Buenos Aires, 1985.
- Bartra, Roger, *El reto de la izquierda*, Editorial Grijalbo, México, 1982.
- *La democracia ausente*, Editorial Grijalbo, México/Barcelona/Buenos Aires, 1986.

- Becerra, Ricardo, "Maderismo de los noventa: el PRD que no murió", *Páginauno*, Suplemento político y económico de *Unomásuno*, 27 de julio de 1992.
- Bracho, Julio, "La izquierda integrada al pueblo y la solidaridad: revisiones de Política Popular", *Revista Mexicana de Sociología*, n. 3, julio-septiembre de 1995.
- Brennet, Vivienne, "Orígenes del movimiento urbano popular mexicano: pensamiento político y organizaciones políticas clandestinas", *Revista Mexicana de Sociología*, n. 3, julio-septiembre de 1995.
- Cárdenas, Cuauhtémoc, *Nace una esperanza*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1990
- "Discurso ante el 1er. Congreso Nacional del Partido de la Revolución Democrática", 16 de octubre de 1990.
- "Partido de la Revolución Democrática", en Federico Reyes Heróles (compilador), *Los partidos políticos mexicanos en 1991*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.
- "TLC: una propuesta alternativa", *Nexos*, n. 162, junio 1991.
- "Por un gobierno de salvación nacional", desplegado, *La Jornada*, 7 de enero de 1995.
- Castillo, Heberto, "Necesaria apertura", *Proceso*, n. 509, 4 de agosto de 1986.
- "La campaña demostró que el pueblo confía más en Cuauhtémoc", *Proceso*, n. 605, 6 de junio de 1988.
- "Propuesta de Heberto Castillo a Cuauhtémoc Cárdenas Solórzano y la Corriente Democrática", *La Jornada*, 4 de julio de 1988.
- Cervantes, Eduardo, "Pleno del PMT: ¿democracia fuera, mordaza dentro?", *Unomásuno*, 10 de agosto de 1986.
- Chávez Jaimes, José, "Breve historia de nuestra corriente en México (II)", *Bandera Socialista*, n. 338, 29 de septiembre de 1986.
- Coaliciones de Brigadas Emiliano Zapata, *Hacia una política popular. Qué hacer, con quién hacerlo y cómo hacerlo*, Diciembre de 1968.
- Comandancia General del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, "Declaración de la Selva Lacandona", *La Jornada*, 2 de enero de 1994.
- Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del EZLN, "Segunda declaración de la Selva Lacandona", *Viento del sur*, México, n. 2, julio 1994.
- Comité Clandestino Revolucionario Indígena-Comandancia General del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, "Cuarta Declaración de la Selva Lacandona", *La Jornada*, 2 de enero de 1996.

- “Tercera Declaración de la Selva Lacandona”, *La Jornada*, 2 de enero de 1995.
- Mensaje a la Convención Nacional Democrática, 31 de enero de 1995, *La Jornada*, 3 de febrero de 1995.
- Comunicado del 15 de abril 1995, *La Jornada*, 21 de abril de 1995.
- Comunicado de junio 1995, *La Jornada*, 8 de junio de 1995.
- Comunicado del 20 de junio 1995 (“Aclara Marcos que la consulta no es un llamado a la guerra”), *La Jornada*, 25 de junio de 1995.
- “Cuarta Declaración de la Selva Lacandona”, *La Jornada*, 2 de enero 1996.
- “Primera Declaración de La Realidad. Contra el neoliberalismo y por la humanidad”, *La Jornada*, 30 de enero de 1996.
- Comisión de Concordia y Pacificación, “Reiniciar el diálogo para la reforma del Estado: una exigencia nacional”, *La Jornada*, 24 de agosto de 1995.
- “Compromisos para un Acuerdo Político Nacional”, *Perfil de La Jornada*, 18 de enero de 1995.
- Congreso constitutivo. PT, Unidad nacional ¡Todo el pueblo al poder!*, (folleto s.p.e.)
- Concheiro, Juan Luis, “En la lucha por la democracia y la unidad de la izquierda”, en Arnoldo Martínez Verdugo, *Historia del comunismo en México*, Editorial Grijalbo, México/Barcelona/Buenos Aires, 1985.
- “Convenio político que suscriben la Corriente Democrática y el Partido Mexicano Socialista”, *Corriente Democrática*, n. 4, junio de 1988.
- Cordera, Rolando; Tello, Carlos, *México, la disputa por la nación*, Siglo XXI Eds., México, 1981.
- Cordera, Rolando, “Crisis y propuestas nacionales”, en Jorge Alcocer, *México: presente y futuro*, Ed. Cultura Popular, México, 1985.
- Córdova, Arnaldo, “La larga marcha de la izquierda mexicana”, *Nexos*, n. 102, junio 1986.
- “La política de masas, y el futuro de la izquierda”, *Cuadernos Políticos*, n. 19, enero-marzo de 1979.
- “El PRD en el sistema político mexicano”, *Páginauno*, Suplemento político y económico de *Unomásuno*, 27 de julio de 1992.
- Corriente Socialista, *Nuestra táctica ante la situación actual*, folleto spi, marzo de 1980.
- “Crisis, reestructuración capitalista y reorganización de la resistencia de los trabajadores”, *Cuadernos La Batalla*, n. 3, julio de 1986, pp. 49-51 (Proyecto de resolución política de la minoría del CC del PRT para su quinto congreso nacional).

- Cruz, Marcos; Yañez, Gonzalo; Villaseñor, Elio; Moguel, Julio, *Llegó la hora de ser gobierno. Durango: testimonios de la lucha del Comité de Defensa Popular, general Francisco Villa*, Equipo Pueblo/Praxis Gráfica Editorial, México, 1986.
- De la Garza, Enrique; León Tomás Ejea; Macías, Luis Fernando, *El otro movimiento estudiantil*, Editorial Extemporáneos, México, 1986.
- De la Peña, Sergio, "La crisis del socialismo real y la parálisis de la izquierda", en A. Anguiano (coordinador), *El socialismo en el umbral del siglo XXI*, UAM, México, 1991.
- Del Castillo, Eduardo, *20 años de búsqueda. Testimonios desde la izquierda*, Palabra en vuelo ediciones, México, 1991.
- "Declaración del Frente de Partidos, Organizaciones Políticas y Ciudadanos", *Bandera socialista*, n. 331, 23 de junio de 1986.
- "Declaraciones y convocatoria de la Corriente Autogestionaria del Movimiento al Socialismo", *La Jornada*, 20 de octubre de 1988.
- "Documentos aprobados en el VII pleno de la ANOCP: balance", *Espacios*, n. 3, mayo-julio de 1984. También en *La Batalla*, n. 8, mayo-junio de 1984.
- "Documentos: la izquierda ante la nacionalización de la banca", *La Batalla*, n. 1, diciembre de 1982-enero de 1983.
- Durand, Maxime, "La crisis mexicana y sus retos", *La Batalla*, n. 12, septiembre-octubre de 1986.
- Durand, Víctor Manuel, "Neocardenismo y transición política", en Manuel Canto y V. Durand (coordinadores), *Política y gobierno en la transición mexicana*, UAM, México, 1990.
- Echeverría, Rodolfo *et al.*, *El PSUM, fin de un proyecto viable*, Edición del Círculo de Estudios José Revueltas, México, 1985.
- "El congreso regional extraordinario de la Corriente Socialista en el Valle de México", desplegado en *Unomásuno*, 18 de mayo de 1981.
- "El IV congreso del PRT y sus contribuciones", *La Batalla*, n. 10, febrero-marzo de 1985.
- "El PRT ante la coyuntura del 85", *La Batalla*, septiembre-octubre de 1986.
- "El PSUM: unidad fracasada", *Proceso*, n. 433, 18 de febrero de 1985.
- Fernández, Nuria, "La reforma política: orígenes y limitaciones", *Cuadernos Políticos*, n. 16, abril-junio de 1978.
- "Lucha de clases e izquierda en México", *Cuadernos Políticos*, n. 30, octubre-diciembre de 1981.
- "La izquierda mexicana en las elecciones", *Cuadernos Políticos*, n. 33, julio-septiembre de 1982.

- Fernández Christlieb, Paulina, *El Espartaquismo en México*, Ediciones El Caballito, México, 1978.
- Foro de Sao Paulo, "América Latina frente a la reestructuración hegemónica intencional", *Coyuntura*, Suplemento especial, febrero de 1992.
- "Frentes políticos y partidos en América Latina", *Coyoacán*, n. 13, julio-septiembre de 1981.
- "Fusión de partidos de izquierda: ¿socialismo de Estado o comunismo?", *Organización*, n. 5, septiembre de 1981.
- Garavito, Rosa Albina, "La intransigencia democrática del PRD y su modernidad", *El cotidiano*, n. 44, noviembre-diciembre de 1991.
- García de León, Antonio, "Chiapas: los saldos de un año de rebeldía", *Perfil de La Jornada*, 2 de enero de 1995.
- "Prólogo", *EZLN. Documentos y comunicados*, 2 tomos, Ediciones Era, México, 1994 y 1995.
- Gilly, Adolfo, "La reorganización de la clase obrera latinoamericana", *Cuadernos Políticos*, n. 24, abril-junio de 1980.
- "La declaración de los 5", *Unomásuno*, 20, 21 y 22 de septiembre de 1981.
- "Nuevo Partido", *Unomásuno*, 24, 25 y 26 de octubre 1981.
- *México. La larga travesía*, Ed. Nueva Imagen, México, 1985.
- "A modernizarse tocan", *Proceso*, n. 514, 8 de septiembre de 1986.
- "Prólogo" a José Valenzuela Feijóo, *El capitalismo mexicano en los ochentas*, Era, México, 1986.
- "Nuestra caída en la modernidad", *Nexos*, n. 10, mayo 1986.
- *Nuestra caída en la modernidad*. Joan Boldó i Climent Editores, México, 1988.
- "Cardenismo, socialismo y elecciones", suplemento. *La Jornada*, 10. de junio 1988.
- "Partido", *La Jornada*, 21 de septiembre de 1988.
- "Solidaridades", incluido en Adolfo Gilly (coordinador), *Cartas a Cuauhtémoc Cárdenas*, Ediciones Era, México, 1989.
- (coordinador). *Cartas a Cuauhtémoc Cárdenas*, Ediciones Era, 1989.
- "El perfil del PRD". *Nexos*, n. 152, agosto de 1990.
- "América Latina, abajo y afuera", en *Los grandes cambios de nuestro tiempo: la situación internacional, América Latina y México*, t. II. *Las Américas en el horizonte del cambio*, UNAM/CNCA/Fondo de Cultura Económica, México, 1992.

- Gilly, Adolfo; Rhina Roux, "La crisis estatal prolongada", *Viento del sur*, n. 3, diciembre de 1994.
- Goded, Félix, "Todo tiene sus tiempos", *La Jornada*, 15 y 16 de octubre de 1988.
- Gómez, Pablo, *La izquierda y la democracia*, Ed. Cultura Popular, México, 1984.
- "Por una izquierda consecuentemente democrática" (Intervención del PSUM en el encuentro de partidos de izquierda celebrado el 14 de marzo de 1986), *Así es*, n. 168, 5 de abril de 1986.
- "Contra la crisis y por la democracia", Informe de la comisión política al CC del PSUM, *Así es*, suplemento, n. 178, 30 de septiembre de 1986.
- González Casanova, Pablo (coordinador). *Segundo informe sobre la democracia: México el 6 de julio de 1988*, Siglo XXI Editores, México, 1990.
- "Causas de la rebelión en Chiapas", *Perfil de La Jornada*, 5 de septiembre de 1995.
- González Gómez, Francisco, "Los nuevos retos de la izquierda mexicana" en A. Anguiano (coordinador), *El socialismo en el umbral del siglo XXI*, UAM, México, 1991.
- Grupo Teoría y Práctica, "El movimiento estudiantil radicalizado y las tareas de los revolucionarios marxistas", *Brecha*, Publicación conjunta, n. 1, septiembre de 1971.
- Guevara Niebla, Gilberto, *La democracia en la calle. Crónica del movimiento estudiantil mexicano*, Siglo XXI Editores, México, 1988.
- Guillén, Tonatihu, "La cultura política y la elección presidencial de 1988. Hacia un análisis del neocardenismo", *Frontera Norte*, n. 1, enero-junio de 1989.
- Gutiérrez Espíndola, José Luis, "PRD: los fantasmas de la insurrección", *Cuadernos de Nexos*, n. 29, noviembre de 1990.
- Gutiérrez, Esthela; Talavera, Fernando, "El sindicalismo universitario, las fuerzas de izquierda y el Estado", *Cuadernos Políticos*, n. 25, julio-septiembre de 1980.
- Gutiérrez, Roberto, "Cultura política y transición a la democracia. PRI y PRD en la transición actual", *Sociológica*, n. 11, septiembre-diciembre de 1989.
- Hernández, Luis, "País en crisis, izquierda en crisis". fotocopia.
- "El Partido del Trabajo: realidades y perspectivas", *El cotidiano*, n. 40, marzo-abril de 1990.

- “Las grietas de la utopía: las coordinadoras de masas y la modernización política”, *El cotidiano*, n. 37, septiembre-octubre de 1990.
- Hernández Navarro, Luis, “Chiapas: la gestación de la rebeldía”, *La jornada*, 9 de enero de 1994.
- “Chiapas: de las atrofas a las reformas” *La Jornada*, 15 de enero de 1994.
- “Chiapas: del congreso indígena a la guerra campesina”, *Perfil de La Jornada*, 25 de enero de 1994.
- “Aguascalientes: el tunel del tiempo”, *La Jornada*, 11 de agosto de 1994.
- “Chiapas: la pluma y la espada”, *La Jornada*, 18 de diciembre de 1994.
- “Las alas de los ángeles”, *La Jornada*, 2 de enero de 1996.
- “Los péndulos del poder: negociaciones y conflicto en Chiapas”, *El Cotidiano*, n. 76, mayo-junio de 1996.
- Hirales Morán, Gustavo, *La Liga Comunista 23 de Septiembre: orígenes y naufragio*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1977.
- “La guerra secreta, 1970-1978”, *Nexos*, n. 54, junio de 1982.
- Historia O: Notas para una historia política de nuestra organización*, marzo de 1980, folleto spi.
- Huerta, Arturo, “El plan de choque y la profundización de la crisis”, *Economía Informa*, Facultad de Economía, UNAM, n. 237, abril de 1995.
- “Informe: Línea Proletaria”, *Organización*, n. 4, agosto de 1981.
- Jiménez Ricardez, Rubén, “La guerra de enero”, *Chiapas*, n. 2, 1996.
- Krauze, Enrique, *Por una democracia sin adjetivos*, Joaquín Mortiz-Planeta, México, 1986.
- “La fusión de los átomos”, *Di*, n. 50, 8 de octubre de 1981.
- “La izquierda mexicana: un paso adelante, dos atrás”, *Punto Crítico*, n. 121, septiembre de 1981.
- La palabra de los armados de verdad y fuego*, Editorial Fuenteovejuna, México, 1994.
- La reforma política y la izquierda, encuestas y debates*, Ed. Nuestro Tiempo, México, 1979.
- López Pardo, Gustavo, “La constitución de un proyecto de masas: La Asamblea Nacional Obrera Campesina Popular”, *Momento económico*, n. 5, abril de 1984.
- Loyo Brambila, Aurora, *El movimiento magisterial de 1958 en México*, Ediciones Era, México, 1979.

- “Lucha de clases 1972-1982”, *Punto Crítico*, n. 123, especial, marzo de 1982.
- Mandel, Ernest, “Situación y futuro del socialismo”, *El socialismo del futuro*, Madrid, n. 1, 1990.
- Martínez Verdugo, Arnoldo, *Historia del comunismo en México*, Editorial Grijalbo, México/Barcelona/Buenos Aires, 1985.
- Méndez, Luis; José Othón Quiroz, *Modernización estatal y respuesta obrera: historia de una derrota*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 1994.
- Méndez, Luis; Bolívar, Augusto, *En la génesis de un nuevo orden político: un corto e intenso periodo de lo. de enero al 21 de agosto*, *El cotidiano*, separata del n. 67, enero-febrero de 1995.
- Méndez, Luis; Alfie, Miriam, “Gobierno y sociedad: la lucha entre lo viejo y lo nuevo”, *El cotidiano*, n. 74, enero-febrero 1996.
- Méndez, Luis; Romero, Miguel Ángel. *Chiapas: semblanza de un conflicto. Enero 1944-febrero 1996*, separata de *El Cotidiano*, n. 76, mayo-junio de 1996.
- Moguel, Julio, “Partido y revolución, notas sobre la nueva izquierda comunista mexicana”, *Teoría y Política*, n. 3, enero-marzo de 1981.
- “Elecciones federales de 1985: el oro y el cobre” *Que sí que no*, n. 1, marzo de 1985.
- *Los caminos de la izquierda*, Juan Pablos Editor, México, 1987.
- “La izquierda social en los espacios de la crisis”. *El cotidiano*, n. 37, septiembre-octubre de 1990.
- “¿Quiénes son los zapatistas? La nueva guerra indígena”, *Viento del sur*, n. 2, julio de 1994.
- Molinar, Juan, *El tiempo de la legitimidad*, Cal y Arena, México, 1991.
- Moreno Toscano, Alejandra, *Diálogos de San Cristóbal. Del 11 de febrero al 3 de marzo de 1994*, Documento de Proceso, n. 956, febrero de 1995.
- Morera, Carlos, “La izquierda mexicana: ¿apoyo a la nacionalización de la banca o a la construcción de una alternativa proletaria?”, *Teoría y Política*, México, n. 9, enero-marzo de 1983.
- Mosiváis, Carlos, *Entrada libre*, Era, México, 1987.
- “De las dificultades de la izquierda”, *El Financiero*, 11, 14, 15 y 25 de enero de 1991.
- “Las tribulaciones del PRD”, *El Financiero*, 13 de noviembre de 1994.

- “La crisis de la izquierda”, *El Financiero*, 26 de noviembre 1995.
- “Crónica de una Convención (que no lo fue tanto) y de un acontecimiento muy significativo”, en *EZLN. Documentos y comunicados*, Ediciones Era, México, 1994.
- Movimiento al Socialismo, “Acuerdos”, *La Jornada*, 7 de octubre de 1988.
- Coordinadora Nacional, “Propuesta organizativa para el Movimiento al Socialismo”, agosto de 1988.
- *Movimiento al Socialismo*, I, folleto spi.
- Movimiento de Acción Popular, *Tesis y programa*, se, México, 1981.
- Movimiento Revolucionario del Pueblo, “Elevar la lucha por la democracia: una necesidad impostergable”, ponencia en el Segundo Encuentro Nacional de Dirigentes de Izquierda, marzo de 1986.
- “Sobre la democracia en el país”, ponencia en el Segundo Encuentro Nacional de Dirigentes de Izquierda, marzo de 1986.
- Musacchio, Humberto, “Los libros sagrados”, *Nexos*, n. 54, junio de 1982.
- Nava Vázquez, Telésforo, “Viento del sur: el zapatismo interpela a México”, *Coyuntura*, n. 47, abril de 1944, pp. 42-51.
- “Notas sobre la situación actual de la izquierda”, *Punto Crítico*, n. 151, julio de 1986.
- Organización de Izquierda Revolucionaria-Línea de Masas, *El movimiento popular: balance y perspectivas*, Documentos para la fusión, n. 1, marzo de 1982.
- *Informe al Congreso de fusión*, Documentos fundamentales n. 1, febrero de 1982. folleto spi.
- *La crisis prolongada, la situación política*, Documentos fundamentales 5, folleto spi, junio de 1985.
- Organización Revolucionaria Punto Crítico, *La izquierda ante la represión y el autoritarismo estatal, México 1968-1985*, s.e., México, 1985.
- “Origen y trayectoria del CDP de Chihuahua”, *Poder popular*, n. 3, abril de 1986.
- Ortega, Max, *La Izquierda sindical mexicana*, UAM-I, Cuadernos universitarios.
- “Otras reflexiones sobre la guerrilla en México”, *Coyoacán*, n. 3, abril-junio de 1978.
- Partido de la Revolución Democrática. *Acuerdo nacional para la democracia. Hacia el primer congreso nacional*, Serie documentos de divulgación, México, 1990.
- *Estatutos del PRD*, (s.p.i.)

- *La reforma del Estado. Hacia el primer congreso nacional*, Serie documentos políticos del PRD, México, 1990.
- *Propuesta política para el primer congreso nacional. Hacia el primer congreso nacional*, Serie documentos políticos de divulgación, México, 1990.
- “Resolutivo del III Congreso Nacional del [...] sobre línea política”, *La jornada*, 31 de agosto de 1995.
- Partido Mexicano de los Trabajadores, Movimiento Revolucionario del Pueblo, “Acuerdo Político”, *Proceso*, n. 495, 28 de abril de 1986.
- Partido Mexicano de los Trabajadores, Partido Revolucionario de los Trabajadores. “Avanzamos buscando la unidad popular revolucionaria”, *Proceso*, n. 495, 28 de abril de 1986.
- Partido Mexicano del Proletariado, “Programa nacional”, mimeo.
- “La revolución mexicana”, *Nueva Praxis*, n. 1, abril-junio de 1969.
- “La centralización del capital en México”, *Nueva Praxis*, n. 1, abril-junio de 1969.
- Partido Mexicano Socialista, “Llamamiento del PMS. Votar por los socialistas para crear la fuerza democrática y un nuevo poder”, *La Jornada*, 26 de mayo de 1988.
- Quinto Pleno del Consejo Nacional, “Las elecciones del 6 de julio y la situación política que se ha creado”, *La unidad*, 31 de julio 1988.
- Partido Revolucionario de los Trabajadores, *¿Qué es el PRT?*, Folletos de Bandera Socialista, n. 9, diciembre 1977.
- *¿Qué hacer en las elecciones del 82? La propuesta del PRT y el debate en la izquierda*, Folletos de Bandera Socialista, n. 82, sf.
- *Crisis capitalista y perspectivas del proletariado*, Folletos de Bandera Socialista, n. 81, México, junio de 1981.
- *El Paro Cívico Nacional y perspectivas de la unidad*, Folletos de Bandera Socialista, n. 96, sf.
- *La crisis: una oportunidad histórica para los trabajadores*, Cuadernos La Batalla, n. 1, junio de 1984.
- “La unidad posible y necesaria de la izquierda mexicana” (Ponencia al Tercer Encuentro Nacional de Dirigentes de Izquierda), *La Batalla*, n. 15, 1987.
- “La verdadera democracia”, *La Batalla*, n. 15, 1987.
- Partido Revolucionario de los Trabajadores, Partido Mexicano de los Trabajadores, Partido de la Revolución Socialista, Partido Patriótico Revolucionario, Movimiento Revolucionario del Pueblo. “Pacto Político del grupo de los cinco”, *Bandera socialista*, n. 328, 12 de mayo de 1986.

- Partido Revolucionario Socialista. "Documentos a discusión: ideas y propósitos", *La Jornada*, 14 de diciembre de 1985.
- Partido Socialista Unificado de México. *El PSUM ante la nacionalización de la banca*, Ed. del Comité Central, México, 1982.
- "El PSUM frente a legalidad y la democracia" (Documento aprobado en el XIV Pleno del CC el 30 de agosto), *Reporte de coyuntura*, ns. 20-21, agosto de 1985.
- *Una nueva fuerza, un nuevo rumbo político para México*, Ediciones del comité central, México, 1986.
- "Resolución del XVIII Pleno del CC [...] acerca de la situación actual y las tareas políticas del partido", *Así es*, suplemento, n. 178, 30 de septiembre de 1986.
- Payeras, Mario. "Asedio a la utopía", en Arturo Anguiano (coordinador), *El socialismo en el umbral del siglo XXI*, UAM, México, 1991. También en *Asedio a la utopía. Ensayos políticos, 1988-1994*, Editorial Luna y Sol, Guatemala, 1996.
- Pereyra, Carlos. "La perspectiva socialista en México", en Jorge Alcocer, *México: presente y futuro*, Ed. Cultura Popular, México, 1985.
- Plataforma común del Frente Democrático Nacional*, Jalapa, Ver., 12 de enero de 1988 (documento fotocopiado). También en *Corriente Democrática*, n. 4, junio de 1988.
- Por la conformación de una alternativa unitaria y clasista para las elecciones de 1982*, México, agosto de 1981, folleto spi.
- Por una alternativa socialista para los trabajadores*, s. e., México, 1988.
- Presos políticos discuten: un balance de la guerra en México*, Folletos de Bandera Socialista, n. 11.
- "Quién es quién en la izquierda mexicana", *Nexos*, n. 54, junio de 1982.
- Quintero, Armando. "Crisis económica de México: variaciones sobre un mismo tema", *La Batalla*, n. 13, noviembre-diciembre de 1985.
- Revueltas, José. *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, Ediciones de la Liga Leninista Espartaco, México, 1962 (también en *Obras Completas*, t. 17, Ediciones Era, México).
- *Escritos políticos*, t. III, *Obras Completas*, t. 14, Ediciones Era, México, 1984.
- Rhi Sausi, José Luis. "La parábola de la guerrilla mexicana", *Coyoacán*, n. 3, abril-junio de 1978.
- Rincón Gallardo, Gilberto. "La fracción que yo soñé: tribulaciones de la izquierda nacionalista ante el PRI", *El Buscón*, n. 2, enero-febrero de 1983.

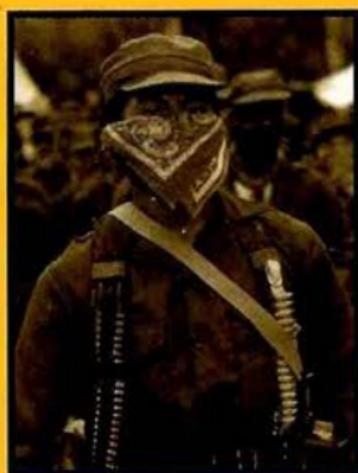
- Rivera Ríos, Miguel Angel; Rojas Nieto, José Antonio. "El debate de la izquierda en torno a la modernización", *Brecha*, México, n. 2, invierno de 1987.
- Rodríguez Araujo, Octavio, *La reforma política y los partidos políticos*, Siglo XXI, México, 1979.
- "Interpretación de la consulta", *La Jornada*, 31 de agosto de 1995.
- "EZLN, un catalizador de la sociedad y del poder en México", *Política y Cultura*, n. 5, otoño de 1995.
- Rodríguez, Sergio, "Legalidad y socialismo", *La Batalla*, n. 12, septiembre-octubre de 1986.
- "La rebelión de las ideas", *Viento del sur*, n. 5, diciembre de 1995.
- Ruiz, Cuauhtémoc (comp.), *¿A dónde va México? La polémica en la izquierda*, Ediciones El socialista, s.f
- Salazar, Luis, "Notas sobre el perfil político del PRD", en Gilberto Rincón Gallardo *et al.*, *México, la búsqueda de alternativas*, Ediciones de Cultura Popular, México, 1990.
- Sánchez Susarrey, Jaime, "El porvenir de la izquierda en México", *Vuelta*, n. 192, noviembre de 1992.
- *La transición incierta*, Vuelta, México, 1991.
- Sánchez, Edgard, "La izquierda en 1985", *Bandera Socialista*, n. 320, 13 de enero de 1986.
- "Las elecciones de 1985: algunos elementos de balance", *La Batalla*, n. 12, septiembre-octubre de 1985.
- Entrevista, *La Jornada*, 29 de julio de 1988.
- Santiago, Javier, *PMT: la difícil historia, 1971-1986*, Editorial Posada, México, 1987.
- Santos, Pedro, "¡Forjemos las armas ideológicas del proletariado mexicano!", *Nueva Praxis*, n. 1, abril-junio de 1969.
- "Se constituye la ORP", *La causa del pueblo*, nueva época, n. 2, mayo 1985.
- Semo, Enrique, "La izquierda mexicana frente a la crisis", en Jorge Alcocer, *México: presente y futuro*, Ed. Cultura Popular, México, 1985
- *Viaje alrededor de la izquierda*, Editorial Nueva Imagen, México, 1988.
- *Entre crisis te veas*, Universidad Autónoma de Sinaloa/Editorial Nueva Imagen, México, 1988.
- "El EZLN y la transición a la democracia", *Chiapas*, n. 2, 1996.
- Solis, Leopoldo, *Crisis económica y financiera 1994-1995*, Fondo de Cultura Económica/El Colegio Nacional, México, 1996.

- Subcomandante Marcos, "Chiapas: el sureste en dos tiempos, una tormenta y una profecía", *Viento del sur*, México, n. 1, abril de 1994.
- "La larga travesía del dolor y la esperanza", *La Jornada*, suplemento del 10o. aniversario, 22 de septiembre de 1994.
- Intervención en la segunda reunión en la Selva Lacandona del pleno de la CND, *La Jornada*, 16 de octubre de 1994.
- Declaración durante la visita de Cuauhtémoc Cárdenas en Guadalupe Tepeyac, Chiapas, *La jornada*, 10 de noviembre de 1994.
- Palabras para la celebración del decimoprimer aniversario de la formación del Ejército Zapatista de Liberación Nacional", 17 de noviembre de 1994, *La jornada*, 19 de noviembre de 1994.
- (Entrevista de Epigmenio Ibarra), *La Jornada*, 8 y 9 de diciembre 1994.
- (Entrevista) "Decidirá la consulta parte de nuestro destino: Marcos", *La Jornada*, 9 de agosto de 1995.
- (Entrevista de Carmen Lira), *La Jornada*, 25, 26 y 27 de agosto de 1995.
- "Mesa Nacional de Diálogo Independiente", Entrevista, *Perfil de La Jornada*, 1o. de octubre de 1995.
- "Carta al III Encuentro por la Unidad y el Diálogo Nacional", Acapulco, Guerrero, 22 de enero de 1996, *Viento del sur*, n. 6, Primavera de 1996.
- Tamayo, Jaime, "El neocardenismo y el nuevo Estado", en Jorge Alonso *el al.*, *El nuevo Estado mexicano*, t. II. *Estado y política*, Nueva Imagen, México, 1992.
- Tello Díaz, Carlos, *La rebelión de las cañadas*, Cal y arena, México, 1995.
- Tirado, Manlio; Sierra, José Luis; Dávila, Gerardo, *El 10 de junio y la izquierda radical*, Editorial Heterodoxia, México, 1971.
- Unidad Nacional de Izquierda Revolucionaria, *Tesis políticas a discusión*, México, junio de 1985, (folleto s.p.i.).
- Valdés, Leonardo, "Si hubieran...", *La Jornada*, 2 de agosto de 1988.
- Valenzuela, José Camilo, "El Partido Patriótico Revolucionario y la unidad de la izquierda", *Así es*, n. 168, 5 de abril de 1986.
- Vargas, María Eugenia, "Alianza Cívica en las elecciones de 1994. Una reflexión", *Política y Cultura*, n. 5, otoño de 1995.
- Vázquez, Jaime; Nava, Cecilia; Espinoza, Héctor, "Notas para una estrategia", *Tase*, Taller de Análisis Socio-económico, A.C., n. 3, enero de 1971.

Zedillo, Ernesto, Discurso ante organizaciones indígenas y campesinas en Huixtla, Chiapas, *La Jornada*, 6 de junio de 1995.
—— “Primer Informe de Gobierno”, *La Jornada*, suplemento, 2 de septiembre de 1995.

Entre el pasado y el futuro.
La izquierda en México, 1969-1995,
se terminó de imprimir en diciembre de 1997
en los talleres de Grupo Olé Mé-xhíc-co.
La edición consta de 1,000 ejemplares
más sobrantes para reposición
y estuvo al cuidado de
Miguel Ángel Carranza.

Handwritten text, possibly a signature or name, located in the bottom left corner of the page.



Fotografía:
Heriberto Rodríguez

Este libro trata de repensar a la izquierda que surgió y se desarrolló en México, particularmente a partir de las inolvidables jornadas de 1968; la que ha representado un cambiante abanico de fuerzas sociales y políticas, cuyas trayectorias no han dejado de incidir significativamente en el tiempo largo de una conflictiva y errática transición histórica que no encuentra su desenlace. Analiza experiencias y logros, contradicciones y fracasos, huidas y desmayos de las distintas vertientes de la izquierda, tratando de atar cabos y reconstituir una historia que se encuentra entreverada a la de una sociedad en transformación y que, incluso, ha contribuido a renovar la atmósfera política e intelectual del país.

Entre el pasado y el futuro. La izquierda en México, 1969-1995, no es sólo producto de la investigación individual sino también de la experiencia, pues –según se señala en la introducción– se decantó y maduró en medio de situaciones en las cuales el autor no pocas veces se desempeñó en tanto participante, al calor de prácticas y reflexiones de carácter colectivo. Pretende contribuir a un debate que trasciende la academia y que no está separado de los problemas que se tienen que enfrentar si se quiere que México arribe al nuevo milenio en plena transición a la democracia.

